ALFAGUARA

Carla Guelfenbein

Nada por qué morir



Narrativa Hispánica

«Sobrecogida me agarré a las ramas de un sauce y no
reparando en mi desnudez suspendí medio cuerpo
fuera del agua. El carruaje avanzó lentamente hasta
arrimarse a la orilla opuesta del estanque. Una vez
allí, los caballos agacharon el cuello y bebieron sin
abrir un solo círculo en la tersa superficie. Algo muy
grande para mí iba a suceder. Mi corazón y mis ner-
vios lo presentían».

MARÍA LUISA BOMBAL

«¿Qué diría la gente, recortada y vacía,
si en un día fortuito, por ultrafantasía,
me tiñera el cabello de plateado y violeta,
cantara por las calles al compás de violines,
o dijera mis versos recorriendo las plazas,
libertado mi gusto de vulgares mordazas?»

ALEJANDRA PIZARNIK

Santiago, 1980

Leonor

Desde la noche en que la niña y su madre llegaron a vivir al departamento vecino nunca más pude conciliar el sueño. Aparecieron casi al toque de queda, en medio de un apagón. La ciudad yacía sumida bajo la oscuridad y las sirenas ululaban ensordecedoras en busca de los terroristas que habían echado abajo las torres eléctricas. Pero no fueron las sirenas ni la oscuridad las que me desvelaron, sino el aterrador parecido que la niña tenía con mi hija Cronopia. Mi hija perdida.

En la última postal que me había enviado, una de las pocas en más de treinta años, me decía que estaba en Sudáfrica, donde había sido invitada a un simposio para dar una conferencia. Ni una pregunta, ni un beso, ni un adiós, una postal lacónica con la imagen de una sabana de pastizales dorados. La violencia del silencio. Tantas veces quise tomar un avión a Boston, donde vive, y llamar a su puerta. Pero nunca tuve el coraje. La imaginaba: «Buenas tardes, viejecita, ¿qué desea? ¿Busca a alguien?». Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que nos habíamos visto. Una vida entera. Y ya era muy tarde. Las viejas pobres no van a ningún sitio, las viejas pobres se meten a la cama y se mueren.

El día que llegaron estaba sentada frente a mi Remington con una vela encendida y mi botella de whisky. Cumplía con mi ritual de

siempre cuando oí ruidos en el pasillo. Hacía tiempo que el edificio se había vaciado, solo seguíamos viviendo ahí el viejo mal agestado del tercero y yo. Entreabrí la puerta sin soltar la cadenita de seguridad y las vi alumbradas por la llama de un fósforo. Intentaban abrir la puerta del departamento que está frente al mío. Había una premura angustiada en los gestos de la mujer. Era alta y fornida y tenía un aire indómito, áspero. Llevaba una descuidada mata de pelo castaño. La chiquilla, en cambio, era delgada y menuda y una gorra verde oliva ocultaba su rostro. Traían dos maletas que parecían sacadas de un desván de trastos, con los pespuntes sueltos a lo largo de las costuras. Justo antes de cruzar el umbral, la jovencita se detuvo y miró hacia mi puerta. Bajo la gorra vi su rostro de un blanco casi albo, su flequillo recto, sus cejas oscuras extendidas como dos alas, su boca fina e impetuosa de expresión adulta, y sentí un súbito mareo. Cerré de un golpe y me apoyé contra la pared para no caerme. A duras penas llegué hasta el sillón y le di un trago al whisky para calmarme.

Permanecí ahí, aturdida por la impresión, hasta que la luz blanca del amanecer comenzó a entrar vacilante en la sala. Se oía el canto de un grillo escondido dentro de un agujero del muro y, a lo lejos, el andar brioso del río Mapocho.

Me había burlado la vida entera de esas personas que encuentran señales divinas en las más nimias coincidencias. Sin embargo, no pude dejar de preguntarme qué extraño ardid tramaba para mí el destino con la llegada de esa niña. Pronto levantarían el toque de queda, las estrellas desaparecerían y la ciudad con sus heridas a cuestas se pondría en marcha. Quizás también a esa vieja en que

me había convertido le había llegado el turno de echar a andar, quién sabe hacia qué futuro.

Isi

Cada vez que debían dejar el lugar donde vivían, Isi y su madre empezaban a dar tumbos en casas de compañeros del Partido que tenían los cojones de recibirlas. Garajes, bodegas, lo que viniera, hasta que alguien les daba la noticia de que podían mudarse a un lugar más o menos definitivo. Se suponía que ese departamento, en el centro de Santiago, lo era. Una «casa de seguridad».

—¿Te gusta? —le preguntó su madre dando vueltas sobre sí misma con una alegría que a Isi le hizo pensar en Heidi, esa chica boba en su colina.

—No está mal —replicó en un tono monocorde. No iba a desplegar ni alimentar alguna forma de entusiasmo. Lo más probable es que tuvieran que salir de ahí pronto.

En la sala había una mesa, tres sillas de mimbre, un sillón de cretona con flores y un televisor. Por la ventana no se veía la calle, solo los traseros de los edificios vecinos. En el cuarto había una cama con una colcha multicolor tejida a crochet y en la ventana colgaban tres pájaros de mimbre. Era mejor que muchos de los lugares donde habían estado.

Al día siguiente de su llegada celebraron el cumpleaños número dieciséis de Isi. Se vistieron con sus mejores ropas —Constanza con un vestido de satén con encajes, Isi con una falda larga color lila que habían encontrado en una tienda de ropa usada— y salieron a comer

a un local cercano. Hacía tiempo que no se daban un festín así. Su madre le regaló un bolsón de cuero que le serviría para el colegio. Hacía un año que Isi no pisaba una sala de clases.

Leonor

Los atentados a las torres de electricidad se intensificaron. En el silencio sepulcral del toque de queda me quedaba hasta altas horas intentando oír, en el departamento del frente, los movimientos de la mujer y la chiquilla. Hacía un esfuerzo por dejar de pensar en ellas, pero no podía. No era normal que a este edificio destartalado y vacío llegara a vivir, justo frente a mi puerta, una niña igual a mi hija. No era normal en absoluto. Hacía frío, un frío cansado de invierno que la estufa a parafina no lograba aplacar. Quería verla otra vez, pero al mismo tiempo temía lo que pudiera encontrar.

Hace una infinitud de años, cuando estuve internada en un sanatorio para desintoxicarme del alcohol, recibía todos los días unas llamadas misteriosas. Una mujer pedía hablar conmigo y, cuando me ponía al teléfono, ella permanecía en silencio. Desde el primer día supe que era mi hija. Acaso necesitaba, a pesar de todo, oír la voz de su madre, como yo necesitaba la suya. Por eso yo le hablaba. Le contaba de las enfermeras, de la comida, de las demás pacientes, tonterías cotidianas para que permaneciera allí, al otro lado de la línea. Rescataba para Cronopia, que me escuchaba a miles de kilómetros de distancia y en silencio, la pesadez de la vida que había en ese lugar, sin jamás revelarle que yo sabía, que sabía que era ella. Es lo más cerca que hemos estado desde que la perdí. De tanto

en tanto me detenía un segundo con el fin de oír los rumores lejanos que aparecían al otro lado del teléfono, la bocina de algún coche, el ladrido de un perro, nada lo suficientemente concreto como para dilucidarla, nada que fuera una señal inequívoca de su presencia. Me pregunté entonces y me sigo preguntando por qué, si me escuchaba por largos ratos, no podía ella también otorgarme una palabra. Recibí la última llamada un día antes de salir del sanatorio y la encaré. «Cronopia, sé que estás ahí», le dije, y cortó.

Isi

Al lunes siguiente de llegar al departamento, sobre el uniforme de colegio —jumper y camisa blanca— Isi se puso la bufanda roja que le traía suerte, y partió al Liceo. Hacía cinco meses que el año escolar se había iniciado.

Entró a una sala repleta de niñas que no levantaron la vista de sus cuadernos, mientras la profesora le indicaba que se sentara en la última fila. No le importaba que la ignoraran ni quedar al fondo de la sala, de hecho, iba bien con su mandato supremo, el de su madre y el suyo: hacerse invisibles. Al recreo se quedó en la sala para no tener que hablar con sus compañeras ni exponerse a sus interrogatorios. De dónde venía, por qué había llegado a mitad de año, en qué colegio había estado, qué hacían sus padres, todas esas preguntas cargadas de curiosidad a las que hubiera tenido que responder con mentiras. Era impensable confesar que ella y su madre vivían hacía cinco años en la clandestinidad.

Su educación era tan informal e impredecible como sus vidas. Constanza le había enseñado casi todo lo que sabía. Las matemáticas se le daban fácil y le gustaban. También le gustaba la lógica. El día que descubrió que la razón, a diferencia de las emociones, se podía verificar, fue como haber tocado tierra después de haberse pasado la vida flotando.

Si su primer mandato era hacerse invisibles, el segundo era callar. Constanza le había enseñado también que callar es un arte, porque no es lo mismo que no hablar. A veces hablando logras callar lo que importa. «El arte de los discursos divergentes», le llamaba su madre. Era muy simple: distraías a tu interlocutor hablándole. Constanza era experta. La había visto sostener animadas conversaciones con el encargado de un supermercado mientras ella introducía en su bolsón algo para la cena. Pero ahora no necesitaban «expropiar», como denominaba su madre a estos actos, porque ahora tenía un trabajo, un trabajo formal, de 9 a 5 de la tarde. No le había mencionado con exactitud en qué, ni necesitaba hacerlo.

Pero no eran tan solo las preguntas incómodas, la necesidad de ser invisible y su vida errante las que la llevaban a aislarse de sus compañeras. Su cuerpo apenas se había desarrollado y medía varios centímetros menos de lo normal para su edad. Había, además, algo en ella que no cristalizaba. Por más que lo intentara, no lograba tener la actitud desenvuelta de las demás niñas. Las veía caminar decididas, riendo y moviendo el culo como si fueran al encuentro de algo fascinante, aunque su propósito no fuera más que llegar al quiosco al final del patio. Le era difícil imaginar en ella esa desenvoltura y ligereza, quizás porque siempre temía que a la siguiente esquina su destino diera un vuelco. Era una chica de

dieciséis años con la apariencia de una de doce que estaba imposibilitada para la liviandad. Un mal desconocido y secreto exacerbaba su distancia con el mundo. Añoraba con todas sus fuerzas encontrar algún día una medicina que la curara de esa enfermedad.

Sus tardes seguían un orden que rayaba lo sagrado. Cuando llegaba del colegio, hacía sus tareas y ordenaba el cuarto que por la mañana no habían alcanzado a asear. Al rato llegaba Constanza con algo para comer. Aquella rutina, que reproducían donde estuvieran, era una forma de tener un cierto sentido de normalidad, ahí donde la normalidad no existía. Esa tarde estaban sentadas a la mesa comiendo cuando en Radio Cooperativa oyeron decir al locutor: «El autodenominado Frente Manuel Rodríguez se adjudicó los últimos cortes masivos de luz». Se miraron. Constanza movió la cabeza de un lado a otro negando. Ella no había sido parte del operativo. A veces se comunicaban así, sin palabras, sobre todo cuando se trataba de esos asuntos. Constanza le había dicho que ya no estaba en la primera fila del Partido, y que su labor consistía en ayudar a las víctimas. Nunca pronunciaba la palabra tortura, pero Isi sabía que se refería a eso. Las víctimas de tortura. No tenía ninguna seguridad de que fuera cierto, bien podía tratarse de otra de sus estrategias para tranquilizarla y evitar que se llenara de sarpullidos. Tanto temía Isi lo que pudiera ocurrirles.

Después de comer apagaron la radio, encendieron la casetera, pusieron *Imagine* de John Lennon y se echaron juntas en el sillón. Solo tenían cuatro casetes: uno de Serrat, uno de Violeta Parra, uno de Víctor Jara y el de Lennon. Aunque a Isi el que más le gustaba

era el de Serrat, nunca lo escuchaba, porque la entristecía. Se lo había regalado Tomás. No pasaba un día sin que pensara en él.

Su último «hogar» antes de llegar a ese departamento estaba a unos pocos metros de una línea de tren abandonada. En el barrio no había pavimento ni árboles. Pero en su pequeño antejardín había un nogal que en el otoño se cargaba de nueces, por eso la llamaban la Casa del Nogal. Ese había sido el periodo más largo que habían permanecido en un solo lugar. Un año y tres meses. Constanza iba a su «trabajo» y ella al liceo. A veces su madre tenía que viajar por unos días y ella se quedaba en casa de alguna familia, nunca la misma. Cuando su madre se iba, todo se detenía en un espacio negro. Solo se ponía en marcha cuando volvía a buscarla y retornaban a la Casa del Nogal, a su rutina. Cocinaban salchichas con arroz, huevos fritos con puré de papas, sándwiches de jamón con queso y pechuga de pollo con mucha mayonesa. A veces se daban el lujo de comprarse unas chuletas sabrosísimas que freían en un sartén y luego las comían como dos cavernícolas. Uno de sus ritos más preciados, si es que las condiciones se daban, era hacer merengues al horno para los solsticios. Batían las claras de huevo con mucha azúcar y ponían los merengues sobre la lata del horno. De niña imaginaba que eran sombreros de duende. Después de un rato se ponían dorados. Dorados como las ventanas iluminadas de las casas que veían cuando en la noche se subían a un auto rumbo a un sitio desconocido, dorados como las pelis de Disney, como las coronas de las reinas, como el sol. Como las mentiras.

Solo tres personas entraban a la Casa del Nogal. Tomás, Javier y Sonia. Estos no eran sus nombres verdaderos, tampoco el suyo ni el de Constanza. Trabajaban en una operación de la cual Isi no se

enteraba. Solo Javier sabía dónde vivían, Tomás y Sonia llegaban escondidos en la parte trasera del Fiat 600 de Javier, cubiertos con una frazada, de modo que nadie los viera, y ellos tampoco supieran del paradero. Javier estacionaba el Fiat en el garaje de la casa y recién entonces Sonia y Tomás salían de su escondite. Algunas veces tomaban once en la cocina en medio de planos y papeles. En ocasiones Tomás le traía un berlín rebosante de crema pastelera y la miraba mientras ella se lo comía. Le gustaba que la mirara así. Él tenía diecinueve años y los ojos de diferente color. El derecho era gris y el izquierdo, verde; eran tan diferentes que a veces tenía la impresión de que había dos chicos en él. Iba en primer año de leyes. Su voz era ronca, pensaba un buen rato antes de hablar y todos guardaban silencio para escucharlo. A veces su madre le pedía a Isi que le explicara al grupo cómo se construye un argumento: las premisas, los razonamientos, las conclusiones. Estaba segura de que lo hacía para lucirse y lucirla. Tomás la escuchaba atento, como si hubiera sido una más de ellos. Terminado el té, se encerraba en su cuarto. Él la miraba partir y ella lo miraba quedarse. A veces, a la mañana siguiente, cuando se preparaba para ir al liceo, los encontraba aún trabajando en la mesa del comedor. Tomás la acompañaba a tomar desayuno. Le hablaba de Georg Lukács y Marcuse, también de su sueño de estudiar leyes en Alemania, sueño que a continuación desechaba con un gesto de la mano, como se hace con las ideas imposibles. Ella le hablaba de los milagros matemáticos que tanto le fascinaban, los patrones infinitos, las series que convergían en un número irracional, las ecuaciones con múltiples resoluciones. Él la escuchaba con una atención quirúrgica y si ella se quedaba un momento en silencio él le preguntaba

«¿qué?», como si cualquier interrupción fuera un riesgo que no estaba dispuesto a correr. Una vez le preguntó por qué le gustaban los números. «Porque son lo más lejano de lo humano que conozco», le respondió. «¿Y qué tienes contra los humanos?», quiso saber. Le señaló con la barbilla a su madre, a Javier y a Sonia que, como siempre, estaban enzarzados en una discusión, cada uno empecinado en su punto de vista. Se quedaron escuchándolos unos segundos y luego se largaron a reír. Una tarde Tomás le contó que su madre se había intentado suicidar. Él tenía tres años e iba en el auto con ella cuando lo estrelló contra un muro. Unos pocos años después lo intentó de nuevo y lo logró. Le conmovió que él le revelara algo tan personal. Ella le contó que su abuelo había muerto una noche solo en su cama y que era una idea que la atormentaba.

—Siempre morimos solos, Isi. Es el destino humano.

—No, no es cierto. Alguien puede tomarte de la mano y acompañarte hasta el final.

—Pero el umbral lo cruzas solo.

En su ojo gris había convicción y en el verde, miedo. Ella también le temía a la soledad de la muerte.

—Seguro que con el calor de una mano que quieres es diferente —le dijo ella. Quería creerlo así y que él también lo creyera.

—Puede ser.

Tuvo la sensación de que sin decírselo estaban haciendo un pacto. El pacto de acompañarse hasta ese umbral. ¿Era acaso posible?

Un día él le trajo una regla de cálculo que había pertenecido a su madre. Era un modelo de colección fabricado en hueso por Keuffel & Esser, venía en una cajita de madera. Tomás le pidió que se la guardara y ella le prometió que la cuidaría.

Una de esas noches, después de comida, cuando ella ya se había acostado, Tomás entró a su cuarto.

—Hola —le dijo desde la puerta—. ¿Puedo entrar?

Se reincorporó. Su cuarto era el único lugar de la Casa del Nogal que con su madre habían hecho suyo. Habían pintado los muros de un azul pálido y llenado de maceteros con cardenales rojos la ventana. Era en su cuarto también donde guardaban la casetera. Su bien más preciado.

—Te traje un regalo —le dijo Tomás y le mostró el casete de un músico que ella no conocía. Sus manos eran grandes y morenas y tenía un lunar en la comisura de la boca.

El cuarto no tenía cortinas, la luna estaba casi llena, por lo que no fue necesario que él prendiera la luz para encontrar la casetera y encenderla. La canción comenzaba con una guitarra acústica. Le gustó la voz del cantante. *Yo amo los mundos sutiles, ingrávidos y gentiles... Bajo el cielo azul temblar, súbitamente y quebrarse.* Quebrarse, quebrarse, murmuró para su adentros*.* Quebrarse. Se estremeció.

—¿Te gusta? —Tomás se sentó en el borde de su cama.

Ella asintió. No quería que viera su emoción. Las emociones la hacían vulnerable y ella no podía mostrarse vulnerable ante él. Ante nadie.

—Es Joan Manuel Serrat. Un músico español. Y la letra es un poema de Machado.

—Sé quién es Antonio Machado.

—¿Lo conoces? —le preguntó sorprendido.

—Lo estudiamos en el liceo.

No le dijo que Antonio era el nombre de su padre y que por eso había leído todo lo que había encontrado de Machado. Tampoco le dijo que su padre había muerto trágicamente y que ella nunca lo había conocido.

—A mí me gusta mucho esta canción, sobre todo cuando dice que para el caminante no hay camino más que el que se hace al andar —dijo él.

Le acarició el pelo. Bajó con su mano hasta su cuello. Su mano morena. Y luego siguió bajando. Rozó apenas sus pechos por sobre su camisa de dormir de franela, se detuvo, alzó la vista y se quedó mirándola a los ojos con total atención. Isi sintió que buscaba algo en ella, algo que él había perdido y que necesitaba desesperadamente. Contuvo la respiración y lo besó. Sus labios eran increíblemente suaves. Él metió su lengua levemente en su boca. Estaba viva y caliente. Pero de pronto el beso se había acabado. Era su primer beso y había sido tan breve que no había alcanzado a atraparlo. Era casi como si no hubiera sucedido. Quería más.

—Esto no está bien —dijo Tomás con una voz apenas audible, como si la hubiera ido a buscar lejos, a un lugar al cual no hubiese querido nunca llegar, y sin mirarla salió del cuarto.

Al día siguiente solo Javier y Sonia se aparecieron por la Casa del Nogal. Lo mismo al siguiente. Y al siguiente. Temió que, por su culpa, por haber cometido la impertinencia de besarlo, Tomás hubiera abandonado la misión en la que tanto habían trabajado. Le dio miedo pensar que podía causarle daño a alguien. Era un poder que recién descubría y no le gustaba. Cuando les preguntó por él a Javier y a su madre, le dijeron que había enfermado. Pasó por su mente la posibilidad de que ellos se hubiesen dado cuenta de lo que

sucedía y por eso lo alejaran. Tomás volvió al cabo de una semana. Pero ya apenas la miraba, la rehuía, mientras que lo único que ella ansiaba era que volviera a ocurrir, que se besaran otra vez, que la mirara con su ojo verde y su ojo gris. Un día lo abordó en la cocina. Se empinó en la punta de los pies para alcanzar su boca y le dio un beso. Él la apartó.

—Isi, eres la chica más linda e inteligente que he conocido nunca, pero esto no puede ser —y salió.

Una tarde Javier llegó en su Fiat 600 más tarde de lo acostumbrado, casi al anochecer, venía solo. Isi hacía sus tareas en la mesa de la cocina y lo oyó contarle a su madre de un asalto a una casa de seguridad. Había habido resistencia y los militares habían incendiado la casa con morteros. Habían quedado cuatro cuerpos carbonizados.

—Fue una masacre, Constanza —dijo Javier. Su madre se quebró. La oyó llorar.

Ella, que nunca se quebraba. Tal vez lloraba porque podría haber sido la Casa del Nogal. Ahí también había armas. Se suponía que ella no lo sabía. Tenía estrictamente prohibido bajar al sótano. Y por eso mismo un día había bajado. No le fue difícil encontrarlas. Estaban cubiertas con sacos de tierra de hoja. La Casa del Nogal con ellas incluidas —la madre joven y su hija adolescente— eran el decorado para ocultarlas. Sí. Podrían haber sido ellas. Las armas le generaban una extraña atracción. Era como presenciar la muerte. Por eso volvió a bajar al sótano, no una sino muchas veces. Un día divisó en un rincón una caja. Estaba junto a una pila de periódicos antiguos. Era una caja de metal con flores pintadas y a punto de desaparecer por el óxido. No resistió la tentación de abrirla. Entre un montón de

papeles encontró un cuaderno de caligrafía. Pensó que podía ser uno de sus cuadernos de niña y le emocionó que su madre lo hubiera guardado. Ellas no tenían nada, iban de lugar en lugar sin historia. Por eso lo abrió. Pero no era uno de sus cuadernos. Era una larga lista de métodos de tortura. Llegaban a sesenta y dos y los memorizó casi todos. Nunca supo por qué lo hizo, pero así fue. Durante mucho tiempo, en los momentos menos pensados volvían a su memoria y hacían que le picara todo el cuerpo. Como cuando tenía miedo.

Cuando Javier partió esa tarde y por fin estuvieron solas, Isi le preguntó a su madre por qué Sonia y Tomás no habían venido ese día como de costumbre. Constanza bajó los ojos y no le respondió. Isi volvió a preguntarle y Constanza, ante su insistencia pero sin levantar la mirada, le dijo que ellos estaban bien. Su voz era tan tenue, tan poco definitiva, que Isi intuyó que su ausencia guardaba relación con la masacre. Por eso no quiso seguir indagando, por miedo a que le respondiera que sí. Por largo tiempo no supo si estaban vivos o muertos.

Decidió que nunca más iba a enamorarse, ni siquiera a hacer amigos, porque construir cualquier forma de apego era lo mismo que cavar un hoyo para que alguien te tirara ahí y te echara tierra encima. No.

Después todo comenzó a desmoronarse. Ya no pudo volver al liceo y Constanza no la dejaba un segundo sola. El miedo estaba siempre acechando. Era hora de dejar la Casa del Nogal. Y partieron. Estuvieron casi un año dando tumbos de casa en casa hasta llegar al departamento. El departamento que ahora las acogía, mientras *Imagine* sonaba en la casetera.

Solo escuchaban a Lennon en esos raros momentos en que la vida se detenía, como esa tarde, echadas las dos en el sillón. Se volvió hacia su madre, encogió las rodillas y ella la abrazó. Permanecieron así, Constanza rodeándola con su abrazo y ella acurrucada. A lo lejos sonaba el ulular de las sirenas y el zumbido de los helicópteros. Hubiese querido que se quedaran ahí para siempre. Pero claro, sabía que «siempre» y «nunca» no existían. Que eran palabras que inventaron los filósofos para nombrar lo inasible. La música de Lennon se detuvo.

—Es hora de acostarse, pulguita, mañana tienes que ir al colegio.

La ayudó a ponerse el piyama como cuando tenía cinco años. Se acostaron en la única cama, apagaron la luz y se acurrucaron.

Leonor

Otro atentado, otra noche de apagón. A tientas busqué mi botellita de whisky y me tomé un trago al seco, sin vaso ni hielos, sin cursilerías, y me enjuagué la boca con el dorso de la mano. Me gustaba ese ademán, su dramatismo, y el zarpazo del alcohol que mitigaba los espantos. No quería ni pensar en lo grotesco que se dejaba ver en mí. Pero qué más daba. Para eso era vieja y vivía sola. Para ser absurda sin culpa.

Jamás imaginé los inútiles y humildes privilegios que me traerían los años. La fuerza de la juventud radica en la imposibilidad de imaginar la decadencia. Hasta que llega. Hasta que te atrapa por los pies y te tumba. Con el cuerpo desentumecido y el miedo amansado por el alcohol, encendí una vela y me senté a la mesa del comedor

ante mi Remington con la esperanza de que por fin las palabras volvieran a fluir. Por la ventana alcanzaba a ver aún un manojo de estrellas como puntas de alfiler. Sentarme frente a mi máquina de escribir era un rito que reproducía cada día y cada noche. Una forma de tortura lenta que me imponía a mí misma, porque lo que quería en realidad era quedarme mirando las manchas y grietas del techo. Cuántas noches quedaban aún por matar, cuántas mañanas y tardes. Irlas aniquilando minuto a minuto con actos inútiles y recuerdos añejos.

Posé las manos sobre las teclas. ¡Vamos! —les ordené—, ¡adelante!, pero las muy mezquinas permanecieron como siempre sin moverse, echadas sobre mi Remington como dos pájaros muertos. Las palabras me estaban vedadas. ¿Dónde se habían ido, dónde estaban? De un tirón saqué la hoja en blanco de la máquina, me la eché a la boca en pedacitos y me la tragué. Había hecho esto tantas veces que debía tener mil páginas dentro de mi estómago. Un feto que nunca nacía. ¿Dónde había quedado la fuerza, el ímpetu? Recordé a esa joven que una mañana de mayo de 1929 llegó a Valparaíso. Venía vacía y frágil como una caja de cartón. ¿Era a ella a quien debía acudir?

Valparaíso, 1929

«La realidad es un destello», te dijiste, mientras el Reina del Pacífico se acercaba al puerto de Valparaíso con la lentitud de una ballena azul. La extensión del agua, y en el fondo, trazos de colores que se fundían. De pie en la cubierta, apoyada en la barandilla de estribor, tenías la impresión de mirar los bordes del planeta, los bordes de la especie humana. Hay momentos que contienen una belleza insoportable, te dijiste. ¿En qué pensabas, Leonor? ¿En tu vida en París? ¿En tus estudios de literatura en la Sorbonne, en Mérimée, en Rimbaud? ¿En la Coupole, en la Rotonde, en las fiestas nocturnas *oh lá lá*? No. Pensabas en él. Y no había nada de él que no doliera. Era diplomático en la embajada de Chile y tenía quince años más que tú. Y ahora estaba lejos, con su hombría y esos gestos románticos que te habían embelesado, atrapado, destruido. Solo se había quedado contigo su crueldad.

Los pasajeros afirmaban sus sombreros y levantaban la cabeza como si se ahogaran bajo las ráfagas de viento. Tú también te ahogabas. Te acomodaste el chal de vicuña para resistir el frío. Las motas grises e indeterminadas que veías hacía unos minutos ahora se habían vuelto edificios, casas, calles, árboles, monumentos. Oíste el silbido anunciando la llegada del trasatlántico, estridente como el barrito de un elefante. A tu alrededor todo se agitaba. Las máquinas se apagaron, el agua se batió contra el casco, un estallido de

gaviotas en el cielo. El Reina del Pacífico atracó con un golpe sordo y definitivo.

Bajaste por la pasarela en medio de chirridos de cadenas, montacargas, carretones, maletas y bolsos que semejaban cuerpos amortajados, intentando mantener la cabeza en alto para no dejar tu derrota en evidencia. Un marinero te ayudó con los baúles. Más allá, en el muelle, divisaste a tus hermanas. Agitaban las manos como muñecas a cuerda. Era sorprendente su capacidad de ser adecuadas. Y tras ellas, doña Blanca, tu madre. Altiva, pecho abundante, con esa mata compacta de pelo en lo alto de su cabeza como una figura eduardiana. Incluso antes de ver su ceño, pudiste asegurar que estaba ahí, juicioso y severo, juzgándote por no haber terminado tus estudios, por haber sido incapaz de mantener la cordura y haber caído bajo el influjo malévolo de un hombre. Una imagen que te atrapó como una red a un pez. Inmovilizándote.

Doña Blanca y las mellizas te abrazaron. Debieron notar que habías perdido peso. El vestido volaba en tu cuerpo. Hasta tus pies se habían encogido y los zapatos te bailaban al caminar.

De vuelta en tu casa de infancia en la calle Monterrey te encerraste en tu cuarto junto a tus viejas muñecas, el crucifijo sobre tu cama y la ventana donde crecía el gigantesco gomero que tu padre, ya muerto, había plantado cuando naciste, y no volviste a salir.

Mientras tu madre te arrojaba sus flechas, tú observabas. Estaban sentadas a la mesa del comedor, una frente a la otra. Te impresionó que todo permaneciera impúdicamente intacto, tal como lo recordabas. Habías partido hacía cuatro años y, en ese tiempo, levantamientos y guerras habían acontecido en el mundo, cientos de

miles de personas habían nacido y otras habían muerto, pero aquí, entre las cuatro paredes de tu madre, nada se había movido. La vajilla y los animalitos de porcelana en el estante acristalado, la cuchillería de plata, las copas de Bohemia, los óleos campestres de buena factura, el lustre de una buena vida que te traía reminiscencias del tiempo estacionado de tu infancia.

—Tienes que olvidarlo, Leonor. Tienes que salir, tomar aire marino, conocer otra gente.

¿Otra gente?, quisiste decirle, ¿ese pequeño mundillo suyo de señores engalanados e ignorantes? Tu historia había atravesado mares y llegado hasta ellos. La historia de la chica estúpida y suelta que había caído rendida a los pies de un hombre casado y había perdido la razón por él.

Pero claro, ellos no conocían la avidez de tu cuerpo, el roce de su dureza, su respiración que se agitaba cuando te besaba, el estremecimiento que cruzaba tu espina dorsal y que despertaba en ti apetencia de todo, incluso de lo que no sabías, sobre todo de lo que no sabías. Su matrimonio estaba muerto, eso te había dicho, y pronto, muy pronto, cuando se deshiciera de su mujer, estarían juntos para siempre. Una tarde, en el salón de su casa, él te tomó de la cintura y por sobre tus ropas enterró su sexo en tus caderas. Empujaba, frotaba, frotaba. Respiraba fuerte, como un animal. Te arrastró hasta su cama. Su mujer y los niños estaban lejos, en Chile. Marquesina de roble, nobleza arcaica, y en las sábanas olor a hombre. Levantó tu vestido, fingiste resistencia, pudor. Es lo que imaginabas que hacían las chicas de bien. Te resististe un poco más. Sin embargo, era tanto el calor allí, tanto el deseo. Tu cuerpo ansiaba su tacto. Él entreabrió tus muslos y te penetró.

Al día siguiente amaneciste en esa cama cuando se asomaba apenas el alba. Contemplaste su rostro procurando no despertarlo. Una incipiente barba ensombrecía su mentón. Posaste apenas los dedos sobre su ceño. Querías entrar en su conciencia dormida. Necesitabas saber qué sentía, qué pensaba, necesitabas retener ese instante, retenerlo a él. Porque tú, tú ya le habías entregado tu vida. Te levantaste sigilosa y entraste al baño. Te miraste en el espejo. Había en tu rostro una sonrisa misteriosa, era un dejo triste y a la vez profundo. Tuviste la noción de poseer un cuerpo adulto, nuevo, indescifrable, un cuerpo que recibía y que daba.

Nada de eso podía saber tu madre. Pero, más crucial aún, ella no conocía la verdad última de la historia. La más dolorosa, la más difícil de traspasar.

—Leonor, ¿me escuchas? Te estoy hablando.

—Sí, mamá, te escucho.

—Si no quieres seguir en la boca de todos, tienes que salir, mostrarte, mostrarles que estás bien.

Un mes en la casa donde habías nacido y ya querías huir. Ese olor pavorosamente doméstico a pan recién horneado, a dulce de leche cocinándose en los hornillos, a leña, a hogar. A jaula.

Tu madre continuaba hablando. «Estoy preocupada por ti», repetía una y otra vez. Levantaba la voz y luego intentaba calmarse. Te conocía lo suficiente como para saber que el tono autoritario que empleaba con tus hermanas en ti no hacía mella. Notaste que llevaba la boca pintada de rosa por fuera del límite de los labios. Debía estar muy alterada para caer en un descuido así. Cada noche, antes de acostarse, se sacaba el maquillaje y se ponía los bigudíes delante del espejo de su tocador. Lo hacía con dedicación. Partía el

pelo en mechones y luego envolvía cada uno en un hierrito. A veces, mientras realizaba esta labor, e imaginando que nadie la oía, murmuraba sus apellidos. Lira, Olabarrieta, Hormazábal, García de la Huerta, Vergara. Llegaba hasta dieciséis. Desfilaban como soldaditos de plomo, hasta ir a enterrarse allá lejos, en sus orígenes de conquistadores españoles. Ahora los soldaditos desfilaban ante tus ojos, velando fieros por tu buena reputación.

Tanto era el silencio en la casa de la calle Monterrey que podías oír el suspiro del aire que pasaba por debajo de las puertas. Un silencio cargado de asfixia. Brillaba el suelo, brillaban pestillos y espejos, brillaban las baldosas y el rostro de los muebles. Era un brillo frío y enervante de días sin sol. Intentabas leer a Balzac, a Stendhal, pero nada podía sacarte de la cabeza ni del cuerpo el dolor. Ni siquiera la botella de coñac que habías encontrado en el pequeño bar de la casa y que fuiste tomando hasta vaciarla.

En París solías tomar fumé blanc, whisky y sobre todo vodka, que tenía el maravilloso don de no oler, también vino rojo, merlot y cabernet sauvignon, cuyas sutiles diferencias habías aprendido a detectar. A él le gustaba beber contigo. Bebían y luego hacían el amor. Todas las tardes, después de tus clases, él te esperaba en su automóvil con chofer a las puertas de la universidad y te llevaba a su casa. A veces iban a cenar a un restaurante elegante pero, después de que se dieran de bruces con el ministro consejero de la embajada y su esposa, no volvieron a salir. Le contabas de tus lecturas, de Chéjov, a quien leías y releías intentando dilucidar qué era aquello que lo hacía tan grandioso. Sobre todo, hacían el amor.

Hasta que dejaste de menstruar. Tardaste tres semanas en confesárselo, y cuando lo hiciste te bastó ver el terror asomado en

sus pupilas para entender. Él mismo consiguió a alguien que sacara a ese niño de tu vientre. Te llevó, sostuvo tu mano, te cuidó en su casa, aguardó a que te recuperaras y luego te soltó. Ya nunca más pudiste llegar a él. Clausuró todas las puertas, todas las ventanas, cerró todos los caminos que te llevaban a él y te dejó sola. Sola con tu vientre vacío. Y era ese vientre vacío el que más dolía. Un dolor inhumano. Soñabas con el niño, despertabas llorando. Él nunca te preguntó qué querías y tú nunca le expresaste lo que deseabas, ni siquiera te lo cuestionaste a ti misma, hasta que todo hubo acabado. Tan lejos estaba la posibilidad de que fueras tú quien definiera el destino de ese niño que llevabas en el vientre. Una mañana te decidiste a abordarlo. Te pusiste un vestido de organza color crema que remataste con una cartera rosa y el collar de perlas que habías heredado de tu abuela. Lo esperaste a las puertas de la embajada de Chile, donde trabajaba, y cuando se montó en su automóvil negro te subiste de un salto antes de que su chofer alcanzara a arrancar.

—Hola —le dijiste, y él permaneció en silencio.

Una bicicleta los adelantó. Estabas atenta a cada uno de sus gestos, cuando se frotó la barbilla sin despegar los ojos de la calle, cuando se apartó el pelo de la frente, cuando resopló, y cada vez imaginaste que el gesto desembocaría en una mano de él alcanzando la tuya.

—No puedo con esto sola —le dijiste por fin.

La palidez de él ante tus palabras se hizo fantasmagórica. Se acomodó en su asiento con una expresión de caballero cansado.

—Te volviste loca —te dijo con calma sepulcral—. Esto se acabó. Mi mujer y los niños llegan la próxima semana.

—Pero... —ibas a recordarle su promesa de abandonar a su mujer, de vivir para siempre contigo, cuando te interrumpió.

—Así es la vida, Leonor —te dijo sin asomo de crueldad ni dramatismo, simplemente constatando algo que todos sabían pero que al parecer tú aún no habías entendido. Le indicó al chofer que se desviara del camino y te dejara en el departamento donde vivías con otras dos estudiantes, luego abrió una carpeta que tenía en el regazo.

—Si me disculpas, tengo que revisar esto —dijo y dio por terminada la conversación.

Las otras Leonor, esas mujeres que estaban dentro de ti, te susurraban al oído. Así es la vida, él puede vivir impune su desamor, orgulloso de sostenerse robustamente anclado a sí mismo, santificado por su pequeñez de corazón, en cambio tú, tú tienes que cargar con este dolor, con esta pérdida. Hagas lo que hagas serás siempre condenada, te acusarán por amar demasiado, loca de amor, te dirán, y si no amas, si buscas otros derroteros, como descarriada, te señalarán. Ocurrirá decenas de veces. Cuando años más tarde llegue Cronopia, cuando te separen de ella, cuando escribas lo que no se debía escribir. Pero eso tú aún no lo sabes.

Así es la vida.

Por encima de los árboles y de los techos de la Rue Rivoli, el lúgubre resplandor del cielo derivaba hacia el violeta. Como en el mar.

Si pudieras volver al mar. Tu mar.

Mientras avanzaban por las calles de un París gris, el chofer silbaba una melodía. Era una melodía que te resultaba familiar. Recordaste de pronto la letra. *Pars, sans te retourner, pars sans te*

souvenir, ni mes baisers, ni mes étreintes... Habían doblado en la Avenue de Suffren y ahora pasaban frente a l'École militaire. Si pudieras alcanzar el más allá serías libre. Libre de tu destino. Si pudieras. En un impulso, abriste la puerta del auto y viste los adoquines. Su frialdad, su dureza. Era tan fácil. La calle olía a frutas podridas.

Te arrojaste.

Oíste el golpe de tu cuerpo estrellándose contra los adoquines, el rechinar de las ruedas al detenerse el auto y, en un segundo, el fin.

Cuando estuviste mejor de las heridas que había dejado el golpe, él mismo se encargó de despacharte a Chile. Un paquete incierto y peligroso del cual había que deshacerse con premura.

*

Oculta bajo las sábanas de tu cama de infancia intentabas olvidar que existías. Tras la puerta de tu cuarto oías las voces de tus hermanas y de tu madre, mientras tú planeabas la superficie del tiempo sin nunca dormir del todo. Tampoco despertar. El sueño y la vigilia estaban hechos de la misma urdimbre. Eras incapaz de imaginar el futuro. Un telón se había dejado caer en el teatro de tu vida para no levantarse más. Clausurado. Clausurada. El letargo de los días, el vacío.

Cuando te arrojaste del automóvil, creíste haber terminado con tu vida. Estabas segura de haber oído el golpe en los adoquines y después nada. Dormirte para siempre. Pero no, ahí estabas. Pensaste que, si vivir era tan arduo, morir sería más fácil. El cuerpo es tan vulnerable, tan poco adecuado para las durezas del mundo

físico, sin embargo, ¿por qué terminar con él resultaba tan complicado? Ni siquiera eso habías sabido hacerlo bien. Un intento ramplón. El automóvil estaba casi detenido cuando te habías arrojado. Habías quedado con contusiones en las caderas y en las piernas y una herida entre la clavícula y el hombro que, bajo la venda que una enfermera venía a cambiar cada tres días, se empecinaba aún en supurar. Eso era todo.

Te levantabas a las tres de la tarde, te sentabas en la sala y mirabas por la ventana. Pero incluso el mar, que ahora se asomaba oscuro bajo las nubes, dolía. Porque estaba vivo, y tú no. Tus hermanas cuchicheaban a tus espaldas. «Está cambiada, es otra, qué deslucida se puso». «¿Qué haremos con esta niñita?», oías a tu madre suspirar por los pasillos de la casona. Almorzabas y cenabas con ellas, pero ya no hablabas. Comías apenas y volvías a tu cuarto. La fatalidad de estar viva era a la vez la certeza de que habrías podido estar muerta. El fin de toda alegría, de toda inocencia. Sabías que esta vez habías tocado el límite, y por eso, porque lo habías tocado, podías mirar con quietud el devenir, sin esperanza, sin ilusión.

Solo el dolor te hacía saber que aún estabas viva. La noción de haber tenido a un ser en tu vientre y que te lo hubieran quitado. No haber hecho nada por impedirlo, no haberlo decidido por ti misma. Habías descubierto que la fragilidad última de una mujer radicaba ahí, en ese vientre hecho para sostener una vida, un vientre que es a la vez jaula y alas. Sabías ahora también que la desilusión en el amor es la gran derrota, la que acaba con todas las otras ilusiones. Estas nuevas certezas caían sobre tus huesos y te dejaban exhausta, varada en tu soledad. La soledad del jorobado de Notre Dame

enclavado en su torre, la de Frankenstein. Esos eran tus hermanos. Cómo dolía no encajar, observar desde la distancia la facilidad de tus hermanas para entrelazar sus pequeñas vidas con las de otros. La tranquilidad simple de saberse parte de una tribu. ¿Por qué tú no? Algo seminal no encajaba en ti.

Una amiga de tu madre le recomendó que llamara a un renombrado doctor. Melancolía, te diagnosticó, «el mal de los románticos», te dijiste. Pediste unas gotitas de láudano. Tan solo unas pocas. Una tarde el asistente del doctor, un joven imberbe que cayó bajo el influjo de tu misterio, llegó con un frasquito que deslizó secretamente en tus manos. Esa noche te tomaste cuarenta gotitas. Pero antes sacaste de debajo de tu cama el cuaderno de tapas rojas que tu profesor guía te había regalado en París y escribiste: *Quiero desaparecer en la ranura de un sueño*. «Escriba, señorita Pizaín», había sido el mandato de tu profesor, y así lo harías. Escribirías para evaporarte.

Habrías podido cumplir tu deseo de desaparecer en el sopor del láudano si Reynaldo y Celia Isla no hubiesen acudido a rescatarte. Reynaldo era un muy renombrado poeta chileno, y Celia la mujer más extrañamente bella que habías visto nunca. Tenía la apariencia de un ser acuático. Todo en ella remitía a la elasticidad del agua: el pelo oscuro y lustroso, brazos largos, hombros que se movían al vaivén de un ritmo oculto y propio. Los habías conocido en casa de unos chilenos en París, una noche de Año Nuevo y desde entonces no dejaron nunca de invitarte a las tertulias en su departamento de la Rue Bonaparte.

Reynaldo vivía rodeado de personas que lo admiraban, estudiosos que habían venido de otros continentes a escuchar su poesía. Pero,

entre todos ellos, te había escogido a ti. Tenía especial interés en tus estudios de literatura en La Sorbonne, sobre todo en las ideas que desarrollabas para tu tesis sobre Mérimée. En las cenas y veladas a las cuales te invitaba, estaba siempre atento a tus palabras. Te estimulaba a expresarte. «La palabra es tu poder, Leonor», te decía. Bajo su ojo atento y entusiasta, no exento de ironía, refutabas y levantabas argumentos. Sonreían cómplices, como si fueran poseedores de un código que los demás desconocían. Era un regalo inesperado que te asombraba. Sin embargo, cuando el diplomático te despojó de tu niño y te cerró sus puertas hubieras cambiado toda la atención que Reynaldo te prodigaba por una mirada amorosa suya. Una sola.

Ahora Reynaldo había sido trasladado a Buenos Aires como cónsul, y con Celia, enterados de tu desgracia, te invitaban a quedarte con ellos en su departamento en calle Corrientes. Era tu salvación. Debías salir de ahí y tu madre estuvo de acuerdo.

*

Unos días antes de partir a Buenos Aires miraste por la ventana de tu cuarto y divisaste una luz nueva, sin curtir, que centelleaba dorada sobre la superficie del mar. Por fin había aparecido el sol. Tal vez el mar barrería el infortunio. Tenía ese poder, tú lo conocías. Bajaste por Agua Santa hasta la playa Miramar y caminaste hasta la orilla por la arena tibia. Te sacaste la venda del hombro y, conteniendo el aliento, te zambulliste. Cuántas veces, en las tardes frías de un París invernal, habías pensado ese mar que se agarraba a la arena con sus puños de agua. Ese mar que siempre era arrastrado

de vuelta a su seno, a su naturaleza de inmensidad. Extendiste los brazos y flotaste de espaldas. Si levantabas la cabeza, podías ver a través del resplandor del agua tus piernas aún con moretones violáceos que había dejado el golpe en los adoquines, podías también ver tus senos que sobresalían apenas. Los que él había besado, chupado hasta hartarse, los que habrían alimentado a ese niño que nunca nació. El cielo era hondo, inconmensurable, los ojos se lo tragaban y siempre quedaba más. Nadaste mar adentro con brazadas largas y enérgicas.

No sabías entonces que no volverías a ver el mar hasta sesenta años más tarde, cuando una niña que aparecería en tu vida de manera inusitada y trágica te otorgara el regalo de llevarte allí por última vez.

El día que tu madre y tus hermanas te condujeron al recién inaugurado aeródromo Los Cerrillos llovía con una saña poco común. El cielo parecía pronto a desplomarse y los edificios se movían como fantasmas al otro lado de la ventanilla. Fustigado por el viento, el automóvil se balanceaba.

Tu madre y tus hermanas te acompañaron hasta la losa del aeródromo. Bajo el paraguas tu mente y tu cuerpo estaban adormecidos. Por eso te impresionó la emoción que sentiste cuando tu madre te abrazó sin dobleces, sin reprimendas, con un abrazo compacto, total, y luego te entregó un paquete envuelto en papel de seda blanco.

—¿Qué es? —le preguntaste palpándolo.

—Es el San Francisco de la abuela. Ella siempre dijo que era para ti —te miró a los ojos y en su mirada encontraste todo lo que de otra forma le resultaba imposible decirte.

—Pero mamá, es el cuadro más valioso que tienes.

Desde niña habías admirado esa pintura colonial sobre cuyo fondo, de un azul intenso, aparecía San Francisco con su raída sotana junto a un árbol con un pájaro entre las manos.

—Es tuyo, llévatelo. San Francisco te va a cuidar.

En los abrazos de tus hermanas estaba el alivio que experimentaban al verte partir. Seguro pensaban que tus desvaríos y tus arrebatos no contribuían a sus posibilidades de encontrar el amor de un hombre.

Antes de atravesar el umbral del avión, te detuviste en las escaleras y miraste al cielo. Un hueco entre las nubes dejaba entrever un minúsculo boquete azul. Levantaste la mano, atrapaste la imagen y te la llevaste a la boca.

Para salvarse basta con devorar el infinito, te dijiste.

Te sentaste junto a la ventanilla. El avión despegó. El ruido era infernal. A tu lado un hombre obeso leía *La Hora* fumando un cigarrillo. Atravesaron la cordillera. A pesar de que el DC3 se movía turbulento, tu corazón seguía muerto. Ni miedo sentiste cuando los motores pegaron un rugido del demonio y la cabina se agitó con más fuerza. Cerraste los ojos. Te envolvió el zumbido firme e hipnótico de las hélices. No podías ver la cordillera tras las nubes, pero la soñaste.

Santiago, 1980

Leonor

Cada vida tiene sus propias formas de atravesarse con el menor perjuicio posible, y la mía, durante años, siguió el mismo curso: despertar con un dolor de cabeza que amenaza con matarme, abrir los ojos de a poco para no ser fulminada por la luz, bajar un pie de la cama, luego el otro, tres Mejorales, café, entrar al baño y sentada en el escusado aguardar a que algo ocurra en mis intestinos, rezando para que la muerte no me sorprenda con los calzones en las canillas. De mirarme en el espejo y darme un baño, ni hablar.

Ese domingo encendí mi vieja Victrola y puse esa canción tan linda que habla del mar: *La mer, avec les anges si pures*. Y luego, al igual que esas viejas cotilleras de pueblo que suspenden sus tristes rutinas para zambullirse en las vidas ajenas, saqué mis catalejos del baúl de las memorias para mirar por la ventana. La plaza estaba cubierta de volantes. Cada día había más manifestaciones, desmanes, pelucones que protestaban y uniformados que los perseguían con carros lanza agua. Pero a pesar de eso, a pesar de que por las noches se dejaba caer el toque de queda y la ciudad se apagaba como si muriera, la vida continuaba. En la plaza, como siempre, los pirigüines corrían tras una pelota, los enamorados se besuqueaban, los viejos dormían despachurrados en los escaños, y

arriba, sobre todos ellos, pendía el mismo cielo lechoso e indeciso de siempre.

Una pareja, dos parejas, tres parejas, todas apichonaditas susurrándose al oído quién sabe qué cursilerías. Un poco más allá, los viejos de siempre, el zarrapastroso, el curcuncho, el dandy de baja estofa. Los jóvenes de pelos largos y grasientos cuyas risas me alcanzaban y luego desaparecían junto con el olor a comida de los puestos del portal.

Aunque ese domingo fue diferente. La niña estaba sentada en un escaño de la plaza. La observé con mis catalejos y comprobé que no me había equivocado. Si no hubiera sido por esa minifalda tan poco agraciada que dejaba al descubierto sus rodillas huesudas, habría dicho que se trataba de Cronopia. Delgada y pálida, labios finos, el mismo pelo lacio hasta los hombros y esa chasquilla brillante que Cronopia heredó de mí.

A unos metros de la niña estaba ese viejo presuntuoso y picado de la araña de Luis Arteaga sentado leyendo el diario. Luis Ortiga, lo llamo yo, por lo pegote y pinchudo. Juré que, si le atracaba los naranjines a la chiquilla, lo mataba. Sentí compasión por ella. Tal vez por las desventuras que por fuerza llegarían.

De joven las tragedias me atraían. Quería observarlas, sumergirme en su poderío. Me impulsaban a escribir. Después de que un hombre me obligara a abortar, escribí mi primera novela. El dolor y la rabia quemaban y de su combustión surgían palabras. Una novela que me trajo fama, amigos, dinero y hasta un marido. Pero después de publicar una segunda novela cuyo destino aciago no quiero recordar, cayó sobre mí un miedo inconmensurable a ser incapaz de reproducir el mundo fantástico y profundo de esos primeros textos.

Y ya nunca volví a publicar. Una vez una amiga que ya no es amiga —justamente por la impertinencia que tuvo de meterse en asuntos que no le incumbían— me dijo que escribiera de mi sed, de la necesidad que tenía desde hacía tanto tiempo de aturdirme en el alcohol para olvidar el miedo a despertarme en la inhumana claridad del día. Pero esa vieja que olía a whisky no cabía dentro de mi escuálida obra. No había en mi vocabulario palabras para ella.

Por uno de los caminos de grava de la plaza vi de pronto a la madre que caminaba hacia mi Cronopia. Se sentó junto a ella y la abrazó. Tenía los pómulos altos y facciones de trazos fuertes. Sacó de su cartera una manzana y la peló con un cuchillo. Sus manos eran diestras, precisas, pero a la vez lentas, como si intentara detener el tiempo, ese tiempo: la tarde de domingo, la plaza, su hija que la observaba atenta. Había algo peculiar en la chica, una seriedad precoz, una intranquilidad que también poseía Cronopia. Sus gestos eran bruscos y suaves a la vez. Tenía puestos sus sentidos en su madre, en los que distinguí una petición dolorosa de reciprocidad. Me pregunté qué edad tendría. Poseía el aspecto y la estatura de una niña, pero la actitud ponderada de una mujer. Como Cronopia. Cronopia, Cronopia.

Pensé en esos gestos que nunca llegaron a encontrar un lugar ni un tiempo entre nosotras. Después de cumplir dieciocho años y entrar a Harvard a estudiar física, cambió su nombre por el de María. Escueto, invisible, virginal. María. Esa fue su forma de transmutar su destino, cortar para siempre con el último lazo que la unía a mí.

La chica dejó caer la cabeza sobre el hombro de su madre. Cerré las cortinas y devolví los catalejos al baúl. Era hora de bajar al vestíbulo a ver mi buzón. Hacía días que no lo hacía. Para qué. Solo

recibía cuentas. A veces aparecía alguna invitación de la Sociedad de Escritores de Chile, pero la última vez que me había armado de valor y asistido al lanzamiento de un libro —no recuerdo cuál— sentí que los escritorcillos imberbes, además de los viejos mequetrefes, me miraban con compasión. Por eso me tomé varios vasos de vino y cuando uno de ellos, un jovenzuelo curquito con el rostro comido por la viruela, me ofreció un trago de su petaca de whisky, me la tomé de a sorbitos, sin soltarla, a pesar de las miradas furtivas del joven que esperaba impaciente que se la devolviera. Al menos, si resultaba ser un escritor sin talento y con vocación de víbora, podría más adelante en la vida, cuando yo estuviera bajo tierra, escribir en su biografía que estuvo en una *soirée* con la gran Pizaín y que ella se tomó todo su whisky.

Isi

Esa tarde después de clases decidió pasar por la biblioteca del liceo. Había encontrado el nombre de su vecina en uno de los buzones del vestíbulo y había descubierto que se trataba de Leonor Pizaín. Una escritora que había publicado dos novelas de joven con las que había alcanzado la fama y luego no había vuelto a escribir. Su vida estaba rodeada de un halo de misterio. Cuando le pidió sus novelas a la bibliotecaria, la mujer le contó que solo tenía la primera, *Campos cegados*, y que al parecer la segunda nunca había existido, que se trataba de un mito que sus admiradores habían inventado, una leyenda que había exacerbado la notoriedad y el enigma de la autora.

Le llamó la atención la pintura de la portada de *Campos cegados.* La imagen de una mujer hecha un ovillo dentro de una vaina que podría haber sido tanto un vegetal como un útero. El interior también tenía ilustraciones, todas con reminiscencias vegetales que le hicieron pensar en los bosques del sur donde había nacido y había pasado su infancia. Se instaló en una de las mesas de la biblioteca y se dispuso a leer. Era la historia de una mujer a quien un hombre le arrebata un hijo y decide quedarse el resto de su vida en un cuarto mirando un gigantesco gomero por la ventana. Un árbol en el que puede presenciar el paso del tiempo y las vidas que en él anidan sin tener que involucrarse con otros seres humanos. ¿Para qué voy a salir de este cuarto si en él están contenidas todas las verdades de la humanidad?, se preguntaba la protagonista. Había sido el dolor el que la había llevado a buscar entre esas cuatro paredes su verdad, pensó Isi, una verdad sin fisuras. Como su madre. Estaba segura de que Constanza llevaba a cuestas un cargamento de aflicciones de las cuales no hablaba, y era probable que fuera en esas verdades absolutas que profesaba con tanta vehemencia donde se refugiara del dolor.

Venía pensando en estas cosas cuando al abrir la puerta del edificio se dio de bruces con Leonor Pizaín.

—¡Ayy, niña!, me has dado un susto de los mil demonios —gritó Leonor.

Ella también le había dado un susto. No le gustaban las casualidades, había descubierto que siempre traían mala suerte.

—Disculpe —le dijo—. ¿Está bien?

—Sí, sí. —Leonor la miró fijo, sin moverse.

—¿Está segura? —insistió.

—¿Cómo te llamas?

—Isi Cortéz.

—Mucho gusto, Isi, yo soy Leonor.

Quiso decirle que lo sabía, que acababa de leer su novela, que tenía un montón de preguntas que hacerle, pero no podía. No podía entablar ningún tipo de relación más allá de lo básico con sus vecinos. Eso le decía su madre. No sabía si respondía a alguna instrucción del Partido o si se lo había inventado ella. Pero ese era el mandato. Nunca se sabía cuándo alguien las podía traicionar. Por eso se despidió con extrema amabilidad y subió las escaleras. En el rellano volvió la vista atrás y descubrió que se había quedado mirándola. Le sonrió y Leonor también le sonrió.

Abrió la puerta del departamento y en la sala encontró a Javier. No lo veía desde que habían dejado la Casa del Nogal.

—Isicortéz —la saludó.

Los compañeros pronunciaban su nombre de corrido. Isicortéz. Nunca le había gustado, sonaba al nombre de una planta. Le dio un apretón de manos y un abrazo.

En el departamento todo había cambiado. El living, que antes tenía al menos cinco metros de largo, ahora tenía tres. Ya sabía lo que había sucedido. Lo había visto antes. Habían construido un depósito, un lugar donde ocultarse, un barretín que tenía que olvidar en ese mismo instante.

—Qué tiempo que no veíamos a Javier, ¿verdad, pulguita? —dijo Constanza, que apareció desde la cocina con dos tazas de té. Aunque hacía frío, llevaba puesta su camiseta con el rostro de John Lennon, su preferida. Resplandecía como nunca. No quiso ni pensar en lo que habían estado haciendo además de armar el muro.

—Así es —respondió, sin agregar que no lo veían porque después de la masacre en la casa de seguridad, todos habían escondido la cabeza dentro de un agujero para que no los mataran. No la entendía. No entendía cómo podía estar en lo mismo después de todo lo que había ocurrido. Detestó a Javier. Estaba segura de que él pensaba que Constanza habría estado mucho mejor si no hubiera tenido que cargar con ella.

Los compañeros eran expertos en construir barretines. Seguramente su madre había ido trayendo los materiales de a poco, con tal disimulo que ni siquiera ella lo había notado. Tablones pequeños, clavos y un papel mural de flores que ahora cubría el living, de modo que el muro falso se integraba al ambiente de forma «natural». Habían colgado un cuadro. Unos trigos que le parecieron feísimos. Los mecanismos para abrir los barretines variaban. En ese caso tuvo la impresión de que lo habían sujetado de un pivote al centro, y que, presionando en uno de los costados, el muro debía girar hacia el interior abriendo una brecha para entrar. Pero claro, no podía preguntar. Tenía que pretender que ahí no había pasado nada y que ella era una criatura que bordeaba la deficiencia mental. Por suerte no le había hablado a la escritora, ahora con ese barretín, se había acabado la gota de normalidad que habían logrado. Los odió con todo el odio que fue capaz de concentrar.

Después de tomarse su taza de té Javier se despidió de su madre con un abrazo. Notó que se demoraba más de lo necesario en soltarla. Ella le susurró algo al oído. ¡No podía creer que estuvieran liados! Era tan estúpido. Un día le había oído decir a una compañera que los amores entre combatientes son más peligrosos que salir con

una metralleta a la calle, porque los enamorados pierden la cordura y se vuelven bombas ambulantes. Y le creyó.

Después de que Javier hubo partido, le preguntó a su madre:

—¿Qué van a guardar ahí?

—¿Ahí dónde, señorita pulga? —la miró seria, la cabeza inclinada hacia un lado, los brazos en jarra, y no cejó en su mirada hasta que ella cedió. No había más preguntas—. Hagamos merengues —señaló con ese entusiasmo suyo que no se detenía ante nada.

—¿Ahora?

—¿Y por qué no?

No quería tener que decirle que la detestaba a ella y a esa madriguera que estaba al otro lado del primoroso muro, que el animal que vivía en su estómago y le retorcía las tripas había vuelto a despertarse, que lo más probable era que las pesadillas que esas últimas semanas habían cedido volvieran a aparecer. Por eso, en lugar de contestarle puso la televisión a todo volumen. Era la hora de Magnetoscopio Musical.

Tenían tan solo una fotografía de su padre. Constanza la guardaba en un bolsillo de su maleta. A veces, a escondidas, Isi la sacaba y la miraba. Tenía el rostro cuadrado, el pelo rubio, bigotes y anteojos también cuadrados que le ocultaban los ojos. Hubiera dado cualquier cosa por ver qué había detrás de esos anteojos. Quería que la mirara, que le dijera algo. Su madre decía que cantaba lindo. Que apoyaba la mejilla contra su panza y le cantaba. A veces quería creerle y a veces no. Creer era un asunto de voluntad.

La historia que le había contado era escueta. Él y dos compañeros habían intentado tomarse una radio en la provincia de la Araucanía, pero algo había salido mal. Hubo una balacera y los mataron.

Constanza estaba afuera con su panza de ocho meses vigilando junto a otras dos mujeres, pero no anticiparon el peligro. Tuvieron que huir y esconderse en un bosque vecino. Alguien las había visto.

Intentó incontables veces que le contara más. ¿Quiénes iban con él? ¿Por qué no había más fotos suyas? ¿Por qué nadie lo mencionaba? ¿No era acaso un héroe? Pero Constanza nunca le contaba. Soltaba un par de palabras vacías y cambiaba de tema. Debía ser demasiado triste para ella.

Cuando los merengues ya estaban en el horno, Constanza salió a la sala, bajó el volumen de la tele, se limpió las manos en el delantal y le dijo:

—Isi, ¿te gustaría ir a Canadá?

—¿A Canadá? ¿Por qué? ¿Acaso te ganaste la lotería?

—No me refiero a un paseo, me refiero a irte a vivir allá. ¿Te gustaría?

—Qué extraña pregunta. ¿Contigo?

—Hay una familia en Quebec, una familia canadiense, que le gustaría mucho recibirte. Te están esperando. Se ofrecieron incluso a pagar el pasaje.

—No me has respondido. ¿Contigo?

—Yo no puedo salir de esto, Isi. Pero tú sí. Tú puedes.

—Lo que dices no tiene lógica. Dos predicados contradictorios que no conducen a ninguna conclusión. Yo, tu hija, necesito otra vida, pero tú, mi madre, no puedes salir de la que tenemos juntas. Me sorprende en ti.

La oyó reír, una risa de esas que surgen de la angustia y que te otorgan un alivio momentáneo porque pronto vendrá el resto. Lo había visto mil veces.

—Piénsalo, te encontrarías con personas maravillosas, aprenderías francés, inglés. Con esa cabecita tuya, puedes aprender lo que quieras.

—¿Y todo esto lo has estado tramando a mis espaldas? —le gritó furiosa—. Ya sé, ya sé, quieres que me vaya para poder estar con Javier. Seguro lo planearon juntos.

—No digas eso, Isi, por favor, te lo ruego. Lo que quiero es que tengas una vida mejor, no esta porquería de vida—. Intentó tomar su brazo, pero Isi se escabulló. Constanza tomó la cajetilla de cigarrillos que estaba sobre la mesa y encendió uno. Le dio una larga piteada y tiró el humo con fuerza, como si estuviera soltando otras cosas también.

—Para mí no es una porquería de vida —le dijo a su madre. Estaba en el umbral de la cocina, los brazos cruzados en actitud de guerra.

—Pulguita, escúchame. Va a llegar un momento en que me vas a odiar por haberte hecho esto —se le quebró la voz.

—Eso no va a pasar. —Se acercó a ella y le robó el cigarrillo de la mano.

—¿Qué haces? —Como respuesta Isi entornó los ojos y le dio una calada. Se atoró—. Es lo que dices ahora, Isi.

Su madre le quitó el cigarrillo y lo apagó. Isi se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Es lo que voy a decir siempre —afirmó Isi.

Llevaba la vida observándola, conocía el significado de cada uno de sus gestos. A ella no la engañaba como a los demás. Sus convicciones la hacían frágil, como esas ramas que no se balancean con el viento y se rompen. La incertidumbre la rompía, la pérdida de

sus amigos la rompía. Solo se tenían una a la otra. La responsabilidad de su madre —como decía con tanta seriedad— era «echar abajo a la dictadura», y la suya era su madre. Así de simple.

—Yo no voy a ir a ninguna parte. Y punto —le dijo con firmeza.

Leonor

Una vez al mes hacía el esfuerzo de arreglarme como Dios manda. Zapatos de tacón, la línea de los ojos decentemente trazada y un vestido de buena marca, uno de los pocos que aún me entraban después de haberle soltado las costuras. Como ese día estaba de un humor que sobrepasaba la media, me puse una boina afrancesada color vino y un viejo pañuelo Hermès al cuello. Mi objetivo era visitar a Adriano Levi, el único amigo que me quedaba, dueño de La Alborada. Lo había conocido en Buenos Aires hacía más de medio siglo, cuando él tenía una editorial y publicó mis dos novelas.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando alcancé la calle. Agradecí su tibieza. Era como si una mano amorosa me hubiera acariciado. Una sensación que de tanto en tanto echaba en falta y que probablemente no volviera a experimentar. Jamás pensé que llegaría el día en que nadie me tocara. La sola idea me habría resultado insufrible. Tampoco pensé que la necesidad sería persistente, que mi piel bramaría por ese contacto aun cuando estuviera hecha un pergamino. Tal vez por eso los viejos tienen gatos, perros, un cuerpo por el cual corre sangre caliente al cual arrimarse. La necesidad de contacto físico es acaso lo más patético que puede ocurrirle a una vieja. Lo decía Simone de Beauvoir. Cuando los viejos manifestamos

deseo todo en nosotros parece odioso, repugnante, irrisorio, obsceno. ¡Obsceno! Sí, lo había pensado, por qué no. Chantarme una pastilla de cianuro en la muela y hasta luego. Tal vez había llegado la hora de transformarme en humus y devolverle a la tierra todo lo que a lo largo de mi vida le había quitado. Me amononé otro poquito con el labial que llevaba en la cartera y seguí caminando. La librería estaba a tan solo unas cuadras, pero cada día ese corto trayecto se me volvía más penoso. Me he resistido a usar bastón, aunque parezca un plantígrado. Caminar erguida es el último gramo de dignidad que me va quedando.

Empujé la puerta de la librería y sonó la campanilla. Como siempre, me sacudió el olor a polvo, a moho y a papel, cruzado por un leve hedor a orina. El olor de los viejos. El mismo que debo tener yo. Adriano estaba sentado en su escritorio en el fondo de la librería, la cabeza oculta tras una pila de libros. Me acerqué y me di cuenta de que estaba dormido. Debió de pasar la noche buscando algún libro, o simplemente dejando pasar el tiempo —como él dice— hasta que la Oscura venga a buscarlo para llevárselo a un mejor mundo. Arrastré una silla de un rincón y me senté a su lado. No era la primera vez que lo encontraba así. Me gusta mirarlo dormir. Los pulmones que emiten un sonido como de fuelles, los párpados gruesos y rugosos, las islas resecas y oscuras de sus manos. Hay algo incontestablemente humano en el reposo. Abandonada la conciencia, el verdadero ser emerge frágil, como un brote. Adriano Levi y yo nos conocemos así. Sin cortinas ni telones. Él dice que conocerme fue como encontrarse a la virgen en un trapito, y yo le digo que lo que halló en realidad fue un trapito sin virgen.

Hace unos meses, después de tomar unos traguitos en el Bar Inglés, salí a la calle y me encontré con el mundo que rodaba desbocado. Gritos, gente corriendo, sirenas, cristales rotos, policías armados de palos, cascos y escudos. El mismísimo infierno. Un hombre me pasó a llevar y trastabillé. Me arrimé a un muro donde permanecí inmóvil, intentando volverme roca en esa corriente que lo arrastraba todo a su paso. Las fachadas de los edificios se inflaban y luego se desinflaban, las siluetas humanas se retorcían como reptiles. Sentí una mano que tomaba mi brazo. «Leonor», oí que decía una voz. Era Adriano apoyado en su bastón. Lo vi tan viejo, tan frágil, la espalda encorvada, el rostro de acordeón. Pero era él quien venía a rescatarme. Los ojos se me llenaron de lágrimas. «Está todo bien, tranquila», me dijo. Era un día de invierno, hacía frío. Me tomó del brazo, y ambos, temblando, atravesamos a paso lento los gritos, las piedras y la ola humana que se levantaba y daba vueltas alrededor de nosotros como un tornado.

De repente abrió los ojos y desde su escritorio me miró confundido. Levantó el torso, se estiró la chaqueta marrón y me preguntó qué se me ofrecía. Noté su palidez, sus ojeras hondas, la delgadez de sus muñecas que emergían bajo la chaqueta. La luz atravesaba su pelo blanco y algodonoso.

—Soy yo, ¿ya no me reconoces? —le dije y apoyé mi mano sobre el dorso de la suya. Tardó unos segundos en reaccionar. Sus ojos grises y acuosos se posaron en mí.

—Qué susto me has dado, pensé que la Oscura venía a buscarme.

—¿Tan mal estoy?

—Pero si yo no veo nada... —me dijo sonriendo. Se puso los anteojos, que descansaban sobre un libro, se reincorporó y me miró.

—Leonor Pizaín, estás espléndida como siempre.

Yo sonreí como lo hubiera hecho una maestra al ver que su alumno preferido no ha olvidado la lección.

—Y tú también, Adriano Levi, tan guapo y garboso como siempre.

Se acomodó la corbata que volaba en su cuello enflaquecido y se pasó la mano por la barba cana, que, junto con su nariz aguileña, me recordaban los autorretratos del Tiziano. La misma severidad, la misma contención triste que parecía cargar con el peso de su propia historia y la de toda la humanidad. Ese era nuestro acuerdo, hacerle al otro un piropo, sin importar que fuera o no cierto. También a llamarnos por nuestros nombres completos. A partir de cierta edad, nadie se dirige a ti, y entonces a tu nombre, como a los sillones viejos, comienzan a desgastárseles las esquinas.

—Has venido el día perfecto —me dijo, animado—. Ayer se vendieron dos de tus libros. Una parejita joven. Pero eso no es todo, el lunes vino una profesora y se llevó tres.

Yo sabía que no se había vendido ni un solo libro mío y que hacía este show para ayudarme, para cada mes darme dinero sin hacerme sentir mal. Lo fui intuyendo de a poco. Cada vez que yo llegaba, él abría la caja registradora, me entregaba un fajo de billetes y me decía entusiasmado que mis libros se estaban vendiendo como pan caliente. Era insólito que después de tantos años de olvido de repente la gente comenzara a leerme. Gracias a él, una minúscula editorial había reimpreso cien ejemplares de mi novela *Campos cegados*. Esos eran los libros que simulaba vender. Él hacía años había cerrado su editorial —cuando volvió de Buenos Aires— y se había abocado exclusivamente a su librería. Un día, mientras él atendía a un cliente, dibujé un pequeño círculo en la página 90 de

cada uno de los diez ejemplares que estaban dispuestos en la repisa. Siempre que iba a la librería con disimulo cogía un par de libros, buscaba la página 90 y no me sorprendía encontrar mi marca. Eran los mismos diez ejemplares que una y otra vez él simulaba vender. Por eso, de tanto en tanto, pretendiendo haber recibido el regalo de un admirador, me gastaba el dinero que él me había dado y lo invitaba a cenar. Había en nuestros actos una bella composición, un entramado de milagros que raramente la vida nos otorga.

Siempre me he preguntado si alguna vez *Campos cegados* llegó a manos del diplomático, el hombre frío y cruel que motiva la trama, si alguna vez la leyó, si sintió algún remordimiento. Aún hoy, después de más de sesenta años, cuando veo la portada, no puedo dejar de pensar en esa vida que él me quitó.

Adriano Levi me preguntó si le había llevado al librero del boliche de al lado los ejemplares que me había pedido.

—No he tenido tiempo. —Me acomodé en la silla con un gesto de gran señora—. Tú sabes, los compromisos. —Ese también era uno de nuestros acuerdos, aceptar que el otro inventara una vida que no tenía.

—Pues hazte el tiempo, entonces.

—He estado escribiendo —le dije como si nada. Él me miró con una expresión incrédula y a la vez esperanzada. Encendió su pipa, que nunca estaba a más de cinco centímetros de su alcance, y se echó hacia atrás en su silla.

Él sabía que, cuando me sentaba a escribir, me sumía en el vacío y me asaltaba una necesidad imperiosa de esfumarme, que los días pasaban huecos, uno tras otro, mendigándole al mundo un pichintún de inspiración.

Hacía un par de años que había logrado escribir una novela que luego boté a la basura. Durante ese tiempo apenas salí a la calle. Ni siquiera lo vi a él. De tanto en tanto lo llamaba por teléfono desde la botillería que estaba debajo de mi edificio y él me preguntaba con insistencia: ¿Qué estás escribiendo, Leonor Pizaín? Pero yo, emperrada, guardaba silencio. No quería que supiera. Por fin lograba hundir las manos en la tierra fértil de la escritura. Sin embargo, un día, sin terminarla, me detuve en seco. Escribía mi historia. Develaba mis secretos. Debía detenerme. No podía exponer mi pasado de esa forma tan brutal, no podía exponerme. ¿Para qué hablar de mí misma cuando habían tantas historias por imaginar, tantas historias muchísimo más relevantes que contar? No. No podía hablar con la verdad desnuda. Era una forma de enterrarme aún más hondo. Junté las hojas, salí al pasillo y las tiré por el incinerador. Al día siguiente, la señora de la limpieza del edificio —que venía tarde, mal o nunca, pero que ese día estaba allí— tocó a mi puerta. «Señora Leonor», me dijo, «seguro que se le fueron estos papeles a la basura». Estaban arrugados y con manchas de quién sabe qué cochinadas. Recibí las hojas con una sonrisa todo lo amable que me permitió la repugnancia que me producía verlas. Las metí adentro de un cambucho de papel y lo dejé junto con otros trastos en el armario de la sala. Adriano Levi volvía a preguntarme por el manuscrito. Le conté que lo había arrojado por el incinerador. No le dije que aún estaba por ahí, porque habría insistido en leerlo, y para mí estaba enterrado.

Hace unos meses, sentí una necesidad imperiosa de recuperarlo. Una intuición me decía que había algo allí que debía revisitar y

concluir. Lo busqué en cada rincón de mi departamento, pero el cambucho había desaparecido.

No sabía entonces lo que el futuro le tenía guardado a ese manuscrito, menos a mí. No había forma de que lo supiera, ni siquiera que lo imaginara.

—Vamos a tomarnos un cafecito al Haití, yo invito —oí que me decía Adriano.

Acepté con la condición de que nos fuéramos en un taxi y que cuando estuviéramos ahí, no comenzara con sus disquisiciones líricas sobre las piernas de las chicas que sirven el café en minifalda. Quizás le contaría de mis nuevas vecinas, de Isi, del susto que había pasado hacía unos días cuando me la había topado en el vestíbulo y no solo había corroborado su inquietante parecido con Cronopia, sino también reconocido su olor.

Isi

Salir a la calle después de clases le producía un gustito a libertad. Especialmente los lunes, que debían cantar la canción nacional ante la bandera de Chile alineadas en el patio como soldados. Ella cantaba sin cantar, excepto por una estrofa que habla del asilo y la opresión y que algunas compañeras también cantaban con más fuerza, no demasiada, pero la suficiente como para reconocerse entre ellas y luego dispersarse junto con las otras niñas por el patio rumbo a sus salas. Los lunes, en lugar de tomar la micro, solía volver al departamento caminando. A esa hora las calles eran un bullidero, las micros avanzaban repletas de pasajeros —algunos con

medio cuerpo afuera—, mientras en las veredas los vendedores ambulantes gritaban: cordones de zapaaaaaaatos, jabooooooones, chaaaaarqui, piiiiiiinches.

Ese lunes, a unas cuadras de la Plaza de Armas, el tráfico estaba interrumpido. Soldados con metralletas en bandolera inspeccionaban los bajos de los autos y hacían descender a los conductores para registrarlos. Un hombre estaba contra un muro con los brazos en alto, mientras uno de los soldados lo revisaba apuntándolo con su metralleta. ¿Qué estaría pasando? ¿Y si habían dado con su casa de seguridad? ¿Y si era a Constanza a quien buscaban? La gente atravesaba la calle apurada, temiendo acaso cruzar la mirada con los uniformados. Ahora se llevaban al hombre esposado. Iba con la cabeza gacha. Sintió angustia por él, pero también alivio. No eran ellas. No esa vez. Apuró el paso y se alejó. No quería ver más.

En la plaza todo continuaba igual. Los viejos dormitaban en sus bancos, los niños jugaban al luche, los vagabundos hurgueteaban los tarros de basura, los perros husmeaban las piedras. Así era la represión. Ocurría silenciosa y nadie quería verla ni oírla. Era el miedo. Ella también tenía miedo, pero no ese día. Hoy no iba a dejarse llevar por el miedo. Se compró un helado de naranja y se sentó en una banca. Había encontrado un libro sobre Santiago en la biblioteca y había descubierto que desde esa plaza se medían todas las distancias a cualquier lugar de Chile. En línea recta, Valparaíso estaba a 105,89 kilómetros, Punta Arenas a 2193,19 y Arica a 1663,24. Pensó que si hubiera hecho un dibujo de sus distancias, todas hubieran convergido en esa plaza donde ahora ella estaba sentada, como en la corola de una flor. En momentos así recordaba

a Tomás. Cerró los ojos y lo imaginó. Siempre temía que un día Constanza le dijera que estaba muerto.

Cuando se terminó el helado y volvió al departamento, su madre aún no llegaba. ¿Y si en la redada se la habían llevado también a ella? Después de que Constanza y Javier construyeron la guarida le salió un sarpullido en la axila derecha que de tanto restregárselo había comenzado a sangrar. Constanza le había comprado la pomada de siempre, pero el sarpullido no cedía. Sacó un libro de historia y un cuaderno de su mochila y se sentó a la mesa para pretender que estaba estudiando cuando llegara su madre. No quería que se diera cuenta de su estado de nervios. Odiaba el miedo, odiaba la fragilidad en que la sumía.

Constanza llegó pasadas las seis y media. Sintió alivio y odio al mismo tiempo. Le dieron ganas de gritarle, de decirle que era una desconsiderada, que no tenía derecho a hacerle pasar esos sustos, pero sabía que su madre le diría que se preocupaba demasiado, o peor aún, volvería a insistir sobre esa estúpida idea que se le había metido en la cabeza de mandarla a vivir a Canadá con una familia «normal». Ella no iba a irse a ningún lado, además, la normalidad era un invento del mundo supuestamente civilizado para obligar a la gente a hacer lo que no quiere. No entendía cómo su madre, tan inteligente, no lograba comprender algo tan básico.

Hundió la nariz en su cuaderno y la saludó sin mirarla. Su madre, como si nada, le contó que se había quedado con un par de compañeras de trabajo conversando sobre la vida. ¿La vida? ¿Qué puta conversación era esa? Una de las compañeras le había regalado una cajita con maquillajes.

—¿Probémoslos? —le propuso.

—Pero si tú no tienes idea de cómo maquillarte —le dijo. «Y cuando lo has intentado pareces un payaso», pensó. Pero esto no se lo dijo.

—Las chicas me dieron un par de tips. Te prometo que vamos a quedar preciosas, sobre todo tú, pulguita. Vas a verte como una princesa —la miró con unos ojos amorosos que Isi hubiera preferido no ver.

Constanza trajo un espejo y lo apoyó contra sus libros del colegio que estaban sobre la mesa, se sentó junto a ella y desplegó su trofeo. Pero ella no iba a jugar su jueguito de «aquí no pasó nada». Se levantó y se apostó frente a la ventana —la única que tenían— que daba al trasero de los otros edificios. Entre las moles de cemento había un espacio y por ahí alcanzaba a ver la calle del otro lado y un minúsculo trozo de cielo azul. En ese azul se quedó para que su madre no la engullera con su positivismo hechizo.

Para desgracia suya, no podía evitar mirarla por el rabillo del ojo. Dibujaba una línea negra sobre sus pestañas y la engrosaba en el extremo exterior con una curva hacia arriba. Llevaba el pelo castaño. El verdadero era negro. O eso creía, porque su madre cambiaba constantemente de apariencia. Por un tiempo había llevado una peluca oscura con flequillo, que según ella la hacía ver como Juliette Gréco, la musa de los existencialistas, pero que, en realidad, le daba la apariencia de una bruja. Nunca se lo dijo. No valía la pena. Su madre se habría reído y le habría dicho que las brujas y las hechiceras eran mujeres poderosas y temidas y que le parecía fantástico ser una de ellas.

—¿Estoy bien así, pulguita? —le preguntó pestañeando exageradamente.

La miró distraída.

—¡Isi! —insistió—. Ya no me pescas.

—Sí, sí, estás bien —Constanza la miró aguardando que le dijera algo más—. Te ves bonita —agregó a regañadientes, con la esperanza de que no comenzara a maquillarse así para Javier.

—¿Y tú no quieres probar? Mira, este color de sombras te quedaría precioso.

—No, no, yo no.

Constanza por fin guardó sus nuevos adminículos en su cajita y encendió la casetera. *Imagine there's no heaven / It's easy if you try*.

—¡Ven, bailemos!

La tomó de una mano y le dio un tirón para que se levantara. Siempre lo lograba. Era una maga del buen ánimo. La tomó de las caderas y se movieron, primero suavemente y luego, luego desenfrenadas*. Imagine there's no countries.* Dieron vueltas por el living cogidas de las manos, alzaron los brazos mirándose serias, quebraron las caderas y se tomaron el pelo con gestos sensuales como en los shows de televisión. *Nothing to kill or die for*.* En una vuelta, Constanza la abrazó. Su intensidad la estremeció, era como si quisiera llevarla de vuelta al interior de su cuerpo, a su vientre donde alguna vez estuvo.

—Te tengo una sorpresa, pulguita.

—¿Qué sorpresa? —le preguntó Isi, desconfiada. Odiaba las sorpresas, porque pertenecían, como tantas otras instancias desastrosas, a ese ámbito de la vida humana que no era predecible ni cuantificable.

—Tienes que esperar hasta mañana. ¡Te va a gustar mucho!

—¿Por qué mañana y no ahora mismo?

—Porque no. Tiene que ser mañana.

—¡Eso no es justo! Eso no se hace, anunciar una sorpresa y después no decir nada. Me la das ahora mismito o nada.

—¡Nada entonces! —exclamó. Se dio una vuelta en ciento ochenta grados y siguió bailando.

—Ya poh, no seas así —le rogó, cambiando de estrategia.

—Señorita pulga, tendrá que esperar hasta mañana.

—¿Y cómo estás tan segura de que me va a gustar?

Su madre volvió a tomarla de las manos y esta vez le dio una vuelta a ella. Estaba contenta, muy contenta, pero Isi no sabía si alegrarse o temer. Su madre debía traerse algo importante entre manos para llegar a esos niveles de casi euforia.

—¿Me vas a dejar así? —le preguntó derrotada.

Sin responder, Constanza levantó los brazos meciéndolos a uno y otro lado, al tiempo que movía las caderas como si le diera vueltas a un aro de ula ula. Isi se rindió.

—Pero mañana no te demores en la oficina. ¿Me puedes prometer eso al menos? —le pidió en un tono cabreado.

—Lo prometo, pulguita.

Buenos Aires, 1929

—No sé cómo agradecerles lo que hacen por mí —musitaste con emoción cuando Celia y Reynaldo te mostraron al cuarto que ocuparías. Era amplio, colmado de luz y de libros, y a través de la ventana se veía, doce pisos más abajo, bullir la ciudad de Buenos Aires.

—Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que te dé la gana. ¿Verdad, Reynaldo? — dijo Celia. Le dio palmaditas a los cojines de la cama para esponjarlos y miró a su marido.

Él asintió y pasó su brazo por sobre tus hombros.

—Amarás Buenos Aires, *Aromaticus Metaforus Arboresis* —así te había bautizado en las tertulias de París.

Reynaldo era panzón, de pelo escaso y manos finas. Su frente amplia expresaba emociones por sí sola. Todo en él era potencia y lucidez. Ponía en la vida la minuciosa atención de los dioses, y la nombraba en sus poemas. Las mujeres caían rendidas a sus pies. Tú lo habías presenciado en las tertulias.

Ahora, echada en la cama, majestuosa como un barco, divisabas a través de la ventana las bandadas de pájaros que dejaban el hemisferio sur en busca del calor. En tu hombro, la herida había dejado de supurar. Tal vez era un buen signo.

A la mañana siguiente tomaste desayuno con tus amigos en el comedor, rodeada de sus cuadros, sus ánforas de greda, sus esculturas y telares que habían recolectado de sus viajes por el

mundo, y que conformaban un ambiente sin tiempo, estable y errante a la vez.

Después del desayuno Celia te llevó a pasear por Corrientes. Caminaban tomadas del brazo, sorteando bicicletas y carros entre el abejeo de la gente. A pesar de que Celia era una mujer madura —tenía ocho años más que tú—, debían parecer dos jóvenes a la conquista del mundo.

A no ser porque ella estaba embarazada.

Su embarazo la emplazaba en el territorio de las mujeres domesticadas, de las mujeres amadas. Envidiabas la naturalidad con que la vida la acariciaba. Pero sobre todo envidiabas su panza. Si el diplomático te hubiera querido como Reynaldo la quería a ella, podrías haber sido tú quien ahora se paseara por las calles ostentando su maternidad como un trofeo. Te resultaba difícil mirarla a la cara. Temías que descubriera tu alma enrevesada, tu malevolencia, tu rencor.

Recalaron en una confitería de moda en Santa Fe. Olía a canela, a café, a pastelillos recién horneados, a humo de cigarrillo. Los hombres se saludaban con una venia de sus sombreros, las mujeres agitaban sus abanicos y jugaban a ocultarse.

—¿Por qué lo hiciste? —inquirió Celia cuando ya estaban sentadas frente a frente. Clavó sus ojos en ti y encendió un cigarrillo.

Su pregunta te sorprendió. En Chile nadie te la había planteado. Era un asunto demasiado vergonzoso. ¿Cómo explicarle?

—Yo no quería morir, Celia.

Apoyaste la mejilla en los puños.

—Lo sé. Estás demasiado viva para querer morir.

—Tenía mucha rabia. Y supongo que como no podía descargarla contra él, la descargué contra mí.

No le contaste lo del niño. Era un secreto que no le habías revelado a nadie. En el mundo de tu madre aquello que no se nombraba no existía. Tal vez tú también podías borrarlo de tu memoria si nunca lo hacías palabra.

—No es una buena idea, querida, eso de desquitarse con uno mismo —dijo pausadamente Celia.

—Nunca seré una mujer como tú, como mis hermanas, como todas las demás —señalaste con una sonrisa triste. Una de esas mujeres despreocupadas y leves cuyos destinos están trazados como un buen dibujo, pensaste.

Celia te miró desde el fondo de sus ojos, atenta.

—Me tienes que prometer que no le dirás a nadie lo que voy a confesarte —te dijo. Asentiste con la cabeza—. ¿Me lo prometes? —volviste a asentir—. Yo cambiaría hoy mismo mi vida por la tuya. Eres joven, talentosa, linda, libre, original. Y esto —dijo señalando su vientre— es el camino que han seguido todas las mujeres por los siglos de los siglos, porque así lo dictamina la ley de la especie —aspiró lentamente el humo de su cigarrillo como significando que por fin había pronunciado algo que pesaba en su corazón—. Leonor, te lo digo en serio, déjanos a nosotras esta labor y tú usa ese maravilloso don que tienes con las palabras y sal a conquistar el mundo, ¿oíste?

Estuviste a punto de contarle lo del niño. A punto de gritarle ¿qué sabes tú?, ¿acaso no puedo yo también ser una de ustedes? Pero te detuviste. La miraste y tenía los ojos empañados. Sus palabras eran sinceras. Tal vez estar emparentada con el Jorobado de Notre Dame

al fin y al cabo no era una desgracia, sino un don. Pero todo era tan difícil. Tan jodidamente difícil.

—¿Conquistar el mundo? Apenas me da para levantarme en las mañanas, Celia —le respondiste.

—Es todo muy reciente, deja que pase un poquito de tiempo y no lo verás así. Te lo aseguro.

*

Celia tenía razón. Con el pasar de las semanas comenzaste a ver la salida del túnel. Un día, la costra de la herida en tu clavícula izquierda terminó de desprenderse y en su lugar quedó una pequeña protuberancia oscura que te hizo pensar en una semilla. Además del persistente dolor en el hombro, este era el último vestigio del «accidente», como lo había llamado eufemísticamente tu madre para no nombrar el pecado que habías cometido.

Esa mañana, Celia y Reynaldo habían salido temprano a hacer diligencias. En la calma de tu cuarto, como un huésped silencioso, una vaga esperanza se instaló en tu pecho. Tenías la impresión de que esa semilla en tu clavícula era la parte visible de una mutación más grande, muchísimo más grande, y que tu labor era sacarla de sus honduras a la luz. Por eso tomaste una pluma y tu cuaderno de tapas rojas, el que te había regalado tu profesor con su mandato, y te instalaste en un extremo del largo mesón de mármol con guardas azules de la cocina.

Era la primera vez en mucho tiempo que intentabas escribir. Escribiste la palabra «semilla». La escribiste una vez más, y otra. Y en cada trazo, un nuevo sentimiento te embargaba. Surgieron más

palabras. Bastaba con no dejar escapar ese sentimiento de expectación, de inquietud y esperanza. Agarrarlo como fuera, persistir. Sentiste que la angustia cedía, que el frío cedía. Aparecían otras emociones, vagamente, vagamente, hasta hacerse imágenes. El misterioso tejido de la mente.

Las ramas de un sauce, un cuerpo desnudo de mujer que se levanta por sobre el agua de un estanque, un carruaje que se arrima lentamente a la orilla, los caballos que agachan el cuello y beben sin abrir un solo círculo en el agua. Descubriste que escribir era extender la mano y alcanzar una cosa. Extender la otra aún más lejos y atrapar una nueva para luego hacerlas vivir juntas. Te olvidaste de ti misma, eras apenas un corazón latiendo reducido a lo esencial.

A partir de entonces, cada mañana, apenas salía el sol, te tomabas un café, te fumabas un cigarrillo, y te sentabas a escribir en el rincón de la cocina junto al refrigerador. Tu corazón se movía como si alguien desde dentro lo estuviera batiendo de un lado a otro. El sentido de las palabras era esencial, pero lo era aún más el ritmo. La forma en que una frase montaba y descendía y luego remontaba para extinguirse en un punto.

Te dolía menos la panza de Celia cuando aparecía por las mañanas despidiendo ese aire pleno y satisfecho de quien ha sido amada como corresponde. En el cuarto contiguo a la cocina había instalado un taller donde confeccionaba papeles a partir de plantas, cortezas y otros elementos naturales que luego pintaba con raros paisajes que hacían pensar en el interior del cuerpo humano. Ese cuerpo suyo donde se gestaba una vida que tú no entendías.

Una de esas mañanas, Reynaldo te pidió que le leyeras lo que estabas escribiendo. Celia cocía en una olla unas hojas de choclo que una vez secas usaría para sus papeles. Le explicaste a Reynaldo que tus escritos no eran más que una sarta de garabatos. Pero él insistió.

Te temblaba la voz cuando comenzaste a leer. No era imposible que el poeta al escucharte se diera cuenta de que tú no eras nada, apenas una joven boba rota de amor. Leíste dos páginas lo más rápido que te fue posible para hacer como que no las hubieras leído. Cuando terminaste, Reynaldo guardó silencio. Te habías expuesto ante él y tu desnudez era patética. Toda huesos, piel blancuzca, venas, pelos, una uña encarnada, tetillas de perra, la imperfección expuesta. Contuviste la respiración buscando detener la sentencia.

—Tu texto es excepcional, Leonor —le oíste decir.

—¿No será que no quieres herirme con la verdad?

—Esto es demasiado serio para andar con jueguitos.

Él mismo leyó en voz alta un par de párrafos, y en su voz no te sonó tan mal. ¿Y si tenía razón? Te invadió una inmensa calma, como la del mediodía en un pueblo rural. Nada estruendoso, sencillamente calmo.

Un par de días después Reynaldo te regaló una flamante máquina de escribir Remington 12.

—Es tuya —dijo, cuando terminaste de abrir la caja en la que te la había traído.

No sabías cómo agradecérsela. Era tan bella. En la parte superior izquierda tenía una placa de metal con el nombre de la sucursal alemana de la empresa: Remington Büromaschinen. Sus teclas eran blancas con símbolos negros y reforzadas con un aro niquelado.

—Nunca más escribiré si no es en esta máquina, Reynaldo. Es mi promesa. Y lo que salga de aquí, te lo deberé siempre a ti —se te rompió la voz.

—Te lo deberás a ti misma, *Aromaticus Metaforus Arboresis* —respondió él y te abrazó con su gran envergadura de hombre gordo.

La instalaste en tu rincón de la cocina y ahí seguiste escribiendo. Tal vez habías encontrado un sucedáneo de la vida. O quizás, más aún, esa viveza de tu mente y de tu corazón eran la vida, y el resto, lo que estaba allá afuera, no era más que un delirio.

*

Había muchas Leonor. La brillante, la que bordeaba la estupidez, la mundana, la esquiva, la asertiva, la estudiosa, la que caía presa de largas melancolías, la astuta, la hipócrita, la solitaria, la indiferente, a la que le dolía la dureza del mundo, la sentimental, la cínica, la sincera, la arrojada, la cobarde, a las que se sumaban todas las mujeres que te antecedían**,** tu madre con sus bigudíes, tu abuela siempre al borde de un ataque de histeria y las otras, las que no podías nombrar, ni ver, pero que sabías estaban en ti.

Una de ellas —la mujer ávida de atrapar miradas— fue la que esa noche salió con Reynaldo y Celia a un encuentro con la bohemia de Buenos Aires. Llevaba un vestido verde pálido, tacones altos, guantes y tocado ciruela, y así, junto a Celia y Reynaldo, esa Leonor entró campante a una velada en la moderna casa de Víctor y Sara Jirado, dueños de la Editorial Jirado y de varios periódicos locales. Celebraban la visita de un poeta español, Enrico Puértolas, amigo entrañable de Reynaldo. Era una casa de grandes ventanales, piso

de granito y espaciosas estancias inequívocamente modernas y lujosas por donde los comensales deambulaban con sus copas en la mano charlando.

Celia te llevaba cogida del brazo y te presentaba a quien se les cruzara.

—¡Celia! —llamó a tu amiga un hombre que conversaba con un grupo de jóvenes, al tiempo que se acercaba a ustedes. Era Enrico Puértolas. Habías visto fotografías suyas. Tenía un rostro aceitunado, grácil y a la vez enérgico. Un rostro difícil de olvidar—. Y tú debes ser Leonor, ¿verdad? Reynaldo se ufana de haberte descubierto. Según dice él, y esto en sus propias palabras, el mundo del que escribes parece agitado por un agua clara, por un soplo de misterio. Quiero leerte, Leonor.

—Gracias, gracias... —balbuceaste. No alcanzaste a decir más porque Enrico era arrastrado por los jóvenes que lo instaban a continuar hablándoles.

Sus cumplidos quedaron resonando en tus oídos como mariposas. Mariposas que pronto perecerían. No podías sacarte de la cabeza la idea de que vivías una vida prestada, de que todo en ti no tenía consistencia.

Después de la cena, Sara, la dueña de casa, llamó a sus invitados a acomodarse en la sala donde los dos poetas iniciarían un duelo. Los comensales se apostaron en los sillones y sillas y rodearon a los poetas. Víctor Jirado abrió una caja de habanos C. E. Beck y la puso a disposición de sus amigos. Celia te había regalado una boquilla de jade. Te gustaba el humo espeso y azul, su sabor a madera acaramelada.

Comenzó el duelo.

Desde las primeras palabras levantadas por Enrico, desafiadas por las de Reynaldo, supiste que eras testigo de algo extraordinario. Los poetas se enfrentaban como si arrojaran granadas. Rajaban, erigían, nombraban. Sábana, cal, cuervo, cristal, luto, tinta, imperio, erizo, castaña, tripas. Con los ojos puestos en el otro, cada palabra emergía como si se estuviera gestando en ese mismo instante, como si fundaran un continente nuevo. ¡Eso era! Tus textos tenían que ser leves y veloces, tan exactos y a la vez múltiples como los suyos.

Ahora que el duelo había terminado, quedaba en el aire una nostalgia de lo inasible. Los poetas se abrazaron, todos se abrazaron, como en las misas cuando llega el minuto de la paz.

Los mozos sirvieron más vino. Un vino denso y amaderado que te tomaste de una vez y que bajó por tu garganta como un pañuelo. Cogiste otra copa y saliste a la terraza que se abría a un amplio jardín. Olía a humedad vegetal. Las plantas crecían como en el trópico, exuberantes y anárquicas. Palmeras cuyas hojas se dejaban caer como grandes manos, jacarandás de puro azul, salvias también azules. El aire vibraba suavemente. Al borde de una piscina, dos hombres de buen talante y una mujer alta que llevaba puesto un traje de hombre aspiraban de una pipa de agua.

—¡Leonor Pizaín! —exclamó uno de los hombres al verte desde el otro lado de la piscina—. ¡Ven a reunirte con nosotros! —te llamó.

Tenía un rostro afilado de aristócrata, frente alta, nariz prominente. Una belleza anacrónica que ejercía una instantánea atracción, de la cual él mismo parecía burlarse como si se tratara de un error. Llevaba un colorido pañuelo al cuello que le otorgaba un aire de excéntrica elegancia.

—¿Quieres? —te preguntó enseñándote la pipa cuando estuviste a su lado.

—¿Qué es?

—Opio —dijo el otro hombre

—No, no gracias.

—No es opio, cariño, solo cocaína —te dijo el hombre del pañuelo al cuello que te había llamado—. Mucho gusto, Pedro Lara—. Te extendió la mano.

—Pintor, dile que eres pintor y homosexual y ya... —dijo la chica en tono de chanza. Su rostro tenía la blancura de un relámpago.

—Palma, Palma —la regañó cariñosamente Pedro Lara con una expresión agradecida, como si le hubiera ahorrado la labor inútil de dar explicaciones.

Aún estabas bajo el hechizo de los poetas y lo que oías adquiría un tinte de alucinación. Les preguntaste si a ellos les pasaba lo mismo y los tres asintieron con solemnidad. Estaban juntos en eso y se sentía bien.

—Ya me lo había advertido Reynaldo —dijo Pedro Lara mirándote detenidamente.

—¿Qué?

—Esto —dijo e hizo un gesto con la mano que te abarcaba. Te tomó del brazo y se alejó contigo hacia el interior de la casa—. ¿Y usted? —te preguntó.

—Yo sobrevivo.

—Así me pareció cuando la vi llegar con los Isla.

—¿Es tan evidente?

Sus ojos castaños parecían tener la quietud de un estanque del cual en cualquier momento podía saltar un pez. Despedía un aire de

excentricidad y expectación.

—Para mí sí. ¿Quiere otra copa? —te preguntó.

—Encantada.

—Qué curiosidad me produce usted, mujer.

—Y usted, ¿qué es lo que pinta?

—Retratos, flores, pájaros, hombres desnudos.

—¿Mujeres no?

—Suelo pintar a mi hermana, es larga como un punto de exclamación. Pero no, hay algo en el cuerpo masculino que me atrae más a la hora de pintar.

—Y de hacer el amor.

—También —rio Pedro Lara—. ¿Sabe? Tengo la impresión de que nosotros podemos llegar a ser buenos amigos.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le hace pensar eso?

—Todo, cariño, absolutamente todo en usted —encendió un cigarrillo y te ofreció uno.

—¿Y usted cree, Lara, que debería estar contenta por eso?

Te movía una genuina curiosidad.

—¿Ve? —entornó los ojos al llevarse el cigarrillo a la boca.

—¿Qué?

—Su respuesta es perfecta —señaló él, vehemente.

A pesar de su aire desenvuelto, Pedro Lara destilaba insatisfacción. Como si, al igual que tú, aún no hubiera encontrado su lugar en el mundo. Bajo una larga escalera curva que se retorcía sobre sí misma a un costado del vestíbulo, se había formado un grupo en torno a un hombre mayor que hablaba con prestancia. Estaban de espaldas al cuadro de un joven durmiendo desnudo sobre un diván púrpura. En el fondo del cuadro, finos trazos oscuros

producían la atmósfera de un bosque nocturno, amenazante y misterioso.

—¿Ese bello durmiente es suyo?

—Sí. ¿Es tan obvio? —ambos rieron—. Venga, ¿no queríamos otro trago? Tal vez en la cocina tengan algo un poquito más fuerte que este vino aguado —te tomó nuevamente del brazo.

En la cocina saludó a las criadas con familiaridad. Ellas le coquetearon y él obtuvo lo que quería. Dos vasos de whisky con hielo y la botella que introdujo en uno de sus bolsillos. Se manejaba con soltura, pero a la vez con reverencia. Se pasearon así, entre los comensales, como si viajaran en el vagón de un tren por cuyas ventanillas observaban el paisaje.

Los anfitriones subieron el volumen de la música y Pedro Lara te condujo a la improvisada pista de baile en el centro de la sala. Qué delicia su maestría para hacerte deslizar por la pista. Te sentías leve, plena, capaz de todo. De tanto en tanto él y tú detenían el baile y se escabullían a la terraza para beber de la botella de whisky a la que él le había echado unas gotitas de láudano, y luego volvían a la sala a bailar.

—Quiero saber qué escribe.

Un paso, dos pasos, vuelta.

—Tonterías. Eso escribo.

Un paso, dos pasos, vuelta.

—Difícil de creer.

Hasta que caíste en los brazos de Víctor, el dueño de casa, y Pedro Lara en los de Sara. Un paso, dos, vuelta.

Bailabas acalorada cuando de pronto divisaste a Pedro subiendo las escaleras de caracol con un joven de rizos negros y sonrisa de

revista. Ya no volviste a verlo.

De regreso a casa, fue Celia quien condujo. El cielo era de un azul cobalto. Pronto amanecería. Habías tomado más de la cuenta. El mareo te mecía como las olas a un barco. Desde el asiento trasero, con los pies recogidos, oías las voces de Reynaldo y Celia que sonaban como una canción de cuna. Ansiaste que la vida se quedara estacionada en ese instante, en el ronroneo del automóvil transitando por las calles de una ciudad dormida, el pasado lejos, el futuro suspendido en una promesa.

—Es un gran artista —señaló Reynaldo sobre Pedro—. Acaba de salir publicado un libro de poemas de Enrico ilustrados con sus pinturas.

—Es un genio. Pero debe de ser difícil la vida para él —agregó Celia.

—¿Por qué? —preguntaste desde el asiento trasero.

—La gente es tan enjuiciadora, de hecho, oí comentarios muy desagradables, pero no quise entrometerme. Habría sido engorroso para el dueño de casa si armaba una trifulca —dijo Celia.

—Tal vez es de esa fractura de donde mana su talento. Piensa en Oscar Wilde —comentaste.

—Pagó caro las consecuencias —dijo Celia.

—Pero ¿qué hubiera sido sin su homosexualidad?

—Un hombre bueno y aburrido viviendo junto a su bella esposa y sus dos angelitos en la espesura de Irlanda —intervino Reynaldo.

—Exacto —dijiste.

Tal vez tú misma eras un ejemplo de las posibilidades que brotaban de la diferencia. Una paria en un mundo de mujeres hechas para ser amadas. Quizás, al final, era uno u otro. Teclear

desesperada para extraer las palabras de ti misma y darle con ellas un sentido a la vida, o conducir a tu amado a casa para al llegar ser recompensada con la certeza de su abrazo, como lo hicieron tu madre, tus abuelas y tus bisabuelas.

Al menos los tenías a ellos. Reynaldo y Celia eran ahora tu familia. Sentiste el impulso de echarte hacia adelante y abrazar a Celia. Pero estabas demasiado mareada para hacer ese gesto. Capaz que terminaras dándote un trompazo contra el asiento delantero. Sus voces se alejaban. Por eso, cuando Reynaldo hizo una pausa y luego, con voz firme, te dijo que Celia y él se irían a vivir a Madrid, no entendiste. Sus palabras eran demasiado concretas, demasiado arrasadoras. Guardaste silencio. Reynaldo no había volteado el rostro para hablarte, pero tú alcanzabas a percibir su perfil grueso y cansado. Seguramente hacía días que ambos buscaban el momento propicio para anunciártelo y habían escogido hacerlo después de esa velada esplendorosa.

Ante tu silencio, Reynaldo continuó.

—Me ofrecieron una cátedra de poesía latinoamericana en la Universidad Central.

Avanzaban por una calle de fachadas continuas.

—Los primeros meses viviremos en la casona de la Residencia de Estudiantes de Madrid —agregó Celia.

—Miguel de Unamuno, Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez han vivido allí —la siguió Reynaldo, como si compusieran juntos el diálogo de una obra de teatro.

Cruzaban el contorno oscuro de un parque. Los faros del automóvil alumbraban el ramaje de un jacarandá. La cabeza te daba vueltas como un tiovivo, la echaste hacia atrás. Dentro de la

sustancia blanca de tu silencio aún el hechizo no se había roto. Era la estación de los ceibos en flor.

—¿Leonor? —preguntó Reynaldo—, ¿estás ahí?

—Sí. Aquí estoy —respondiste asentando con tus palabras tu presencia incierta.

—¿No dices nada?

—¿Cuándo se van? —preguntaste reincorporándote. No es lo que querías saber, pero el golpe era demasiado fuerte para ser absorbido de una vez. Unos segundos atrás pensabas en ellos como tu familia y ahora te abandonaban.

—En tres semanas —precisó Celia—. Tenemos tiempo para dejarte todo arreglado.

—¿Dejar arreglado qué, Celia? ¿A mí?

—Bueno, un lugar donde vivir, un trabajo. Reynaldo ha hablado con algunos amigos suyos.

—¿Tú me crees capaz de todo eso? —reíste con sarcasmo.

—Primero tienes que creerlo tú, Leonor. Si no, no hay nada que nosotros podamos hacer por ti —replicó ella en un tono áspero que tú no esperabas y que recibiste como bofetada.

—Eres una mujer malévola —dijiste de pronto, en un impulso de muerte incontenible.

—No tienes derecho a decir eso, no tú —te detuvo Reynaldo en tu mismo tono brutal.

—Quieres que me pudra porque me tienes envidia —continuaste.

—Córtala, Leonor, ¿oíste? O te bajas aquí mismo.

—Déjala —dijo Celia—, está borracha—. Y ambos guardaron silencio.

Esperabas que la contienda siguiera. Ellos como tus guardianes incondicionales, culposos por dejarte sola, y tú como la víctima indefensa exacerbando esa culpa. Pero, en un par de frases, Celia había depositado la responsabilidad de tu futuro en ti misma.

La luz de las farolas arrojaba sobre los edificios una sustancia amarillenta y apagada.

Llegaron al departamento en silencio, entraste a tu cuarto y te echaste en la cama.

Despertaste más allá del mediodía. Te dolía la cabeza y el cuerpo. Recordaste las palabras que le habías disparado a Celia en la madrugada. Vergüenza, vergüenza, te decían las otras Leonor desde su inmaculada moralidad. Una mujer no dice esas vulgaridades. Una mujer no odia. ¿Dónde dejaste la dulzura propia de tu linaje? Ahora no sabías cómo cruzar el umbral de tu cuarto. Escondiste la cabeza debajo de las sábanas. Las sábanas suaves de Celia, el mundo tibio donde ella y Reynaldo te habían acogido y que tú habías hecho trizas.

Oíste sus voces en la cocina. Te vestiste con la misma tristeza con que lo hubieses hecho para asistir a un entierro, el tuyo propio. Ambos estaban sentados a la mesa de la cocina. Al verte detenida en la puerta, interrumpieron su charla. Reynaldo te miró severo. Era la peor mirada que habías recibido nunca. Se levantó de su silla y salió.

Antes de que el silencio te inmovilizara, hablaste.

—Soy tan estúpida, tan horriblemente estúpida, Celia. Perdóname, te lo ruego. Yo soy la mujer mezquina que no soporta ver la felicidad de los otros, no tú, no tú... —se te quebró la voz.

—¿Quieres café? —te interrumpió ella.

—Por favor.

Celia llevaba una bata de seda color crema que dejaba entrever sus gruesos senos, su vientre abultado. Se sentaron a la mesa y tomaron café. Volviste a pedirle perdón una y otra vez. Afuera el aire era claro. El sol esculpía los edificios de enfrente con perfecto detalle, descollaban contra el azul del cielo. Celia te abrazó.

—No dudes nunca de ti, Leonor. Eres una de las grandes, no lo olvides.

Enterraste el rostro en su pecho cálido y cerraste los ojos.

Santiago, 1980

Leonor

Esa tarde había encendido mi victrola para escuchar a Tony Evans, me había tumbado en el sofá, cerrado los ojos y retornado a mi cuerpo de antaño. Al cuerpo joven donde mi espíritu habitaba antes de hundirse en este trasto. Y bailé foxtrot en mi imaginación. Me gusta bailar. Como el alcohol, imaginar que bailo me libera de mí, y salir de mí es lo que más anhelo. Paso adelante, paso atrás, qué ligereza la de mis pies, ta ta ta, quiebre de la cintura, a la izquierda, un dos tres cuatro, el brazo en alto, amplio, flexible, giro a la derecha, un dos tres cuatro, la órbita breve de mi cadera bajo el vestido de gasa, ta ta ta, las lentejuelas brillan, los trombones de la banda roncan, todo refulge a mi alrededor, y más allá de la terraza, del jardín y de la noche, un azul que reúne todos los colores, todas las existencias, el azul del mar, del cielo, del fondo del universo, de la infinitud, paso a la izquierda, dos tres cuatro, y adentro de mis costillas la constancia de la vida que palpita.

En eso estaba cuando oí un horrible estruendo en el pasillo. Me levanté tan rápido como lo permitieron mis huesos y miré por el ojo mágico. Frente a la puerta de mis vecinas había cinco hombres. Uno de ellos le daba patadas a la puerta. Anteojos oscuros, terno, corbata, pelo cortado a cepillo. Malos bichos a todas luces. Tras uno de los golpes la cerradura cedió. Entraron en silencio. Desde mi

guarida los veía moverse con sigilo, encorvados. ¿Qué hacían allí? Pasaron varios minutos en los que no oí nada. Al parecer Isi y su madre no estaban. Sentí alivio y por fin respiré. No me había dado cuenta de que contenía el aire. Había oído de redadas en busca de extremistas. Decían que asaltaban sus casas por sorpresa y los mataban donde mismo. Era incapaz de imaginarme qué esperaban encontrar. De pronto oí un golpe fuerte, algo que se aflojaba y se rompía, un mueble quizás. Y luego gritos. «!Aquí, aquí, aquí están estos culiaos!», «¡salgan, conchasdesumadre!». Hubo un ruido confuso, como un bramido, y de las penumbras vi emerger a la madre de Isi con las manos en la nuca. Dos de los tipos la llevaban sujeta de las axilas. Su cuerpo orgulloso y nervudo se movía con furia, pateaba al aire y rugía. Uno de los hombres impartía órdenes a gritos. «¡Hay otro hueón aquí!». La mujer pateó con más fuerza, uno de ellos le dio un culetazo en los riñones y ella se dobló en dos sin quejarse. Se reincorporó, le escupió en la cara y luego tomó aire y lo expulsó como si se deshiciera de un conjuro. Dos de los tipos traían en andas a un hombre cuya cara sangraba profusamente. Tenía las mejillas hundidas y unos ojos negros que brillaban como linternas. «No me mirís así, hueón», le gritó uno de los tipos. Le dio una bofetada y lo hizo avanzar a empujones. A pesar de los golpes que había recibido, el hombre cruzó el umbral del departamento a paso firme, como si la decisión de salir de ahí fuera suya, como si aún su destino le perteneciera. La madre ya no se resistía, miraba con la cabeza en alto, los ojos posados en un punto lejano.

El hombre y la mujer, sujetos por sus captores, desaparecieron en la penumbra del pasillo. Pero no todos habían partido. Aún se oían pasos dentro del departamento. Las rodillas me flaquearon. Oí

pisotones, mazazos, chirridos. En cualquier momento Isi podía volver del colegio y encontrarse de bruces con ellos. Debía bajar a la calle y advertirle que no subiera. Había vuelto a transpirar y a expeler ese olor acre a flores marchitas, a frutas podridas, a agua estancada, un olor triste y lóbrego que estaba segura no traía nada auspicioso. Pensé que tal vez no era tan buena idea salir, los tipos podían verme, interceptarme y preguntarme algo. Pero ¡qué decía!, había sido siempre una mujer valiente, mi vida entera había sido una sucesión de eventos temerarios. Sí, debía salir y advertirle a la niña del peligro. Me saqué las pantuflas y me calcé los zapatos que tanto me hacían doler los pies. Los ruidos en el departamento vecino habían cesado. Me asomé por el ojo mágico. En el pasillo reinaba ahora un silencio de sótano, de humedad, de encierro. Un silencio brutal. La puerta de mis vecinas estaba cerrada como si nada hubiese ocurrido. Sentí alivio, pero era un alivio tenue, bajo el cual yacía la inquietud.

Desde que la niña y su madre llegaron al edificio, hacía tres meses, las había espiado con una obsesión que bordeaba la insanidad, pero, además del hombre con quien se habían llevado a la madre, y a quien había divisado un par de veces, nunca había visto a nadie entrar ni salir de su departamento. Temí por la niña. Temí que estuviera sola en este mundo de bestias. Debía encontrarla. Salí al pasillo y cerré mi departamento con doble llave. Tras la hilera de puertas cerradas me pareció ver las sombras de antiguos espectros, entes sin rostro ni nombre que aguardaban agazapados el momento de saltar sobre mí. La busqué durante un par de horas por las calles aledañas, pero el dolor de pies me obligó a volver a casa.

Isi

De vuelta del liceo, subió las escaleras del edificio saltando de dos en dos como lo hacía de niña. La noche anterior su madre le había anunciado que le tendría una sorpresa y durante todo el día había intentado adivinar qué podía ser. No le gustaban las sorpresas, aunque esta vez la alegría de su madre la había contagiado. Debía ser algo muy particular, algo importante, pero ¿qué?

En el rellano del segundo piso se cruzó con el viejo que vivía en el tercero. Iba elegante y perfumado. Siguió subiendo y al llegar a su piso presintió una agitación violenta en el aire, como si un pájaro hubiera pasado volando y se hubiese dado contra las paredes del pasillo.

La chapa de su departamento estaba rota. Empujó la puerta.

—Mamá... —dijo, sin moverse.

Las cortinas —que siempre dejaban descorridas para que entrara un poco de luz desde el patio ciego— estaban cerradas. Había un fuerte olor a excremento. Se tapó las narices.

—Mamá —repitió—. ¿Estás ahí?

Avanzó despacio. No quería ver lo que sabía que vería. Pero ahí estaba, como en sus peores pesadillas: los sillones abiertos a cuchillazos, las sillas volcadas, retazos de papel mural colgando como lenguas, sus libros de colegio desparramados en el suelo, las dos maletas viejas abiertas y vacías. Y en medio de la sala, el muro falso destruido. Ese estúpido doble fondo que habían construido su madre y Javier y que sería lo primero en que repararían. ¡Cómo fueron tan ilusos! La prueba estaba ahí, en los restos hechos pedazos en el suelo.

Intentó huir con sus pensamientos a otro lugar. Bastaba con cerrar los ojos. Siempre lo lograba. Crear un mundo nuevo según iba apareciendo en su interior. Pero no ese día. Ese día nada aparecía. Era el olor a excremento, el sello de muerte que ellos habían dejado en alguna parte. La envolvía desde los pies, se filtraba por sus narices, por sus orejas, por sus ojos. Buscó hasta encontrarlo. Estaba en el cuarto, sobre la cama deshecha. Sintió ganas de vomitar. Sin quitar los ojos de la sábana se mordió los labios hasta sentir la sangre salada en la boca, un dolor que siempre ayudaba a sobrellevar los otros.

Eran las cinco de la tarde. En media hora Constanza llegaría de su trabajo. Debía salir a la calle y advertirle. Seguro volverían por ella. Antes de salir, se recogió el pelo, se puso el gorro de lana que llevaba en el bolsillo de su abrigo, se lo encajó hasta los ojos y se cruzó el bolsón al hombro. Tenía que hacerse invisible. Una colegiala entre las millones de colegialas del mundo. Una niña de algodón con una casa de algodón y una madre de algodón. Bajó las escaleras y cuando abrió la puerta de calle la luz del día le dio en los ojos como si la estuviera apuntando. En la plaza los niños reían, los viejos dormitaban en sus banquetas, los paseantes disfrutaban del aire de la tarde, nada había cambiado para ellos, mientras su vida y la de su madre, la vida amable que habían construido esos pocos meses, se hacía pedazos.

Las habían encontrado.

Caminó hasta la esquina y se confundió entre la gente. Simuló mirar un escaparate, luego otro, pero no sabía qué miraba porque en realidad no despegaba los ojos del acceso del edificio por si Constanza aparecía.

A las siete de la tarde se dio por vencida. Sintió una mezcla de alivio y miedo. Si su madre no estaba ahí era porque se encontraba a salvo en alguna parte. A menos que.... No. No iba a pensar en eso. Llevaban cinco años esquivando el peligro, caían los otros, pero nunca ellas. Según su madre las protegían los muertos. Cerró los ojos y le habló en susurros a su padre, también a su abuelo que había muerto solo. La plaza se iba quedando desierta, los últimos oficinistas caminaban apurados rumbo a sus casas. Habían adelantado el toque de queda a las ocho por las protestas. A los lejos se veía el humo de los neumáticos quemados levantarse sobre el cielo. No podía quedarse ahí. Constanza no iba a volver, no esa tarde al menos. A una mente lógica como la suya no le correspondía confiar en los muertos. Debía razonar. Y razonó.

Ya sabían dónde estaban.

Su madre no había llegado a casa.

Ellos iban a volver.

Si aplicaba el pensamiento lógico, lo que tenía a su haber eran dos premisas factuales, y una conjetural con fuertes probabilidades de ser cierta, con las cuales, sin embargo, no tenía ni la más puta idea de cómo construir un argumento. «Creías que podías resolverlo todo con tu tan preciada razón», se reían de ella los muertos. Entró al edificio, pero no iba a volver al departamento. Ya no era un lugar seguro. Además, de solo pensarlo le daban arcadas. Podría haber tocado a la puerta de la vieja escritora, pero apenas la conocía. No podía confiar en ella. Era mejor quedarse ahí. Se coló en un hueco bajo la escalera tras el armario donde se guardaban las escobas y los escobillones que usaba la señora que venía de tanto en tanto a limpiar. No tenía más de un metro cuadrado. Con Constanza habían

descubierto ese escondite apenas habían llegado. Parte de su «oficio» era estar siempre atentas a los lugares donde podrían ocultarse de ser necesario. Olía a jabón y a cloro. Encogió las rodillas, apoyó la cabeza sobre su bolsón del colegio y se tapó con el abrigo. Oyó el viento golpearse contra la puerta de calle, un viento que traía quién sabe qué presagios. Inventó nombres para olvidar que estaba ahí, para espantar el miedo. Hipofisotus, Solensoco, Castibaldi. Luego imaginó sus rostros, el de Hipofisotus era cuadrado y duro, como la de los dibujos de los vikingos en los libros de historia de la primaria. Solensoco era un viejo muy viejo, pero tenía el rostro de un niño que acababa de nacer. Castibaldi era una chica como ella, llevaba una vida errante y peligrosa, siempre atenta a los movimientos que la rodeaban, invadida siempre de un temor que le impedía reconocer quién era realmente, qué había en su interior bajo la contingencia de cada día. Pero ninguno de ellos logró alejar el miedo. El cuerpo le escocía, como si una colonia de gusanos se estuviera alimentando de su piel. No quería llorar, pero a pesar de sus esfuerzos oyó unos estúpidos sollozos salir de su garganta. Se secó los ojos a restregones con la manga de la chaqueta hasta que le ardieron, hasta que logró detener las lágrimas. Llorar era idiota e inútil. A lo lejos oyó el ruido de cuchillos de un helicóptero. Se tapó la cabeza con el abrigo y se internó en el bosque donde su madre la había dado a luz.

Después del atentado donde murió su padre, Constanza y las otras dos mujeres que estaban con ella huyeron al bosque y se instalaron en una cabaña de arrieros abandonada. Era un sitio al cual tan solo podías llegar si conocías el camino, pero su madre había crecido recorriendo esos senderos, donde el follaje y las ramas

apenas dejaban entrar el sol. En la cabaña había dos literas y un fogón. Encendieron fuego, recogieron yerbas, semillas, hojas comestibles que Constanza conocía bien. El viento movía a un lado y a otro las copas de los árboles, pero ahí abajo el viento no las alcanzaba. Un día comenzaron las contracciones. Sus amigas reunieron más leña y alimentaron el fuego. Hicieron una cuna de hojas. Cerraron los postigos y se sentaron en el suelo de tierra junto a ella. Constanza las oyó cantar, hacer compresas y vendas con sus ropas. A la madrugada Isi nació en el mundo verde. Así le llamaba su madre: «El mundo verde donde tú naciste». No había sangre en su historia, ni gemidos, ni dolor, ni el padre muerto cuyo cuerpo quizás alguien había arrojado al lago, tampoco estaba el miedo que debió sentir al recibir a una niña más parecida a un pez que a un ser humano atada a un cordón sanguinolento que una de las mujeres cortó. En su historia solo estaba la alegría de tenerla entre sus brazos. Así, su nacimiento, aunque no tenía juguetes, sonajeras ni gasas blancas, era limpio como un cuento de hadas. Habrían estado dos semanas ocultas en el bosque y luego Constanza volvió a casa de los abuelos con Isi en los brazos.

A veces Isi pensaba que las verdaderas circunstancias debieron ser tan horribles que su madre las había enterrado para erigir sobre ellas su lindo y fantasioso cuento. Sí, a veces le costaba creer que fuera verdad, y volvía a preguntarle a Constanza cómo había sido, a lo que ella respondía con la misma historia sin fisuras.

Leonor

Habían transcurrido quince horas desde que se llevaran a la madre de Isi. El reloj cucú que pendía de la muralla marcaba las seis de la mañana. Había pasado la noche en vela y no la había oído llegar. ¿Dónde habría pasado la noche? La sola idea de que también a ella la hubieran capturado me producía angustia. Me calcé los zapatos que me hacían doler los pies, me eché una manta por sobre la camisa de dormir, corrí la cadenita de seguridad y salí al pasillo. La cerradura de mis vecinas estaba rota, empujé la puerta con cautela. La violencia de lo que vi cuando la abrí me hizo trastabillar. Me afirmé de un muro. Era como si la guerra se hubiera hecho cuerpo en ese pequeño departamento casi vacío. Los muros en el suelo, el televisor hecho trizas y en medio de la sala, dos maletas. El único sillón, con una rajadura en el vientre, moría en un rincón como un animal del matadero. Había un fuerte olor a caca.

—¿Isi, estás ahí? —susurré. Me era difícil avanzar en ese campo de guerra—. Soy tu vecina, vengo a buscarte.

Me hice de valor y di unos pasos hasta alcanzar el cuarto. La cama estaba deshecha y el olor a caca era allí aún más fuerte. Salí todo lo rápido que me permitió este cuerpo, regresé a mi departamento y cerré con doble llave. Me preparé un café y me senté junto a la ventana. No quería pensar que la niña estaba en algún lugar de ese «afuera» que ahora me resultaba aún más amenazante. En la plaza desierta unos perros vagos merodeaban los tarros de basura y un viento despiadado se agitaba entre los árboles desnudos. No, no era posible que Isi estuviera ahí, sola, expuesta al invierno, a la inmundicia y a la crueldad del mundo.

Después de tomar desayuno fregué los platos y los dejé boca abajo en el escurridor. Alrededor de las once de la mañana oí ruidos

en el departamento de mis vecinas. Me asomé por la mirilla justo en el instante que tres hombres vestidos de terno y corbata salían apurados. Frente a mi puerta, uno de ellos, el más potoco, se detuvo. Pude ver su ojo apuntándome. Un ojo pardo, como de cóndor. Me aparté asustada. En un mal movimiento me tropecé con mis propios pies y me caí. Cuando ya no oí sus pasos, me reincorporé apoyándome contra el muro y me prometí no cejar hasta lograr algo, al menos una señal que me asegurara de que la niña estaba viva y bien.

Isi

Caminó sobre la superficie del invierno rumbo al liceo mirando el suelo. Quizás si hacía como si nada hubiera sucedido, todo desaparecería**.** Dobló en una esquina y en la siguiente. Dos chicas de su edad salieron de un edificio con sus bolsones de colegio al hombro. A los pocos metros encendieron un cigarrillo. Cuchicheaban, reían y hacían piruetitas mientras caminaban. Isi avanzó lento, adelantando un pie pegado al otro como si caminara por un trapecio, contando los pastelones sin levantar la vista, el aire frío ciñéndole el pecho. Un traspié y caería por el pozo del miedo.

Antes de entrar a la sala de clases se estiró el jumper y se alisó el pelo con las manos. Había pasado la noche intentando dormir hecha un ovillo en su escondite bajo la escalera. Una compañera de curso le preguntó si iría ese fin de semana a la kermese. Se sorprendió al oír su propia voz afirmando que sí, que iría con un vestido nuevo que había comprado especialmente para la ocasión. Se sentó en su

pupitre, sacó su cuaderno y se quedó mirando por la ventana mientras la voz del profesor de matemáticas y los chasquidos que emitía la tiza en el pizarrón siguieron sonando a lo lejos. En el patio vacío, una familia de gorriones picoteaba el piso de cemento. El cielo era gris. Dentro del bosque no veía el cielo. Dentro del bosque buscó a su madre. Sabía que estaba ahí, oculta entre los árboles, mientras en la lejanía se oían las botas y los perros buscándola. Ellos, los hombres de las botas, no sabían que Constanza conocía el bosque mejor que nadie, cada macizo, cada quebrada de esas tierras donde ella, su abuela y su bisabuela habían nacido.

La última noche que habían pasado juntas en el departamento volvía una y otra vez a su memoria. ¿Cuál era esa sorpresa que quería darle? Era impensable que tuviera que ver con lo que estaba sucediendo. ¿O sí? Qué confuso era todo. Piensa, Isi, piensa, pero de su cabeza tan solo surgía esa materia viscosa que desprende el miedo.

Por la tarde, después de clases, se apostó en la misma esquina del día anterior a esperar a que su madre apareciera. Desde allí veía un coche aparcado frente a su edificio y a un hombre que leía el periódico apoyado contra el portal. No les quitó la vista de encima hasta que desaparecieron, primero el auto, después el hombre. Se entremezcló con la gente pretendiendo mirar escaparates. Estaba segura de que de pronto vería aparecer a su madre con el traje de dos piezas tan formal que ahora usaba para su trabajo de «oficina», tambaleándose en esos tacones altos con los que apenas podía caminar. Decidió quedarse ahí hasta que llegara. Sabía que estaba desobedeciendo sus instrucciones. Estas eran claras, clarísimas, se las había repetido hasta el cansancio desde que era niña. Si algo le

ocurría a ella, lo que fuera, tenía que tomar el tren desde la Estación Central y llegar a la casa de su abuela. Podía oír su voz: «No intentes comunicarte ni hablar con nadie, te tomas el tren y te vas derechito a la casa de la abuela, ¿oíste?». En el dobladillo de su único abrigo, su madre había cosido el dinero que le haría falta, también el número de teléfono de la abuela y una nota que Isi se sabía de memoria con las instrucciones exactas para llegar desde Valdivia a su casa en Llifén.

El recuerdo que tenía Isi de su abuela era el de una mujer con un vestido de lana de cuello blanco almidonado, arrodillada junto a la cama rezando con los ojos cerrados. Recordaba también su casa, llena de fotografías descoloridas de los Alpes Calizos, tapetes de ganchillo y cortinas con flecos siempre cerradas, que solo ella, si estaba de ánimo, podía descorrer. No la veía hacía casi cinco años, desde que con su madre iniciaron su vida errante. De tanto en tanto, con Constanza la llamaban desde un teléfono público a la centralita del pueblo, y la señora que atendía la iba a buscar a su casa para que pudiera hablarles. Isi no la echaba de menos. En sus sueños a veces aparecía la orilla sinuosa del lago, el bosque, pero no su abuela.

Tanteó los billetes cosidos en el interior de su abrigo y tuvo la impresión de que palpaba la desgracia. Recordó esa vez que su madre la había llevado a la Estación Central y le había mostrado dónde debía comprar el boleto y dónde tenía que esperar. Le hacía repetir cada instrucción como a una retrasada mental. Podía sentir el miedo de su madre a que ese día llegara alguna vez.

Se negaba a creer que había llegado.

Quería pensar que Constanza estaba a salvo, que un compañero le había advertido lo ocurrido antes de que ella llegara de vuelta al departamento. Quería creerlo y lo creía fervientemente. Solo faltaba que alguno de ellos la viniera a buscar y la pesadilla se acabaría. Se sentó en una banqueta de la plaza, descosió con los dientes la basta de su abrigo y sacó los billetes. Entró a uno de los locales de comida del portal, se sentó a una mesa de mantel de hule y pidió un completo y una Coca-Cola. En su interior le habló a Constanza bien claro: «No voy a volver donde la abuela, no voy a tomar ese tren y borrarte de la faz de la tierra, ¿oíste?».

Un hombre en la mesa vecina leía el diario cuyo título principal era: *Chile, el país del buen vino y las bellas mujeres*. El frigorífico tras el mostrador hacía ruidos y se sacudía. En la barra, un hombre de terno y zapatos sin cordones dormía con la cabeza apoyada en un brazo. Junto a un Wurlitzer apagado, dos hombres enzarzados en una discusión gesticulaban con vehemencia. Poco a poco el local comenzó a llenarse. Cada vez que alguien entraba, se deslizaba un chiflón frío desde la calle. Isi sacó sus cuadernos, los que se habían salvado porque los llevaba en el bolsón. Intentó hacer las tareas pero fue incapaz de concentrarse. Fijó los ojos en las letras sin verlas e intentó otra vez huir con sus pensamientos al bosque. Pero el bosque se le escapaba. Todo se le escapaba y lo único que permanecía incólume era el olor a humedad del local y el miedo.

Avanzada la tarde, los comensales, los sobrios y los borrachos, se habían ido, el camarero limpiaba las mesas, fregaba el suelo, mojaba el trapero en el agua gris y grasienta de un balde y luego lo pasaba de un lado a otro por el piso. Ya cerraban el local cuando Isi salió.

Abrió la puerta del edificio, encendió el interruptor del vestíbulo y se deslizó en su escondite. Se arropó con el abrigo e intentó dormir. El dorso de su mano izquierda había comenzado a sangrar de tanto rascársela. Buscó los números primos entre 227 y 407: 229, 233, 239, 241... La mecánica de las matemáticas siempre la salvaba. Los multiplicó por cinco y los dividió por dos. La luz de tiempo se apagó. Sobre la ciudad cayó el toque de queda.

En la oscuridad buscó una señal que le dijera dónde estaba su madre, pero lo único que encontró fue un silencio como el que oía de niña dentro de su cabeza después de una pataleta. El frío se colaba por una ranura de la puerta. Se cubrió la cabeza con el abrigo para sentir el calor de su respiración. Soñó que su cuerpo se había congelado, tenía las manos y las piernas tan rígidas como las ramas de un árbol y, al intentar levantarse, su cuerpo se quebraba y quedaba convertido en un montón de huesos. Se despertó llorando. Intentó librarse de esta imagen, pero volvía una y otra vez, le pegó un manotazo y siguió ahí, pegada a sus ojos, a su cabeza. Sabía que tenía que salir de allí, pero no era capaz de moverse, no tenía la suficiente fuerza, se estaba convirtiendo en hielo, pronto sería un montón de huesos tirados en el suelo, entonces, no supo cómo, de un salto salió de su escondite, tomó su bolsón y su abrigo y corrió escaleras arriba. No pensaba. Era su instinto el que la llevaba de vuelta al departamento. Abrió la puerta de a poquito porque no podía correr el riesgo de que su vecina la oyera. No prendió la luz, pero aun así alcanzó a ver los muebles desparramados, el muro falso destruido, el papel mural arrancado. Sus maletas habían desaparecido. Era evidente que ellos habían estado en el departamento otra vez. Corrió a buscar la regla de cálculo de Tomás

que guardaba en el cajón de su velador. Lo abrió con tanta fuerza que por poco lo arranca, pero estaba vacío. Buscó en el clóset, dio vueltas en redondo por el estar, la cocina, miró debajo de cada mueble, detrás de cada puerta, dentro de cada cajón. No solo la regla de Tomás había desaparecido. Se habían llevado todo. Incluso el cuadro horrible con la pintura de los pastizales. Sintió el impulso de correr a su escondite, pero entonces recordó su sueño, el montón de huesos en que se había convertido. Volvió a entrar al cuarto. El olor a excremento seguía allí, era insoportable. Levantó la sábana, la recogió de una punta, la hizo un bulto, salió al pasillo y la tiró por el incinerador. Estaba agotada. Se le caían los ojos. También su cuerpo se caía. Intentó prender la estufa eléctrica, pero habían cortado la luz. Abrió el grifo del lavaplatos para tomar agua —la boca le escocía de sed— pero descubrió que también habían cortado el agua. Se echó en el sillón descuartizado y se tapó con la manta escocesa. La misma bajo la cual con Constanza se ocultaban cuando algún compañero las trasladaba de un lugar a otro. No quería pensar. Por eso cantó *Imagine* muy bajito. En medio del toque de queda oyó en la calle una pelea de borrachos, «ándate a la conchatumadre, hijoeputa», un ruido de motores a lo lejos y luego nada. Pero entonces comenzaron las sirenas. Se acercaban y luego se alejaban, ¿llevándose a quién?

Sabía que al otro lado del pasillo estaba la escritora. Si hubiera vivido en otro país, en otro tiempo, en otras circunstancias, habría tocado a su puerta, la escritora la hubiera hecho pasar y le hubiera dado un té caliente. Pero no aquí, no ella. Nunca se sabía cuando alguien podía arrinconarte, delatarte, traicionarte. Su madre le había marcado la desconfianza a fuego. Pensó en el árbol frente al cual la

protagonista de la novela que había leído de la escritora decidió pasar el resto de su vida. Tal vez ese sillón era ahora su árbol.

Se sintió tan vieja como la escritora. Tenía la sensación de que en esas dos noches había crecido todo lo que tenía que crecer. Los griegos antiguos tenían dos palabras para referirse al tiempo. El cronos, que era el tiempo que marcan los relojes, y el kairós, que usaban para nombrar un tiempo indeterminado en que algo importante sucede, algo bueno que cambia las cosas. Añoró que ese tiempo llegara. «Que me envuelva el kairós y que cuando haya pasado, todo esto se haya hecho humo», conjuró en silencio.

Leonor

Por la noche no pude conciliar el sueño. Me daba vueltas pensando en Isi, recordando la violencia de los hombres, el departamento hecho pedazos, el olor a caca. Los espíritus violentos de tiempos pasados se apoderaron de mí. Me ahogaba de angustia por ella, al punto de que en un momento tuve que abrir la ventana y dejar que el frío inundara la habitación, que el aire entrara a mis pulmones mientras lo absorbí como un ahogado que ha logrado por fin respirar.

Apenas dieron las once de la mañana, la hora exacta en que mi viejo amigo Adriano Levi abría La Alborada, caminé hasta allí. Lo encontré, como siempre, en su escritorio sacando cuentas y hablando solo. Levantó la cabeza y me miró con sorpresa por verme tan temprano. A pesar de los potingues que me había puesto antes

de salir, debía tener la apariencia de quien viene del patio de los callados, porque me preguntó alarmado:

—Leonor, ¿estás bien?, ¿pasó algo?

Arrimé una silla junto a la suya y me senté. Él encendió su pipa. Le conté lo que había visto.

—Es evidente que fueron los milicos quienes se los llevaron. Tenemos que encontrar a esa niña —dijo Adriano.

Me pidió que le diera más detalles, la hora en que habían llegado los hombres, el tiempo que habían estado en el departamento, lo que hicieron, lo que oí, y con cada una de mis palabras, la teoría de Adriano Levi se me hacía más evidente.

—Es probable que esté en estado de shock y que no haya ido muy lejos —dijo. Se puso su sombrero de paja, cerró la librería y salimos juntos a la calle uno apoyado en el brazo del otro.

Él, más expansivo y sociable que yo, les preguntó a los vendedores ambulantes, a los transeúntes y a las dependientas de los colmados si habían visto a una niña con las características que yo le había descrito. Flequillo, cejas como dos alas abiertas, menuda y desenvuelta. «Pero si es como si describieras a tu hija, al menos lo que he visto en sus fotografías», me dijo Adriano. Yo me encogí de hombros y miré hacia otro lado para no tener que decirle una de esas estupideces esotéricas de las cuales ambos nos habíamos burlado siempre.

Nadie la había visto. Nos miraban con una expresión entre cabreada y compasiva. Dos viejos que buscaban a una niña a la que describían en un lenguaje enrevesado. Volvimos cansados y derrotados a mi departamento. Tomamos una taza de té y camotillos que le habíamos comprado a un vendedor callejero en el camino.

Los masticamos despacio con los dientes que nos quedan y miramos por la ventana. Adriano, que es tan hablantín, ahora callaba y fumaba su pipa.

El tiempo fue pasando. Crecían las sombras, se fundían con las paredes de la sala de estar, mientras, hacia el final de la jornada de trabajo, el barullo se hacía más intenso. ¿Cómo podía el mundo seguir su curso mientras una niña y su madre habían desaparecido?

—Es hora de irme —le oí decir. Su mirada era grande y sombría.

Lo acompañé a la puerta. El reloj cucú de la pared dio las seis.

A la mañana siguiente llamé desde la botillería de abajo a Adriano para que continuáramos con nuestra tarea, pero me dijo que había amanecido con tos. Seguro era por el frío y los cigarrillos. Yo tampoco paraba de toser. Me dijo que lo más probable era que Isi estuviera en casa de algún pariente. No era improbable que tuviera razón, pero algo me decía que no era así, que no tenía a nadie a quien acudir. Debía salir a buscarla, con o sin Adriano.

Aromaticus Metaforus Arboresis, tienes que hacerlo, me dije a mí misma, las palabras con que Reynaldo se refería a mí, y que yo seguía pronunciando cuando necesitaba insuflarme fuerzas.

Tracé una ruta que abarcaba varias cuadras, y en cada una dispuse una estación. La primera parada era en el Café Do Brasil. Me tomé un vaso de soda y un café. Ya había perdido el pudor, y le pregunté a los almaceneros, a los quiosqueros y a cualquiera que se me cruzara si había visto a una niña con las características de Isi. En el semáforo de Amunategui con Huérfanos un chiquillo se acercó a mí y me dijo algo que por el ruido de la calle y mi sordera no entendí. Di un salto, pero al instante me di cuenta de que tenía una expresión implorante. Me volvió a hablar, me pedía fósforos, llevaba

un cigarrillo sujeto en la comisura de los labios. Rebusqué en mi cartera los que siempre traía junto con mi pitillera y se los pasé. Encendió su cigarrillo y cuando me entregó la caja de vuelta, me di cuenta de que también había dejado en la palma de mi mano un papelito. No alcancé a levantar la vista cuando él había desaparecido. Crucé la calle y volví a mi departamento lo más rápido que me dieron las piernas. Recién cuando franqueé el umbral y cerré la puerta, miré el papel. Decía: «Para Isi», y un número de teléfono. Había otro ser humano más en el mundo que la buscaba. Me tomé un vaso de agua, un trago minúsculo de vino y volví a salir a la calle. Debía llamar a ese número. Llegué a La Alborada sudando y con un dolor endemoniado en las rodillas. Caí rendida en una silla que estaba junto al escritorio de Adriano mientras él me preguntaba alarmado qué había ocurrido. Le pasé el papel que aún sostenía en mi mano.

—Tenemos que llamar ahora mismo —dijo.

Marcó el número mientras yo, conteniendo la respiración, aguardaba. Marcó otra vez. Y así un par de veces más. Nadie respondía.

—¿Cómo era el chico?

—No sé, más bien bajo, fornido, pero no vi más.

—Y cómo iba vestido, ¿no te acuerdas?

—No sé, no sé, te digo que no me fijé. Se veía una buena persona, parecía estar en apuros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tenía miedo. Eso quiero decir.

Después de intentarlo unas cuantas veces más, Adriano guardó el papelito en un cajón y me prometió que seguiría llamando hasta que

alguien atendiera ese maldito teléfono. Cerró la librería, me tomó del brazo y me acompañó a mi departamento. Debí verme realmente fatal para que se tomara tantas molestias con esa horrible tos que tenía.

Por la tarde saqué la vieja Remington que me había regalado Reynaldo hacía más de medio siglo y tecleé una tras otra en el papel palabras de horror para sacarlas de mi sistema. Solía funcionar, pero no esa vez. Por el contrario, el miedo pareció asentarse con más garras en mi corazón. Cómo los echaba de menos, a Reynaldo y a Celia. Celia seguro habría sabido qué hacer en esas circunstancias, pero hacía veinte años que vivía en algún país de Asia y habíamos perdido contacto. Nunca volví a tener una amiga como ella.

En algún momento me dormí. Pero era un sueño flojo, como una tela gastada, que no alcanzó a tumbarme. Y así me quedé, insomne otra vez. El insomnio es un campo eriazo donde solo crecen los pensamientos catastróficos.

Isi

Por la mañana encontró en el canasto de la ropa sucia su buzo de gimnasia. Al parecer era el único lugar que los hombres no habían tocado. No olía bien, pero al menos la abrigaba más que el jumper de colegio. Apenas había dormido. Había pasado la noche alerta a cada crujido, a cada ruido proveniente del exterior, a cada temblor del aire. Nunca se había sentido tan cansada.

Salió a la calle para desentumecerse. No tenía ni agua ni gas ni electricidad y el departamento se había vuelto un témpano. Compró

un pan y una tajada de queso en un almacén y se lo comió mientras caminaba. Tenía la impresión de que las personas al pasar la miraban. Se sentía expuesta como un pájaro a quien le han arrancado las plumas. Se escondió bajo su gorro de lana y resguardó sus ojos. Por los ojos entran los otros a asaltarte. Por los ojos te obligan a salir a dar explicaciones y te atrapan. Por los ojos también entran las verdades. Isi podía ver lo que pasaba por la cabeza de la gente, y en ocasiones lo que veía le daba miedo. A Constanza también le daba miedo que ella viera tanto y por eso a veces le decía que bajara los ojos, que no mirara.

Constanza siempre procuró que supiera lo menos posible de los compañeros del Partido. Según decía, era una forma de protegerla. La mantuvo en la cápsula que había construido para ella, sin vínculo con el mundo exterior. Pero, de tanto vivir dentro de esa cápsula de solo dos habitantes, ahora estaba sola. No tenía amigas ni amigos, tampoco tenía forma de llegar a los compañeros para pedir ayuda. Podía acudir a la Vicaría de la Solidaridad, donde buscaban a los desaparecidos, pero hubiera significado aceptar que se la habían llevado, y ella estaba convencida de que no era así, de que su madre estaba en una casa de seguridad, a salvo, y que apenas pasara el peligro vendrían a buscarla a ella. Si la hubiera declarado desaparecida, en la Vicaría le hubieran preguntado quién era, qué hacía, dónde militaba, y hubiera sido una forma de delatarla. Pero en tanto, ¿qué hacía? El dinero del pasaje al sur se acababa rápido y pronto no tendría para comer.

La única opción que le había dejado su madre era su abuela. Tomar un tren y volver con ella. No bastaba con que le hubiera dejado el dinero para el pasaje. ¡No bastaba! Tendría que haber

construido un puente entre ellas, y en su lugar se había dedicado a hacerlo pedazos.

Recordó una mañana en que tomaba desayuno en la cocina de la casa de la abuela con su madre. Debía haber tenido unos ocho años. Constanza le hablaba de su padre y una vez más le repetía lo valiente que había sido y lo orgullosa que debía sentirse de él. Cuando la abuela apareció, su madre calló. La abuela llevaba su típico pañuelo en la cabeza, el que usaba cuando estaba de malas pulgas y en el que según Constanza guardaba sus malas ideas. Se preparó un té, sacó un pan del horno y se sentó a la mesa con ellas.

—¿Cuándo le vas a decir la verdad a tu hija? —dijo con una voz extrañamente tranquila, como si estuviera moliendo, lenta y sin prisa, las palabras con su dentadura postiza.

Constanza tomó un sorbo de café, dejó la taza sobre la mesa con brusquedad, cogió la mano a su hija y le dio un pequeño tirón para que se levantara.

—Vamos —le dijo.

Antes de que alcanzaran a salir de la cocina, la abuela volvió a hacerle la pregunta mientras cortaba un pedazo de pan con esos mismos gestos pausados con que degollaba a las gallinas. Constanza tenía los ojos puestos enteros en Isi, como si quisiera borrar de su visión todo lo que estuviera fuera de ambas.

En los días, las semanas y los años siguientes Isi le preguntó a su madre cien, mil veces, «¿qué?, ¿qué?, ¿qué?, ¿a qué se había referido la abuela?». ¿Guardaba relación con su padre? Y siempre se encontraba con la misma respuesta. «Tu abuela no soporta que seamos felices, Isi, eso es todo». Y luego: «Todo lo que ella haga o diga vendrá de su resentimiento. No hay más verdad que esa».

Podía llamar a su abuela desde un teléfono público y preguntarle cuál era ese gran secreto que había separado las aguas entre Constanza y ella para siempre. Pero entonces, ¿qué haría con esa verdad que Constanza nunca quiso revelarle? Tenía la impresión de haber mirado el mundo por un boquete, el boquete que su madre había abierto para ella y que dejaba oculto el resto del mundo. La Gran Verdad de su madre, esa de la cual tanto se ufanaba, le parecía ahora una carpa de circo pobre. Y ahí estaba ella, sola en el centro de la carpa cuando todos se habían ido.

Caminó entre la gente como si fueran de cemento, tan duros sus cuerpos, tan dura su distancia. Miró el suelo. Tenía que evitar hacerse ver, evitar las miradas. Debía en cada instante reconocer los territorios vedados, las reglas y las amenazas de la calle. Tenía que fundirse. Hacerse invisible. Llevaba en su bolsillo las últimas monedas. Las tocó, estaban frías. Dio una vuelta a la manzana para pasar el frío y en un impulso se detuvo en la cabina telefónica de Ahumada con Agustinas. El número se lo sabía de memoria. Metió las monedas en la ranura y llamó a la centralita de Llifén.

—Aló —oyó a lo lejos la voz de una telefonista.

—Hola.

—Aló, aló, no la oigo.

—Quiero enviarle un recado a la señora Ilsa Meyer —gritó.

—¿Meyer, dice?

—Sí, sí, Meyer.

—¿Se refiere a las hermanas Meyer?

—Sí, a ellas.

—No, no, ellas ya no viven en Llifén.

—¿Y sabe dónde las puedo encontrar?

—No sé, señorita, aló, aló...

Y la comunicación se cortó.

¿Lo sabías? ¿Sabías que la abuela se había ido? ¿Cómo pudiste hacerme esto?, gritó en la cabina sin soltar el auricular cuyo pito sonaba en su mano.

Caminó hasta la plaza. Se sentó en una banca entre dos árboles que la ocultaban. Necesitaba respirar. Adentro, afuera, adentro, afuera. El cuerpo le picaba con una intensidad insoportable. La maldita picazón. Un organillero arrastraba su carrito adornado de remolinos y un grupo de niños lo seguía curioso. Era como si todo hubiera quedado detenido en un tiempo que se repetía una y otra vez. Un tiempo radiante que ella miraba desde el bosque como a una casa iluminada donde tenía prohibido entrar. El pito del teléfono de la centralita al cortar sonaba persistente y ensordecedor en sus oídos, como esos taladros que usan para romper el cemento en las calles. La voz de la mujer que le decía: no, tu abuela no existe y tú tampoco. Se tapó los oídos.

No podía sucumbir a la desesperación. Tenía que encontrar la forma de resistir hasta que los compañeros vinieran a buscarla. Si hubiese tenido la regla de cálculo de Tomás hubiera hecho ejercicios trigonométricos, resuelto ecuaciones cúbicas, sacado raíces cuadradas. Desde que él se la había dejado, cuando la ansiedad se volvía insoportable y el cuerpo entero le ardía acosado por sarpullidos, se la guardaba en el bolsillo y su solo tacto la devolvía a un lugar que, sin nombrarlo, llamaba «casa». Pero no ahora. Ahora el bosque era su casa. Las luces de la plaza se encendieron. Solo quedaban los vagabundos que deambulaban solitarios hablando solos. No supo por qué miró hacia la ventana del departamento de la

escritora ansiando verla. Si hubiese vivido en otro país, en otras circunstancias... Sabía que estaba ahí. Pasaba los días encerrada escuchando canciones antiguas a todo volumen. El hambre arreciaba. Ya no le quedaban más monedas.

Volvió al departamento. Al sillón. Pero entonces aparecieron. Las torturas enumeradas y descritas en ese cuaderno que había encontrado en el sótano de la Casa del Nogal. Nunca las olvidó. ¿Por qué alguien se había dado ese trabajo? ¿Acaso era para prepararse en la eventualidad de caer? Pero ¿cómo te preparas para que te incrusten trozos de bambú en las uñas, para que te pinchen el cuerpo con alfileres, para que te cuelguen desnuda de las muñecas y te azoten con toallas mojadas, para que te metan una rata viva en la boca por medio de un tubo metálico sellado en uno de los extremos, para ser violada por un perro entrenado, para que te apliquen electricidad, para que te rompan la vagina con una bayoneta, para que el manicurista te saque las uñas, para que te hagan injerir excremento y beber orina? ¿Cómo mierda te preparas para eso?

Leonor

Y ahí estaba, un día más esperando a que Adriano por fin me dijera que alguien había atendido ese maldito teléfono. Frente a mí tenía el último cuadro —junto con el retrato que había hecho de mí— que guardé de Pedro Lara. Los otros los fui vendiendo en el tiempo. Un ángel desnudo dormido en la espesura de un bosque. Mirarlo me produce calma, su sueño perenne contiene una paz casi cósmica. Pero ni siquiera la visión del cuadro logró apaciguarme.

Miré por la ventana. Las campanas de la catedral sonaban implacables marcando un tiempo estacionado. En la plaza, las

farolas habían comenzado a prenderse, su luz tamizada por el follaje, y al otro lado el resplandor de unas pocas ventanas que se encendían.

Al principio no la reconocí, era un bulto con un abrigo y un gorro de lana que caminaba hacia nuestro edificio. Pero pronto me di cuenta de que era ella. ¡Era ella! Abrió la puerta de calle y entró. Salí al pasillo y la esperé en la boca de la escalera. Cuando me vio, se detuvo una fracción de segundo en el rellano, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad. La oí bajar corriendo.

—¡No te vayas! —grité. Bajé arrastrando los pies, volví a gritarle —: ¡Por favor, no te vayas, Isi!—. Mi voz sonaba desesperada, tal vez por eso la vi asomar la cabeza en la caja de la escalera—. No te vayas —repetí ya sin fuerzas.

Se quedó ahí un momento, la cabeza vuelta hacia arriba, hacia mí, sopesándome. Quise decirle que ya no conseguía dormir pensando en ella, que desde el día en que se habían llevado a su madre no había dejado de buscarla, que, aunque fuera absurdo, aunque era ella quien había quedado sola, yo también estaba sola, y de una extraña forma la necesitaba.

Comenzó a subir lentamente mirándome con suspicacia. Su expresión era solitaria y hermética, como si buscara en el fondo de mis pupilas una señal que deshiciera el conjuro del peligro. Yo permanecí inmóvil. Había llegado arriba. En un movimiento involuntario abrí los brazos, ella se detuvo, luego reculó, llevaba el bolsón de colegio cruzado sobre el hombro, los brazos caídos como dos alas, la gorra de lana que apenas dejaba ver sus ojos. Persistí, di dos pasos pequeñitos para no ahuyentarla, y la estreché. Ella recibió

mi abrazo como una muñeca desmembrada. Tenía un olor agrio, sentí su calor. Volvimos juntas a mi departamento.

Isi

Lo primero que le preguntó Leonor cuando estuvieron en su departamento fue si tenía hambre. No le confesó que hacía días que no comía, pero debió ser evidente, porque Leonor, sin esperar su respuesta, le preparó tallarines con huevos mientras ella la miraba en silencio.

El rostro de la mujer era arrugado y los polvos formaban pequeños grumos en sus surcos.

—¿Sabías que tu nombre es un palíndromo, Isi? —le preguntó cuando ya estaban sentadas a la mesa e Isi engullía el plato de tallarines con toda la dignidad que era capaz de sostener.

—¿Qué es eso?

—Es una palabra que se lee de igual forma al revés y al derecho.

—Me gusta ser un palíndromo —comentó sin dejar de comer.

—Está compuesto de dos términos griegos: *palín* y *dromos*, y quiere decir «volver a ir atrás» —le contó—. El palíndromo más largo en español es «reconocer».

—¿Volver a ir atrás para reconocer?

—Eso mismo. Qué bonito lo que dices, Isi.

Le gustó que le hablara como a una adulta y que no le hiciera preguntas. Sobre todo que no le hiciera preguntas. ¿Qué podía decirle? Hablar de lo ocurrido habría sido imposible.

Después de que se hubo zampado el plato completo, Leonor le señaló que era hora de darse un baño.

—Hueles horrible, Isi —le dijo, sin burlarse, sin reprimenda.

Isi le contó que en su departamento habían cortado el agua, la luz y el gas.

—Qué barbaridad —dijo Leonor, moviendo la cabeza a un lado y a otro—. Pero no te preocupes, lo vamos a remediar.

Mientras Leonor le preparaba un baño, Isi la aguardó en la sala. Había pilas de libros por todas partes. Por la ventana se veía la plaza. Olía a añejo, a canela, a ron, o tal vez a whisky u otro licor. Ahora desde el baño Leonor la llamaba y ella obedecía. Añoraba ser guiada, no pensar, no decidir, no preguntarse, solo dejarse llevar por esa voz de vieja que la aguardaba en la puerta del baño. Se desnudó y entró al agua. Sus manos, sus piernas y sus brazos estaban llenos de costras de tanto rascarse el sarpullido. Era una bañera pequeña, donde su cuerpo entraba justo. Si hubiera caído muerta en ese instante, ese hubiera sido el tamaño de su ataúd, pensó. Se quedó largo rato sumergida en el agua tibia como en un útero, intentando adormecer los sentidos, intentando no pensar. Cuando salió, se envolvió en la toalla que Leonor le había dejado en un pisito. En el agua flotaban partículas oscuras de grasa. Leonor la guio a un cuarto sin ventanas al fondo del pasillo donde había una cama y decenas de libros apilados en el suelo y le pasó un camisón de dormir con lacitos y bordados. No hizo preguntas. Era como si todo lo supiera.

Buenos Aires, 1929/1930

—¡Mademoiselle Michú, la buscan! —oíste el graznido de cuervo de madame De la Pierre, tu casera, al otro lado de la puerta.

Antes de partir a Madrid, Reynaldo y Celia te ayudaron a encontrar un lugar donde hospedarte. Un conocido los contactó con madame De la Pierre, dueña de un inmueble en Las Heras, al lado de una carbonería. Madame De la Pierre en realidad se llamaba Rocío, Rocío Gálvez. Había crecido en una estancia en la sierra y, a pesar de que no había salido nunca de la Argentina, tenía una obsesión por Francia. Madame no solo se había quedado encantada contigo y tu pasado francés, sino que te había rebautizado como Michú. Como un gato. A Michú le había tocado el sótano. Era lo que podías pagar.

Conseguiste un trabajo escribiendo textos publicitarios para un diario local que te dejaba sumas insignificantes. Por eso habías empeñado el cuadro de San Francisco que te había dejado tu abuela. Tu madre te escribía todas las semanas y tú le respondías describiéndole un panorama muy diferente al real. No querías preocuparla, tampoco querías que te presionara para que volvieras, sobre todo no querías que en Viña del Mar se enteraran de tu situación. Habría sido vergonzoso. Estabas segura de que repuntarías de alguna forma y, hasta entonces, era mejor callar.

—Mademoiselle Michú, la buscan —volviste a oír la voz de la casera.

¿Quién podía ser? Después de la partida de Reynaldo y Celia, apenas habías tenido contacto con sus amigos. El contraste entre el sótano donde vivías, sin ventanas, con manchas pálidas como ojeras en las paredes, y la vida glamorosa de ellos, resultaba demasiado brutal. Al menos en ese cuarto que rezumaba desdicha escribías. Había días baldíos, cierto, pero habías descubierto que el santísimo whisky no solo apaciguaba tu angustia, sino que también hacía que tu mente concibiera visiones a las cuales tu cerebro sobrio no tenía acceso. Las frases emergían de tu conciencia como de un volcán. A veces lograbas ver el centro mismo de una palabra, la materia con la cual estaba preñada, su gravidez. También el silencio, ese que respira entre las líneas como un pulmón y que es invisible al ojo humano. No eras la única. Te gustaba sentirte parte de una legión de escritores, Tomas Wolfe, Jack London, Eugene O'Neill, Dorothy Parker, almas dolidas como la tuya, que vivían en un plano más profundo que el resto y que, como tú, habían encontrado en el alcohol un aliciente a la vez que un estímulo para la vida.

Había días en que no funcionaba, que te pasabas de la raya y caías fulminada en tu cama hasta casi el desvanecimiento. Porque lo cierto era que habías empezado a tomar no solo para escribir, sino también cuando sentías ansiedad, frustración, aburrimiento, miedo, depresión. Tomabas incluso cuando estabas feliz.

Escondiste la botella de whisky debajo de tu cama y descorriste el pestillo de la puerta. Ahí estaba Pedro Lara. Traía un ramo de flores, de esas que se roban en los jardines y poseen una gracia sencilla y fresca. Te emocionaste. Había sido un largo invierno, un invierno que había caído palmo a palmo sobre ti como un castigo.

—Mademoiselle Michú, esto es para usted —te dijo Pedro Lara con una sonrisa socarrona.

Sostuviste la puerta. No sabías si largarte a reír o llorar. A excepción de la vigilancia rapaz de madame De la Pierre, era el primer ser humano que te miraba a los ojos y te hablaba en semanas. Los transeúntes en la calle, los seres solos de la botillería donde comprabas tu whisky, incluso el empleado del periódico que recibía los textos de tus avisos publicitarios, pasaban ante ti sin rozarte. Sin verte. Habías empezado incluso a sentir temor de perder tu consistencia humana.

—¿No me va a hacer pasar?

Te arreglaste el pelo en un gesto inútil y lo invitaste a pasar.

—Así que es aquí donde se oculta la princesa Michú. No sabe lo que me costó dar con usted, todos se preguntan dónde está —se dio una vuelta sobre los talones para hacer un rápido recorrido del minúsculo espacio y añadió—: *Pas mal*. Tiene un aire de buhardilla parisina.

Se largaron a reír.

Las paredes se venían abajo, el techo estaba atravesado por cañerías de agua y gas y se respiraba un aire pesado por la falta de ventilación. De París, nada. Llenaste una olla con agua y pusiste las flores intentando componer un arreglo que luego rápidamente desfalleció. Ambos sonrieron. Tú con expresión de azoro.

—Disculpe usted, todavía no compro los floreros, ya sabe, tantas cosas cuando una se cambia de casa... —dijiste con coquetería y sorna.

—¿Y está escribiendo? —preguntó Pedro señalando la Remington sobre la única mesa, junto a decenas de papeles, algunos

perfectamente apilados y otros arrugados en un rincón.

Con un gesto tan tímido como decidido te interpusiste entre tu amigo y la mesa.

—Son avisos publicitarios. Los escribo para *La Prensa*.

—¿Está segura?

Fijó su mirada en ti, interrogándote. Sentiste que él te seducía de forma natural. Como si la imposibilidad de su vínculo amoroso, en lugar de ser cohesiva, fuera una fuente de libertad.

—Estoy escribiendo una novela.

—¿Verdad?

—No lo sé, hay días en que pienso que estoy a punto de acabarla y otros en que siento que ni siquiera he comenzado a escribirla.

—Léame algo, por favor —tenía una expresión que denotaba intensidad, focalizada en sus ojos.

—No, no —respondiste, vehemente.

Pedro dio un ágil paso, estiró la mano por el costado de tu cintura y tomó una hoja.

—¿La va a leer, Lara? —le preguntaste incrédula.

—Es lo que pretendo, si usted me lo permite, claro.

—Está bien. Pero si me promete algo.

—¿Qué?

—Sacarme a cenar.

—Eso ya está hecho. Apuesto a que está comiendo poco. A Celia y Reynaldo no les gustaría saber eso.

Sentiste que su preocupación era genuina.

—No mucho —confesaste, y no mentías. A veces te encontrabas, como Balzac en sus tiempos de pobreza, imaginando los platillos más deliciosos proyectados en los muros. Al menos el whisky te

quitaba el hambre. Era algo nuevo. Habías descubierto que más allá del hambre hay una claridad y una ligereza trágica—. Le quiero pedir algo más.

—Lo que sea.

—No me diga nada hasta que estemos sentados a la mesa.

—Prometido.

Le pasaste cuatro páginas que escogiste con cuidado entre las que estaban apiladas y le pediste que te esperara. Entraste a tu cuarto y sacaste la maleta que guardabas bajo la cama donde habías dejado tus atuendos más finos. No te habías vestido como Dios manda desde que Reynaldo y Celia habían partido hacía cinco meses. Escogiste un vestido color palo de rosa, guantes del mismo color y un sombrero azul de ala ancha con una cinta blanca. Cuando estuviste preparada, Pedro te tomó del brazo y salieron juntos a la calle rumbo al Café Tortoni.

El café sí tenía aires parisinos. Techo de vidrio y señoriales columnas de mármol negro terminadas en arabescos de yeso. Se sentaron a una mesa en un rincón junto a una foto de Edith Piaf. Pedro te dijo que pidieras lo que quisieras, y así lo hiciste. Comiste vorazmente. Habías olvidado cuánto te gustaba comer. Él, frente a ti, fumaba y te observaba atento. Pero no como un cazador a su presa, sino más bien como un coleccionista que ha encontrado una pieza inusual cuyo valor aún no puede calibrar. Era uno de esos hombres con quienes se podía conversar. Ponía atención a cada uno de tus argumentos, los transformaba y ampliaba con agudos análisis que te hacían sentir viva, lúcida. Te obligaba a ir rápido, rápido, como una pantera, como un ciervo. Estaba también el lenguaje. Sin ser poeta, Pedro tenía una sensibilidad particular con las palabras. Era la

tensión, la grandeza con que las expresaba. Había viajado a Europa a los diecisiete años y había vivido ahí su sexualidad por primera vez. Su primer amor fue un argelino que luego murió de tifus.

—Los muertos ejercen sobre los vivos un poder que no tuvieron en vida, Leonor —vertió en tu copa el último poco de vino—. También los muertos del corazón, los que nos dejan de querer, los que nos abandonan. Hay que tener cuidado con ellos.

¿Cómo podía saber? Sus cejas finas y sus rasgados ojos verdes le conferían una expresión que era a la vez aguda y honesta. A pesar de haber visto a Pedro tan solo una vez, te diste cuenta de que lo habías echado de menos. Habías añorado sus palabras extrañamente hondas. Era una sensación misteriosa, con un filo de riesgo.

El mozo se acercó y les ofreció otro trago. Pediste un whisky. Sentiste el delicioso efecto dorado trepar por tu garganta hasta las sienes. Tus venas se entibiaron. Pedro te ofreció un cigarrillo. Era una cajetilla de Particulares, los que a ti te gustaban. Tú ya no tenías dinero para comprarlos, ni siquiera para tabaco.

Apareció de pronto ante ti la imagen altanera del diplomático. Estaba sentado a una mesa junto a una de las columnas. El cigarrillo entre los dedos, el sombrero aún puesto, una pierna cruzada sobre la otra, la raya de sus pantalones perfectamente bien marcada. Y frente a él, su mujer. Cerraste los ojos y lo viste aun con más viveza, arrastrando en cada una de sus expresiones la espoleta lenta de su virilidad. Cuando los abriste, la imagen se había desvanecido.

—¿Leonor, está bien? —oíste a Pedro.

—Sí, sí.

Tomaste el último sorbo mientras él te preguntaba si podían por fin hablar de tu texto. Notaste que su amigable inteligencia despedía ahora un destello incisivo. Su sonrisa de medio lado sugería un conocimiento secreto. Sentiste miedo.

—Pero necesito otro de estos —le dijiste. Él levantó la mano y le pidió al mozo que pasaba junto a ustedes con la pajarita torcida que le rellenara el vaso a mademoiselle.

Whisky para la angustia, para el desaliento, para el frío del corazón, también para la felicidad y la confianza.

*

—¿Está cómoda así? —te preguntó Pedro al tiempo que te recogía el vestido para dejar al descubierto tus piernas blancas y lisas extendidas sobre el diván estilo Luis XV de terciopelo oliva. Te lo había pedido tantas veces que al final habías aceptado. Eras la única mujer, además de su hermana Olivia, que había pintado nunca.

—¿Por qué yo? —le preguntaste.

—Quiero pintar en usted lo que no se ve.

—¿Es mejor que lo que se ve?

—Es como las piedras que brillan en la oscuridad cuando nadie las puede ver.

—Como las panteras que recorren solas las estepas.

—Como los gusanos que se comen a los muertos.

Y se largaron a reír.

Mientras posabas, te preguntabas si no habías cedido a su petición para poder ver a través de sus ojos lo que tú no veías de ti misma. Lo único que podías dar por cierto eran tus actos: caminar con los

ojos cerrados, dormir con los puños apretados, aplacar el frío saltando, beber whisky hasta limar las asperezas, llevarte la mano al corazón para cerciorarte de que estabas viva. En estos actos soy, te decías. Soy esto, tan poco, tan poco. Pedro Lara, en cambio, parecía ver tanto más en ti.

Él había escogido tu atuendo para el retrato. Un vestido azul oscuro de manga corta, botones, y un casto cuellito blanco estilo marinero. Te gustaba volver a su departamento-estudio todas las tardes, arrellanarte en el sillón rodeada de cuadros de Modigliani, De Chirico, Raúl Soldi, además de los suyos. El interior era heterodoxo. Cientos de libros, una colección de lustrines y los grandes títeres, el Dios Apolo y dos aleonadas Erinias, las diosas de la venganza, que Pedro había diseñado para una puesta en escena de *Las erinias* de Esquilo que había montado junto a Enrico Puértolas. El edificio se encontraba al fondo de un patio interior. Después de atravesar el pórtico que daba a la calle, te encontrabas con un pequeño patio en cuyo centro había una fuente de agua rodeada de helechos. Una fuente simple, sin ningún dispositivo particular, que emitía un sonido persistente y cantarín.

Mientras fijabas los ojos en un punto lejano, imaginabas al diplomático mirándote desde un rincón con curiosidad y avidez. No había forma de sortearlo. Incluso esa noche en el Café Tortoni, cuando Pedro te había dicho que tu texto era brillante, que la delicada perfección de tus palabras lo había emocionado, incluso entonces habías vuelto a ver su imagen. Tampoco cuando Pedro se había ofrecido a ilustrar tu futura novela, un regalo grandioso e inimaginable, habías sido capaz de sentir felicidad. Estabas llena de rencor. Una sustancia amarga recorría tu garganta y todo lo

contaminaba. Pero al mismo tiempo, la potencia del resentimiento despertaba tu conciencia. No hay emociones tibias cuando reina el rencor. Es lo opuesto a la desolación. La desolación es débil, yerma. El rencor es fuerza. Con el rencor escribías.

El atardecer se acercaba de puntillas como si no hubiera querido importunarlos. Fijaste la mirada en el jarrón de flores azules que Pedro tenía sobre la mesa de centro. Una de ellas tenía el tallo grueso como el dedo de un gigante. De pronto viste caer la flor sobre la superficie de la mesa con su corola y sus pétalos, rendida a su inminente fin. «He visto pasar el tiempo», te dijiste.

—¿Está cansada? ¿Quiere que salgamos? —oíste la voz de Pedro.

—¡Al fin! —exclamaste alegre, dispersando tus ensoñaciones con un gesto de la cabeza.

Antes de salir, le pediste ver el retrato que hacía de ti, pero te dijo que debías esperar hasta el final. Te mostró, en cambio, el primer dibujo que había hecho para tu novela. Era un árbol tras una ventana. Un gomero frondoso y vivo, como el que miraba tu protagonista. Después haría otros, incluyendo la portada, la misma que medio siglo más tarde Isi encontraría en la biblioteca de su colegio y llamaría su atención.

—Es bellísimo, Lara —balbuceaste petrificada ante la sorpresa y la emoción. Su dibujo era delicado, misterioso como un sueño, parecía vibrar con una vida oculta.

—Me alegra mucho que te guste —Pedro hablaba con timidez. El gran pintor se rendía ante ti. Sentiste un dejo de orgullo.

Salieron a la calle rumbo al Café Tortoni. Nubes de tinta negra teñían el cielo. Los letreros luminosos se encendían. El bullicio de la tarde se atenuaba.

En el café se encontraron con Sara y Víctor Jirado, Palma, la mujer de atuendo masculino que estaba con Pedro en la piscina el día que lo conociste, un músico que tocaba el bandoneón y que al parecer había sido amante de Pedro y una actriz de teatro por todos conocida menos por ti. Pero quien más te llamó la atención fue un viejo poeta que fumaba su pipa y observaba en silencio las vanidades e inquietudes de los jóvenes. En su rostro se leía la resignación de quienes han abandonado el afán de ocultar los estragos del tiempo y ahora se refugian en una llana ecuanimidad. Tú, sin hablar, comiste con avidez como lo hacías cada vez que se te daba la ocasión.

Pasada la medianoche se atenuaron las luces, comenzó la música y salieron a la pista de baile. Tú eras la única que no sabía bailar tango. Pero no importaba. Palma y Pedro se esmeraron en enseñarte. Tenías que desplazarte en diagonal por la pista, un ocho adelante, un ocho atrás, giro a la derecha y luego a la izquierda, enroque. Pedro se preocupó de que no te cayeras al suelo, de que no te enredaras en los pies de nadie, de que no te embriagaras tanto como para no poder regresar a casa.

Volvieron a la madrugada. Era una de esas madrugadas azules cuyo color se colaba adentro del cuerpo. Estaban frente al edificio de madame De la Pierre. Él encendió un cigarrillo.

—¿Nos fumamos el último? —dijo y se sentó en la escalinata del portal.

Unos edificios macizos con reminiscencias orientales flanqueaban la calle. Las ramas de los plátanos iluminadas por las farolas dibujaban sombras sobre los muros. Te sentaste a su lado. Extendiste la mano para que te diera un cigarrillo. Ya llegaría el día

en que podrías comprar los tuyos. Las nubes no eran densas, pero no podías decir dónde estaba la luna.

—Deberíamos casarnos —señaló entonces Pedro. Te largaste a reír y te atoraste con el humo—. Lo digo en serio —intentaste mostrarte circunspecta y lo miraste. Notaste que el cielo se alejaba y las ramas de los plátanos se acercaban—. Nos llevamos de maravilla, ¿verdad?

—Verdad.

—Yo tengo un departamento que me queda grande, ¿verdad?

—No me lo parece. Creo que está muy bien ahí usted solo.

—Eso usted no lo sabe, pero se lo puedo decir yo. Además, usted vive en un sótano que huele a orina. No es lugar para una Michú —te sonrió—. Podemos vivir juntos, acompañarnos. Usted escribe, yo pinto, nos ayudamos en nuestro trabajo, salimos juntos como hoy. No andamos solos por la vida. Ya sabe, este mundo no está hecho para los solitarios.

Se levantó una brisa tibia. Tal vez se largaría a llover. Una lluvia de madrugada.

—En eso lleva usted la razón. Definitivamente no está hecho para las mujeres solas. La gente me mira con compasión, como si estuviera mal hecha, como si me faltara algo. O con desconfianza, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Ve? Tengo razón.

El cielo se abría como una cortina hacia la madrugada y a la vez se oscurecía con el advenimiento de la tormenta.

—A veces incluso siento que hay personas que me temen. Como si estar sola te emplazara en un lugar sin Dios ni ley, un lugar que les resulta amenazador.

—Así es. Su libertad es una amenaza para ellos.

—Pero, ¿y el amor? ¿Qué pasaría con el amor? —preguntaste cautelosa.

—Nos queremos, ¿verdad?

—Sí, pero yo le hablo de ese otro amor.

—De sexo.

—Sí, de sexo, de pasión.

—Cada uno puede tener sus historias, pero en el centro de nuestras vidas siempre estará el otro. Nos protegeremos de la malicia de los demás —precisó Pedro.

«Historias», qué palabra más inusual para referirse al amor, pensaste.

—Suena lindo —sonreíste.

—Estamos hechos el uno para el otro, Pizaín.

—Con la excepción de que a usted le gustan los hombres.

Recordaste la primera vez que se encontraron en casa de los Jirado. El interés inmediato que él había manifestado por ti. Y cómo, mientras el jolgorio de la noche invadía los cuerpos, él se escabullía escaleras arriba con un mocete de belleza impúdica.

—Un detalle insignificante —respondió Pedro.

—¿Me está proponiendo que vivamos juntos como pareja, pero que cada que uno tenga sus *affaires* sin molestar al otro?

—Le estoy proponiendo que nos casemos, Leonor Pizaín.

—¿Lo cree posible?

Habías probado amar lo que querías amar y no había resultado. Lo que querías no era. Acaso no sería nunca. Porque ni tú sabías «eso» que querías. Quizás la clave estaba en amar lo que no era. Pero ¿era de amor de lo que estaban hablando?

—Sí, lo imagino.

Oyeron la sirena de una ambulancia que se acercaba por entre las calles aún oscuras. Alguien que sufría. Alguien que moría. Sentiste una angustia asfixiante. Tal vez había sido apenas un gesto, un cruzar la calle antes de tiempo, un acercarse demasiado a la baranda de un edificio. Un paso más. Un paso menos. Podrías haber sido tú.

Caían las primeras gotas de agua. Sutiles, espaciadas.

—¡Detesto las ambulancias! —exclamaste.

—Seguramente va camino al hospital Rivadavia que está al fondo de la avenida. En mi barrio no hay hospitales. Si se muda conmigo, ya no las va a oír. Va a estar a salvo —dijo él con una deliciosa sonrisa. A salvo.

Y se largó a llover.

*

Pasaron un par de meses y no habían vuelto a hablar de la proposición. Comenzabas a olvidarla. Como esos sueños que al despertar son tan nítidos que parecen reales, pero que en el transcurso del día vuelven al lugar que les corresponde. Pedro Lara ya había terminado tu cuadro con el vestido marinero y ahora te pintaba como una diosa griega. Pasabas todas las tardes en su estudio. Pero hoy no lograbas concentrarte en las indicaciones que te daba.

—¿Está cansada?

—Un poco.

—Seguimos mañana, Leonor, no hay apuro. ¿Pasa algo? —negaste con la cabeza. Estabas a punto de largarte a llorar—. ¿Está segura?

—Segura —dijiste impostando una sonrisa.

—Hice más dibujos para su novela —comentó él con entusiasmo, seguramente para animarte. Descorchó una botella de vino. Eso te vendría bien. Te sirvió una copa. Te encendió un cigarrillo.

—Ni siquiera tengo una editorial que la publique —soltaste de pronto. Te habías prometido no hablar.

—¿Ya le respondió Víctor Jirado?

—No va a publicarme.

—Pero, ¿cómo no me había dicho? ¡Qué se cree ese hombre! —gritó enfurecido. No habías querido hablar

porque en el silencio tu fracaso permanecía suspendido en la tierra incierta de las ilusiones.

—Dijo que mi novela es demasiado experimental y que, en esta etapa tan difícil, no pueden tomar esos riesgos. Me dijo que era maravillosa, pero bla, bla, bla...

—¿Y las hermanas Bomchil?

Las hermanas Bomchil eran viejas amigas de Pedro Lara. Habían heredado una editorial de su padre y la habían hecho crecer hasta transformarla en un eje y referencia del mundo literario bonaerense.

Negaste con la cabeza sin mirarlo.

Al otro lado de la ventana se oía el ruido de la fuente de agua. Un murmullo suave como el de un instrumento de viento en la lejanía. Sentiste el ramalazo de las lágrimas, pero mantuviste los ojos quietos. Aspiraste profundo el humo. Estaba además el asunto del dinero. Lo que te habían dado al empeñar el San Francisco se había acabado. Aprovechabas las invitaciones a cenar de Pedro y sus

amigos para alimentarte. No sabías cuánto tiempo más podrías sostenerlo. Si volvías a Chile al amparo de tu madre experimentarías una derrota que estabas segura terminaría por hundirte. Chile no era una opción.

—No lo entiendo —dijo Pedro—. ¿Es que todos están ciegos? Su texto es lo más bello y original que se ha escrito en mucho tiempo. Tiene la elegancia del trabajo de los ebanistas.

Aunque el golpe más duro lo habías recibido recién ayer. Era una editorial pequeña. *Lluvia Radiante* se llamaba. Había sido Reynaldo quien desde España te había recomendado a su editor, «un viejo cascarrabias, pero de ojo infalible». El viejo cascarrabias, en la carta que te había enviado después de leer tu novela, no solo se negaba a publicarte, sino que además se daba el trabajo de destruirte. Había en sus palabras un filo maligno, como si anticipara el efecto letal que tendría en ti. Después de leerla, te quedaste paralizada, como si toda la vida que había en ti se hubiera visto succionada por sus palabras. «Amanerada». «Desproporcionada». «Frívola». Para terminar con la cita ácida y barata: «Los ricos también lloran». Los reconociste. Reconociste los mandatos. A ti y a todas las Leonor que habitaban en ti no les estaba permitido sentir con profundidad. Ni por su origen ni por su sexo. A lo más, una nostalgia romanticona. Ustedes servían para otros asuntos, no para expresar el mundo en palabras.

Tenías la carta en tu cartera. La sacaste y se la pasaste a Pedro Lara. Él se sentó a tu lado. Tardó en leerla, como si no diera crédito a lo que veía y necesitara corroborarlo.

—Lluvia Radiante*.* ¿De dónde sacó ese imbécil un nombre tan siútico? Lluvia podrida debería llamarse —dijo—. Ya verán todos esos

idiotas cuando la vean triunfar, Leonor, ya verán.

Triunfar. Tú tan solo querías seguir escribiendo y era una desgracia que para ello fuera necesario pasar por el escrutinio de personas que carecían de corazón.

Pedro dejó la copa en una mesita de arrimo y se acercó a ti. Pasó su brazo por tu cintura, te atrajo hacia él. Sus labios eran tibios, sus huesos finos, su carne perfumada y fogosa. Extendiste el cuerpo y él se recostó sobre el tuyo. Introdujo una mano bajo tu enagua y tocó tu sexo. Sabías que estaba húmedo. Por un segundo sentiste pudor. Pero pronto también tus labios lo buscaron. Sus respiraciones se hicieron acompasadas y más intensas. Te miró a los ojos hasta que metió su cabeza entre tus piernas. Sentiste la punta de su lengua en tu sexo. Su lengua por instantes dura, luego suave como un ser de mar. Lo atrajiste hasta tu boca. Sentiste su sabor salado y dulce. El de tu propio sexo. Y él te penetró. Te impresionó lo natural que resultaba. Se deshicieron juntos en un largo gemido. Se separaron sin prisas, pero tampoco preparados para sostener ese abrazo por más tiempo.

Lo que había ocurrido estaba fuera de lo posible.

Ahora yacían, tú en el diván y él en el sillón contiguo. Tú con la enagua recogida hasta el vientre. El semen de él escurriendo lentamente como el camino de un caracol entre tus piernas. Él sin pantalones, su sexo oscuro en reposo, la camisa blanca abierta, la oscuridad azul de la noche como una tela al óleo colgada en la ventana. Te encogiste en el sillón, cerraste los ojos y permaneciste así un largo rato, oculta tras tus párpados cerrados. Sabías que cuando los abrieras algo tendrían que decirse. Cuando por fin te

reincorporaste, sin decir palabra ambos se sonrieron cómplices como si hubieran estado juntos en un lugar secreto.

Después de vestirse, él te acompañó hasta la calle. Era una noche de nubes bajas, sin llegar a ser oprimente. Por el contrario, parecía estar colmada de algo pacífico, como la vida en un útero, o la muerte. En el portal del edificio crecía una buganvilia roja que comenzaba recién a florecer. Caminaron cogidos del brazo hasta el final de la cuadra, donde Pedro hizo parar un taxi y se despidió de ti con un beso en la mejilla.

Fue cuando te subías al taxi que él volvió a preguntarte:

—¿Se casaría usted conmigo?

*

Cinco meses después celebraron su matrimonio en el Café Tortoni. Tu madre viajó desde Santiago. Hacía más de un año que no se veían, y en su rostro, además de la felicidad de verte por fin asentada, había alivio. Ya no tendría que preocuparse por ti. El «problema» —porque era así como te veía, o al menos eso creías— era ahora de ese hombre buenmozo, un poco amanerado, pero a todas luces de buena familia. Tus dos hermanas, ambas casadas y con un bebé cada una, se devanaban entre pañales y biberones y no habían podido viajar.

Fue una cena sencilla, llena de detalles significativos. Tu madre, de regalo de matrimonio, mandó a armar los más bellos ramos de flores que vistieron el lugar del aire festivo que correspondía. Le agradeciste el gesto, pues sabías que sus recursos eran cada vez

más escuálidos y que probablemente pronto tendría que vender la casa donde habían nacido tus hermanas y tú.

Llevabas un vestido verde agua de pronunciado escote en la espalda y un tocado de perlas. Pedro un terno del mismo color. Las flores del ramo de novia las había recogido él de los jardines de su calle, como las de la primera vez que llegó al sótano de madame De la Pierre a buscarte. No hubo sacerdotes ni ritos religiosos, pero sí palabras sentidas de vuestros amigos. Conociste por fin a Olivia Lara —la hermana de Pedro— y a su marido. Era una mujer larga y estrecha que no dejaba de sonreír, como si le hubieran pegado la sonrisa a la cara. Enrico Puértolas desde Granada les había enviado un poema que el poeta viejo leyó en voz alta. Su voz era pesada, con una cadencia de lobo marino.

Pero el que más te emocionó fue el poema de Alfonsina Storni que Palma leyó para ustedes:

¿Qué diría la gente, recortada y vacía,
si en un día fortuito, por ultrafantasía,
me tiñera el cabello de plateado y violeta,
cantara por las calles al compás de violines,
o dijera mis versos recorriendo las plazas,
libertado mi gusto de vulgares mordazas?

—¡Salud por los bellos dementes! —brindó cuando terminó de leer. Levantó su copa y todos brindaron con ella.

Tu madre, sentada junto a Olivia y su marido, no abandonaba su expresión encantada. Después de los discursos hicieron votos. Pedro te dijo que te protegería de tus fantasmas, que toda su devoción sería para ti. Tú le ofreciste tu ser entero. Tus sueños, tu inspiración.

Ninguno de los dos se prometió fidelidad ni pronunció la palabra «siempre».

*

Una vida nueva. Tomados de la mano recorrían el barrio, entraban a las librerías, a los bares, visitaban amigos, bailaban foxtrot. Trabajaban juntos en el departamentoestudio. Tú te sentabas a la mesa con tu Remington, frente a la bella biblioteca que Víctor Jirado les había regalado para su matrimonio y que contenía todos los libros que había publicado la editorial a lo largo de treinta años, mientras en el otro extremo de la sala Pedro pintaba. Cada uno en su esquina luchaba por atrapar ese soplo de inspiración que siempre amenazaba con escapárseles. De eso se trataba. De acompañarse en sus búsquedas. En ocasiones, antes de dormirse, se abrazaban. Él sin deseo. Tú confundida. Intentabas restarle importancia al hecho de que no hubiesen vuelto a hacer el amor. Ya vendría.

Pedro te desafiaba y te intrigaba. Habías descubierto que junto al hombre agudo, cínico y gracioso había un tipo desdichado que con dificultad contenía su instinto de muerte. En eso también se hermanaban. Lo habías descubierto una tarde cuando, mientras escribías en tu rincón, él destrozó con un cuchillo una de sus obras. Tajo a tajo. Sin prisa. Sin levantar la vista. Poseído por una calma calculada y cruel. Afuera el murmullo de la fuente de agua se había detenido. El aire estaba quieto, contenido y pesado como si el tiempo hubiera hecho una hondonada para su ira.

—Pedro Lara —pronunciaste su nombre lentamente—. No debió hacer eso. A mí me gustaba mucho ese cuadro.

Él te miró desconcertado. Como si durante su violento trance hubiera olvidado tu presencia.

—¿De verdad le gustaba?

Su expresión había mutado de la ira al desamparo.

—Sí, mucho.

—Voy a comenzar otra vez.

—¿Es un trato?

—Sí, es un trato.

Había agradecimiento en su expresión.

Si la inspiración se apagaba, ya no necesitabas traerla de vuelta con un vaso de whisky. Ahora salías a la calle en busca de algo para Pedro. Algo que lo hiciera sonreír. Te gustaba traerle campanillas, de esas comunes y corrientes que crecen entre los pastelones de las calles, y ponerlas en un cuenco de cerámica a flotar. Pedro decía que los capullos azules flotando en el agua lo reconfortaban. A veces incluso cocinabas. Platos de comida francesa que habías visto preparar a tu madre en la casa del Paseo Monterrey y que intentabas sin demasiado éxito reproducir. Los mejillones al vapor con papas fritas era el plato que había recibido más elogios de tus comensales. Eran tantas las ganas de sus amigos de que su unión resultara, que a veces su entusiasmo desproporcionado te hacía sentir madame Curie descubriendo el radio y el polonio. Tú también querías que esa vida funcionara.

Cuando te encontrabas sola, te sentabas en la sala, encendías un cigarrillo y pensabas en las extrañas vueltas del destino. Recordaste ese primer encuentro con Pedro. Bien habría podido ser el otro hombre que estaba junto a la piscina con Palma quien te cogiera del brazo. Ahora hubieran estado sentados en el escaño de una plaza

besuqueándose o viendo una película mediocre en el biógrafo como dos tortolitos. Pero Pedro y tú eran bichos raros, y los bichos raros debían unirse para no ser aplastados por la banalidad.

Una noche se aprontaban a dormir cuando Pedro saltó de la cama y sacó del bolsillo de su chaqueta, que colgaba de una silla, una bolsita de terciopelo negro.

—¡Casi lo olvidaba! —te dijo y te la entregó.

En su interior había un prendedor de oro con piedras semi preciosas. Era un colibrí.

—¿Para mí? —musitaste emocionada.

—Lo encontré en el anticuario que está junto a la biblioteca.

—Es precioso. ¿Por qué?

—Un día como hoy nos conocimos en casa de los Jirado.

Lo prendiste de tu piyama y él posó su mano en tu mejilla. Ambos levantaron los ojos y se miraron. Acercaste tu rostro al suyo en el impulso de besarlo. Derrotada ante la mirada acobardada de él, te detuviste y escondiste la cabeza entre las almohadas. Cuánto ansiabas ser el objeto de su deseo. Seguro era un asunto de paciencia. Él te quería, te mimaba como nadie te había mimado antes, depositaba en ti una fe ciega. Sí, sí. Era un asunto de paciencia. Debías dejar fluir el tiempo. Un día él te miraría subrepticiamente y tú encontrarías en sus ojos el mismo deseo que sentía por sus mocetes.

Esa noche soñaste que en medio de una tormenta empujabas playa arriba una cama de hospital que el mar embravecido había arrastrado hasta la orilla. El cielo y el mar eran una sola masa de agua. Estabas empapada. Empujabas, empujabas. Sentiste un deseo feroz. No como el que habías experimentado por los hombres. Algo

mucho más fuerte y urgente. Empezaba en la parte alta de tus piernas y terminaba en tu espina dorsal. Intentaste detenerlo, pero su centro era eléctrico, rutilante, como una corriente subálvea que arrasaba con todo lo demás. Las olas del mar y las tuyas se hacían cada vez más grandes, violentas. Empujabas con todas tus fuerzas, los músculos tensos como las sogas de un barco. «Concéntrate», te decías a ti misma en el sueño, «debes salvar la cama», «es lo único que posees, el origen de todo». Hasta que lograste alejarla del mar. La habías salvado. Te habías salvado. En una cama similar nacería unos años más tarde Cronopia, pero eso tú aún no lo sabías. Tal vez para eso la habías salvado, para que ella pudiera nacer. Entonces despertaste. Estabas aferrada al torso de Pedro. De tu garganta emergía el gemido extasiado de un orgasmo. Un gemido obsceno que inundó la estancia.

No tenías permitido sentir deseo por Pedro, por esos brazos largos y bien formados que ahora te estrechaban, por sus espaldas dibujadas acaso por él mismo para ser perfectas. No. No podías sentir deseo por él. No era parte de la ecuación. Un trozo de cielo macizamente estrellado se coló por la ventana como un chiflón. Te habías salvado.

Entre sueños, él te dijo:

—Lo logró, Leonor, ahora duerma tranquila.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Después del plato de tallarines y del baño caliente, Isi se durmió. Antes de acostarme la oí llorar. Era un llanto que, estaba segura, había contenido y que, bajo las sábanas e imaginándome dormida, había brotado sin fin. Pensé acercarme, abrazarla, pero no me sentí capaz. Quién era yo para irrumpir en su pena, en su rabia, qué podía decirle.

Tarde por la noche la oí quejarse. Pensé que tal vez algo le ocurría y me asomé a su cuarto. Me acerqué a su cama mientras dormía. Su semejanza con Cronopia no dejaba de estremecerme. Todo en ella me resultaba familiar y a la vez inesperado. No podía dejar de preguntarme qué extraños designios la habían traído a mi vida.

Durante años, después de perder a Cronopia, la imaginaba. En mi imaginación la veía crecer. La bañaba palmo a palmo, la alimentaba, la acurrucaba en mis brazos. Se hizo adolescente y yo seguí imaginándola, sostenía con ella largas conversaciones, le hablaba de los palíndromos, de los designios de los sueños, de los colibríes, de la soledad del jorobado de Notre Dame y de todos quienes habíamos nacido bajo el influjo de la diferencia.

La frente de Isi ardía. Sudaba a raudales. Tenía que despertarla.

—Isi, Isi —la sacudí con suavidad.

Tardó en abrir los ojos. Y cuando los abrió, no había mirada en ellos, era como si sus pupilas estuvieran vueltas hacia adentro.

—Estoy aquí —afirmó débilmente, como si hablara para sí misma.

—Tienes la camisa de dormir empapada.

La ayudé a sacársela y a ponerse una fresca. Mis añejas camisas de dormir que algún día habían sido blancas. Peiné con mis dedos su pelo sudado. Le puse el termómetro. Tenía casi cuarenta grados de fiebre. Mojé una toalla en el baño y cubrí su frente. Rápidamente la toalla estaba hirviendo, como ella. Volví a mojarla otra vez, y otra, iba del baño a su cuarto arrastrando mis torpes pies, mientras ella continuaba mirándome sin mirarme, enrollada en las sábanas, los ojos enrojecidos de fiebre. La levanté con las almohadas e intenté que tomara agua. Estaba aterrorizada. En medio del toque de queda y sin teléfono no tenía a quién pedirle ayuda. Podía subir al quinto piso donde vivía Luis Artiaga, pero tampoco tenía teléfono, y en qué podía ayudarme ese viejo mal agestado. Continué llevando y trayendo toallas mojadas hasta que la fiebre comenzó a remitir. Entonces Isi volvió a la hondonada de sus sueños.

Pensé en la forma en que pasamos la vida atormentándonos por nimiedades y el poco sentido que todo eso tiene cuando ves a una niña que gime de fiebre. Imaginé la soledad, la tensión y el miedo que debieron embargarla esos días. Debía haber llegado al límite de sus fuerzas.

Me senté en la silla frente a su cama. Allí me quedaría con mi insomnio, mirándola dormir. Respiraba fuerte, como en un mal sueño. Aparecieron en su rostro tres líneas horizontales: la de su flequillo, la de sus cejas y la de su boca sobre un fondo de piel muy blanca. Como la de Cronopia. En esas largas horas, no pude evitar

pensar en la vida que llevaba mi hija —en las antípodas de lo que había sido la mía—, en su casa en Boston de la que ni siquiera había visto fotos, en el hombre con quien se había casado, un corredor de propiedades de nombre Kevin a quien tampoco conocía el rostro. Imaginé el impecable traje de dos piezas con que salía mi hija cada mañana a hacer clases a la universidad, su melena lisa y oscura, su tez inmaculada.

En la mañana, Isi tomó un poco de leche que le llevé a la cama y volvió a caer en su sopor. Ya no tenía fiebre. Desde su distancia, me sonrió, pero era una sonrisa opaca. Su ser habitaba en los extramuros y nunca retornaba realmente. Era tan solo su cuerpo el que estaba ahí, intentando alimentarse y descansar.

Recordé el sueño que había tenido de joven, cuando recién comenzaba a vivir con Pedro Lara, en el que en una lucha feroz con el mar había salvado una cama de sus garras. Ahora con ese mismo ímpetu debía salvar a Isi de las fauces de sus pesadillas que amenazaban con llevársela.

Aproveché que dormía para bajar a la botillería de la esquina y llamar a Adriano Levi. Le conté que Isi había aparecido. Pude oír su emoción a través del auricular. Le conté de su fiebre y de sus horas durmiendo. Dijo que después de vivir lo que había vivido no le sorprendía su estado. Pasado el peligro inminente, su cuerpo había por fin cedido.

Isi

—¿Isi? —oyó que le decía una voz. Una voz que por un instante no reconoció y que luego recordó. «Leonor Pizaín», se dijo para sus adentros, como si esas dos palabras pudieran traerla de vuelta del lugar donde había estado.

—Tienes que comer algo.

Sostenía un platillo de comida, estaba sentada al borde de la cama.

—Pobre niña —la oyó decir.

Cerró los ojos.

Camina junto a su madre entre hojas y musgo. Su madre la lleva cogida de la mano para que no se caiga. Su mano es tibia y fuerte. De pronto la toma, la sube a sus espaldas y ella, aferrada, siente el olor de su pelo. Huele a romero. Los árboles se mueven enloquecidos con el viento, pero a ellas nada las toca. ¡Mira!, le dice su madre, un pájaro carpintero con su cresta roja golpea afanoso un tronco, su toc toc resuena y se pierde en la espesura verde.

Se reincorporó y Leonor la ayudó a comer.

—Eso, eso —le dijo—. Así está mejor.

Y luego volvió a su sopor.

Leonor

Me preparaba el primer café de la mañana y escuchaba un disco de Charles Trenet cuando vi aparecer a Isi en la puerta. Sentí ganas de llorar, de abrazarla, pero no iba a hacer el papelón de la ancianita sentimental. Se había cogido el pelo en una cola que dejaba al descubierto una mirada desnuda y frágil, a punto de quebrarse.

El lazo mudo que había establecido con ella durante esos dos días y sus noches se volvió el ancla que me ató a la realidad incontestable de otro ser. El mismo sentimiento que tenía cuando Cronopia, antes de perderla, pegaba su cuerpecito al mío. Su olor, la humedad que traía de los sueños por la mañana, su necesidad de mí, hacían que, por breves instantes, ese «afuera» que tanto me atormentaba desapareciera. Era como si a través de ella se depositara en mí lo benévolo de la naturaleza humana.

—¿Y eso? —me preguntó Isi señalando el colibrí de oro que tenía prendido en mi batín.

—Es de los tiempos de Maricastaña.

—¿Maricastaña?

—Significa que es muy antiguo, como yo —reí.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí —bajó los ojos.

Para espantar la emoción, le pregunté:

—¿Tomas café?

—Nunca he tomado, pero me gustaría probarlo —sonrió. Era su primera sonrisa.

—No creo que sea una buena idea entonces, niña.

—¡Pero si tengo dieciséis! Yo no sé qué he hecho estos años sin tomar café. Mamá es de las que toman té.

Había nombrado a su madre y ambas éramos conscientes de eso. La miré, su sonrisa se había desvanecido. Levantó la cabeza y erguida me preguntó:

—¿Cómo se prepara?

—En este pequeño receptáculo pones una cucharada de café, agua para una taza y al fuego. Es la forma turca de prepararlo. Voy a hacer más. ¿Te parece?

Ambas estábamos sentadas a la mesa del comedor con nuestras tazas de café junto a mi Remington y en el tocadiscos sonaba la más bella canción del mundo. *La mer, avec les anges si purs, la mer bergère d'azur infinie...* El mar.

Volví a pensar en el manuscrito perdido, en la posibilidad de rescatar esa verdad que contenía. Y seguir escribiendo. A pesar de que ya ni siquiera hacía el esfuerzo de sentarme ante mi Remington, aún guardaba la esperanza, remota y tenue, de escribir una última novela. La novela de la vieja que desde el borde de la vida mira hacia atrás.

Los ojos de Isi estaban pensativos, como si sopesaran algo, al tiempo que tomaba su café a sorbitos.

—Es buenísimo el café —dijo—. Gracias. Qué linda esa foto —señaló una fotografía de hacía medio siglo en el Café Tortoni de Buenos Aires.

—Son mis amigos —mis «amigos», repetí para mis adentros.

—Usted es la que está al centro, ¿verdad?

—Así es.

No le mencioné que prácticamente todos los de la foto estaban muertos.

Eran tantas las preguntas que quería hacerle. Por qué estaba sola, dónde se encontraba su familia, quién era su madre, por qué se la habían llevado, dónde había estado ella esos siete días. Pero tenía que respetar su ritmo. Transitaban en su rostro infinitas expresiones que no se traducían en palabras. Le conté del chiquillo que me había interceptado en la calle preguntándome por ella y del papelito con el número de teléfono que me había dado. Había esperado a que se recuperara para poder contarle.

—¿Un chico? ¿En la calle? ¿Cómo era, por favor, dígame cómo era?

Sus ojos castaños se encendieron impetuosos, urgentes, como si fueran a explotar en su rostro de tanta intensidad.

—Ayy, niña, no sé. No me acuerdo.

—Por favor, por favor, intente recordar.

Todo en ella destilaba ansiedad, cuánto hubiera querido poder decirle algo que la aliviara.

—Creo que no era muy alto, de talante atlético.

—¿Y sus ojos?

—¿Qué hay con sus ojos?

—¿No eran tal vez distintos? ¿Uno verde y el otro gris?

—Fue todo tan rápido, niña.

—Se lo ruego, es importante.

De pronto lo vi. Había sido tan solo un segundo, la luz de la mañana que se reflejó en sus ojos. No podía estar cien por ciento segura, pero creí recordar que no eran iguales.

—Sí, creo que tienes razón, Isi, sus ojos eran de diferente color.

—Se llama Tomás —una sonrisa apareció en su rostro como si una mano benefactora la hubiera tocado—. Tenemos que llamar a ese número —dijo con firmeza.

Había en su carácter algo sólido y a la vez lúgubre que me recordó el *sisu*, esa palabra que usan los finlandeses para referirse a la determinación heroica y sombría ante las dificultades.

Le dije que yo no tenía teléfono, pero que mi amigo Adriano Levi había llamado una y otra vez sin que nadie contestara, como si al otro lado de esa línea habitaran fantasmas. Acordamos estar a las once en su librería, la hora en que Adriano abría.

Después de terminarnos el café, Isi lavó su ropa en la bañera y la colgó del balcón. Me había dicho que no tenía más que el buzo que llevaba puesto, su jumper de colegio, su gigantesco abrigo y un gorro de lana chilote. El resto de sus cosas había desaparecido. No me dijo más ni yo tampoco le mencioné que había visto cómo desvalijaban su hogar. No le había hablado de eso. De los hombres que habían entrado a su departamento y se habían llevado a su madre y a su amigo. Tenía que decírselo, pero presentía que aún no era el momento. Isi recién comenzaba a asomarse a la luz y necesitaba reunir fuerzas para recibir el golpe que significaría para ella. Ya llegaría.

En tanto, me volvió el alma al cuerpo al oírla canturrear bajito mientras lavaba su ropa. Recé para que alguien respondiera ese maldito teléfono. Ese chico llamado Tomás era ahora nuestro horizonte.

Buenos Aires, 1930/1931

El manuscrito de la novela había dado vueltas por los circuitos de editores y todos concordaban que estaban ante una obra singular, pero al parecer no lo suficiente como para ser publicada. Cuando recibías «las cartas negras» —como las llamabas—, un golpe en el centro de tu cabeza te tumbaba. Pero aún quedaba una. La última. Una editorial pequeña y vanguardista en la que Pedro Lara y tú habían depositado toda su fe. Se llamaba La Alborada y había sido fundada por Adriano Levi, un editor y librero chileno asentado en Buenos Aires. No sabías entonces que Adriano sería el único amigo que te acompañaría hasta el final. Publicaba poco, pero sus ediciones eran cuidadas. Usaba un papel hecho a mano, de buen gramaje, tapas duras forradas en un fino lino bermellón. No dejaba detalle al azar. Pedro Lara estaba seguro de que Adriano Levi caería rendido ante tu prosa. Él mismo se había encargado de llevarle el manuscrito. La carta llegó por fin. La encontraste en el buzón cuando volvías por enésima vez de buscar un regalo para Pedro. Pronto sería su cumpleaños y nada te parecía adecuado para expresarle tus sentimientos. Subiste al departamento y te sentaste en el sillón. Encendiste un cigarrillo. Abriste el sobre con el abrecartas de plata de Pedro, lentamente, no con la premura y ansiedad con que habías abierto las otras. Tal vez si cambiabas los gestos y el ritmo, el milagro tendría lugar. La carta estaba escrita en

una letra pulcra, como de notario, en tinta azul. La leíste palabra por palabra.

Por fin alguien te había visto. Por fin. Adriano Levi te decía que era la obra más brillante que había leído en mucho tiempo y que te publicaría.

Pedro llegó esa tarde más temprano y te encontró de pie frente a la ventana con la carta aún entre las manos. No querías soltarla. Era como sostener un milagro que de aflojarlo podría desvanecerse. Después de leerla, te abrazó. Te abrazó tan fuerte que por poco te corta la respiración.

—Esto es grandioso, Leonor, tenemos que celebrarlo. Tenemos que hacer una fiesta e invitar a todo Buenos Aires.

—No. No quiero una fiesta. Me gustaría salir a remar con usted en el río Sarmiento —le respondiste.

*

El poeta viejo tenía una casa en el Tigre y estuvo encantado de recibirlos ese fin de semana. Llegaron al Delta por la tarde, su hora de mayor esplendor. El sol se dejaba caer sobre el agua en olas de energía y benévola quietud. Salieron en el bote que el poeta viejo tenía amarrado al muelle. Un bote antiguo y noble como él. El aire era azul, casi material, como si alargando la mano pudiera uno cogerlo. El río, en cambio, tenía un color pardo, cerrado, como si ocultara algo.

Eras tú quien remaba río abajo. Pedro, frente a ti, con las piernas extendidas a lo largo del bote, fumaba un cigarrillo con la vista puesta en el cielo. Enterraste el remo con fuerza. Te gustaba ese

momento en que rasgaba el agua. Desde una de las casas que colindaban con el río les llegaban voces de niños.

—Cuando todos esos estúpidos que no te quisieron publicar vean nuestra belleza de libro, se van a comer su propio corazón —comentó Pedro.

Sonreíste sin dejar de remar.

Una barca a motor los adelantó. Las mujeres iban vestidas con guantes, estolas y sombreros de alón con cintas de colores. Ahora, en la avanzada de la tarde, el aire se impregnaba de una atmósfera lánguida, sensual. Un grupo de garzas descendió volando. Sus alas eran de un blanco níveo. Se acercaron a la orilla, estaban muy cerca, debían tener al menos sesenta centímetros de alto. Unos peces saltaron del agua dibujando un velo en el aire y luego desaparecieron. Tan intensamente fugaces. Compartías con Pedro este logro como no podrías haberlo compartido con nadie. De eso estabas segura. Pero todo pasaría. Tú remando en la tarde, el ocaso, el cielo tiñéndose de fucsia, la paz que llegaba después de tanto esfuerzo. Todo pasaría. Las garzas se habían quedado quietas en la orilla con sus patas largas metidas en el agua, como petrificadas. Tenían los picos intensamente amarillos. Ambos se las quedaron mirando.

—¿Quiere que yo reme ahora? —te preguntó.

Encendiste un cigarrillo y dejaste que el humo inundara tus pulmones. Viste sus músculos bien formados ponerse en marcha.

Mientras aguardabas a que Pedro te amara de «esa» forma, había tanto que ver, que aprender, que gozar. Además, también tú podías involucrarte con un hombre. Tener aventuras. Así te lo había planteado Pedro cuando te ofreció matrimonio. En ese momento te

había parecido descabellado, pero ahora no tanto, ahora te sentías poderosa y querías más. Habías subestimado el lugar que ocupa en la vida humana el deseo.

Por la noche llegó el resto de los amigos y Palma cocinó pescado frito con papas. Después de cenar se trasladaron al muelle, donde ahora tus amigos conversaban y bebían mientras tú nadabas en el río. Siempre te había gustado nadar de noche.

Diste unas brazadas y te alejaste. El agua del río Sarmiento era tibia y densa. Centímetro a centímetro se revelaba el resplandor de la luna. Seguiste nadando. En el muelle, tus amigos le aullaban a la luna echados en las poltronas de mimbre. Habían traído una cubeta de hielo, vino blanco y copas.

Los juncos eran suaves y dóciles. Jóvenes. Se doblegaban ante el roce de tu cuerpo. Sentiste una ternura inmensa por ellos. Por el mundo natural que se desplegaba silencioso, indiferente a tu mirada y la de cualquier otro ser vivo. Seguiste nadando río abajo. Las voces de tus amigos se alejaban. En la orilla divisaste otro muelle. A diferencia del destartalado atracadero de madera del poeta viejo, este tenía una caseta de fierro con techo de vidrio, como un invernadero. Nadaste hasta él y subiste por una escalerilla de fierro. Estaba cubierta de musgo.

Te sentaste en el borde del muelle y te abrazaste con ambos brazos. El canto de las cigarras era ahí más intenso, quizás por el silencio. Siempre te habían intrigado las cigarras. Después de diecisiete años creciendo bajo tierra y alimentándose de las raíces de los árboles, un día emergen a la superficie, frágiles, enfermizamente blancas, y aguardan quietas antes de tomar su forma definitiva. En esa quietud oíste un movimiento de aguas. Era un bote atracando en

la orilla. Oíste también unos pasos entre las frondas de helechos. Una voz de hombre. Otra más. Hasta ti llegó el aroma de un cigarrillo encendido. Dos risas roncas se hilaron cómplices y rompieron el silencio de la noche. Te saltó el corazón. Los pasos se alejaron y la ribera volvió a aquietarse.

Te sumergiste en el agua e iniciaste el retorno con largas brazadas. Un par de metros antes de alcanzar el muelle del poeta viejo, divisaste a Palma agitando las manos y al poeta intentando calmarla. Algo había ocurrido.

—¿Qué pasó? —preguntaste mientras subías la escalerilla. Alguien te alcanzó una toalla. Te arropaste con ella.

—El hijo de Reynaldo y Celia murió al nacer.

—Pero ¿cómo? ¡Si estaba bien!

—No es posible que un niño que ha estado perfectamente en el vientre de su madre por nueve meses muera al nacer —agregó Palma.

—No sé los detalles médicos —dijo Adriano Levi—. Hablé por teléfono con Reynaldo hace unos minutos. Están devastados. Lo tuvieron en sus brazos. Celia no quería despegarse de él. Reynaldo lloraba como un niño. Lo llamaron Enrico antes de que ocurriera.

—Es horrible —gimió Palma.

—Mañana por la mañana les enviaremos un telegrama —selló el poeta viejo.

Te dejaste caer en una poltrona. Celia había tenido al pequeño Enrico en sus brazos. El poeta viejo te acercó un vaso de vino. Tenía un sabor ahumado. ¿Dónde está Pedro?, preguntaste. Nadie parecía oírte, consternados como estaban con la noticia. Recordaste el movimiento de aguas. Las voces masculinas. Los pasos alejándose.

Encendiste un cigarrillo, apuraste el vaso de vino y extendiste la mano para que el poeta viejo te lo rellenara. Luego, a hurtadillas, te serviste otro. ¿Para qué tomar uno si podías tomar dos, tres, cuatro? ¿Cuál era el sentido de parar? Tu sed no era tan solo física, esa era apenas la superficie. Una sed mucho más profunda, visceral, te había acompañado desde que tenías recuerdos, una sed de algo a lo que no podías darle nombre ni identificar, algo que estaba fuera de ti misma y que necesitabas obtener desesperadamente para aliviarte y consolarte. Sentiste el zumbido cálido en tu nuca, el bálsamo bajando por tu garganta. En el letargo y el calor del alcohol estabas protegida. Ya casi llegabas a tu refugio.

Se oía una trompeta desafinada desde una casa vecina. Un búho ululaba lejano. Tus amigos seguían hablando, de lo que fuera, sin pausa, como si temieran que, al detener sus voces, el frágil soplo de la vida pudiera extinguirse otra vez. El hijo de Celia estaba muerto y Pedro Lara había desaparecido.

*

Campos cegados, con la portada e ilustraciones de Pedro Lara, salió publicada a fines de ese año. Las reseñas no tardaron en llegar. La primera apareció en *La Prensa*, el diario más importante de Argentina. La leyeron juntos con Pedro en el mismo sillón donde tú te habías echado tantas veces a lamentarte. Estaba escrita por uno de los críticos más implacables y temidos de la escena literaria. «Leonor Pizaín escribe desde dentro y las palabras le obedecen. Con su relato esta autora novel ha abierto una brecha en nuestro aburrido campo novelesco», decía.

Donde fueras había alguien que te felicitaba, «tu novela es un éxito», comentaban todos. Qué extraña palabra. Éxito. Esa X tan implacable, tan concluyente. Tú no lo vivías así. Presentías que el éxito era blando, voluble como las simpatías. En inglés *exit* significa salida. ¿De qué salías tú y a dónde entrabas? Tenías que seguir escribiendo. Eso tenías que hacer. Nada más.

Por eso ahora estabas sentada a la mesa del comedor frente a tu Remington intentando escribir una nueva novela. Te estaba costando un mundo echarla a andar. Era una historia floja que se arrastraba como un gusano. Confiabas, sin embargo, en que pronto se alzaría. Tendría que hacerlo. Era un asunto capital, de vida o muerte. Ya varias editoriales te habían contactado instándote a que les enviaras el nuevo manuscrito.

El reloj dio las tres de la madrugada y Pedro aún no llegaba. Tal vez no lo haría, tal vez pasaría la noche fuera. El chico que no tenía rostro ni nombre y con quien se había ido esa noche nefasta en el Tigre lo había embrujado.

El reloj cucú dio las cinco de la mañana. Tras la ventana, las farolas del patio se descoloraban poco a poco. Retrocedían ante la proximidad del amanecer mientras tu angustia avanzaba.

La publicación de *Campos cegados* había traído algunos cambios. Ya no necesitabas que Pedro te diera dinero para cigarrillos ni para comprar tu propia botella de whisky. Tampoco para invitar a Palma a salir juntas cuando quisieras. Te gustaba su sentido del humor. Bastaba que se miraran para largarse a reír. Con el tiempo, el éxito también te permitió pagarle a una sirvienta para que les cocinara y limpiara el departamento algunos días a la semana, labores que antes intentabas hacer por tu cuenta. Comenzaste a escribir

artículos y cuentos en varias revistas. Ya nadie en Buenos Aires desconocía quién era Leonor Pizaín. *Campos cegados* había llegado también a Chile y recibido elogiosas reseñas, incluso de los críticos más duros. Te regocijaba leerlas. Pero tras esa momentánea alegría, similar a la que te provocaba el primer trago de la tarde, yacía la misma sensación de siempre. Había algo en ti que nadie estaba viendo. Algo gris y mediocre. Tal vez, el editor de *Lluvia Podrida*, como le había llamado Pedro a su editorial, estaba en lo cierto. El veneno tenía esa propiedad. Entrar hasta lo más hondo y quedarse.

Oíste el cerrojo de la puerta. Pedro retornaba de sus andanzas.

—¿Qué hace aún despierta?

—Escribo.

Permaneciste sentada frente a tu máquina de escribir, un vaso de whisky aún a medio tomar, el tercero o el cuarto, y un cenicero lleno de colillas que debían de apestar. Pedro traía el pelo revuelto, sin gomina, un pañuelo con arabescos colgaba descuidadamente de su cuello. Nunca se lo habías visto antes, le daba una apariencia arrojada y juvenil. Sentiste una punzada de envidia que ahogaste al instante con un trago. «El hombre vuelve a casa. Compacto, juvenil, oliendo a placer», escribiste.

—Está a oscuras. ¿Cómo puede escribir así?

Pedro tiró de la cadenita de la lámpara de pie y la encendió. Era un resplandor débil, color azafrán, antiguo. Lo miraste a los ojos, pero él rehuyó tu mirada. Su estrategia era evitar cualquier contacto cuando no estaba dispuesto a lidiar con tus preguntas. Pero tú no querías explicaciones. Solo un atisbo de complicidad. De compasión. Debías sostener ese instante como fuera, antes de que él desapareciera en la penumbra. Pero lo que dijeras sonaría a

pesquisa y él se enfurecería. Te lo había advertido. No hay preguntas. Sus arrebatos de furia eran cada vez más frecuentes. Una ira impía, dura. Tenías la impresión de que todo lo que hacías ahora lo exasperaba. Como si los colores brillantes que él veía antes en ti se hubieran disipado y ahora te reconociera en toda tu insignificancia.

¿Cómo retenerlo? La soledad que sentiste era inconmensurable, desesperada. Te pusiste en guardia por miedo a que tu boca preguntara: «¿Me quieres?». No podías darte el lujo de tales sentimentalismos. Era como lanzar una piedra a una ventana para hacerla añicos. Deseaste que Pedro desapareciera y con él la ansiedad que contenían los cuerpos. Que se volviera espíritu. Entonces tú podrías atrapar ese espíritu. Hacerlo tuyo.

—Lara...

¿Qué decirle?

—Dígame —su voz era lenta.

De nada le servía su nueva pañoleta colorinche ni esa apariencia que ahora cultivaba de jovenzuelo despreocupado. Él sabía, y tú también, que ambos podían romperse en cualquier instante. Debías decirle algo. Lo que fuera. Algo que los acercara a la orilla de la comprensión.

—Hoy un colibrí se dio contra la ventana. Debe de estar en el patio —dijiste.

¿Por qué habías inventado algo tan cruel? Había salido así, sin pensarlo, tal vez por el colibrí de oro que él te había regalado. Era una forma de matarte. De matarlo.

—Mañana lo veré —respondió él y entró al cuarto.

—Está muerto —dijiste en un susurro, pero él ya no te oía. Había echado a correr el agua del lavatorio, se sonaba la nariz. De seguro ahora se desvestía y se metía a la cama.

Sin advertirlo, habías caído en la misma trampa que con el diplomático. La de entregarle el corazón a un hombre que estaba dispuesto a darte tan solo un pedazo de sí. Las otras Leonor hablaban. Algunas decían que la naturaleza humana era así, mezquina, otras sostenían que el problema radicaba en las inocentes criaturas como tú, que medían su valía en las monedas de desamor que el otro les daba.

Sacaste la hoja de la máquina de escribir, la rompiste en pedacitos, te la echaste a la boca, te la tragaste, bajaste las escaleras y saliste al patio.

Una vez afuera, la inmensidad súbita del cielo te revivióco mo si alguien hubiera levantado una pesada manta que te envolvía. Una ráfaga fría y punzante de lucidez. La noche era un boquete por donde podías fugarte.

Las estrellas ya comenzaban a ceder ante la inminencia de la mañana y pronto el día te encontraría ahí mismo, varada en el descontento. Te acercaste a la fuente y lo viste. Era el colibrí que le habías inventado a Pedro. Yacía con el vientre hacia arriba. Las plumillas verdes del pecho, el pico negro apuntando al cielo. Era tan perfecto. Tal vez había caído hacía tan solo unos minutos, después de que mencionaras su muerte. Sentiste pánico. Qué oscuros poderes tenían tus palabras. Lo tomaste. El cuerpo del pájaro estaba aún tibio. Lo acercaste a tu mejilla, su calor, la suavidad de su plumaje. Era algo tan grande que apenas podías resistirlo. La

superficie de la fuente centelleaba, un viento se levantaba. Nunca como entonces habías sentido la presencia corpórea de la muerte.

Subiste las escaleras hasta el departamento con el colibrí muerto entre tus manos y lo dejaste cuidadosamente sobre la mesa. Sacaste una servilleta de lino y con una tijera hiciste tiras con las que armaste un nido. En una consola, Pedro guardaba las cajas de madera donde venían sus pinturas. Varias de ellas estaban vacías. Sacaste una y con cuidado depositaste al colibrí y su nido dentro de ella.

Entraste al cuarto y te hiciste un ovillo junto a Pedro, pero sin tocarlo. Querías que te abrazara. Intentaste ocultarte este anhelo a ti misma. Si lo admitías, se transformaría en pensamiento y entonces crecería como una gran ola que terminaría por arrasarte. También querías hablarle del colibrí, de ustedes, de la muerte que tú sabías les rondaba.

A veces pensabas en tu madre, en tus hermanas. Para ellas todo parecía tan sencillo. Las sólidas convicciones de tu madre, sus bigudíes y su boca pintada de rosa. Tus hermanas y sus paseos por la Avenida Perú, sus risitas de complicidad, sus convites de amigas a la hora del té, sus vidas trazadas de una forma que les resultaba justa y natural. Justa y natural. Tú nunca podrías ser así. Había algo en tu interior, un órgano cercenado que nunca te permitiría eso que los demás llaman livianamente «felicidad».

Intentaste explicarte por qué Pedro estaba contigo. Él era competente en su soledad, tenía sus amantes, su fama, no te necesitaba. ¿O sí? Cada tarde él te preguntaba qué habías escrito. Y si no habías logrado nada, que era la mayoría de las veces, te pedía que le hablaras de lo que intentabas. Absorbía tus ideas como un

vampiro. Ahora su pintura había adquirido la textura de tus palabras, como si él, a diferencia de ti, las hubiera atrapado y convertido en algo. En materia. En imagen. La fuerza de él se nutría de tu debilidad, de tu indefensión, de tu dificultad para transformar el misterio en historia. Debía ser gratificante salvar al débil. Pero no te salvaba. Se salvaba él. Y tú te hundías.

Sentiste frío. El frío de siempre, pero más intenso.

Despertaste al mediodía con dolor de cabeza. Pedro preparaba una muestra en una galería importante de Buenos Aires y pasaba la mayor parte del tiempo en su taller. Apenas lo veías. Te rehuía. Estabas segura de que tu presencia le pesaba, que se arrepentía de esa extraña unión que él mismo había suscitado, que cuando lo mirabas, tu expresión era implorante, como la de un perro, mientras la suya, incómoda y asfixiada, emigraba.

Recordaste el colibrí en su pequeño ataúd sobre la mesa. ¿Lo habías soñado? Te levantaste de un salto, saliste a la sala y ahí estaba. Abriste la caja de pinturas lentamente temiendo que en la noche su cuerpo hubiera entrado en descomposición. Pero no. Sus colores se habían vuelto aún más intensos. Debías darle sepultura. Decidiste enterrarlo en un rincón del patio, junto a un jacarandá. Las flores lo cubrirían en la primavera con su velo azul. Lo enterraste y te fuiste a caminar por la ciudad con tu cuaderno de tapas rojas. Caminaste todo el día. Por la tarde recalaste en un bar, pediste un vaso de vino, sacaste el cuaderno y escribiste. Hacía tiempo que no escribías así. El alcohol tenía esa extraordinaria capacidad de sacarte de ti misma, de desviar tu atención hacia terrenos menos dolorosos que tus sentimientos. Llegaste de vuelta a tu departamento tarde por la noche. Pedro dormía.

—¿Dónde estaba? —te preguntó cuando te oyó entrar al cuarto.

—Enterrando al colibrí que ayer se dio contra la ventana.

—Pensé que lo había inventado.

—Lo hice. Pero después se hizo realidad.

—No entiendo.

—Yo tampoco.

—Pero me gusta.

—A mí me da miedo, Lara.

—Pida lo que quiera y se le concederá —te dijo con sorna.

Qué cerca estaba la muerte de la redención.

Pediste que las palabras no te rehuyeran. Que en el camino serpentearan, se encumbraran, que se volvieran vida en ti. Pediste también que el tiempo fuera en reversa y que el hijo de Celia estuviera vivo. Pediste que Pedro nunca más desapareciera con uno de sus jovencitos. Que te deseara.

Pedro, semidormido, se arrimó a ti y pasó su brazo por sobre tu hombro. Tú bajaste la mano hasta su ingle y lo tocaste. Comenzaste lentamente. Y en la medida que su miembro reaccionaba, continuaste con más ímpetu. Te montaste sobre él. No hubo jadeos. No hubo gemidos que hicieran real lo que estaba sucediendo. Él nunca abrió los ojos.

Cuando acabó, con el tono más duro y frío que habías oído nunca, dijo:

—No vuelva a hacerlo nunca más, nunca, ¿me oyó? Nunca.

No imaginaste que el deseo y el sexo pudieran conducir a una soledad tan inmensa. Querías huir allá donde la gente reía, donde la brisa se deslizaba por las veredas y emitía sonidos de cajas de música, donde los gatos se subían a los tejados y los perros

olfateaban el pie de los árboles. Quisiste el mar. Cerraste los ojos y sentiste el olor salvaje y salado del mar.

*

Asistían a una cena en casa de Adriano Levi. Sentada a la mesa junto al poeta viejo, te dejabas lisonjear. No había nadie que no hubiera leído tu novela. Te sentías todopoderosa, una especie rara en plena floración. Eras consciente del fulgor que emitía tu cuerpo, de tu risa liberada por el alcohol, de tu talante de niña frágil que despertaba en los hombres dulzura y curiosidad.

De pronto lo viste. Observaba la escena desde una cierta distancia, apoyado en una muralla. Fumaba una pipa. Te gustó su donaire, el bigote entrecano, el chaleco de punto jersey y el sombrero de buena factura ladeado sobre su frente. Sus miradas se cruzaron y ambos sonrieron. Tenía una sonrisa insinuante, que invitaba. Saliste a la terraza y te siguió. En el jardín cantaban las cigarras. Estaban en todas partes y se quedarían hasta el fin del verano. En un rincón de la terraza reparaste en unas muñecas japonesas sobre una mesa. Estaban posadas sobre pequeñas plataformas de diferentes niveles, como en un altar. Sus minúsculos kimonos eran delicados y suntuosos. Una de ellas, la más grande, llevaba al cinto una daga con mango dorado.

—¿También a usted lo ha publicado San Adriano? —le preguntaste al hombre con una sonrisa que acompañaba la ironía.

—No, no, no —sonrió él—. Soy su mejor cliente en la librería.

Deslizaste los dedos por tu pelo e hiciste el amago de tomártelo. El hombre inclinó la cabeza levemente y clavó la mirada en tu cuello.

—Es muy particular —dijiste cogiendo la muñeca de la daga. El arma era prácticamente igual a una de verdad, una daga en miniatura que podía causar daño en los lugares blandos de un cuerpo. Te la imaginaste en el cuerpo del diplomático. Sentiste miedo y repulsión de tus pensamientos. Te sabías capaz de hacerte daño a ti misma, pero nunca antes habías pensado en hacérselo a otra persona.

—Usted también es particular —dijo él. Pronunció la palabra «particular» con precaución, como si te ofreciera algo delicado. Te tomó de la cintura.

—¿Y qué le gusta leer? —le preguntaste sin amago de soltarte de su brazo que te ceñía con un poquito más de fuerza.

—Leí su libro.

—¿Y?

—No me gustó.

Lo miraste.

—Interesante —dijiste, extrañada y divertida. Nadie te había dicho eso a la cara.

—No es verdad, lo cierto es que me gustó mucho, quería ver cómo reaccionaba —rio, y sin más preámbulos te cogió de la mano y te condujo por un sendero circundado por hortensias rosadas tras las cuales se vislumbraba la espesura verde de un jardín.

Te gustó que su mano fuera grande, que empuñara la tuya con decisión y gentileza a la vez. No te habías dado cuenta cuánto ansiabas eso. La mano de un hombre en la tuya, la sensación abrupta en tu pecho, la energía viva que subió por tu columna recordándote que el cuerpo existe, que nunca deja de existir. En medio del sendero te detuviste. Él te miró expectante. El aleteo de

un pájaro mordió la superficie de la oscuridad. Con el mentón señalaste la casa iluminada, las siluetas de los comensales moviéndose. Sonreíste con desdén y deleite. Él también sonrió. Qué lejos estaban, qué lejos estaba todo.

—Ven por aquí —susurró el hombre y sin soltarte te guio hacia la constelación verde del fondo del jardín.

Se detuvo frente a un ceibo tras el cual había un bebedero de pájaros, oculto, secreto. Se respiraba un olor a humus. El canto de las cigarras tenía allí una frecuencia más alta. Tuviste la extraña sensación de haber estado ahí antes. Un lugar mítico. Al borde de la pileta el hombre te besó. Fue un beso apasionado, sin escrúpulos, como los besos que se tienen en sueños con desconocidos. El hombre introdujo su mano en tu escote y estrechó tus pechos, los besó, los succionó. Su cabeza apretada a ellos como la de un niño mamando. Levantó tu vestido y tocó tu sexo. Todo tan natural, tan perfectamente sincronizado, como si hubieran sido dos partes de un mismo mecanismo. Luego te penetró. Embestidas seguras, enérgicas. Se trataba de dejarse ir, suspenderse sobre el suelo, gravitar ligera. Sentir, por fin. Sin emitir un solo ruido, sin rozar una sola rama, ambos acabaron. Tú primero. Él acabó fuera de ti. Desde la casa les llegó una música de foxtrot, estarían bailando quizás. Pero tú estabas ahí, respirando el aliento de ese hombre que con lentitud y gracia te ayudaba a volver tu vestido a su lugar.

Volvieron por el sendero de hortensias tomados del brazo. Reinaba un resplandor vegetal. De las plantas surgían sonidos chiquitos, intensamente vivos. Antes de entrar en la sala se desprendieron y tú entraste primero.

—¿Dónde estaba? —te preguntó Pedro.

—En el jardín.

—¿Con un hombre?

—Ese no es asunto suyo.

—Están todos comentando, Leonor, podría ser un poco más discreta.

Miraste a tu alrededor y te diste cuenta de que sobre ti caían, como las piedras a María Magdalena, las miradas de los otros. Reprobatorias, vengativas, lúbricas, obscenas.

Más de una vez Palma te había preguntado cómo soportabas las aventuras de tu esposo. Entre risas, y animadas por un par de copas, habían convenido que tú también necesitabas un buen revolcón. Es lo que te merecías. Tal vez tu falta estaba en haberlo hecho con un desconocido, un hombre que estaba fuera del círculo, que era un simple lector, que no tenía nombre. O peor aún, ese derecho que Palma te había concedido no tenía materia. Era una fantasía de mujeres sin asidero en la realidad.

—¿Y cómo usted?

—Es diferente —te dijo Pedro.

—¿Por qué es diferente?

—¿No lo entiende? ¿Tengo que decírselo con todas sus letras?

—Sí —replicaste, a pesar de que sabías cuál era la respuesta.

—Usted es mujer y yo sigo siendo un hombre.

—¿Y no se supone que todos aquí estamos por sobre esas ideas anticuadas?

—Solo de la boca para afuera. Más vale que se vaya enterando si no quiere que la destruyan.

No había modernidad para ti. Tampoco para las otras Leonor. En el mundo de ellos la apariencia era la realidad. Solo en tu escritura

podías vivir con libertad. Irías a buscar las palabras al centro de la tierra, al centro de tu ser, las construirías y bordarías, las elevarías, hasta que a esos gusanos no les quedara más que postrarse ante ti.

Santiago de Chile, 1980

Isi

Tomás estaba vivo. Lo había sabido todo el tiempo. Mientras esperaban a que su ropa se secara, Isi le preguntó a Leonor una y otra vez si estaba segura de que los ojos del chico eran diferentes. Y cada vez ella le dijo que sí, que lo eran. También intentó que recordara más: cuáles habían sido sus palabras, si llevaba el pelo largo o corto, si había visto a alguien más con él, si se veía entero. Pero no fue mucho lo que pudo decirle. Se confundía, decía que su memoria era frágil porque estaba vieja, y entonces se ponía triste e Isi detenía su interrogatorio. Pero un rato después, sin poder evitarlo, volvía a preguntarle. Necesitaba saber, necesitaba acercarse a él. Con sus palabras, Leonor lo llevaba hasta ahí.

Cuando pensaba que Tomás la buscaba, su corazón se contraía como si alguien lo hubiera empujado desde dentro de sus costillas, su respiración se aceleraba y le daban ganas de salir brincando por la ventana.

Leonor

A las once en punto partimos rumbo a La Alborada. Tenía los pies hinchados y tuve que salir en pantuflas porque los zapatos no me

entraron. Las bataholas terminan siempre depositándose en mis pies. De todas formas, me puse unos lindos guantes color arena. Los guantes tienen esa propiedad, la de componer lo irremediable.

—No se preocupe por las pantuflas, igual se ve digna.

Isi me tomó del brazo y me ayudó a bajar las escaleras. Me gustó que no dijera más, que no intentara reconfortarme con epítetos mentirosos. Digna. El mínimo para no entrar en la categoría de piltrafa.

Bajo su aparente desenvoltura, percibía aún la sombra del miedo y los estragos de un extremo cansancio. Había estado una semana quién sabe dónde. Tal vez en la calle. No me había atrevido a preguntarle para no obligarla a revivir esos días. Caminamos tomadas del brazo, yo chancleteando, mientras ella —bañada por el sol más pálido—, oteaba la calle como si atravesáramos un campo de guerra.

Recordé el colibrí muerto de esa noche aciaga en Buenos Aires hace ya tantos años. Nunca pude sacarme de la cabeza que fui yo, con mis palabras desesperadas, quien lo convocó a la muerte. ¿Y si ahora convocaba a la vida?

—Tu Tomás esta vez contestará el teléfono, ya verás —le dije a Isi.

Como siempre, Adriano Levi estaba en su mesita al fondo de la librería. Isi no avanzó un paso cuando ya había cogido un libro y lo hojeaba. Vi la avidez en sus ojos, la misma que yo tenía a su edad. Por fin logramos llegar hasta donde se encontraba Adriano, que otra vez se había quedado dormido sobre su escritorio.

—No lo despierte —me dijo Isi. Ambas lo miramos.

Le conté que de niña me gustaba mirar a mi madre mientras dormía. A veces ella abría un ojo que por un segundo me observaba

como un cíclope, atento e iracundo, para luego explotar en un grito: «Leonor, ¡cómo te atreves a hacerme esto!». Isi rio. Era reconfortante verla reír.

—Tenemos que despertarlo. Él no me perdonaría nunca si sabe que lo hemos estado mirando. Adriano... —susurré y le golpeé el hombro.

Abrió los ojos y se sentó erguido, se acomodó las gafas, se estiró la chaqueta y nos saludó como si nada, como si lo hubiéramos sorprendido leyendo un libro.

—Hola, chicas, qué bueno tenerlas por aquí —le dirigió un guiño a Isi. Con Isi nos miramos y sonreímos—. Así que tú eres la famosa niña.

—Isi, me llamo Isi.

—Leonor no ha parado de hablar de ti y de buscarte, Isi. La pobrecita ya no dormía. La hubieras visto preguntándole a la gente en la calle por ti como una deschavetada.

—No me avergüences, Adriano Levi.

—Gracias —volvió a decirme Isi. Me miró con los ojos muy abiertos, intentando sonreír con ligereza, pero en su voz se traslucía, a pesar de sus esfuerzos por ocultarla, la emoción.

—Hemos venido a llamar al «número del misterio» —dije. Así lo habíamos denominado con Adriano.

Acomodó dos sillas junto a su escritorio y nos sentamos junto a él. De un cajoncito sacó el papel que esa tarde me había dado el joven, además de un cuaderno y una lapicera. Le acercó el teléfono a Isi y ella lo marcó. Esperamos vigilantes. Isi tenía los ojos cerrados, la cabeza gacha, como si concentrara toda su energía, toda su fuerza, en ese timbre que sonaba en su oído. Tómalo, tómalo, debía pensar.

Y era también lo que pensaba yo con toda la concentración de la que era capaz. El silencio se hacía más intenso, el timbre sonaba con más ímpetu. Tómalo. Isi apretó los puños y los labios y luego cortó.

—Llevo cinco días intentándolo, y nada —declaró Adriano al tiempo que posaba una mano en la de Isi que había quedado inmóvil sobre el auricular, como si no quisiera desprenderse de ese aparato cuyo sonido había resonado en un lugar donde alguna vez debió estar su amigo.

Adriano encendió su pipa y comenzó a hacerle preguntas al tiempo que le daba caladas como si se tratara de un tanque de oxígeno. Nombres, fechas, lugares, a lo que Isi iba contestando, al principio dubitativa, luego con más confianza. Tenía una mente lógica. No se explayaba en detalles inútiles para nuestra búsqueda, detalles que, sin embargo, a mí me hubiese gustado conocer.

—Tenemos que dar cuenta de la desaparición de tu madre en la Vicaría de la Solidaridad —declaró él.

—Pero si son tan solo unos días —respondió Isi con ímpetu—. Mamá está en alguna parte. Por eso Tomás me está buscando, para llevarme con ella.

—Isi, hoy se cumplen diez días desde que asaltaron tu departamento —dijo él—. Estuviste una semana sola y llevas tres días con Leonor.

Isi pareció confundida.

—¿Diez días? —preguntó.

Con Adriano nos miramos. Isi había resistido gracias a la convicción de que su madre estaba a salvo. Es lo que solemos hacer, ignorar lo que para los demás resulta evidente, construir creencias que nos permiten sobrevivir porque somos incapaces de soportar

altas cuotas de realidad. Adriano me hizo un gesto con la cabeza. Debíamos decirle. Y le dije.

—Hay algo de lo cual no hemos hablado, Isi.

Percibí cómo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué?

—Yo vi cómo se llevaban a tu madre.

Pronuncié las palabras con precaución, como si fueran particularmente frágiles.

Sus facciones se contrajeron, se mordió el labio y cerró los ojos. Nunca como en ese momento se había hecho su misterio tan evidente. Quería poder tocar ese misterio, tocarle el corazón. Pero todo era tan inmenso que cualquier gesto se hubiera vuelto burdo, vulgar. No quedaba más que aguardar, ansiando que el impacto no la botara. Que cuando abriera los ojos fuera la misma.

—Cuénteme cómo fue, por favor —dijo al cabo de unos segundos. Su voz era templada. Tras sus ojos abiertos, su entereza seguía ahí.

Le conté, con un hilo de voz, que había visto entrar a los hombres armados a su departamento y llevarse a su madre junto a un hombre. Le conté que habían vuelto a la siguiente mañana y se habían llevado sus cosas. No le conté del rostro ensangrentado del hombre ni de los gritos. De la violencia.

—Ese muro de mierda.

Se estremeció. Se rodeó los hombros con los brazos cruzados. El abrazo de quienes no tienen a nadie. Sentí el impulso de envolverla y arrullarla, prometerle que encontraríamos a su madre, pero algo en ella me detenía, todo en ella me detenía. Su cuerpo estaba rígido, su ser entero vuelto hacia sí misma. Las lágrimas anegaban sus ojos

y se podía distinguir el esfuerzo que hacía para sostenerlas con entereza. Con Adriano guardamos silencio y no la miramos.

De pronto sonó la campanilla y un par de clientes entraron a la librería.

—Deberían ir ahora mismo a la Vicaría —dijo Adriano. Yo las alcanzo más tarde.

Isi asintió, levantó la cabeza y se reincorporó.

La realidad estallaba, rompía sus diques, y ella cedía. Me ayudó a ponerme el abrigo y salimos. Adriano nos deseó suerte. Era un decir, claro, porque ¿qué maldita suerte nos podía deparar ahora el destino?

Buenos Aires, 1931

—Era tan horriblemente ridículo, cómo lo miraba, cómo lo tocaba, mucho peor que ridículo, ¡grotesco! —gritabas con una expresión de asco.

Volvían al departamento después de pasar una velada con los amigos en casa de Palma. Caminaban algo borrachos por las calles ya desiertas. Tú misma habías preparado los cócteles, una receta que habías aprendido en París. Un cuarto de vodka, un cuarto de Martini, un cuarto de Cherry Brandy, medio cuarto de café bien fuerte y azúcar. Habías tomado al menos seis. Era una noche que tenía algo de artificial, como de cartón. Debían ser las farolas de helio que titilaban.

—Cálmese, Leonor.

—Estoy calmada.

Sentías la pesadez del alcohol en las sienes, en los muslos, en los dedos de los pies. Es lo que ansiabas cada día. Todo el día. El alcohol en tus venas, persistente y necesario.

—Esta persecución suya no es parte del trato. Y usted lo sabe —te dijo.

—¿Trato? ¿Esta vida que tenemos es un negocio? Yo pensé que éramos dos personas que se querían y que por eso se habían unido.

Te detuviste bajo una farola. Las polillas revoloteaban ante tus ojos. Sacaste la cajetilla de Particulares de tu cartera y encendiste un cigarrillo. Te temblaban las manos.

—¿Acaso no está contenta con la vida que tiene? Recuerde que vivía en un subterráneo asqueroso.

—Cuando usted, el gran Dios, salvó a la pobre niñita estúpida y desamparada. ¿Es eso lo que insinúa?

Reíste con una risa tan estrepitosa que tú misma te asustaste. Resonó absurda y vulgar en el silencio de la calle vacía.

—Dios, ¿yo? —dijo él con sorna.

Las mariposas de noche se daban golpes contra las bombillas. Continuaste caminando. Todo era tan banal, tan estúpidamente banal.

—Es usted patético, Lara, patético, y lo más triste es que no se da cuenta. El niño que intentaba seducir no debía tener más de dieciséis años, y era evidente que no le interesaban los hombres.

—El niño, como usted le dice, está en su último año de la academia de arte y no tiene dieciséis años. Imagínese lo que fue para él encontrarse conmigo —se señaló a sí mismo con ambas manos en un gesto teatral—. ¡Conmigo! —repitió sarcástico. Llevaba pantalones blancos y chaqueta cruzada. Una chalina color azafrán colgada al cuello que cada cierto rato se echaba hacia atrás. Te dieron ganas de arrancársela.

—Un regalo con olor a naftalina, a viejo —punzaste con ironía y agotamiento—. ¿Sabe cómo es el olor a viejo? Agrio.

El aire nocturno colgaba de la oscuridad como una mantilla. Un gato negro cruzó la vereda.

—Usted me agota, Leonor. Ya no puedo acercarme a nadie sin que monte un drama.

Pedro se daba vueltas la chalina alrededor del cuello como si estrujara un gato. ¿Aullaría?

—A un chiquillo con intenciones de llevárselo a la cama —zanjaste.

Lo habías imaginado con obstinación. La escena era así: Un cuarto vacío en la oscuridad, siempre vacío, a excepción de una cama; una ventana a través de la cual titila un letrero luminoso que cambia de amarillo a azul, de azul a amarillo; a lo lejos el sonido plañidero de un tango; dos hombres desnudos entrelazando sus cuerpos, sus miembros rosados y húmedos como los penes erectos de los perros. Impúdicos. Dos animales en guerra amorosa. Pedro ensartando a su presa, el letrero luminoso pasando de amarillo a azul, de azul a amarillo. Siempre igual. ¿Por qué tenías que imaginar?, ¿era ese tu castigo último?

—Lo que usted no entiende es que nadie va a darle jamás lo que exige. Nadie puede centrar su atención en usted las veinticuatro horas del día, por muy interesante y entretenida que sea.

—Es usted un ser mezquino, dominante, egoísta y avaro —le dijiste.

—Y usted un monstruo. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere de mí? —gritaba Pedro en medio de la calle y ahora era su voz la que sonaba ramplona y desacompasada.

Un monstruo. Tú no querías ser eso. Habías nacido para amar incondicional y totalmente. Solo ansiabas a alguien a quien otorgarle ese amor. Quizás era demasiado pedir, quizás los seres como tú estaban condenados a ahogar sus sentimientos, a ocultárselos a un mundo que no era capaz de entenderlos ni resistirlos. Quizás el resto de la especie no estaba hecha para los vínculos a los cuales tú aspirabas, tan estrechos y totales. Solo los tontos y los monstruos aspiraban a un amor así. Y en eso Pedro llevaba la razón.

No se oían ruidos y el aire nocturno había adquirido un olor dulzón y pesado. Sentiste náuseas. En el cielo las nubes se deslizaban sobre la luna. Sabías que estas disputas, que en los últimos tiempos se hacían más frecuentes, eran apenas la cabeza de un hongo. Un hongo cuyas raíces abarcaban sus existencias completas como el micelio en un bosque. Lo miraste de reojo. Seguía siendo el hombre de quien brotaban luces y sombras y cuyo sentido trágico de la vida los hermanaba. Pero ya no sabías cómo llegar a él.

—¿Qué quiere de mí? —repitió él en un tono más bajo. Tú no podías decirle lo que querías. Te tomó del brazo—. Le estoy hablando.

Te desprendiste de un tirón. Él volvió a agarrarte con más fuerza. Dolía. Luego te soltó. Había rozado el límite. Nunca lo había cruzado. Caminaron el par de cuadras hasta el departamento en silencio. Nunca imaginaste que el silencio pudiera contener tanta violencia.

Al llegar notaste que un olor inequívocamente humano estaba suspendido en el aire, como si todos los seres que habitaban en Pedro y en ti los hubieran estado esperando para seguir arremetiendo unos contra los otros. Pero tú ya no tenías fuerzas. Él se quitó la chaqueta y entró al cuarto. Tú sacaste de la alacena una botella de coñac Hine Antique, tu favorito, cogiste un vaso y te serviste un trago. Te costaba mantenerte en pie. Te echaste en el sillón. En el letargo y el calor del alcohol estabas protegida. Alcanzaste una cajetilla de Particulares que estaba sobre la mesa y encendiste uno.

«No significan nada», te decía Pedro refiriéndose a sus mocitos, «aplacan mi ansiedad». Tú en cambio debías silenciar tu cuerpo, vetarlo, ocultarlo. Pedro sorteaba el mundo triunfante mientras tú

estabas atrapada en una telaraña de infamias y cotilleos. Así es la vida, te había dicho el diplomático. Ese es el orden de la existencia desde siempre.

Pedro se asomó a la puerta de la sala.

—¿Va a seguir bebiendo?

—Sí.

—Hasta matarse.

—Sí. Hasta matarme.

Oíste el mosconeo de sus murmullos en el cuarto, sus vueltas compulsivas, como si buscara la salida de un cubículo sin oxígeno, hasta que lo viste salir del cuarto y ponerse nuevamente la chaqueta. Desde el sillón seguiste sus movimientos. Ahora él caminaba hacia la puerta, la abría. Sentiste el chiflón de aire helado que entró desde el pasillo. Él se detuvo un instante en el umbral y te miró.

—No quiero estar aquí cuando eso suceda.

Cerró la puerta de un golpe tras él y así se fue. Limpio y digno. De un portazo, como el hombre que era. Porque en el trasfondo estaba siempre eso. Tú eras mujer y él un hombre. Y los hombres salían de las desgracias con un gesto de libertad hacia adelante, hacia el futuro, con altanera ligereza y convicción, como si lo suyo fuera lo real, lo definitivo, la última e incontestable verdad.

Tal vez eso querías. Morir. Desaparecer. Adriano había notado tus excesos y había ofrecido pagarte un tratamiento de desintoxicación en una clínica. «Puedes comenzar de nuevo», te dijo él, «comenzar qué», le preguntaste tú. No ibas a someterte a camisas de fuerza, a antisicóticos que harían de tu mente una nube seca, a batas blancas sin rostro aleccionándote para la vida de «ellos», a curas de sueño, a

chorros de agua fría sobre tu cuerpo desnudo, a hipnosis, a la extracción de la piedra de la locura, como llamaban en la Edad Media a curar cualquier desviación del camino trazado. No. Preferías esta muerte lenta que al menos tenía el valor de haber sido escogida por ti. Hay elegancia en escoger el propio fin.

En el techo una lámpara de lágrimas te miraba con sus brillos filosos. Recordaste el conjuro que habías lanzado sobre el colibrí. Y luego su cuerpecito muerto sobre la palma de tu mano.

—¡Muérase usted! ¡Muérase, púdrase!

Nunca habías hablado con violencia. Era como dar patadas, golpes, mordiscos, y se sentía bien, muy bien. Volviste a gritar.

—¡Que se pudran su maldito falo y sus patéticas charlinitas de colores!

Te serviste otro vaso de coñac a rebosar. Pensaste en esas conchas de mar tiradas en la playa que desde lejos arrojan un destello y que, cuando te acercas para recogerlas, dejan al descubierto su vulgaridad. Pedro se había tomado su tiempo para entender que tú eras uno de esos moluscos, pero al final te había visto.

Pensaste que había un silencio para los muertos y otro para los vivos, un dolor para los muertos y otro para los vivos. A veces tú los confundías, como en este momento.

Te diste cuenta de que estabas llorando. Llorabas quedamente. Como el flujo de un gotario o de una lluvia que no se decide a largarse. Lágrimas gruesas y brillantes como gotas de glicerina. Hacía mucho tiempo que no llorabas. Llorar por las penas propias es vulgar y sentimental. Afuera se levantaba, opaca, la mañana. Una niebla de hebras plateadas invadió la sala. Te secaste con la manga

de tu vestido las lágrimas que te llegaban hasta el cuello. Buscaste un cigarrillo. Los fósforos se habían caído al suelo. Tardaste un siglo en hallarlos y luego otro tanto en prender uno. Cuando por fin lo lograste, le diste una larga calada y cerraste los ojos. No era tan malo llorar. Te embargó el sopor. Pero no querías quedarte dormida, querías saborear ese estado quedo. Quizás el privilegio al que había que aspirar era la quietud. Soñaste que caminabas por un prado amarillento sin árboles, extenso, seco y vibrante. Pero a pesar del sol, sentías frío. El mismo frío de la vigilia. Así lo pensaste en el sueño: «De este frío no me libro ni en los sueños». A lo lejos, como en los espejismos, viste la silueta de una niña. Apuraste el paso para alcanzarla, pero tus pies estaban pesados, como si desde el fondo de la tierra la gravedad se hubiera amplificado. La silueta de la niña desapareció dejando un rayo de luz verde como el sol al ponerse. De repente te diste cuenta de que el aire se había vuelto espeso. Estiraste el brazo, cortándolo. El calor comenzó en las manos. Pronto invadió tu cuerpo, como un ángel. «Por fin me he librado del frío», te dijiste. En el fondo de tu cuerpo había algo delicado que resguardar. Lo sentías. Lo sabías. Algo definitivo como una verdad. Oíste un estruendo, otro. Abriste los ojos. A tu alrededor las cosas se rompían y caían estrepitosamente. El departamento estaba en llamas.

*

El cuarto de hospital era frío. El mismo frío de antes. Tenías una mano vendada.

Oíste un chirrido de ruedas metálicas que provenía del corredor. Alguien era trasladado a algún lugar en una camilla, tal vez alguien que había perdido la vida. Pero tú estabas ahí. Viva. Una vez más te habías salvado.

Pedro dormía en un sillón junto a tu cama de fierro blanca. Veías en escorzo su perfil afilado. Una delicada fosforescencia oscilaba sobre sus manos como el sol en el agua. Su pecho montaba y descendía desacompasadamente. No era un sueño tranquilo el suyo.

Intentaste reconstruir los sucesos. Caían sin orden por el hueco de tu mente. El aire en el cuarto blanco de muros desnudos del hospital se movía con la densidad de un velo. Debías estar aún bajo el efecto de los medicamentos. Un líquido caliente descendía por tu garganta y apretaba las fibras de tu corazón. Entonces recordaste. Recordaste el fuego. Una enfermera abrió la puerta del cuarto. Anotó algo en una planilla y volvió a cerrarla. Recordaste los gritos. Alguien sacándote del departamento en brazos, el dolor en tu mano y en tus piernas, luego el patio azul en la noche. Las llamas asomándose desde la ventana del departamento en el tercer piso. «Un milagro», oíste que decían las voces a tu alrededor. «Un milagro que esté viva». Pedro llegó cuando los bomberos ya habían apagado el incendio. Por fortuna el fuego no había alcanzado a otros departamentos. Pero el de Pedro y todo lo que este contenía, el Modigliani, el De Chirico, los cuadros de Raúl Soldi y sus propias obras, habían desaparecido bajo las cenizas. También el Dios Apolo y las dos Erinias, las diosas de la venganza.

—¡No, no! —gritaste.

—¿Está bien? —oíste la voz de Pedro Lara.

Anochecía. Pedro tenía la cabeza sepultada entre los hombros y la mirada puesta en el suelo. Se había empequeñecido. El hombre pulcro que habías dejado en la otra vida ahora tenía un aspecto desaseado, plomizo, como si se hubiera sumergido en las cenizas del incendio.

—Lo siento tanto —dijiste.

Pedro encendió un cigarrillo, le dio una calada angustiosa y luego se quedó mirando la punta incandescente como si fuera un objeto extraño que alguien hubiera depositado entre sus dedos.

—Yo no quería. Fue un accidente, se lo juro.

—Lo sé.

—Debió ser el cigarrillo, me quedé dormida...

—Sí —afirmó escueto.

—Lo siento tanto —repetiste. Necesitabas hacerlo una y otra vez porque no había palabras posibles para lo que había ocurrido ni para lo que sentías. Habrías podido repetirlo mil veces si Pedro no te hubiera interrumpido.

—¿Lo sabía? —te preguntó.

—¿Sabía qué? ¿Que yo misma iba a terminar destruyéndolo todo? ¿Eso? Porque si es eso, tal vez sí. Tal vez lo sabía.

—No, eso no.

—¿Entonces qué?

—Lo del niño. ¿Quería deshacerse de él?

—¿El niño?

—¿Me va a decir que no lo sabía?

Era cierto que tus pezones se habían vuelto oscuros y pesados, que sentías náuseas y una pereza que nada lograba disipar, que hacía un mes que no menstruabas. Pero este conocimiento había

permanecido encapsulado en el lugar periférico que tu conciencia le había asignado, sin llegar nunca a formularse. La conciencia tiene esos dones y esas maldiciones. ¿Acaso te lo habías ocultado a ti misma para no correr el riesgo de que alguien te lo quitara otra vez? Ahora lo veías todo tan claro. Era como si el fuego se hubiera llevado la bruma que distorsionaba tu mente. Recordaste el sueño de la niña que desaparecía en lontananza. Te llevaste la mano sin vendar al vientre. Era ella.

Pedro te miró con una tristeza destemplada.

—Aún está ahí, pero no sabemos por cuánto tiempo. Lo está perdiendo, los doctores dicen que las próximas horas son críticas —te dijo.

Quisiste largarte a llorar. Pero la última vez el llanto había dado paso a la quietud y la quietud al sueño y el sueño al fuego.

No podías llorar.

Un silencio blanco se dejó caer sobre ustedes, un silencio de hospital y también de altas montañas. Un silencio que tenía algo de muerte y algo de vida. Pedro le dio otra calada a su cigarrillo y luego lo apagó en el cenicero que tenía en el suelo.

—¿Es mío? —preguntó en un tono tan bajo que apenas lo oíste.

—Sí, es suya —respondiste—. Es una niña.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé. Es suya y es una niña.

Como si te lanzaras al vacío, con la inútil y cruel esperanza de que en el camino te surgieran alas, le preguntaste en un murmullo:

—¿Usted la quiere?

—Sí, mucho. ¿Y usted?

Sus palabras en cambio eran sólidas y concretas.

Asentiste. Algo se acercaba a ustedes, todo tu ser se detuvo para recibirlo. Él se levantó del sillón y se recostó a tu lado, acercó su cabeza a tu vientre. Su cabeza cuya cabellera comenzaba a ralear. Sentiste ternura por esa cabeza.

*

—¡Salud por Cronopia! —levantó la copa Reynaldo.

Era el nombre que le había dado él a tu panza. Se habían reunido en el Tortoni a celebrar.

—Los Cronopios son una especie de mamífero extinto del periodo Cretácico —les explicó—. Y ustedes, mis queridos Leonor y Pedro, son también una especie en extinción. La de los valientes, la de los excéntricos, la de quienes extraen vida de las cenizas.

Era la primera vez que veías a Reynaldo y a Celia desde que el pequeño Enrico había nacido muerto en España. Estaban de paso por Buenos Aires, camino a Chile. Tú pensaste, y acaso también los otros, en la cruel paradoja. Celia —la mujer amada y maternal— con los brazos vacíos, y tú, la errante, la de los extramuros, cargando una vida.

La niña había resistido, se había aferrado a tus entrañas y se había quedado. Los dedos, la muñeca y los tendones de tu mano izquierda habían sufrido quemaduras de tercer grado, también tus piernas y otras partes de tu cuerpo. Pero la niña había resistido. Ahora vivían en un departamento de tres cuartos en la calle Rivadavia que Víctor Jirado les había cedido hasta que encontraran el suyo. Habían tenido suerte. La mayoría de los cuadros de Pedro estaban en la galería cuando ocurrió el incendio. Y ahora, después

del desastre, se vendían a precios exorbitantes. Él y tú se habían vuelto una leyenda, una historia para ser contada, y la hermana de Pedro, Olivia, cercana a las familias más ricas de Argentina, se encargaba de que todos la supieran. Había sido Pedro quien más le imploró al destino que la niña resistiera. La quería como no había querido nada en la vida, eso te dijo. ¿Y tú? Tú tardaste en asimilar lo ocurrido. Tu embarazo, la responsabilidad que te cabía en la catástrofe. Por instantes pensabas que no te merecías los mimos que Pedro y tus amigos te prodigaban. Pero, sobre todo, no te merecías a Cronopia. A veces, si cerrabas los ojos, temías que al abrirlos ella hubiera desaparecido de tu vientre, que tu cabeza te hubiera hecho una jugada cruel. El fuego volvía una y otra vez a tu memoria, el ruido ensordecedor de las vigas cayendo, el techo derrumbándose sobre ti. Pero luego, como una tormenta que se detiene y da paso al sol, en el trasfondo de tus ojos surgía ella. Sin rostro. Sin materia. Solo una presencia que traía consigo una inédita serenidad. Habías recuperado tus fuerzas con rapidez. Presa de una energía voraz, caminabas cuadras en busca de un pomelo, de una alcachofa, de pan fresco para poner a la mesa. Por primera vez el sentimiento de vacuidad y miseria desaparecía. Ya no eras un ser inservible, ya no eras la mujer a quien un hombre había desechado. Tenías a Cronopia.

Bajo el vestido celeste que Pedro te había regalado para la ocasión, se alcanzaba a percibir el lugar que ella comenzaba a ocupar en tu cuerpo.

—¡Salud! —oíste brindar por enésima vez a un escritor consagrado que tenía ponche de huevo en el bigote.

Olivia Lara no cesaba de sonreír y de congratularte. No expresaba con palabras el motivo que la hacía tan feliz, pero tú lo sabías. Era un regalo para la familia Lara que —a pesar de la naturaleza «desviada» de su único hermano— un niño fuera a llevar su apellido. Celia, de pantalones y el pelo cogido en la nuca, estaba sentada a tu lado. Había perdido peso. Ya no era la madona que había dejado Buenos Aires encinta. Apenas se habían visto. Las múltiples actividades de Reynaldo la tenían abducida. O quizás, no era imposible, que Celia te estuviera evitando para no tener que compartir y revivir juntas el duelo de su hijo. Tomaste su mano bajo la mesa y la estrechaste. Notaste que Reynaldo tenía puesta toda su atención sobre su mujer. La escrutaba con un interés que nunca habías notado antes, como si la Celia que tenía ante él hubiera mutado y aún no fuera capaz de entender y absorber esa mutación.

—Uno de estos días te voy a raptar —le susurraste al oído.

Celia asintió con una sonrisa gris. Se miraron. Deseaste ser una de esas personas que alegran y depositan al otro en el centro del mundo, que dicen palabras lindas, aunque no sean ciertas. Pero no habías recibido ese don.

Todos charlaban y reían. Alzaban sus copas. Tú no. Tú no bebías. Desde que habías salido del hospital no habías tomado ni una sola gota. Ahora vivías en la orilla de la claridad, en la orilla de Cronopia. Y para ello era menester no volver nunca, nunca más, a la turbiedad del alcohol.

Santiago de Chile, 1980

Isi

Isi siempre había sabido que la Vicaría de la Solidaridad estaba junto a la Catedral, a un costado de la Librería Manantial. Había pasado por ahí decenas de veces y en más de una ocasión se había quedado mirando los libros con portadas de imágenes sagradas. Plaza de Armas 444. Y siempre había sabido también que podía empujar esa puerta y entrar. Pero tan solo imaginarlo era aceptar que se habían llevado a su madre. Creyó que su convicción bastaba. Qué ilusa había sido. Era evidente que cuando el miedo es muy intenso la mente se vuelve un órgano inútil, una esponja anegada de agua turbia.

Leonor caminaba tomada de su brazo. No entendía cómo podía moverse con esas pantuflas que volaban en sus pies. Le agradecía en silencio que no la mirara ni le preguntara. Ambos, con el señor Levi, se habían dado cuenta de que detestaba que los demás la vieran mal. Había emociones que no podían ser compartidas porque eran demasiado grandes e incomprensibles. Era mejor guardarlas para que permanecieran limpias de palabras y gestos inútiles.

De un pequeño empujón, la antigua puerta de madera de la Vicaría se abrió. Cruzaron el umbral. Sentimientos contradictorios asaltaron a Isi mientras caminaban por el pasillo. Alivio de no tener que seguir haciendo ese gigantesco esfuerzo para creer en lo

imposible —que su madre iba a aparecer en la siguiente esquina— y, a la vez, miedo por todo lo que vendría. En segundos, las imágenes de las torturas que tan estúpidamente había memorizado pasaron por sus ojos. Sintió que le fallaban las piernas. Debía tomar aire, inhalar, exhalar. Buscó los números primos entre 113 y 307: 113, 127, 131, 137, 149... La mecánica de las matemáticas siempre la salvaba. Los multiplicó por tres. Necesitaba detener ese aluvión que estaba a punto de estallar en ella.

Al fondo del pasillo dos mujeres conversaban con un señor sentado tras un pequeño escritorio. Hablaban en susurros como si estuvieran contándole un secreto. Una de ellas tenía el pelo cano y la espalda encorvada, la otra llevaba un bebé en los brazos y era quien hablaba.

—¿Estás bien, Isi? —le preguntó Leonor.

—Sí —respondió apenas y continuó multiplicando. 339, 393, 411...

El señor les indicó a las mujeres que subieran por las escaleras y las llamó. Era su turno.

—Venimos a dejar constancia de la desaparición de la madre de esta chica —dijo Leonor.

—¿Y cuál es tu nombre? —le preguntó el hombre amablemente mirándola a los ojos.

Tenía la cabeza grande y redonda como la de un oso. Su amabilidad estaba a punto de desarmarla otra vez. Odiaba las emociones. No podía volver a los cálculos porque debía contestar. Y contestó. Al final todo se reducía al poder de la mente sobre el cuerpo. Le dio su verdadero nombre. Isolda Cruz. Era el mismo apellido de su madre. «Así somos una», le había dicho Constanza cuando un día Isi le preguntó por qué no llevaba el apellido de su

padre. Nunca la había oído mencionarlo. Era como si Antonio —el revolucionario heroico— no hubiese necesitado más que su nombre propio. El hombre le hizo un par de preguntas más, cuyas respuestas anotaba en un cuaderno, y luego les indicó que subieran las escaleras y que esperaran a que una asistente social las atendiera. El segundo piso, cuyo centro estaba abierto hacia el primero, lo recorrían galerías acristaladas de puertas cerradas. Las dos mujeres que habían visto abajo esperaban sentadas en unas banquetas junto a una decena de hombres y mujeres que probablemente también buscaban a un ser querido. Leonor se dejó caer en la punta de una de las banquetas en un espacio que le hizo una mujer e Isi se sentó en el suelo a su lado con las piernas encogidas, apoyada en el muro. Leonor sacó de su cartera una petaca y, seguramente imaginando que nadie la miraba, le dio a hurtadillas un sorbo y luego, suspirando, la guardó. Se veía cansada. Al cabo de un rato una mujer se acercó a ellas y le preguntó a Isi si era Isolda Cruz. Le resultaba difícil pensar en ella misma con ese nombre.

—Sí, soy yo. Pero me dicen Isi.

—Hola Isi, yo soy Norma. Vengan conmigo, ¿quieren un cafecito? ¿Un tecito?

—Sí, gracias —respondieron al unísono—. Café, por favor —agregó Isi.

—Qué honor conocerla, señora Leonor. *Campos cegados* es una de las mejores novelas que he leído nunca.

Leonor sonrió complacida. Norma las condujo por uno de los pasillos en cuyo extremo había una mesita con una cocinilla a gas, té y café. También un paquete de galletas.

—¿Quieres? —le preguntó Norma.

Con sus cafés y un gigantesco puñado de galletas que Isi había sacado a hurtadillas, siguieron a Norma hasta una oficina junto a una salita que hacía de capilla. Lo primero que quería saber era cuándo y cómo se habían llevado a Constanza. Fue Leonor quien respondió, pero primero prendió un cigarrillo y le dio una larga calada. Le contó que vivía en el departamento frente al de Isi y su madre y que había visto todo a través de la mirilla de su puerta. Le contó detalles que Isi hubiera preferido no saber. Constanza resistiendo, sus patadas, su escupitajo, el golpe que le dieron en el vientre y que la dobló en dos. No, no, no quería saber. Norma le pidió que le describiera al hombre que habían apresado con ella y que Leonor vio salir con la cara ensangrentada. Por su descripción, Isi supo que se trataba de Javier. Leonor tomó otro traguito de su petaca. Al parecer, ya no le importaba que la vieran, lo necesitaba. Tal como Isi, necesitaba salir de allí, huir al bosque. Imaginó los helechos, filicopsidas se llamaban, no tenían flores ni semillas, se reproducían por esporas. Imaginó esporas cayendo en la tierra y cientos de helechos reproduciéndose. Un bosque de helechos donde se ocultó. Se mordió el labio hasta que sintió el sabor salado de la sangre en su lengua. Un dolor que tenía un lugar preciso y que, si se volvía muy intenso, ella misma podía detener. Controlar. No como los otros dolores sobre los cuales no tenía control. Leonor tomó su mano.

Norma siguió anotando cada palabra en una carpeta. Alguien golpeó a la puerta. Una mujer bajita con las mejillas sonrosadas las saludó y le entregó a Norma otra carpeta.

—Disculpen, disculpen —les dijo, y luego se dirigió a Norma—. Para que le eches una miradita antes de entregársela a Roberto.

Después que la mujer hubo cerrado la puerta tras de sí, Norma dejó el lápiz, se echó hacia adelante en el escritorio y le preguntó:

—Y tú, Isi, ¿dónde estabas cuando se llevaron a tu mamá?

La voz de Norma era calma. Tenía una sonrisa de esas que dicen muchas cosas, y unos ojos chiquitos que brillaban. Isi se concentró en esos ojos. Le contó que ese día estaba en el colegio, y que cuando llegó se encontró con su departamento destruido, le contó que las primeras noches se había ocultado tras el aparador donde se guardaban los enseres para el aseo y que luego había pasado algunos días en su departamento. No sabía cuántos, al parecer más de los que ella pensaba. Norma le preguntó por qué no había acudido antes a dar cuenta de lo sucedido. Le explicó que temía delatar a su madre. Una respuesta llevaba a otra pregunta, y ella, a pesar de sí misma, a pesar de su resistencia a ponerle palabras a una historia, a una vida que ya no le parecía suya, habló. Era como si todas esas «aventuras», como les llamaba su madre —qué eufemismo— hubieran sido las vivencias de otra chica, en otro país, en otro continente, en otro planeta, pero no ella. El planeta donde ella hubiera querido vivir no era así. Ni su vida tampoco.

No le mencionó el doble muro que tenía el departamento. Ni tampoco la muerte de Antonio el Héroe en un asalto a una radio. No le habló de las reuniones de los compañeros ni de Tomás. De Tomás, no. Norma le preguntó si sabía quién era el hombre que se habían llevado con su madre.

—Se llama Javier —le dijo—, pero ese es su nombre de chapa, no sé el verdadero.

Le preguntó por su apariencia física y ella no le dijo que toda apariencia era física, porque el corazón no tenía apariencia. Se

detuvo. Debía hablar de la Casa del Nogal, de los cuerpos carbonizados, de los ruegos de Constanza para que ella saliera del país, pero no sabía si era capaz de resistir, de traer todo eso a la luz, desenterrarlo, exponerlo al unísono sin sucumbir. Tampoco estaba segura de cuánto podía confiar en Norma. Constanza le había enseñado a desconfiar siempre de las personas que estaban fuera de su núcleo íntimo. Básicamente ellas dos. La picazón en el dorso de sus manos se hizo tan intensa que no pudo dejar de rascarse hasta dejar marcas rojas que sabía que Leonor y Norma miraban con compasión. Quería volver al bosque. A los helechos, a sus multiplicaciones.

—Isi, debes de estar cansada —le dijo Norma—. De igual forma ya tengo bastantes antecedentes. Miren, yo voy a ir a hablar con Roberto, uno de nuestros abogados, él va a revisar estas notas y seguramente va a querer hablar ahora mismo con ustedes. ¿Me esperan? Se pueden hacer otro cafecito. Hay más galletas, Isi, puedes sacar todas las que quieras.

La miró con sus ojos chiquitos y brillantes. Isi asintió. Leonor también. Mientras esperaban al abogado, Isi intentó escribirle una carta en su cabeza a su madre.

No sabía por dónde comenzar. Podía contarle de las veces que la había maldecido por dejarla sola, por ser presuntuosa y pensar que era invencible, por no haberle nunca contado una verdad que sabía estaba ahí, clausurada, quién sabe dónde. Sí, podía empezar por la rabia. Pero ¿qué sacaba? Su madre hubiera leído su carta y habría sentido más pena de la que seguramente sentía, más culpa. Porque Isi sabía que era eso lo que sentía. Tampoco podía contarle de esos días que había pasado sola, porque la hubiera destruido. Pero, sobre

todo, no podía hacerle las preguntas que la quemaban. ¿La habían torturado? ¿La torturaban ahora? ¿Cuál de las sesenta y dos torturas que aparecían en la lista le habían infligido? Le daban ganas de golpear la muralla y gritar, ¿cómo podía una hija hacerle esas preguntas a su madre? No era natural. No. Y luego, si ella le hubiese respondido que sí, que la habían torturado, ella hubiera tenido que preguntarle: ¿y hablaste?, ¿delataste a tus compañeros? ¿alguno de los compañeros te delató a ti?

Eso de escribirse cartas era muy difícil, porque primero hubieran tenido que pasar por mirarse, porque su madre la abrazara y ella abrazarla a su vez. Después quizás las palabras hubieran comenzado a salir, aunque tal vez tampoco lo hubiesen hecho. Recordó que de niña, cuando ella le hacía una pregunta difícil, en lugar de darle una respuesta, su madre la pellizcaba y le daba besos en las mejillas, en la frente, en las orejas, y luego seguía con sus manos, haciendo mucho ruido, muac, muac, y fruncía los labios para que sonaran aún más, y seguía con los besos, cadenas de a tres, de a cuatro, de a seis, muac, muac, muac, mientras continuaba con las cosquillas, e Isi se largaba a reír pretendiendo desembarazarse de ella, aunque lo que quería era permanecer así para siempre, su madre dándole esos besos sonoros y húmedos y ella riéndose, quería que los compañeros nunca más aparecieran en sus vidas, que nunca más la separaran de su madre. Eso quería.

Leonor

Tras la puerta del cuarto donde esperábamos a Norma se oían voces y, más allá, el ruido de pasos sobre el piso de madera, el tecleo de las máquinas, el ring de un teléfono que nadie respondía. Me había impresionado el coraje de Isi. En menos de cuatro horas se había enterado de la desaparición de su madre, había declarado por ella y ahora esperaba sentada en un rincón —con las manos a punto de sangrar de tanto arañárselas y la cabeza oculta entre las rodillas— a que un abogado le dijera que su madre estaba viva.

Mientras había respondido una a una las preguntas de la mujer en un tono uniforme, había mirado hacia un punto indefinido, como si en lugar de dirigirse a nosotros hubiera estado hablando para sí misma o a alguien más allá de nuestro campo visual.

Me había pasado la vida intentando comprender las incógnitas y paradojas del mundo que me rodeaba. Y, sin embargo, a tan solo dos metros, cruzando el pasillo, habían vivido Isi y su madre con todo un sistema de creencias, de preguntas, de convicciones y de tragedias tan ajenas a mi existencia, que era como si hubiésemos vivido en diferentes dimensiones. Un universo que escapaba a mi entendimiento y que rodeaba como un océano el minúsculo pedazo de tierra que creía conocer. Pensé que de esa escisión estaban hechas las guerras, de esa ignorancia.

—Isi, ¿nos tomamos otro cafecito? —le pregunté para sacarla de su estado de estupor y tristeza. Asintió y caminamos juntas por el corredor.

Quería preguntarle a Norma qué probabilidades había de que su madre estuviera bien. Pero debía encontrar la forma de hacerlo sin que Isi lo notara. Había oído cosas horribles del destino de los detenidos. Asuntos a los que nunca había puesto suficientes oídos

porque era entrar en un territorio que me resultaba demasiado cruel, ajeno e incómodo. Era mejor no enterarse. Pero ahora sí, ahora necesitaba saber. La plena conciencia a veces es paulatina, a veces nunca aparece, y a veces llega de golpe, así, como Isi a mi vida.

—¿Cuántas cucharadas de azúcar le pone a su café? —me preguntó Isi.

—Tres, niña, por favor. Necesito endulzar un poco el mundo —le dije. La cursilería es a veces una forma de salvarse, pensé.

Isi me sonrió. Una brecha de luz en un cielo encapotado. Se me llenaron los ojos de lágrimas. La cursilería es siempre una forma de salvarse.

Por fin apareció Norma y nos condujo a otra oficina donde nos esperaba el abogado.

—Hola Isi, soy Roberto Garretón —le extendió una mano grande y le sonrió con calidez—. Qué gusto conocerte. Y a usted, estimada señora —se dirigió a mí—, soy un gran admirador suyo.

—El gusto es mío —dije. Escondí las pantuflas debajo del escritorio y le extendí mi mano enguantada.

—Les voy a explicar los pasos que seguiremos. Suenan un poco complicados, pero no lo son tanto —dijo—. Nosotros presentaremos un recurso de amparo a favor de la libertad personal de tu madre, a quien «presuntamente» —marcó las comillas con los dedos— llevaron a un lugar de detención clandestino. La Corte de Apelaciones mandará a su vez un oficio al Ministerio del Interior para ver si ellos tienen alguna información, la que nos comunicarán cuando el ministerio haya respondido. Ese es el proceso por ahora.

—¿Nada más? —preguntó Isi con evidente desilusión.

—Sí, lo sé, suena insuficiente, pero esos son los pasos, y funcionan, Isi, por ahora no podemos hacer más. Tenemos que esperar. En tanto, ¿qué harás? ¿Dónde te quedarás?

—Conmigo, por supuesto —me apresuré a contestar. Hubo un cruce de miradas, Isi me miró, el abogado miró a Isi, Norma miró al abogado.

Me di cuenta de que Isi se clavaba las uñas en la palma de la mano. Ya no podría permanecer detenida en la expectativa de ver aparecer a su madre en la siguiente esquina. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Dónde pondría sus esperanzas?

—¿Te parece, Isi? —le preguntó Roberto Garretón.

Ella asintió.

—Eres menor de edad, aunque estoy seguro de que en todos los aspectos importantes de la vida no lo eres —le sonrió—. Pero es importante que te quedes con Leonor y no hagas nada que te ponga en peligro.

—No lo haré.

—Yo me hago responsable de Isi —dije con voz firme. La más firme que me había oído en años.

Les dejamos el número de teléfono del señor Levi y partimos.

Los viejos rara vez tenemos la ocasión de sacar la cabeza y mirar a lo lejos, más allá del dolor de huesos y de todas las otras bellaquerías del cuerpo. Hasta entonces pensaba que la vejez me había depositado en lo irremediable, un estado sin expectativas, sin afanes, pero a la vez sin temores. Hasta a la muerte le había perdido el miedo. Y, sin embargo, ahí estaba, ansiando hasta el dolor que la madre de esa niña apareciera, invadida de ansiedad, pero a la vez de esperanza. Sí, de esperanza.

Buenos Aires, 1931

Por fin habías logrado que Celia te concediera unas horas en medio de su ajetreada visita a Buenos Aires. Ahora preparabas para ella una cena en la cocina del departamento que les había prestado Víctor Jirado. Sopa de mejillones y, de postre, masitas rellenas con crema. Habías comprado en Belgrano el mejor vino que encontraste para tu amiga. Para ti, jugo fresco de manzana. Mantenías firme tu decisión de no beber.

Pedro ya no desaparecía por varios días ni llegaba de madrugada. Tu panza se expandía. También tu buen ánimo. Víctor les había insistido en que no tenía apuro para que se mudaran. El departamento había pertenecido a su madre fallecida, doña Rosella. Su retrato colgaba de la pared principal de la sala y con mirada adusta y aires de gran señora te miraba. Te miraba siempre. A veces tenías la impresión de que iba a saltar del cuadro y te iba a agarrar del pescuezo para preguntarte qué demonios hacías ahí.

La sala estaba alhajada con alfombras persas desteñidas, jarrones de murano y muebles de madera de ébano que habían perdido su brillo. Un estilo muy diferente a la atmósfera ecléctica y bohemia que Pedro había cultivado en su departamento. Pero de eso no hablaban. No mencionaban la pérdida. Tampoco los eventos desafortunados que los habían llevado hasta la hecatombe. Hasta Cronopia. Tú intentabas no exhumar el horror. Cada vez que se asomaba en tu memoria, recobraba vida, se expandía. Por eso

intentabas vivir en una suerte de inconciencia, sin pasado, sin contexto, un estado que simplemente sucedía. Ahí. Donde estabas.

Celia llegó puntual. Se sentaron en la sala, frente a una ventana enmarcada por una espesa cortina de terciopelo color oliva. Dos guerreros medievales tallados en las puertas de un aparador de madera las miraban ceñudos. Celia permanecía erguida, distante. Te contó de su vida en el pueblito costero en la provincia de Granada donde residían. Reynaldo escribía un poemario sobre el mar. Te contó que se hablaba de otorgarle el Nobel. Brindaron por él. En un momento Celia detuvo su conversación y señaló el cuadro de doña Rosella.

—Y esa, ¿qué pinta aquí?

Se largaron a reír. La miraron y volvieron a reír. Se desternillaron de la risa. No podían parar. Ahora estaban sumergidas en una sobremesa lenta, Celia con un coñac, ambas empuñando un cigarrillo, el humo desapareciendo en la espesura de la tarde. Y le preguntaste.

—Celia, ¿no vas a hablarme del niño?

Percibiste el golpe que produjo tu pregunta. Tu amiga guardó silencio. Hizo bailar el coñac y examinó el fondo de su copa. Los muebles antiguos descansaban envueltos en la suave calma de la tarde. A través de la ventana y en sordina les llegaban los ruidos de la calle Rivadavia.

—¿De verdad quieres saber? —te preguntó.

—Es lo único que quiero.

—Eres la primera persona a quien le voy a confesar esto. Y tal vez la última —se detuvo. La observaste expectante, pero sin ansias. Sabías que las confesiones son lentas. Celia prendió otro cigarrillo, lo

aspiró y luego soltó—. Yo no quería ser madre, Leonor. Me fui dando cuenta durante el embarazo. Y luego pasó lo que pasó. Te puedes imaginar que en mi desesperación pensé que yo lo había provocado con mis pensamientos. Mi condena. El castigo último de Dios —sentenció en un tono grave y sarcástico que se quebró al final.

—Pagarás por todas las mujeres de tu calaña —agregaste con la misma ironía triste.

—Yo lo vi, al pequeño Enrico. Era perfecto, ¿sabes? Tenía unas cejas como las de Reynaldo. Es raro que un niño nazca con cejas. Pero no gritó, no soltó sus pulmones. Segundos después todo se había acabado. Murió de hipoxia. Es probable que no sepas lo que es, Leonor, y no necesitas saberlo. Ocurre una vez en un millón. Pero después de la consternación, después de un dolor tan intenso que pensé que me mataría, me asaltó un alivio helado, insensible, muerto.

Respiró, cerró los ojos, tú tomaste su mano y la abrazaste.

Mientras la ceñías en ese abrazo, pensaste en el niño que el diplomático te había quitado. Tal vez había llegado el momento de hablarlo, de sacarlo de ti. Lo que más resentías era que él no te hubiese dado la oportunidad de pensarlo, de elegir, que hubiera despachado el asunto con tanta eficiencia, rapidez y liviandad. Pero las otras Leonor te detuvieron. Si lo verbalizabas, si lo traías a la superficie, serías condenada. Ese era el destino de las mujeres que terminaban con una vida, sin importar las circunstancias, sin importar que antes te hubieran despojado de ti misma. Ahora la vida te daba una segunda oportunidad. A la mujer que el diplomático había mal amado, a la que se había enamorado de un homosexual, a la que estaba emparentada con el jorobado de Notre Dame, a ti y a

todas las Leonor que habitaban en ti, y esta vez no ibas a permitir que nada ni nadie se interpusiera.

—No era mi intención decírtelo —Celia señaló tu vientre abultado —. Por eso he estado rehuyéndote, porque no quería revelarte a ti esta verdad. Y sabía que si nos encontrábamos tendría que hacerlo. No había forma de ignorar contigo algo tan grande.

—El elefante blanco en la sala —dijiste—. Lo vi apenas llegaste el otro día al Tortoni.

—Lo que no me dejaba vivir los primeros meses no era su muerte, que en sí era devastadora, sino ese sentimiento de alivio que me hacía sentir infrahumana. De lo que me di cuenta, ya a medio embarazo, Leonor, es que ese niño que llevaba en mi vientre me ataría a una vida que detestaba.

—¿Qué quieres decir?

—En el trasfondo de toda elección está agazapado un error. A veces se queda ahí, sin hacerse visible ni evidente. Pero a veces salta, lo ves, y ya no hay vuelta atrás. La conciencia es irreversible.

—Pero ¿cuál fue ese error?

—Haber creído que podía vivir eternamente la vida prestada de Reynaldo. Recién entonces me di cuenta.

—Pero si tú eres el centro de su vida, Celia. Él es incapaz de desenvolverse en este mundo sin ti.

—Justamente. De su vida. A Reynaldo le importa un comino el resto, lo único que le interesa es su poesía. El niño no hubiera sido más que un accesorio en esa vida suya. Un accesorio doméstico. Como yo.

—Celia... —la interrumpiste.

—Lo sé, lo sé, estoy siendo cruda. Pero lo que se ve no es siempre lo que es. Y Reynaldo Isla, como todos los de su raza, es al fin y al cabo un narcisista irremediable. En eso seguro que estarás de acuerdo. —Asentiste—. Y sí, tienes razón. Sin mí, su vida sería un caos. Soy el apéndice que necesita para vivir. Por eso, si hubiera querido dejarlo e intentar una vida propia con mi hijo, jamás me hubiera dejado partir. Además, yo sola, sin recursos, no habría podido darle a ese niño lo que necesitaba.

—Ana Karenina —dijiste.

—Un personaje de novela. Es así. Era una trampa que me hubiera llevado a la locura.

—Te entiendo, querida, te entiendo muy bien.

Al menos tú nunca serías un apéndice de Pedro Lara, pensaste. La vida suya y la tuya transcurrían por carriles separados que en algunas estaciones se cruzaban. Pedro y tú no eran —como los había denominado Reynaldo— una especie en extinción, eran una especie en evolución para cuya existencia no tenían referencias. Y tendrían que, como todas las especies que sobreviven a la selección natural, mutar hasta adaptarse.

—¿Te das cuenta de por qué es inconfesable?

—¿Y Reynaldo lo sabe?

—No. Yo creo que nunca podré decírselo. Pero sí le dije que me quedo en Chile. Él tiene que presentar un libro en Santiago la próxima semana y luego volverá a España. Yo quiero volver a lo mío, hacer mis papeles, pintar, quizás ganarme la vida en eso, quiero una vida mía, Leonor.

—¿Y qué dice él?

—Me observa con curiosidad. Como si yo fuera otra mujer —había un repentino resplandor en la expresión de Celia—. Dice que va a terminar el poemario y las clases con que se comprometió y que luego volverá a Chile a reunirse conmigo. Veremos. No lo sé. Pero me siento bien.

—Pareces convencida, Celia.

—Pero ¿y tú? Cuéntame de ti, por favor. Basta de mí.

Lanzaste una bocanada de humo contra las cortinas y observaste cómo se deshacía y desaparecía. Tu experiencia era tan diferente a la de tu amiga. Antes no tenías nada. Y ahora estaba Cronopia. La querías como a nada en tu vida. ¿Podías decirle esto a Celia? La honestidad de tu amiga había sido tan rotunda que no podías más que devolverle la misma moneda.

Comenzaste por lo más simple. Le contaste que te esforzabas en llevar tu barriga con placer. Querías gozar esos meses de pausa y de espera. Seguías obediente las recomendaciones del doctor. Le hablabas a la niña en susurros, le leías poemas de Baudelaire y, de forma imperceptible pero inequívoca, Cronopia te respondía. Le contaste que estabas arreglando uno de los cuartos para ella y que ya tenías la cuna y parte del ajuar que habías recolectado como una espigadora. Tú misma habías pegado en el techo unas estrellas para que las viera cuando abriera los ojos. Pero lo más fascinante era que esa mujer que hacía esas mil actividades nuevas, no eras tú. Le contaste que cada mañana observabas cómo los pechos de ese otro cuerpo se hinchaban, cómo su boca se volvía más carnosa, cómo en las entrañas de esa otra palpitaba una vida. No sabías exactamente por qué necesitabas esa distancia, pero no sentías que fuera

perniciosa, por el contrario. Era ese desdoblamiento el que permitía que Cronopia creciera dentro de ti.

Celia te escuchaba atenta, con una expresión que mutaba desde la certeza a la incerteza. Y vuelta. Como si tras tus palabras serenas y luminosas pudiera ver la fragilidad que te rodeaba. Y entonces le confesaste la otra verdad.

—Temo traspasarle mis demonios, Celia. Que la historia se repita. A veces pienso que mi destino es transmitirle ese peso ineludible.

—No digas eso. Tu destino es transmitir tu genio, Leonor.

—¿De qué genio hablas?... En todo caso hay algo peor.

—¿Qué?

—He tenido varios sueños. Son horribles. Un olvido, un retraso, algo que me impide llegar a ella. Y cuando llego, Cronopia está muerta. De hambre, de frío, de abandono. En algunos sueños su cuerpecito desnudo se ha consumido y es una anciana minúscula.

Celia pasó su brazo por sobre tus hombros, dejaste caer la cabeza en el suyo y cerraste los ojos. Continuaste hablando.

—Me pregunto si seré capaz de entenderla, de escucharla, de esperar con paciencia a que crezca. No sé, de llevarla a la plaza, mirarla subirse al columpio y hablar con las otras madres de cosas insulsas. Me da miedo no quererla lo suficiente, Celia. Que me ganen mis demonios. Me da miedo que ella termine odiándome por lo que soy.

—Para, ¡para! —te detuvo en seco Celia. Te reincorporaste—. Mírame —te tomó de los hombros y te obligó a mirarla—. Escúchame. No dejes que esos pensamientos te arruinen esta experiencia maravillosa que estás viviendo. ¿Oíste? Esos temores, como tú dijiste, son heredados. Y tú puedes romper ese eslabón.

A través de una rendija de las cortinas se filtraba la luminosidad azafranada de media tarde. El rostro severo y majestuoso de la madre de Víctor las observaba desde su marco. Vetusta, dura, real.

—Cortar para siempre con ellas —la señalaste con una sonrisa.

—Con ellas y todas las mujeres de su calaña —rio Celia.

—Tú me conoces, Celia, y conoces a Pedro. ¿Crees que es posible? ¿Pedro, yo, Cronopia? —le preguntaste por fin. Celia guardó silencio —. Lo sé. Es una pregunta comprometedora que probablemente no tenga respuesta.

Fue en ese instante que la viste. Asomada a la ventana entre las cortinas. Batía sus alas con la última luz de la tarde. Era la Cometa Esperanza. La mariposa que se encuentra tan solo en bosques nubosos a dos mil quinientos metros de altura en la Sierra Norte de Oaxaca. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Estabas a punto de pedirle a Celia que por favor la mirara, que corroborara tu visión, pero en ese instante la mariposa aleteó con más vigor y desapareció.

—Sí —le oíste decir a tu amiga—, a pesar de tus temores, te siento completa, decidida. En tu centro por primera vez. Sí, Leonor, estoy segura, es más que posible, es inmensamente probable.

*

Te viste en una camilla doblada en dos por el dolor. Pujaste para que Cronopia saliera por el estrecho orificio de tu cuerpo. Gritaste, insultaste, te orinaste. Catorce horas pujando. Y cuando por fin recuperaste la conciencia, después de haber perdido quién sabe cuántos litros de sangre, después de haber dado a luz a Cronopia, después de todo eso, cuando Pedro te preguntó cómo estabas, le

dijiste que habías ido al infierno y luego al cielo y de vuelta otra vez, y que en esos ires y venires habías hallado algo que aún no tenía nombre. Lo que sí sabías es que tu ser se había mudado a un lugar del cual no había retorno. Eras madre. Quizás era eso. Eso simplemente.

Te habías esforzado para asentar en ti y en los demás la idea de que ustedes serían como el resto de los padres. Por eso habías preparado con esmero su cuarto de paredes en tonos marfil y rosa empolvado, cuadritos con dibujos de flores y una gran cuna de hierro forjado con arabescos y sabanitas de encaje en el centro. Era asombroso lo que habías logrado. Respirabas en ese asombro.

Ahora, en una mecedora, junto a su cuna, le dabas de mamar. Te gustaba el olor de los pliegues de su cuello, sus dedos minúsculos cerrados sobre tu palma. Sus preciosas facciones que ya amabas pero que no te resultaban familiares. Era como si la niña se hubiera inventado a sí misma. Y esa boca que no se despegaba de tu pecho, que succionaba implacable. Insaciable. Al quinceavo día, tuviste la certeza de que tu hija podía ver. Temblaste de amor por ella.

Por la noche, cuando Pedro retornó de su estudio, le contaste. Estaban en la sala. La niña dormía en tu regazo. Respiraba suave, sentías su calor. Le contaste de la extrañeza que habías visto en su expresión al ver el mundo que la rodeaba, de sus ojos pálidos.

—¿Quieres tomarla? —le preguntaste.

—Se puede despertar —respondió Pedro con un asomo de incomodidad. Sostenía en una mano un cigarrillo, en la otra un vaso de whisky con hielo. *¿Dónde meto a esta niña?,* parecía preguntarse.

Era tan buena. Pero eso él no lo sabía. Ansiabas poder compartirle los milagros de cada día pero, mientras más lo atraías a la niña y a

ti, más parecía él escabullirse.

Esa noche Olivia y su marido, José Anchorena, los visitaron. Las llenaron de regalos a Cronopia y a ti. Primorosos vestiditos para la niña, costosos y finos ungüentos de belleza para ti. Por primera vez la sonrisa de Olivia, esa que siempre estaba estacionada en su rostro como el trazo de un pincel, era real. Su felicidad era genuina. Había, sin embargo, algo voraz en su atención que, a pesar de sus mimos, te produjo un dejo de inquietud.

*

Cronopia había comenzado a tener cólicos y te mudaste a su cuarto. Pedro preparaba otra exposición y debía levantarse temprano y despejado. No podía pasar la noche en vela contigo y la niña.

Cólicos. Era el nombre que el doctor le había dado a su llanto desesperado.

Sonaba como el grito de guerra de una tribu indomable. ¡Cólico! ¡Cólico! Cronopia lloraba. La tomabas en brazos, la besabas, la paseabas por la sala, golpeabas con la punta de tus dedos su panza. Pero cuando ella percibía tu desesperación, se largaba a llorar con aún más fuerza. No había nada que pudieras ocultarle. Era un círculo mortal. Hasta que agotada, ella se dormía y tú a su lado. Pero no dormías. La noche pasaba sobre ti a pasos cortos. Para distraerte, intentabas distinguir cada uno de los rumores y sonidos que quebraban el silencio. Las murallas que crujían, el siseo del viento entre los edificios, los ronquidos de Pedro en el cuarto contiguo. Y luego nada. Cuando los fantasmas acechan, el silencio es un socavón por donde caemos trágicamente. Y tú caías, caías, caías.

Necesitabas con urgencia un trago. Ansiabas la sensación del whisky bajando por tu esófago, el calor, la insensibilidad, la euforia, la ilusión de estar en otra parte. Te encerrabas en el baño, apretabas los puños y los ojos, dejabas de respirar y te obligabas a recordar el incendio, tu punto más bajo, para que la urgencia se debilitara. Llevabas diez meses sin beber y debías resistir, no por ti —qué importabas tú— si no por ella, por Cronopia.

Cronopia con los cólicos apenas se alimentaba y tus pechos reventaban. Presionabas tus pezones con el dedo pulgar y el índice y bebías de tu propia leche. Aguantabas el paso de los días. Calmar su llanto, lavar su ropa, tenderla, doblarla, aguardar a Pedro con la niña en brazos con la esperanza de robarle una mirada. Resistir al impulso de abrir la alacena de Pedro y entregarte. A veces, en un esfuerzo por volver al lugar que antes habitabas, intentabas recuperar las palabras, armar con ellas frases.

Una tarde imaginaste un paisaje desolado, amplio, amplísimo, extensiones yermas y mar, al punto de que se alcanzaba a ver la curvatura de la tierra. Un viento feroz doblegaba los escasos árboles hasta deformarlos. Y en medio de ese paisaje, una casucha, una niña y un hombre. ¿Quiénes eran? Experimentaste una emoción que habías olvidado. La de asomarte a una historia para contarla.

Pero entonces volvieron los berridos. Cronopia había despertado y se enroscaba en su cunita. La llanura y el mar desaparecieron. La niña y el hombre. El viento. Todo desaparecido. Como Eva en el paraíso habías sido expulsada de tu propia naturaleza, expulsada del mundo, sin señales que te guiaran.

Tenías la impresión de haber quedado varada en un lugar de donde nunca podrías salir.

El doctor insistía en que era normal, que Cronopia estaba en una etapa por la cual pasaban todos los bebés, eso decía. Pero Cronopia no era todos los bebés, y tú transitabas la maternidad en el borde del acantilado. Temías tropezar, caer, hacerte daño, hacerle daño a Cronopia. Sentías un cansancio irremediable, pero debías ir a su consulta. Debías lograr que ese doctor, cuya voz en el teléfono te había sonado tan presuntuosa, hiciera algo para detener ese infierno.

La arropaste bien. Era tan diminuta. La besaste una y otra vez para transmitirle tu calor. Y saliste. Afuera el aire frío del invierno te golpeó. En lo alto unas nubes oscuras se agrupaban. Habían transcurrido cinco semanas desde la última vez que habías pisado la calle, y en esas cinco semanas tu vida y la del mundo habían cambiado. Era un mundo lejano el que te recibía, una concha que se había cerrado y te había dejado fuera. Desde tu distancia, mirabas a los transeúntes y veías sus almas con una claridad quirúrgica. Cómo se habían acicalado para mostrar la mejor versión de sí mismos, cómo se miraban entre ellos, sopesándose, juzgándose, envidiándose. Tú habías estado ahí. Pero ahora con Cronopia en los brazos estabas en otro sitio. Tocabas la realidad sin maquillajes, sin imposturas. Olías a leche, a pañales, a encierro. Cronopia y tú eran lo mismo. Eran una.

Tomaste el tranvía. A medio camino, e intempestivamente, se largó a llover. A los pocos minutos había charcos en la calle. Los transeúntes corrían a guarecerse bajo los aleros de los edificios. El tranvía se detuvo. Eras la única pasajera.

—No puedo seguir, señora —te dijo el chofer. Tenía la nariz rosa de los borrachos.

—¿Por qué no puede seguir? —le preguntaste desesperada.

—Un desperfecto.

Te apuró para que te bajaras.

¿Y ahora qué hacías? Te quedaste de pie en medio de la acera. De tu hombro colgaba un gran bolso, el bolso de las madres, pañales, pañitos, baberos, ropa de recambio. La lluvia arreciaba. Cronopia rompió a llorar. Tu angustia había alcanzado a la niña.

—No ahora, mi amor, por favor no ahora —le susurraste.

—Muévase, señora —te pasó a llevar un joven, apurado como los demás por refugiarse del violento aguacero.

¿Cuánto tiempo podías permanecer ahí, inmóvil? Cronopia volvía a chillar. Esta vez de una forma animal. Te sacaste el abrigo, la envolviste en él y te largaste a correr. Corriste con ella en brazos, el bolso saltando en tu hombro, hasta que lo dejaste caer en mitad de la acera y seguiste corriendo. Ya no te quedaban fuerzas. Te detuviste. Aún estabas lejos del departamento. En realidad, no lo sabías. Te habías perdido. Cronopia continuaba chillando en tus brazos. Te cobijaste bajo el alero de un local de zurcido de medias y te dejaste caer en los escalones. Te abriste la camisa, bajaste el bretel de tu sostén, acomodaste a Cronopia en tu pecho y ella succionó. Implacable. Insaciable. Tenía la cara roja y los ojos brillantes.

Al llegar a casa el aguacero se había detenido. No sabías bien cómo habías llegado. Habías dado vueltas, avanzado, retrocedido, hasta que una esquina te había resultado familiar. Cronopia no había dejado nunca de llorar. Su piel se había vuelto morada por el esfuerzo. Pensaste que moriría.

Se durmió por fin en tus brazos acalambrados. La mudaste y la depositaste en la cuna. Mullida y perfecta. Eran tus últimas energías. Te echaste en el sillón sin prender las luces. Estabas empapada, tiritabas. Subían bruscamente a tus ojos las lágrimas. Bajaban espesas por tus mejillas. Las lloraste todas de un tirón y luego te secaste la cara a manotazos, sin piedad. Estabas en el centro de un ciclón, su fuerza te arrastraba, te deshacía, debías salir de allí, detener ese infierno, ¿cómo hacerlo?, ¿cómo hacerlo? Conocías bien la respuesta. Sabías dónde Pedro guardaba la botella, no era un secreto. Él bebía y tú lo observabas beber. Te enterraste las uñas en los brazos hasta hacerte daño para detenerte. Respirabas. Respirabas. El ciclón volvía a tumbarte, te doblegaba. Era insoportable. Aterrada, cerraste los ojos, azuzaste el oído e imploraste oír el sonido de la llave de Pedro en la puerta. Necesitabas que él te detuviera, tú sola ya eras incapaz. Qué más da, es solo un trago, te dijiste, y de un salto, con una energía que no supiste de dónde emergió, alcanzaste el whisky del aparador, desenroscaste la tapa y te tomaste un largo trago de la botella. El licor ardió al bajar, una quemadura cálida y protectora. Los berridos de Cronopia, su indefensión y la tuya, habían abierto de vuelta el pozo en tu pecho, un pozo sin fondo. Tomaste ese trago, y luego otro. Seguiste tomando porque no tenías otra opción, porque no sabías qué más hacer.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Isi le dio un empujoncito a la puerta y entramos juntas a su departamento. Nuestro cometido era rescatar lo poco que los hombres habían dejado.

—Disculpe el desorden —me dijo con ironía.

Yo ya había estado ahí sola y huido, incapaz de mirar de frente tanta brutalidad. Los ojos volvían a llenárseme de lágrimas. La vieja sentimental que nunca había querido ser. Nos abrimos paso entre trozos de maderas resquebrajadas, sillas vueltas, la tierra de un macetero roto desperdigada y seca sobre el parqué, el sillón rajado como un animal a quien le habían arrancado las vísceras. A pesar de que eran apenas las doce, al otro lado de la ventana había una oscuridad fúnebre, la de los patios traseros de los edificios. Un mundo lastimero que desde mi departamento yo nunca había presenciado. Continuaba sorprendiéndome cuán cerca está siempre el otro lado, el que no vemos.

—Esta frazada tiene más cuentos que contar que usted y yo juntas —dijo Isi al tiempo que recogía del suelo una manta deshilachada de colores.

Las dos maletas que había visto tiradas en el suelo hacía dos semanas habían desaparecido. El mundo de Isi y su madre, su vida entera, estaba contenida en esas dos maletas con que las había

visto llegar. Me hubiera gustado saber cuáles, de todas las cosas posibles que un ser humano puede cargar consigo, habían escogido ellas para que las acompañaran. Me dieron ganas de preguntarle, pero habría significado traer a su memoria todo lo que había perdido. Isi movía las pocas cosas que habían quedado en pie como si buscara algo o como si en ese hacer sin sentido intentara retener los momentos que había vivido ahí junto a su madre. Entramos al cuarto. En el suelo, a un costado de la cama, Isi encontró una camiseta con la foto estampada de uno de esos pelucones, Los Beatles, el de anteojitos.

—Es de mamá. Es su preferida. Le habría dado mucha pena perderla —la sacudió para desempolvarla—. La voy a lavar para que la encuentre como nueva.

Me llenaba de tristeza y ansiedad constatar nuevamente que Isi no contemplaba la idea de no volver a ver a su madre.

El día anterior, antes de dejar la Vicaría, le había pedido a Norma que me indicara dónde estaba el baño para poder tener un momento a solas con ella. Mientras me conducía por el pasillo, le pregunté cuáles eran las posibilidades de que la madre de Isi estuviera bien. Usé ese eufemismo, «bien», para no tener que preguntarle si podría estar viva. Norma me tomó del brazo y, sin decir palabra, continuó caminando rumbo al baño. Yo no insistí.

Para Isi la realidad era aún una materia elástica cuya consistencia podía moldear con sus deseos y rogativas. Una inocencia a la cual se aferraba como a la mismísima vida. Y la entendía. Cuánto la entendía. Yo también añoraba volver a ese estado primario donde la realidad es dúctil, donde lo posible y lo imposible conviven amigablemente, conformando un mundo más amplio y rico que el

que estamos condenados a vivir. No tenía corazón ni agallas para traerla a este lado. Además, Norma no había declarado que su madre estuviera muerta. Y era a ese rescoldo de lo posible al cual me arrimaba junto a Isi.

Recordé el temor que había sentido de no ser capaz de sostener la vida de Cronopia. Un temor similar me embargaba ahora, el de no poder resistir viva hasta que Isi pudiera asumir su nueva realidad.

—¡No puedo creerlo! —la oí gritar. Me había quedado de pie en el cuarto, imbuida en mis pensamientos mientras ella había continuado hurgando por aquí y por allá.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡No se la llevaron! —profirió levantando una casetera con ambas manos por sobre su cabeza como si se tratara de un trofeo.

—¿Dónde estaba?

—Donde mismo la teníamos, dentro del horno. La guardábamos ahí, por si acaso. Y resultó. Se llevaron todo, incluso lo que había dentro del refrigerador, pero no encontraron la casetera.

La abrió y descubrió que tenía un casete.

—Es la de Lennon, la que más le gusta a mamá.

Me contó de un álbum fotográfico sin fotos que tenían y que también se habían llevado. Era un cuaderno de tapas azules donde dibujaban rectángulos vacíos en cuyo pie describían con lápiz a mina un momento de sus vidas. Los nombres y los detalles estaban prohibidos.

—Las fotografías son peligrosas. Siempre muestran algo que podría costarle la vida a alguien —me dijo. A pesar de lo lúgubre de sus palabras, hablaba en un tono leve, con un dejo de alivio, como si

recién ahora que tenía algo en las manos, algo que les pertenecía, pudiera hablar de lo que había perdido.

Salimos del departamento con la manta, la camiseta y la casetera. Era todo lo que los hombres les habían dejado.

Los siguientes días fueron oscuros. Isi partía cada mañana a La Alborada para saber si Adriano Levi había recibido noticias de la Vicaría, y luego, cuando estaba de vuelta, se encerraba en el cuarto del fondo a escuchar una y otra vez ese casete que había recuperado de la debacle. Apenas comía. Le pregunté si quería volver al colegio. Le propuse ir yo misma a hablar con la directora para justificar sus ausencias, mal que mal, aún seguía siendo Leonor Pizaín, aunque no se notara. Pero ella me respondió que cuando su mamá saliera de donde fuera que estaba, se irían juntas fuera de Chile a un lugar civilizado donde no apresaran a las personas por lo que piensan. Ella iría a un colegio en otro idioma y aprendería muchas cosas nuevas. Lo dijo con los ojos entornados, como si repitiera un mantra que por fuerza de nombrarlo tendría que hacerse realidad. Volví a ver en ella esa voluntad que consumía su cuerpo, y temí que volviera a caer enferma. Tan frágil la veía, tan frágil la sentía a pesar de su entereza.

Una mañana, para sacarla de su aturdimiento, le propuse que me ayudara a buscar ese manuscrito que había perdido hacía años. El que había tirado por el incinerador y la mujer de la limpieza me había devuelto, pero que, luego de meterlo en algún sitio que olvidé, nunca más pude encontrar. Era un esfuerzo vano, lo sabía, pero tal vez sacara a Isi de su letargo y tristeza. Y estaba en lo cierto. Cuando le expliqué los detalles de cómo había desaparecido, Isi se mostró interesada y se tomó en serio la tarea. Empezó por mi cuarto

y siguió por la sala. Avanzaba lentamente, sin dejar rincón por auscultar, como si buscara una bomba o una cámara oculta. Sacó cada uno de mis libros y los volvió a poner en su lugar, abrió los tarros de aluminio vacíos y oxidados, las cajas de madera enmohecidas donde alguna vez hubo algo, sacó de la despensa las bolsas de comida ya vencidas, movió los muebles, levantó los cojines y las alfombras haciendo que todo se llenara de polvo, destrabó un cajón que se había atascado y que no se abría quién sabe hacía cuánto tiempo. Mientras la observaba buscando, me dejé llevar por la esperanza y la emoción extintas de habitar un texto. En ese manuscrito estaba una parte importante de mi vida, tal vez la más dura, la más definitiva, y justamente por eso me había deshecho de él. Pero ahora, bajo el influjo del tiempo, quizás, quizás podría retomarlo y darle una nueva oportunidad. Me uní a la búsqueda de Isi con su mismo ímpetu, pero al cabo de un rato ya habíamos revisado todos los rincones y tuvimos que darnos por vencidas. El manuscrito no estaba en mi departamento.

Al menos, Isi había pasado un par de horas moviéndose de un lado a otro en lugar de estar encerrada en su cuarto sin ventanas. Incluso sus mejillas habían recuperado algo del color que le correspondía a una niña de su edad. Nos echamos ambas en el sillón.

—Cuénteme de nuevo cómo lo perdió —me dijo—. Quizás hay algún detalle que hemos pasado por alto.

Le conté una vez más paso por paso el periplo del manuscrito. Me preguntó cuánto tiempo había transcurrido entre que la mujer de la limpieza me lo había devuelto de la basura y su desaparición, pero

yo no lo recordaba. También me preguntó quiénes habían entrado al departamento, asunto para el que sí tenía respuesta.

—Además de Adriano Levi, aquí no ha entrado nadie desde los tiempos de los miriñaques —le dije.

—¿Qué son los miriñaques? —me preguntó con una expresión seria y yo me largué a reír. Ella también rio y por un momento todo se detuvo en el sonido de nuestras risas quebrando ese tiempo eterno, el de la espera a las señales de la Vicaría.

—Los miriñaques son unas enaguas hechas de acero que las mujeres usaban el siglo pasado para darle volumen a sus vestidos. Tenían la forma de una jaula.

—Qué incómodo debe haber sido.

Me preguntó si alguien sabía de mi texto y le respondí que tan solo Adriano. No le dije que era el texto más personal que había escrito nunca y que cada vez que me aproximaba a él sentía el vértigo de estar exponiéndome a un huracán. Sí le conté del interés que Adriano tenía por él, seguramente presintiendo que se trataba de algo diferente. Adriano me preguntaba todos los días si había escrito algo. «No le busques más el cuesco a la breva y pásamelo», me decía. Nunca le dije que lo había perdido otra vez, y él por suerte no volvió a preguntarme.

—Mmmhhhh —murmuró—, mmmhhhh — con la mano en la barbilla y la otra a la cintura, daba vueltas en la sala, mientras yo, echada en el sillón, agotada de tanto jaleo, la observaba en su ir y venir—. Señora Leonor —dijo con convicción—, ese manuscrito lo tiene el señor Levi.

—¿Qué quieres decir?

—Eso. A menos que usted misma lo haya vuelto a tirar.

—No. Es imposible que lo tenga él.

—Voy a averiguarlo.

Se puso su abrigo y salió. Me dio gusto verla salir campante y entusiasmada. Me prometí hacer lo que fuera necesario para que no volviera a encerrarse en ese cuarto.

Una hora después estaba de vuelta.

—¿Y? —le pregunté ansiosa.

—Tal cual lo imaginé, su manuscrito lo tiene el señor Levi —me dijo mientras se sacaba el abrigo.

—¿Adriano? —grité.

—Sí. Pero no recuerda dónde lo puso. Me dijo que lo traería apenas lo encontrara, que se iba a poner en ello hoy mismo.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso me lo robó? ¡Cómo se atreve!

—Por favor, no se enoje con él. Me dijo que usted lo tenía tirado por ahí dentro de un cambucho, y que temía que cualquier día terminara otra vez en la basura. Según él es una gran obra.

—¿Y ese viejo entrometido, además de robármelo, tuvo la tupé de leerlo? —grité—. ¡No se lo voy a perdonar nunca! ¡Nunca! ¡Que ni se le ocurra aparecerse por aquí porque lo voy a destruir cuando lo vea!

—Por favor, no se ponga así.

—Ese texto no debía leerlo nadie. ¿Lo entiendes? Nadie. Ese renacuajo se metió en mi privacidad sin mi consentimiento. Eso no se hace, no señor, no, no, no. ¡No se hace! —me di cuenta de que seguía gritando y bajé la voz—. Nadie —repetí—. Además, qué sacó, si ahora ni él mismo sabe dónde está.

—Se comprometió a buscarlo. Lo salvó, eso fue lo que hizo el señor Levi —dijo cabizbaja.

Seguro Isi pensaba en todo lo que había perdido, en todo lo que no había podido salvar de las manos de esos salvajes. Y me calmé. Tal vez tenía razón. Yo misma podía llegar a convertirme, como ellos, en una salvaje y destruirlo todo.

—Cuando lo tenga de vuelta podría terminarlo... —musitó.

—Ojalá fuera tan fácil, niña.

—Pero podría intentarlo, ¿no?

Entonces se me ocurrió una idea de la que al segundo me arrepentí, pero que de todos modos formulé.

—Si tú sales de ese cuarto donde pasas todo el día encerrada, yo lo intento. ¿Te parece?

—Trato hecho.

Sonrió tristemente.

—Hay algo que no le he contado —dijo.

—¿Qué?

Temí que me saliera con otra locura.

—Leí una novela suya. Bueno, la única que encontré: *Campos cegados*.

—¿Verdad? Eso sí que es extraordinario, que una chica de tu generación me lea —le dije emocionada.

—Me gustó mucho, mucho.

Me preguntó entonces en qué lugar se encontraba ese mundo etéreo de la novela.

—¿Dónde está? —repitió con ansiedad.

—En la imaginación.

—Ah —dijo decepcionada.

—Lo bueno de la imaginación —intenté reconfortarla— es que nadie puede arrebatártela, Isi, es tuya —ella asintió, cabizbaja—.

Pero no basta, ¿verdad? —le dije, sabiendo que ambas pensábamos lo mismo.

—No, no basta —afirmó.

Isi

Adriano Levi tardó varios días en hallar el manuscrito y cuando lo hizo, lo envió con el chico de los mandados junto a una caja de chocolates. Probablemente no se atrevió a enfrentar a Leonor.

Desde entonces, Leonor comenzó a instalarse por las tardes en la mesa del comedor con su vieja máquina de escribir mientras Isi leía en el sillón junto a la ventana. De tanto en tanto, Leonor la miraba para cerciorarse de que seguía ahí, de que no se había escabullido al cuarto, donde, por ella, hubiera pasado el día entero. Era un buen acuerdo. Así ninguna de las dos se desbarrancaba.

Ahora, en su cuarto, mientras Isi la observaba perpleja, Leonor revolvía la ropa de un baúl y la arrojaba sin miramientos por el aire detrás de su cabeza. El suelo estaba cubierto de ropa desparramada, sombreros, lazos, pañuelos, zapatos de tacón de aguja, vestidos que brillaban, chaquetas con olor a naftalina, guantes con tres perlas negras de un cuero tan suave como el terciopelo, medias de seda de puntos corridos, esas que usaba la abuela de Isi y que una costurera de Valdivia remendaba en un cuchitril oscuro.

Leonor se había empecinado en vestirla. Y tenía razón. No podía seguir lavando su ropa y esperar a que se secara para ponérsela otra vez. La camiseta de John Lennon no se la sacaba por nada del mundo. Cuando llegaba al límite de suciedad, la lavaba en la noche y

se la volvía a poner al día siguiente. Era extraño que no perdiera el olor de su madre.

Esperaban al señor Levi a almorzar. Traería empanadas y pasteles chilenos de manjar. Isi había descubierto que a Leonor le gustaban muchas cosas que a ella también, como hacer listas. El día anterior habían hecho juntas una lista de conectores conjeturales: *Si bien, pese a, no por nada, es probable que, es evidente que, no es que, eso explica que, de algún modo, en todo caso, si así fuera.* Leonor le contó que hacía listas para quedarse dormida, e Isi le confesó lo de las multiplicaciones. No le habló de su obsesión por las raíces cuadradas, por los patrones infinitos y las funciones exponenciales, porque temía que respondieran a algún tipo de disfunción mental que no tenía ningún interés en confesar ni explorar.

—Aunque sea difícil de creer, en alguna época fui una mujer elegante —le dijo mientras extendía un vestido de encaje rojo sobre su cama—. Pero ahora, ¿para qué?, si no hay a dónde ir, además, las mujeres de hoy se visten como si vinieran levantándose de la cama.

—Como mamá y yo —rio Isi, señalando el buzo de gimnasia del colegio que llevaba puesto.

—Elige todo lo que se te plazca, menos este vestido rojo, porque quiero que me entierren con él. Adriano Levi lo tiene claro.

A Isi no le gustaba hablar de la muerte, por eso tomó una chaqueta y un vestido y pretendió mirarlos con interés. Pensó que si alguno de los compañeros la hubiera visto llevando alguna de esas prendas hubiera pensado que se le había soltado una tuerca.

—De joven yo tenía tu misma cinturita de avispa. No era la belleza personificada que digamos, mis hermanas eran mucho más buenasmozas, pero yo sabía de colores, de texturas, de la caída de

un tul sobre los ojos, de un echarpe colgando sobre un hombro. Ellas no. Ellas seguían la moda con el recato de las mujeres bien educadas. Eran la fomedad con patas.

—¿Dónde están sus hermanas?

—Una de ellas ya se fue al otro mundo, y la otra vive en Viña del Mar con una de sus hijas y sus nietos. Hace años que no nos vemos. Somos muy diferentes. Es como si viviéramos en diferentes planetas —se dio vuelta dando por zanjado el tema y siguió hurgando en el baúl—. Mira, este te quedaría pintado —le mostró un vestido con un gigantesco escote en la espalda. Isi se largó a reír—. ¿Tan extraño te parece? —se rascó la cabeza como si resolviese un acertijo.

—¿No tiene pantalones? —le preguntó Isi cautelosa. La veía tan entusiasmada con la idea de vestirla que no quería desilusionarla.

—Nunca me gustaron los pantalones. Me hacían ver aún más pigmea de lo que soy.

—Usted no es pigmea, es *petite*.

—*Petite* es una linda forma de ponerlo, querida Isi.

—¿Y su hija también es *petite*?

Leonor, como ella y su madre, se había quedado sin familia. En eso eran parecidas. Pero en la biografía que había leído en la solapa de su libro se mencionaba a una hija. No había más detalles. Ni su edad, ni su nombre, ni quién era el padre. Un misterio. Como la novela de la cual no había ninguna copia.

Se dio cuenta de que no debía haberle hablado de su hija. Su rostro se contrajo como si le hubieran tirado limón a los ojos, sus arrugas se hicieron más profundas, se dio vuelta hacia el armario, sacó otros dos vestidos y los puso sobre la cama.

—¿No vas a elegir uno? —le preguntó.

Se prometió no hacerle más preguntas. Escogió uno azul estilo marinero. El mismo del cuadro que tenía colgado en la sala, el mismo que había en una de las pocas fotografías que existían de ella de joven.

—¿Estás segura? Es tan simplón —le dijo, quién sabe si consciente del delito que Isi estaba a punto de cometer—. Pero si ese es el que te gusta, adelante.

Se sacó el buzo, la camiseta de John Lennon y se lo puso. Le quedaba perfecto. Leonor la miró con profunda satisfacción y luego escogió un vestido verde con una roseta del mismo color prendida en el pecho. No lograron cerrarlo por atrás, así que se echó a los hombros una pañoleta para esconder la apertura por donde aparecía su espalda arrugada. Isi no le mencionó que era inútil porque la pañoleta apenas la cubría, pero no quería arruinar su ánimo. Se veía tan contenta.

—Cronopia. Mi hija se llama Cronopia —le dijo de pronto.

Qué nombre más raro. Había leído en alguna parte que los Cronopios eran unos animales míticos que todos veneraban pero que al parecer nadie había visto nunca, como los unicornios.

—Cronopia —repitió Isi para oír el sonido de su nombre.

—A tu edad, era igual a ti. Y no me refiero a que fuera parecida, Isi. No. Era igual —distinguió la emoción que le provocaba pronunciar esas palabras.

—¿Verdad?

—El día que llegaste casi me muero de la impresión.

Le tembló la voz. Se dio vuelta para colgar un vestido que había quedado en la cama. Se puso un sombrero negro de ala ancha y escogió, entre varios que estaban sobre la cama, uno para Isi, rosa,

de fieltro, con forma de campana. Se miraron en el espejo de su armario y se largaron a reír. Se sentía bien la risa en el cuerpo.

El señor Levi llegó más tarde de lo que les había anunciado, y Leonor hacía rato que había comenzado a beber de una botella de vino. Hablaba fuerte y su andar era tambaleante.

Isi había visto a su madre embriagada tan solo una vez. Había sido en una fiesta de Año Nuevo en casa de una familia donde se estaban quedando. Les pidieron que, si algún invitado les preguntaba quiénes eran, le dijeran que Constanza era una colega de la mujer. Antes de terminar la cena, Isi se dio cuenta de que su madre no era la misma que ella conocía. Su voz, sus gestos, la forma en que le susurraba al oído al hombre que tenía a su lado en la mesa, para luego estallar en una carcajada. Sentada junto a ella, avergonzada, cerraba los ojos ansiando que al abrirlos su madre hubiera vuelto a ser la de siempre. Pero no. Después de comida alguien subió el volumen de la música y su madre fue la primera que se puso a bailar. Mecía las caderas e invitaba a quien apareciera ante ella a unírsele. Su cuerpo y la forma en que lo movía le incomodaban e irritaban. Era como si en el interior de su madre hubiera habido otra mujer a quien ocultaba, y que el alcohol había dejado salir. Esa mujer era más deslumbrante, pero a la vez más grotesca. Al día siguiente su madre durmió hasta el mediodía y cuando despertó, se sacó el maquillaje ante al espejo con gestos toscos y violentos, como si quisiera borrar todo rastro de la otra mujer. Pero Isi ya la había visto. Su madre tenía adentro a una mujer que le producía repugnancia, pero, sobre todo, temor. Se preguntó entonces cuántos seres diferentes tendríamos adentro y cuándo comenzarían a salir los suyos.

—Disculpen, disculpen, es que justo llegó un vecino a darme la lata, pero, en fin, aquí estoy —se excusó el señor Levi cuando Isi le abrió la puerta, al tiempo que se sacaba el sombrero. Les echó una buena mirada a una y a otra y luego exclamó—: ¡Qué chicas más espléndidas!

Pero luego volvió a mirar a Leonor con una mezcla de reprobación y tristeza. Tomó la botella casi vacía que estaba sobre la mesa, abrió la puerta del departamento y la dejó en el pasillo. A Isi le impresionó la docilidad de Leonor. Tal vez ese era el acuerdo que tenían. Ella lo despertaba si se dormía en su librería y él la detenía si la encontraba bebida. Llevaba una corbata de humita y una chaqueta ceñida que, combinada con su barba blanca, su espalda encorvada y su bastón, le daban la apariencia de un viejo rocanrolero a medio camino de convertirse en profeta.

Después de que terminaron de almorzar, Leonor se echó todo a lo largo del sillón y el señor Levi encendió su pipa. Al rato se dieron cuenta de que Leonor se había quedado dormida, un brazo colgando del sillón y el otro por arriba de su cabeza, como una muñeca vieja. Él acomodó un cojín bajo su cabeza e Isi fue a buscar su manta para cubrirla. Leonor se había puesto a roncar y ambos con el señor Levi se taparon la boca para contener la risa. Pero tras su buen humor Isi distinguió su preocupación. Ella también se preocupaba. A veces Leonor tenía comportamientos que no entendía. La noche anterior había ido de un lado a otro del departamento, tambaleándose, abriendo y cerrando cajones. Cuando le preguntó qué buscaba, se quedó inmóvil un momento, pensando, y luego dijo: «¿Te has dado cuenta de que ya no hay mariposas?».

—¿Sigue bebiendo por las noches? —le preguntó el señor Levi.

—Sí —respondió—. Hasta caer tumbada.

—Podríamos hacer algo. ¿Tú me ayudarías? —ella asintió—. Cuando abra la botella, tú se la sacas un momento sin que se dé cuenta, botas un tercio por el lavaplatos y la rellenas con agua.

—¿Y usted cree que no se dará cuenta?

—Algo notará, pero a lo más pensará que la calidad del vino va de peor en peor.

—De acuerdo, lo haré. Aunque ¿sabe?, también han pasado cosas buenas.

Le contó del trato que habían hecho, y que desde entonces Leonor se sentaba a la mesa junto a su máquina de escribir y el manuscrito que él había guardado todos esos años.

—Es importante que Leonor termine esa novela, Isi —dijo con una sonrisa que no le había visto antes y que dejaba al descubierto los huecos de unos cuantos dientes que le faltaban.

Guardaron silencio mientras escuchaban sus ronquidos. Al cabo de un rato Isi le preguntó si lo habían llamado de la Vicaría. Cada día caminaba hasta su librería para preguntarle lo mismo, y cada día él negaba con la cabeza. Aprovechaban también de llamar al número de teléfono fantasma. Era un rito inútil, porque sabía que nadie iba a responder. Antes de irse, el señor Levi le regalaba un libro para compensarla por la desilusión. En eso había pasado la última semana, leyendo libros viejos de La Alborada junto a Leonor.

—Debemos tener paciencia. Estos procesos tardan. Son muchas las instancias por las que debe pasar, ya sabes, la burocracia.

—Sí, la burocracia.

—Sé que debe parecerte ridículo y exasperante.

Y de pronto, de la nada misma, de la mismísima nada le surgió una idea. Una idea que podía cambiarlo todo.

—El número al que hemos estado llamando es el 2-47-5-5-5-2, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Ya lo tengo. En el número está encriptada la hora que debemos llamar.

—No entiendo.

—Debe ser un teléfono público al cual todos los días a la misma hora acude algún compañero a establecer contacto. Entonces, las posibilidades son las siguientes: a las 2, a las 3, a las 4 o a las 5 de la tarde. Ahora, también puede ser que tenga encriptado el día o los días. El 2 sería el martes, el 4 el jueves, el 5 el viernes, y el 7 el domingo. Así como lo veo, creo que el día más obvio sería el martes a las 5 de la tarde, puesto que el 2 y el 5 están repetidos. Aunque también podría ser al revés, o cualquiera de las combinaciones entre esos números, que son miles, no lo sé, no lo sé. Estoy hablando puras tonteras, no me haga caso.

Se desesperaba. No quería seguir aguardando. Todo lo que hacía y decía le parecía irreal. Leonor roncando, los árboles de la plaza meciéndose al otro lado de la ventana, el señor Levi mirándola con esos ojos viejos. Y su madre desaparecida. Tenía la impresión de vivir en un tiempo suspendido, en un paréntesis. Como esas veces en que con Constanza detenían una canción de Lennon en la casetera para seguir un rato después, cuando pudieran escucharla con atención, porque oír a Lennon distraídas hubiera sido un sacrilegio.

—Hoy es domingo, podríamos llamar a las siete. ¿Te parece que lo intentemos? —Isi asintió, aunque sabía que era una idiotez y que su esfuerzo sería en vano. El señor Levi la miró con una dulzura inconmensurable. Quizás por eso acudió a ella la pregunta:

—Señor Levi, ¿usted tiene hijos?

—Ayy, no niña, nunca me casé. Me hubiera gustado mucho ser padre. De verdad me hubiera gustado. ¿Y tu padre?

No esperaba que le hiciera una pregunta así. Nadie la hacía. Pero el señor Levi era especial.

—Está muerto —le dijo sin emoción.

La miró con esos ojos suyos de búho y no preguntó más. Antes de partir, la abrazó. Era un abrazo de esos que daban los abuelos, y supuso que los padres también. Un abrazo que lo abarcaba todo. Incluso lo que no estaba.

—A las siete en La Alborada —le dijo.

Después que el señor Levi hubo partido, se echó junto a Leonor y recordó.

Tiene diez años. Están en el jardín de la casa de los abuelos y recogen las manzanas que se han caído entre los hierbajos. Son pequeñas y ácidas, de un verde pálido como enfermo. Le pide a su madre que le cuente otra vez la historia de su nacimiento en el bosque. Constanza le habla de los árboles que las protegían, del silencio solo interrumpido por el viento, de la escasa luz que entraba entre los árboles y moteaba el suelo de la cabaña, de su cuerpecito blanco y frágil que al principio le daba miedo tocar. Isi le pide que la lleve a la cabaña donde nació. Basta de palabras bonitas. Quiere verla. En su mochila llevan jugo de manzanas y sándwiches de jamón con queso. Constanza conoce el bosque mejor que nadie.

Pero ahora dan vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte. «Pero si estaba aquí», dice, «aquí mismo, entre este coihue y este arrayán». Aquí. Se sientan sobre un lecho de hojas entre el coihue y el arrayán y comen los sándwiches que han traído. «¿Estás segura?», le pregunta. Constanza se lleva el vaso de jugo a la boca y mira hacia el bosque sin responderle. Modulando las palabras para que no se le escape ninguna, le pregunta: «¿Estás segura de que la cabaña existió?». Su madre sigue en silencio, como si nada. Isi se levanta bruscamente y camina por el sendero. «¡Isi!», le grita su madre, pero ella no se vuelve. Constanza recoge el pícnic y la alcanza, respira fuerte, se refriega el rostro como si quisiera sacar algo sucio que se le ha pegado. Ella espera a que le diga algo, pero su madre sigue ahí, sin decir nada. Ahora duda de todo. Del asalto a la radio, de su padre que tocaba la guitarra, de su muerte heroica, de su nacimiento. De su madre.

Buenos Aires, 1937

Sentada frente a tu Remington, oíste la risa de Cronopia estallar en su cuarto. Debía estar con Alejandra, su *nanny*. Te prometiste que cuando lograras escribir una frase, tan solo una, la llevarías al zoológico y luego a comer bollitos de azúcar a alguna cafetería del centro para celebrar por adelantado —antes de la apoteósica fiesta que le preparaba la hermana de Pedro en su finca de verano—, los seis años que cumpliría pronto. Hacía tiempo que no salías con tu hija a solas. No era porque no lo desearas, sino porque cada vez te era más difícil comunicarte con ella. A veces tenías la impresión de que te temía. Es cierto que en ocasiones perdías la paciencia y le gritabas, que te encerrabas en tu cuarto por días, incapaz de enfrentarla. Incapaz de enfrentar lo que fuera que estuviera al otro lado de tu puerta. Por eso tenías que volver a escribir. Por ella y por ti. Era la única salida que conocías. Sin embargo, a pesar de que todos los días intentabas sentarte a tu escritorio, nada surgía.

¿Dónde estaban las palabras? ¿Dónde habían huido? Al principio el alcohol te había servido para escribir. Pero ese tiempo había quedado atrás y ya no había nada ni nadie que abriera el grifo de tu imaginación nuevamente.

Te obligabas a desechar la idea de que la llegada de Cronopia y la maternidad fueran responsables de tu páramo. Querías creer, y así te lo decías, que nada se equiparaba al amor que sentías por tu hija. La culpa era tuya enteramente. No podías concentrarte porque eras

débil, porque no tenías el suficiente ímpetu para sentarte a escribir y teclear, para seguir aunque no encontraras nada, seguir aunque lo que escribieras fuera basura, excavar, porque bajo esa montaña de desechos debía estar lo que buscabas. Por eso continuabas bebiendo. Para albergar la ilusión de que en el sopor aparecerían. No por nada a los primeros alcoholes destilados se les había denominado «espíritus», por esos genios esquivos que habitan dentro de las botellas.

Pedro —a quien cada vez veías con menos frecuencia, ocupado como estaba con sus viajes, sus mocetes y su pintura— había instruido estrictamente a la criada para que cada mañana buscase hasta en los más recónditos rincones las botellas que tú colabas en el departamento y para que, de encontrar alguna, derramara su contenido por el escusado. Era su forma de mantenerte controlada sin tener que involucrarse en minucias desagradables y, sobre todo, sin tener que enfrentarte.

Por eso, cuando podías, salías sigilosamente y en el bar de la esquina te embriagabas. Necesitabas ese mundo tibio y adormecido. Volvías a casa, te echabas en tu cama y cerrabas los ojos. Habías descubierto que en tu cartera, lugar que ni Pedro osaba profanar, podías esconder una botellita de whisky. Estaba siempre ahí, y si se acababa, salías a hurtadillas a reponerla. Su ausencia te producía vértigo, un miedo feroz a quedar sola en el descampado. Esos tragos que tomabas eran tu armadura, tu refugio. A veces, en la oscuridad de tu cuarto, pronunciabas el nombre de tu hija, Cronopia, Cronopia, una y otra vez, ansiando poder llegar a ella, que ella te abrazara y que el mal del alma que te aquejaba desapareciera.

Cuando a veces salías a cenar a algún restaurante con tus antiguos amigos o a visitar a alguien —salidas cada vez menos frecuentes porque a nadie parecía interesarle tu persona—, no bebías frente a los demás, pero en algún momento te deslizabas al baño y en dos segundos bebías unos cuántos centímetros de tu botellita. Te mirabas en el espejo e intentabas no ver tu piel grisácea y los capilares rojos que habían aparecido en tu rostro y en tu cuello. Te empolvabas la nariz, te repasabas el labial y regresabas a la mesa. No eras de la que hacían escenas ni vomitaban frente a los otros, tampoco subías la voz ni reías con estridencia, pero es probable que todos supieran exactamente lo que hacías, porque tu cuerpo y tu ánimo mutaban, se volvían más livianos. Podías incluso sacar un par de frases inteligentes de ese pequeño cuarto soleado de tu mente al que entrabas gracias al bendito whisky, y que luego, cuando llegabas de vuelta a casa, no recordabas en absoluto. Te terminabas la botella y caías inconsciente en tu cama. La vida desaparecía con la misma rapidez con que se presentaba.

*

—¡Cronopia, no corras, no corras por favor! —gritaste.

La niña se había soltado de tu mano y corría tras una paloma que había emprendido el vuelo. Caminaban por la avenida Belgrano rumbo a la casa de la hermana de Pedro. Llevabas la maletita de Cronopia que tú misma habías preparado para las semanas que la niña pasaría con Olivia y su familia en su casa de campo. Te habías preocupado de que no faltara nada. El aire era fresco. Una suave niebla desdibujaba el contorno de las cosas. La niña, con su abrigo

de lana de puños de piel, extendía los brazos a uno y otro lado y corría zigzagueando como si volara.

—¡Amor, no corras! —volviste a gritarle.

La alcanzaste y ella cogió tu mano. Llevaba dos trenzas que salían disparadas como rabitos negros tras sus orejas. Su piel era blanca como la de una muñeca japonesa.

—¿Por qué yo no tengo alas? —te preguntó.

—Porque aún no te han crecido.

—¿Cuándo me van a crecer?

—Cuando seas pájaro.

Cronopia te miró con el ceño fruncido. Seguro no le había gustado tu respuesta. Ella no quería convertirse en pájaro. Sus preguntas nunca cesaban. ¿Por qué la lluvia cae desde el cielo? ¿Por qué no tenemos ojos detrás de la cabeza? ¿Qué comen las hormigas? A veces te daban ganas de gritarle que se callara de una vez. Pero no ese día. Ese día sentías con emoción el calor de su manita de seis años. Era tan parecida a la tuya. En su suavidad, en su dejarse coger con deleite y necesidad.

Una brisa se levantaba desde el norte. En lo alto, las nubes comenzaban a alejarse en bandadas, mientras los autos iban y venían con sus destellos fríos.

Era un largo trecho hasta la casa de Olivia, y le habías prometido a Cronopia que en el camino se detendrían a comer un pastel de crema. Entraron en la confitería Los Jazmines y aprovechaste para tomar un par de cafés con un chorrito generoso de whisky que le pediste al mozo en susurros. Y sí. Él te miró con esa expresión de repugnancia que conocías bien. Tan temprano y bebiendo. Y con una niña.

Salieron de la confitería y siguieron caminando por Belgrano. Cronopia iba cogida de tu mano. Una nube con la forma de un ojo vagaba solitaria en el cielo ahora más despejado. Una súbita e inmensa ternura subió a tu pecho. Te detuviste, dejaste la maletita en el suelo, te reclinaste y la miraste.

—¿Qué pasa, mamá?

—Pasa que te quiero, amor mío —le dijiste y la tomaste en brazos.

Ella se dejó abrazar lánguidamente, luego también te estrechó.

—Ya no quiero caminar, mamá.

En la esquina, tomaron un tranvía y en un rato estuvieron frente a la casa de Olivia. Olivia tenía un marido formal y un par de hijos formales junto a quienes Cronopia pasaría una temporada en el campo. Así lo habían acordado con Pedro. Al principio te habías negado, pero él había sido categórico. Era importante que Cronopia tomara aire, se divirtiera y compartiera con otros niños. Aunque ambos sabían que la razón era otra. Cronopia tenía pesadillas y había comenzado a despertarse por las noches gritando. «Hay que sacarla de aquí», te había dicho Pedro y te había amenazado con llevársela definitivamente si no accedías. «Aquí» era un eufemismo que usaba para no tener que decir las cosas por su nombre. Era de ti que debía alejarse. De las largas horas que pasabas encerrada en tu cuarto con las cortinas echadas. De tu hedor a alcohol.

Olivia les abrió la puerta con esa sonrisa que llevaba siempre puesta como un collar. Habían acordado no dilatar el momento de la despedida que podría resultar dolorosa para Cronopia. Pero no fue necesaria ninguna estrategia. Apenas tu hija divisó a sus dos primos jugando al balero en el salón, se despidió de ti como la niña educada que era y corrió a encontrarse con ellos.

—Cuidaremos de ella, tú no te preocupes —te dijo Olivia.

—Adiós, entonces —te despediste con la voz estrangulada, mientras la sonrisa de Olivia permanecía incólume en su rostro de galgo.

Apenas cruzaste el umbral de tu departamento te diste cuenta de que habías cometido un error. Habías caído en una trampa. Pero no tenías fuerzas para volver a casa de Olivia, tomarla en brazos y traerla de vuelta.

A los pocos días Pedro partió a Ciudad de México por una exposición. Tal vez con un amante, nunca lo sabrías. Cerraste la puerta del departamento por dentro y la dependienta no pudo entrar más. Sola dentro de tu cueva, dejaste que las horas pasaran. Que los días pasaran. El alcohol producía eso. Que tus sentidos se cerraran satisfechos como una planta carnívora después de haber digerido a su presa.

*

Lo intentaste varias veces. Levantarte de la cama, abrir las cortinas de tu cuarto, dejar entrar la luz. Intentaste vestirte para ir a buscar a Cronopia y traerla de vuelta. Pero a medio camino una angustia monstruosa te asaltaba. Derrotada, volvías a ocultarte bajo las sábanas y te tomabas un Veronal. La distancia de Cronopia te dolía como si te hubieran arrebatado un órgano. Y, sin embargo, eras incapaz de hacer algo. Tal vez Pedro y su hermana estaban en lo cierto. Por eso habías terminado teniendo una hija con un hombre que no te deseaba. Querías morir. Pero tampoco tenías las agallas para intentarlo.

Una mañana pusiste un pie en el suelo, te levantaste y fuiste dando tumbos hasta el baño. Abriste el grifo del lavatorio y metiste la cabeza bajo el agua. Estaba fría. Por el desagüe escurrían los ogros, los leviatanes, los desvaríos. Se iban, se iban. Respiraste bajo el agua, por dentro de ti misma. Como los peces. ¿Respiraban los peces en su interior? La presión en el pecho cedió un poco. Lo suficiente para envolverte la cabeza en una toalla y abrir las cortinas. También la ventana. Afuera continuaba estacionado el invierno. Arrojaste a la basura las botellas apiladas bajo tu cama y las rosas mustias del florero. Te sentaste a tu escritorio y le escribiste una carta a Cronopia. Confiabas en que Olivia se la leyera.

Mi Cronopia, mi cielo:

Aquí estaré esperándote cuando llegues del campo y saldremos juntas a buscar esas alas que tú tanto quieres, porque estás en lo cierto, es injusto que tú no las tengas. Las iremos a buscar donde sea que estén, y si tenemos que cruzar montañas, bosques, selvas y mares, allí iremos tú y yo, juntas.

Tu mamá que te adora.

*

Para las navidades, Pedro y tú fueron a ver a Cronopia a la hacienda de la familia Anchorena, a pocos kilómetros de la Capital Federal. Una extensión plana de cuarenta mil hectáreas, con árboles, prados, plantaciones, caballos y un río. Llegaron por la tarde a través de un largo camino de cipreses que remataba en una magnífica fuente de agua con ángeles. Junto a los ángeles los esperaban Olivia, su marido, sus dos hijos y Cronopia. Habían debido divisarlos llegar en el Ford que Pedro se había comprado recientemente. Olivia llevaba

puesta su sonrisa perfecta. Y los niños, incluida Cronopia, iban vestidos con atuendos de tweed color verde oliva. Había transcurrido un mes desde que Cronopia partiera.

Te bajaste del auto de un salto y corriste a abrazar a tu niña. Cómo habías echado de menos ese cuerpecito. Su olor, el tacto de su mejilla. Sin embargo, nada más estrecharla supiste que todo había cambiado. Cronopia había cambiado. Tus temores y aprehensiones se habían vuelto realidad. Cronopia se desprendió de ti, te tomó de una mano, también a su padre, y los condujo al interior de la casa con paso firme. Su hija les presentaba su nuevo mundo.

Le habías traído un regalo mágico. Eso le dijiste. En el amplio cuarto que Olivia les había asignado, abriste tu maleta junto a Cronopia. Allí estaban. Un par de grandes alas blancas de plumas verdaderas que habías mandado a confeccionar. Extendidas y a contraluz adquirían una dimensión mágica. Eso pensaste mientras las diseñabas junto a la diestra costurera. Cronopia las miró extrañada.

—Las que tú querías, amor. Alas como las de los pájaros.

—Pero yo nunca voy a poder volar con ellas.

A pesar de su corta edad, percibiste un dejo de compasión en su voz y astucia en su mirada.

—Eso es cierto —tuviste que admitir.

Apenas se le dio la oportunidad, Cronopia se escabulló. Las actividades con sus primos le resultaban más atractivas que la hambrienta mirada de su madre. El marido de Olivia le había regalado un pony y había aprendido a montar. Cada niño tenía el suyo. Tu par de alas inútiles no podían equipararse a un pony. Nada

podía equipararse a esa vida que la familia Anchorena Lara le ofrecía.

Cronopia pasó ese verano en el campo de los Anchorena montando su pony, bañándose en el río con sus primos, alimentándose con leche fresca y verduras de la huerta. Un par de veces Pedro condujo hasta la hacienda y pasaron el día con ella. Como siempre, Cronopia no dejó de atender a los mimos que le profesaban sus padres, pero su verdadero interés estaba puesto en las infinitas posibilidades que le ofrecían sus primos y la vida en el campo. Era un panorama tan perfecto que nada que tú hubieses ideado para llevártela contigo de vuelta a Buenos Aires hubiera resultado convincente. Te persuadiste de que estaba bien. Tu hija necesitaba sol, divertirse, pasar el tiempo con otros niños. Estaría allí tan solo durante el verano y cuando entrara al colegio la tendrías otra vez contigo. Con esta idea resististe. Sin embargo, al final del verano Pedro te comunicó que Cronopia iría al colegio junto a sus primos cerca de la hacienda y que no volvería con ustedes.

—¡No! —gritaste aturdida—. Eso es imposible. Es su primer año de primaria, Pedro. ¿Cómo voy a estar lejos de ella? No, no.

Fue entonces cuando te amenazó con dejarte si no aceptabas. Despojarte de todo. Arrojarte a la calle.

Pero no fue eso lo que te derrotó, fue su última frase:

—Leonor, tienes que entender que Cronopia con ellos es feliz.

Eso te dijo. No era necesario que se explayara más.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Sentada ante un alto de páginas que me aguardaba frágil como una casa a punto de caerse, mi corazón latía deprisa como si recordara algo que había olvidado, algo perdido. Eran las páginas que Adriano había rescatado. Isi se había quedado dormida en el sillón y su aliento acompasado cortejaba el ruido que hacían las teclas sobre la cinta de la máquina. Mientras escribía, volvían a aparecer mis amigos. Pedro Lara con las manos manchadas de pintura, Enrico Puértolas y Reynaldo recitando juntos en la casa de los Jirado. Todos muertos. Todos bajo tierra. Tal vez por eso, porque el tiempo breve de la vida en ellos había expirado y el mío se acercaba a su fin a pasos agigantados, tenía que terminar ese texto. Se los debía, me lo debía. «Tengo que ganarme la muerte escribiendo», había dicho Jean Rhys. También ella había atravesado un desierto de palabras. Treinta años sin escribir y al cabo de esos treinta años, de las cenizas que quedaban de sí misma había emergido *Ancho mar de los Sargazos*, su obra más grandiosa. Los míos también eran treinta años.

Mil veces había pasado por las preguntas intentando entender las razones por las que había extinguido bebiendo lo que quedaba de vivo en mí. Tal vez nunca logré construir los filtros con que los otros se protegen de la inclemencia de la vida. Mientras ellos aprendían a

alzar barreras, a erigir refugios contra sus demonios, yo los echaba abajo.

Pero algo misterioso ocurrió ese día.

Tac, tac, tac, sonaban las teclas de mi Remington en el papel, clin, cuando el carrete llegaba al final, tac, tac, tac, clin, tac, tac, a un ritmo fresco y húmedo, como si nadara mar adentro. Que vinieran los demonios, los íncubos y los lémures, que vinieran con todas sus armas letales. Allí me encontrarían. Escribiendo. Ya no les temía, porque escribiendo me ganaba la muerte.

¿Por qué ese día precisamente?

Quizás por el simple hecho de que Isi leía a mi lado, por haber estado a un palmo de perder la oportunidad imprevista que me otorgaba esa niña.

Isi

Las instrucciones habían sido claras. Por eso temía, porque no las estaban siguiendo al pie de la letra. Y si no las seguían al pie de la letra, lo más probable era que ocurriera algo malo. Pero Leonor y el señor Levi se habían negado a que fuera sola. Les dijo mil veces que así no funcionaban las cosas. Que, si un compañero te decía que tenías que tomar la micro 107, bajarte en el paradero de Avenida Las Torres con Tobalaba y allí tomar la 119, no estaba pensando que quienes harían el recorrido serían una comitiva. Les dijo que era peligroso. Pero ellos fueron categóricos. O iba con ellos o no iba. Mal que mal, había argumentado Leonor, Roberto, el abogado de la Vicaría, la había dejado a su cargo. Hubiera podido ir sola de todas

formas, pero habría traicionado la confianza que habían depositado en ella.

Había sido desilusionante que Tomás no hubiera sido quien tomara el teléfono cuando por fin, después de innumerables intentos, dieron con el día y la hora indicada. El jueves a las cinco de la tarde. Tampoco se atrevió a preguntarle por él al compañero que había contestado. Le dijo que debía entregarle algo.

Les costó un mundo dar con la micro correcta y otro mundo que Leonor y el señor Levi se abrieran paso entre la gente que iba colgada de los escalones de la micro. Leonor respiraba como si se estuviera ahogando. Por suerte un par de jóvenes les cedieron sus asientos y ambos se sentaron en la primera fila de la micro, Leonor con uno de sus sombreros estrafalarios y el señor Levi dando vueltas a su corbata de humita a uno y otro lado de ansiedad.

Por fin se bajaron en el último paradero y ella les rogó que la dejaran caminar sola hasta la cancha de fútbol. Era ahí donde el compañero le había indicado que debía ir. Ambos alegaron que si habían llegado hasta ahí la acompañarían hasta el final. No entendían el riesgo que corrían. Leonor transpiraba por el esfuerzo, ya se había sacado un zapato. Tenía las piernas hinchadas como las de una elefanta. Isi insistió que la dejaran ir sola, y fue ante la visión de un merendero con un aviso de Pilsener Cristal con sus sillas y mesas debajo de un emparrado seco, que por fin cedieron. Las calles estaban sin pavimentar y los árboles apenas daban sombra sobre la tierra reseca. A Isi le recordó el barrio de la Casa del Nogal con sus viviendas bajas, algunas a medio terminar, pegadas unas a las otras.

—Si en veinte minutos no has vuelto, nosotros te iremos a buscar —le advirtió Adriano Levi.

—¿Está claro? —reforzó Leonor con seriedad. Isi asintió.

No tenía corazón para decirles lo inútiles y arriesgados que resultaban sus esfuerzos. Se despidió y enfiló. Unos niños jugaban en la calle. Era un juego en el que dos de ellos se enlazaban hasta que uno tumbaba al otro. En el paradero un grupo de mujeres conversaba con sus bolsos de la compra colgados del brazo. Isi cruzó la calle y un quiltro negro la siguió. Llegaron juntos a la cancha de fútbol. Un sitio eriazo con dos arcos que se venían abajo. Según las indicaciones, junto a uno de los arcos había una banqueta de madera, ahí debía esperar leyendo un libro. En su morral traía uno que le había regalado el señor Levi. Más de una vez había acompañado a Constanza a uno de sus enlaces, pero nunca había ido sola. Desde que hablara con el compañero no había dejado de preguntarse qué sería lo que debía entregarle.

Imaginó a Tomás. Quería que sus ojos de diferentes colores la protegieran del miedo. ¿Y si era una trampa? ¿Y si todo estaba orquestado por las fuerzas de seguridad para atraparla y sacarle información a su madre? ¿Y si cuando Tomás le pasó ese número a Leonor estaba bajo amenaza de muerte? Sintió el impulso de dar media vuelta y correr en busca de Leonor y el señor Levi. Si querían matarla ese era el lugar perfecto. Un descampado por donde caminaba expuesta como en un campo de tiro. Encontró la banqueta. Una tabla sobre dos cajones de fruta. Siguió las instrucciones. Sentarse, leer, esperar. A lo lejos tañían las campanas de una iglesia, talán, talán. El perro negro se sentó a su lado. Se rascaba sin parar, igual que ella. Quería que apareciera Tomás, cerró

los ojos y puso todos sus esfuerzos mentales en ese deseo. Pasaban los minutos y nadie llegaba. Las campanas seguían sonando, talán, talán. Lo más probable era que, quien fuera que debía encontrarse con ella, la hubiese visto bajarse de la micro con su escolta y se hubiera ido. Se maldijo y maldijo a Leonor y al señor Levi. Golpeó el puño contra su rodilla y el perro negro la miró, se acercó y se arrimó a sus pies. Junto a uno de los cajones de fruta vio un pequeño sobre de manila. Era del mismo color que la tierra, por eso no lo había visto antes. Lo palpó, contenía algo en su interior. Lo abrió con cuidado para no romperlo. Dentro había una llave de la que colgaba un cartoncito con las letras C.C. y un número: 52807. Tal vez se le había caído a alguien. O tal vez era eso lo que el compañero debía darle. Esperó unos minutos. Las campanadas volvían a sonar, ahora más fuerte, como si alertaran de algo, como si enviaran un mensaje. Talán, talán. Dudó si llevárselo o dejarlo. Se decidió por lo primero. Lo guardó en el bolsillo de su abrigo y atravesó de vuelta la cancha de fútbol. El perro negro la siguió.

Cuando llegó al merendero, Leonor y el señor Levi habían desaparecido. ¿Dónde estaban, qué les había ocurrido? Había cometido un error imperdonable al haberles permitido ir con ella. Le preguntó si los había visto a la señora que estaba tras el mostrador.

—Se tomaron una Pilsener y se fueron —la miró recelosa y se limpió las manos en el delantal como si se preparara para algo.

—¿Se fijó para donde iban? —le preguntó intentando ocultar su angustia.

—No soy sapa —respondió cortante.

Pensó que la mujer debía tenerle tanto miedo como ella le tenía a la mujer. Mal que mal eran tres extraños que habían llegado al barrio

quién sabe de dónde y para qué. Quería preguntarle por qué las campanas de la iglesia seguían sonando, talán, talán, por qué sonaban tan fuerte, por qué no se callaban de una vez.

Volvió a sentir terror. Se los habían llevado. ¿Por qué a ellos? Metió la mano al bolsillo y palpó el sobre. De pronto tuvo la convicción de que era para ella. Dos chicos cruzaron y la adelantaron. A uno de ellos le sangraba la nariz. Las campanadas se detuvieron y un silencio feo inundó la calle. Las mujeres que antes cotilleaban en el paradero de micros habían desaparecido. No sabía por dónde buscar a Leonor y al señor Levi. El perro daba vueltas a su alrededor esperando que tomara una decisión. De pronto los vio aparecer caminando al fondo de la calle y corrió hacia ellos. La abrazaron.

—Aquí estás —dijo él sin soltarla.

—¿Dónde estaban? —balbuceó.

—Te fuimos a buscar, como te dijimos.

—Pero la cancha de fútbol está para el otro lado —dijo con una voz patética, a punto de largarse a llorar.

—¿Y este perrito? —preguntó el señor Levi al tiempo que se agachaba con dificultad para rascarle el pescuezo—. Eres igual a Moisés —le dijo sin dejar de frotarlo. El perro movía desenfrenado la cola, su cuerpo se zarandeaba a uno y otro lado y dejó un charco de orina de la emoción.

—¿Y? ¿qué pasó? —le preguntó Leonor mientras el señor Levi seguía conversando con el perro.

—No llegó nadie.

—¿Cómo? —reaccionó por fin el señor Levi.

—Pero encontré esto.

Sacó el sobre y les mostró la llave que contenía.

—¿Me permites? —el señor Levi extendió la mano para que se la pasara—. Esta, yo creo, es la llave de una casilla del Correo Central.

—¿Cómo sabes? —preguntó Leonor.

—¿Ves estas letras? C.C., Correo Central. La llave de mi casilla es igual. Deberíamos ir allí.

Después de tomar dos micros, pedir autorización en cada una para subir con el perro Moisés —de quien el señor Levi no quería separarse— y ser insultados unas cuantas veces por obstruir el pasillo, lograron por fin llegar al Correo Central. Atravesaron las imponentes columnas del edificio muy erguidos, intentando ocultar su ansiedad. El señor Levi las condujo hasta un corredor donde estaban las casillas. Había cientos de ellas. Cada una con su número. La número 52807 estaba a mitad de camino. En el interior encontraron un sobre cerrado que contenía un casete y una nota:

«Espero logres comprenderme.
Tu mamá que te adora».

¿Comprenderla? ¿Acaso había llegado por fin el momento de las verdades? No quería escucharla. Seguro que no era nada bueno. ¿Por qué siempre su madre tenía que complicarlo todo?

Buenos Aires, 1938/1939

Después de ocho años viviendo en el departamento de Víctor Jirado, tuvieron que dejarlo. Su familia se había por fin puesto de acuerdo para venderlo. De todas formas, Pedro y tú no podían seguir viviendo juntos. Lo único que los había unido esos últimos años era Cronopia. Y ella ya no estaba.

Alquilaste un minúsculo departamento de dos cuartos en San Telmo, a media cuadra de Plaza Dorrego, que, a diferencia del sótano de madame De La Pierre, estaba en un segundo piso y colmado de luz. Lo limpiaste a fondo y lo amoblaste con los enseres que te conseguiste por aquí y por allá.

Poco a poco, te asomaste a la vida. Una vida compuesta de un solo momento, de un solo movimiento. Ese. Volvió entonces a ti la imagen que una vez habías tenido a los pocos días de nacer Cronopia. La del paisaje extensísimo e inhóspito. La de los árboles que crecen postrados por el viento. La de la niña y el hombre que habías visto esa noche y que no habías alcanzado a nombrar antes de que desaparecieran. Después de tanto tiempo de inmovilidad, las teclas de tu Remington comenzaron a repiquetear. Por fin hallabas el aliento luminoso y denso que se oculta entre una palabra y otra. El que posee en su interior la vida secreta de las cosas y las hace andar.

*

Se hace la historia.

Él se llama Rubén y ella Rosa. Son padre e hija. Ella tiene doce años, él treinta y ocho. Han llegado a una estancia llamada Santa Ana en el confín de la tierra. El capataz le asigna a Rubén el puesto número treintaicinco. El más lejano, el sitio donde nadie quiere vivir. Una choza frente al mar con dos literas y un fogón. Rosa planta los brotes de las lengas caídas en la tierra gastada por los vientos, quiere hacer un jardín. Rubén se burla de sus intentos. Llega el invierno. Los guanacos huyen, la nieve lo cubre todo, el viento brama, ella prende fuego, él le saca filo a su cuchillo. El cuarto huele a hombre y a humedad. No hablan, no tienen nada que decirse. Con el pasar del tiempo el cuerpo de Rosa cambia. Se vuelve mujer. La sangre es tibia. La tibieza del interior de su cuerpo que se desliza por sus piernas. Rasga un trapo y se lo pone bajo los calzones. Lava la sangre a escondidas en el mar. Por la noche, mientras él duerme en su litera, seca los trapos en el fogón. Teme que él sienta su olor. Lo sorprende mirándole los senos, dos porotos que explotan sobre sus costillas y que ella intenta ocultar. Una noche Rubén entra en su cama. La toca. Soba sus pezones, los chupa, su lengua áspera la hiere. Sus dientes. Toca el orificio por donde sale la sangre. Le mete su cosa ahí dentro. Se mueve convulsionado. Le hace daño con su peso y la hosquedad de sus manos que la recorren desesperadas. Violentas. Gime sobre ella. Al oído la llama Cristina con la voz aguardentosa. Cristina. Un gemido más fuerte, un lamento casi. Y se detiene. El padre se pone los pantalones y sale a la nieve. Al cabo de un par de noches él vuelve a meter su cosa en ella. Una y otra noche. Cristina, Cristina, gime en su oído. Cuando la nieve cede, ella huye. Corre por la llanura. El cielo es de plomo. Corre hasta que

llega la noche. Bajo las estrellas camina en dirección opuesta al mar añorando ver aparecer una señal humana. En la madrugada cae rendida. Despierta sin saber hacia dónde echar a andar. El mismo páramo, las mismas lengas rendidas al relente, los mismos turbales. Todo llanura. Camina de todas formas, lo que sea antes de volver. Camina sabiendo que no tiene salida, que en la estepa la aguarda una muerte helada. Cuenta los días y las noches. Van cinco. Se alimenta de raíces. Al sexto día ve a Rubén aparecer en su caballo y se monta sin palabras.

La sangre no retorna. Sus pechos se hinchan, también su panza. Rubén ya no la toca. Tampoco la mira ni le habla. Cuando ella le deja su plato de comida sobre la mesa, él se vuelve y mira la ventana.

Por las tardes ella vaga en las estepas con el viento golpeándole la cara, cegándola. No le importaría perderse en la llanura, huir con una manada de guanacos, comer pastos y arbustos secos como ellos, lo que sea con tal de no ser ella misma. A veces, cuando la angustia arremete con tanta fuerza que ni caminar puede, se aleja hasta no ver la silueta de la casa de su padre y entre los hierbajos se hace un ovillo. Ahí se queda, sin mover un músculo, resistiendo el frío hasta acallar el corazón. Quisiera gritar, pero no sabe gritar, tanto es el silencio que envuelve su vida. Por eso a veces se echa a correr. Corre, corre, corre, se tropieza con las piedras, cae de rodillas y se levanta, una y otra vez, hasta el límite de sus fuerzas, hasta el borde del desfallecimiento, con la esperanza de que eso que crece en su panza salga de ella por donde entró. Pero su panza sigue creciendo. Implacable, irreversible.

El día del alumbramiento, él le deja una botella de aguardiente para soportar el dolor y sale en su caballo. El alcohol le quema las entrañas. La ayuda a resistir. Cuando él vuelve por la noche, la niña está desnuda en su regazo. Él la llama Cristina. Ella la llama Estrella. Al cabo de una semana, la niña abre los ojos. Tras el velo gris que cubre sus pupilas, la reconoce. Rosa envuelve a su hija en una manta y camina hasta la playa. Se sienta sobre un tronco caído que yace en la arena y le da de mamar entre los matojos, entre las lengas. Observa los labios de su hija que succionan, sus chasquidos serenos cuando se detiene por un instante, su diligente avidez por la vida. Ahora duerme en sus brazos. Rosa se levanta y se acerca a la orilla del mar. Avanza hasta que el agua le llega a la cintura. Y entonces se sumerge. Estrella se despierta, se resiste, se retuerce, intenta respirar, solloza, pero Rosa la empuja con todas sus fuerzas hasta el fondo y cuando sus convulsiones se detienen, cuando la niña es un trapo en sus brazos, se deja también ir. Las olas huyen con el viento. También su hija y ella deben huir. Fundirse con el agua y tomar la forma del océano. Estrella nunca será la Cristina de su padre. Nunca.

*

Terminaste la novela un 25 de mayo. Escribiste la última escena con el corazón seco. Te impresionó la frialdad con que acometiste tu labor.

Ahora necesitabas salir, fundirte con el bullicio de la calle. Reuniste las páginas, las amarraste con una cinta y las dejaste sobre la mesa. Te pusiste un vestido de seda y tacones, te pintaste los labios rojos y

saliste. Repleta de vida invisible caminaste en medio de la algarabía del día de la patria. El cielo viraba de naranja a lila, zumbaban las ruedas de los automóviles, piteaban los silbatos celebrando, flameaban las banderas y se colgaban de tus ojos. Blanco, celeste. El sol. De las confiterías emanaba aroma a café, a masitas. Experimentaste un sentimiento de euforia, de libertad. Levedad. Anhelo. El cielo se replegó estrangulado por las luces y tú seguiste caminando. El roce suave de tu vestido en las rodillas. No ibas a cometer el error de la mujer de Lot de volver la vista atrás.

Un par de semanas más tarde, le mandaste una copia de *La tarde más gris que ha tenido el cielo* a Reynaldo. Ese era el título que le habías dado a la novela.

Aguardaste confiada.

Su respuesta llegó al cabo de un mes y medio. «Aromaticus, has escrito una vez más una obra única. Valiente, revolucionaria, conmovedora. Adriano Levi está de acuerdo. Hará con *La tarde más gris que ha tenido el cielo* la más bella edición que haya habido nunca en Argentina».

*

La novela salió por fin publicada y se reunieron en el Café Tortoni a celebrar el acontecimiento. Como antaño. Nada había cambiado. Los muros revestidos de madera, los mozos con sus largos delantales blancos y pajaritas negras. A la vez, nada era igual. Junto a la barra, el dueño del café había colgado una fotografía de Enrico Puértolas. Bajo la luz ambarina de las pantallitas de cera sus intensos ojos negros los miraban atentos. El poeta viejo se había vuelto más viejo

y ahora se desplazaba en una silla de ruedas que hacía rodar con sus manos esqueléticas. Pedro te trajo una carta que le había llegado de Olivia en la que le hablaba de Cronopia. De los tres niños, era a quien mejor le iba en el colegio. No te sorprendió, siempre había sido una niña brillante. Pero sí te sorprendió Pedro. Estaba desmejorado. Su chispa apagada, el andar lento y cauteloso.

—¿Se encuentra bien? —le preguntaste, al tiempo que le enderezabas la chalina afectuosamente. Pedro asintió con un gesto y te acarició la mano—. ¿Seguro?

—Seguro —afirmó. Era un asentimiento triste y evasivo que no te convenció en absoluto. Ya encontrarías un momento de más calma para hablar con él.

Habían salido varias reseñas, todas celebratorias. Algunas entraban en intrincadas teorías sociales. Un productor de cine les había pedido los derechos para llevar la historia a la pantalla. El poeta viejo, por primera vez, tenía palabras para ti. Definitivas, como todo lo que él pronunciaba.

Se inició una discusión. ¿Desafiaba la novela —con el acto final de tu protagonista— los cimientos del patriarcado? ¿Era ese el rol de la literatura, cuestionar el orden establecido? Tus amigos hablaban, exclamaban, reían. Sus risas eran duras, como si clavaran con ellas el corazón del otro. Un hombre adusto mencionó una frase de Henry James en la que dice que un texto donde se dejan al descubierto las ideas que lo mueven es tan vulgar como un regalo al cual se le ha dejado el precio. Tu novela, con su elegancia, estaba lejos de ello, afirmó el poeta viejo con convicción, y todos estuvieron de acuerdo. Las palabras de tus amigos te emocionaban y halagaban, pero tus intenciones no habían sido tan ambiciosas. Tú tan solo habías ido

deshilvanando una historia que parecía estar guardada en tu conciencia. Cómo explicarles, entre tanta frase importante, que, mientras escribías, caminabas por un paisaje desconocido y que era en ese transitar sin mapa que se producía la historia. Estabas convencida de que esa era la fuerza de la ficción. Su secreto. Si intentabas encerrar lo inasible de tu escritura en un discurso, era probable que la mataras. La mariposa en el insectario. La Cometa Esperanza muerta.

Adriano pidió jamón crudo, salchichas en pebete, tomates rellenos y chocolates con churros. Tenía los ojos húmedos de vida. Brindaste por su confianza. Brindaste también en silencio por ti y por todas las otras Leonor que no se habían dejado atrapar en un insectario.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Ya eran las doce de la noche e Isi aún no salía del cuarto del fondo donde se había encerrado a escuchar el casete que le había dejado su madre. Me comía la ansiedad. Temía por ella. Cuando ya la tensión amenazaba con hacerme sucumbir, me asomé a su puerta. Se había quedado dormida sobre la cama, la casetera a sus pies. La tapé con la manta que había traído de su departamento y besé su frente, en sueños masculló algo y respiró hondo.

Sabía que sería incapaz de dormir, por eso me senté a la mesa para intentar escribir, sin dejar por un instante de mantenerme atenta al pasillo por si veía aparecer a Isi. Tras mis ojos transitaban, mezcladas e incompletas, imágenes del pasado. Era como pasar los dedos por las cuentas ardientes de un rosario. Intenté recordar la felicidad de esos efímeros días en que el mundo parecía estar a mis pies, las celebraciones, los halagos a mi novela recién estrenada. Y cómo poco después todo se vino abajo. Me pregunté si estaba dispuesta a llegar hasta el final del asunto. Lo cierto es que no sabía cuál era el sentido de hacerlo, más que serle fiel a la promesa que le había hecho a Isi.

Ya amanecía. Había pasado la noche en vela esperando que Isi apareciera. No quería que al despertar se encontrara sola. Sola con cualesquiera fueran las palabras que su madre le había dejado.

Isi

Tenía ganas de pegarle a alguien. Y como no tenía a nadie a quien pegarle, se golpeó la cabeza con los puños hasta que le dolieron los puños y la cabeza. Ahora todo retumbaba a su alrededor. Porque no era justo. No era justo que su madre le dijera esa gran verdad, esa verdad que le había ocultado toda su vida, en un casete.

¿Tú, la más valiente de todas, no tuviste los cojones para hablarme a la cara? ¿Tenías miedo de lo que pudiera decir o hacer? ¿Pensaste acaso que me iba a largar a llorar y a patalear como una pendeja? Pues no. Le importaba un comino que su padre no fuera quien le había hecho creer que era. La que hubiera querido que el padre de su única hija fuera un héroe revolucionario, muerto en la lucha, era su madre. No ella. Ella no lo conoció. Tampoco lo eligió. Le tocó. Y no le importaba. Era hora de que su madre se fuera enterando de que su famosa «lucha» no era la suya. Obvio que ella también quería un mundo justo, obvio que Pinochet y sus secuaces eran unos animales y los odiaba. Pero al resto de los discursillos de su madre los odiaba tanto como odiaba a Pinochet. Quizás no tanto. Pero mucho. Porque la habían llevado hasta ahí, hasta convertirse en una niña de dieciséis años que buscaba a su madre desaparecida. No. No era justo.

Ahora ya conocía el secreto. El que su abuela le urgía a su madre revelarle. Se preguntó por qué había inventado toda esa mierda. ¿La había inventado para ella, para que se sintiera especial? Ser la hija de un revolucionario que murió en la lucha y nacer en un bosque era sin duda una historia épica. Pero ella hubiera preferido que su madre le contara su propia historia. Al menos era suya. Ahora entendía la

razón por la cual nunca encontraron el lugar donde había nacido, el bosque y toda esa historia digna de un cuento malo de hadas era también parte de la mentira.

Hacía tiempo que Isi sospechaba algo. Que no hubiera fotografías de él, que ningún compañero mencionara al héroe, que cada vez que ella le preguntara detalles, su madre respondiera con frases evasivas o arrumacos. En el casete le decía que había comenzado siendo una fantasía para paliar la desilusión de que el hombre de quien se había enamorado la dejara, pero que poco a poco ella misma fue perdiendo el sentido de la realidad. Eran tantas las ganas de Constanza de que él no hubiera huido, de que no hubiera vuelto a Canadá cuando le contó que estaba embarazada, eran tantas sus ganas de que el gringo que llegó al sur de Chile en su moto buscando su destino —como en esa película que le gustaba tanto—, el gringo que la había conquistado con su guapura y sus canciones no hubiera sido un cobarde, que inventó a otro hombre. Lo inventó para sí misma, para su hija, para sus nietos y sus bisnietos. Para la historia. Claro, la Comandante Nati no podía ser tan estúpida como para enamorarse de un cabeza de músculo, como les decía Leonor a los descocados. Pero, claro, su madre no sabía quién era Leonor y ella no iba a decírselo. Sería su venganza, dejarla en la oscuridad, como su madre la había tenido a ella todos esos años. En el casete no mencionaba el nombre de su padre. Aun si Isi hubiera querido encontrarlo, no habría podido. Su madre le abría una puerta y luego se la cerraba en las narices. Pero había algo. Sí, había algo. La familia con quien le había insistido debía irse a vivir, estaba en Canadá. ¿Era él? ¿Era la familia de su padre? ¿Cuándo le había grabado ese casete? ¿Cuando ella era niña? ¿Ahora? ¿Presentía

acaso que vendrían a buscarla? Tantas preguntas. Le dieron ganas de gritarle mierda, mierda, eres una mierda.

Pero no podía odiarla. Menos ahora que no sabía dónde estaba. El solo hecho de que ese casete llegara a sus manos era aterrador. Debió dejar instrucciones rigurosas con los compañeros de entregársela cuando llegara el momento. A las preguntas anteriores ahora se sumaban otras: ¿cuándo era ese momento?, ¿cuando hubiera caído?, ¿cuando estuviera muerta? Volvió a golpearse la cabeza. Había nombrado la palabra maldita.

Debía haberse quedado dormida porque despertó con la ropa puesta y la manta sobre sus hombros. No sabía si era de día o de noche. En ese cuarto sin ventanas el tiempo pasaba sin pasar.

—Isi, ¿estás bien? —oyó la voz de Leonor al otro lado de la puerta.

—Sí.

—¿Puedo entrar?

Leonor tenía los ojos hinchados. Traía una mantita tejida sobre los hombros que la hacía ver aún más anciana. Pobrecita, seguro no había dormido nada. Le sonrió, o más bien intentó una sonrisa.

—Ven a tomar desayuno.

—¿Qué hora es?

—Son las once de la mañana —se sentó junto a ella en la cama. Pasó su mano áspera por su mejilla—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Vamos a preparar huevos revueltos. Adriano nos envió marraquetas frescas con el chico de los mandados.

Buenos Aires, 1939

—Pase, pase —saludaste al hombre cuando abriste la puerta de tu departamento.

Un connotado periodista del diario *La Nación* había venido a entrevistarte a propósito de *La tarde más gris que ha tenido el cielo*. Te pusiste el vestido con que Pedro te había pintado. Ahora era tu vestido de la buena suerte.

El hombre tenía la cabeza pequeña y un pescuezo largo que sobresalía de su abrigo como el de un ave. Tenía un bigote fino y horizontal. Rígido. Te saludó con un apretón firme de la mano. Serio. Tal vez era el bigote tan tieso el que lo incapacitaba para sonreír. Se sentaron en la sala, el hombre en el sillón, tú en una silla enfrente.

—¿Le gustaría uno de estos? —te preguntó al tiempo que sacaba una cajetilla de Condal Rubio de su abrigo. Un par de cigarrillos cayeron al suelo. Los recogió—. Disculpe —dijo con una suerte de humildad.

Tenía las uñas de un color amarillo sucio, como tostadas por el calor del tabaco.

—No se preocupe, tengo aquí los míos —replicaste. Encendiste uno—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café, un té?

—No, por favor no se moleste. Lo único que necesito es esto —dijo señalando el cigarrillo que sostenía entre su pulgar y su índice.

Quería saber de tu vida. Dónde habías nacido, dónde te habías educado. Quería saber de tu madre y de tu padre. ¿Tenías

hermanos? ¿Hermanas? No entendías qué relación guardaba tu vida con tu novela. Querías hablar de Rosa, de Rubén, de los motivos que los movían, de las escenas que habías construido con tan gigantesca dedicación. Pero no. Él insistía. Tu matrimonio con Pedro Lara. «¡Tan buen pintor!», exclamó. No mencionó su homosexualidad, pero tú sabías que estaba en el trasfondo de sus preguntas, bajo su tono tranquilo, bajo las pausas que hacía para encender otro cigarrillo. Tras sus expresiones de falsa humildad percibías su violencia. Una pausa más larga. La mirada inquisitiva. Ojos de ave rapaz. Te auscultaba. Y entonces arremetió. Cronopia. Te preguntó si la niña vivía contigo. Con el dedo índice hizo un círculo, para quizás señalar lo reducido de tu hogar. Te preguntó dónde estaba ahora. Pero él sabía la respuesta. Porque sin esperar a que tú le hablaras, te preguntó si José Anchorena y su mujer te la habían quitado o tú se las habías cedido. A tu hija.

Su violencia. Su violencia. Estabas confundida. Mareada. No sabías qué hacer. ¿Gritarle? ¿Huir? ¿Dónde? Donde fueras, él te encontraría. Culpable. Culpable.

—Entiendo que tiene problemas con el alcohol —dictaminó con esa voz suave de rata.

Te levantaste en silencio. Te pasaste la mano por la boca para no llorar. Caminaste hasta la puerta y la abriste.

—Hasta nunca, señor —y te quedaste de pie en el umbral aguardando a que el hombre se levantara del sillón, recogiera sus cigarrillos y desapareciera.

La entrevista apareció un par de días después en la segunda página de *La Nación*. Pero no era una entrevista. Tu voz había desaparecido y en su lugar el hombre había ensartado la suya. Una

larga diatriba en tu contra. Tus ambiciones, inaceptables viniendo de una mujer. Tu ira. Tu descontrol. Tu alcoholismo. Tu incapacidad para ser madre. Narraba con detalle cómo te habías deshecho de tu hija para dedicarte a escribir. Todo esto como preámbulo para afirmar que habías escrito una obra inaceptable. Acudió a la siquiatría. «Una mujer que no tolera la maternidad puede decirse que padece de alguna enfermedad psicopatológica», declaraba un siquiatra de apellido Romanovsky. «Lo más probable es que denote una situación edípica no resuelta». «*La tarde más gris que ha tenido el cielo* es una obra inmoral», declaraba el periodista. «Una mujer que comete un asesinato es una asesina. ¿Hasta cuándo vamos a aceptar a intelectuales que ponen en cuestión los cimientos de nuestra moralidad?».

Las reacciones no tardaron en llegar. Aparecieron otros artículos lapidarios. El director de cine se retractó. Un grupo de mujeres conservadoras envió una carta al periódico pidiendo que sacaran de circulación el libro. En un par de semanas ya no había ningún ejemplar de *La tarde más gris que ha tenido el cielo* en toda Argentina. Estaban en la bodega de Adriano Levi, enterrados en el cementerio de los libros. Y tú con ellos.

Las otras Leonor se replegaron dentro de ti. Una a una habían sido linchadas.

Ya no tenías fuerzas para luchar, para levantar tu voz que sabías justa, apenas para sobrevivir. Presentías que ya no escribirías más. Estabas hecha de materiales frágiles, volubles, que no resistían los embates del mundo. Con esos materiales escribías, con esos materiales te destruías a ti misma.

Te quedaba Cronopia. Solo ella. Tenías que recuperarla.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Una lluvia color tabaco azotaba las ventanas y borraba todo vestigio de la ciudad. Isi no me había contado cuál era el mensaje que le había dejado su madre. Tal vez nunca lo haría. Me devanaba los sesos imaginando los peores escenarios. No sabía qué hacer con esa niña. Llevaba dos días echada en el sillón, cobijada bajo su manta, sin decir palabra. Decía que no quería dormir en el cuarto del fondo porque cuando se despertaba no sabía si era de noche o de día. Veía el miedo que se asomaba a sus ojos, agazapado como una alimaña, siempre amenazando con derrumbarla. Si hubiera podido hacer algo, cambiar su destino aciago a cambio de ese girón de vida que me quedaba, lo habría hecho. Por la noche dejaba la puerta de mi cuarto abierta y la oía moverse de un lado a otro, inquieta. Yo tampoco dormía. Sin el espíritu de la botella, mi cuerpo y yo estábamos desorientados, a la deriva. Solo sabía que tenía que velar por la niña, que no podía borrarme en el alcohol.

Recordé cómo un hombre y una sociedad entera me habían enterrado cuando publiqué mi segunda novela. La derrota fue infinitamente más profunda de lo que en ese momento imaginé. Al punto de que nunca más volví a publicar. Nunca más. Un par de cuentos por aquí, otros por allá, pero la sola idea de embarcarme en una historia de largo aliento, de años tal vez, para que otro hombre

como él viniera con su engreimiento e ignorancia a denostarme, me sumía de vuelta en la misma indefensión.

Tan solo seguía ahí sentada escribiendo porque se lo había prometido a Isi. Ella apenas se movía. De tanto en tanto levantaba la cabeza para mirar mis movimientos como si temiera por mí. «¿Dónde va?», me preguntaba cada vez que me levantaba al baño o a la cocina.

El aguacero golpeaba los cristales y afuera estaba oscuro como si hubiera llegado la noche. Para sacar a Isi de su sopor en el sillón le hablé del mar, de los baños en sus aguas frías, de las playas de Viña con mis hermanas, del fondo marino, de los paseos por el borde costero.

—¿Hace cuánto tiempo que no va al mar? —me preguntó.

—Ayy, no sé niña, decenas de años.

—¿Lo echa de menos?

—Siempre. No te imaginas cuánto.

Oímos el toc toc de la puerta, apenas perceptible bajo los ramalazos del viento y la lluvia. ¿Quién podía ser? Era difícil que Adriano se hubiera aventurado a salir con ese tiempo. Isi se levantó de un salto. Me miró, vi el miedo en sus ojos. Sin necesidad de formularla, sabía que ambas nos hacíamos la misma pregunta. ¿Serían ellos otra vez? Isi se levantó y miró por el ojo mágico, que de mágico ya no tenía nada, solo había traído fatalidad. Se quedó mirando varios segundos más de lo que mis nervios alcanzaban a resistir.

—Isi, ¿quién es? Dime, por favor.

Se ordenó el pelo, se estiró el gigantesco suéter que le había regalado Adriano y abrió la puerta.

—Hola, Isicortez —la saludó un joven de pelo ensortijado como el de una estatua griega.

La miró sin moverse, como si la presencia de Isi le hubiese resultado un hecho demasiado grande para ser absorbido de una vez.

—Pasa, pasa, por favor —a Isi le temblaba la barbilla, todo en ella se estremecía.

—Aquí estás —dijo el chico—. Aquí estás —repitió. Su sonrisa era de deslumbramiento y emoción.

—Sí, sí, aquí estoy.

Permanecieron de pie, detenidos, cada uno a un lado de la puerta.

—Entra, entra —volvió a decirle Isi.

—Con permiso.

El joven se echó el pelo mojado hacia atrás dejando al descubierto una nariz ligeramente rota que le otorgaba a su rostro un aire rústico y una misteriosa virilidad. Me recordó al joven san Juan Bautista en el desierto de Caravaggio, un cuadro que siempre había admirado. A pesar de que no debía tener más de veinte años, vestía con la formalidad de un viejo.

—Señora Pizaín, mucho gusto, es un honor conocerla.

Siempre lo mismo. Un honor. El gusto de estrecharle la mano a una antigua reliquia. Pero, en fin. Qué me importaba eso ahora. Su voz era suave, sus modales educados. Yo seguía apernada a mi silla como la estatua viva que soy. No sabía si alegrarme o temer por la llegada de ese extraño.

Isi recogió su manta y los cojines que la habían amparado esos días y lo invitó a sentarse en el sillón. Él se sacó la chaqueta mojada. Ella se tomó el pelo con gestos nerviosos en un nudo en la nuca que

al segundo se deshizo, luego se sentó a su lado, las manos sobre las piernas.

—¿Quieres algo? ¿Un té? ¿Café? ¿Agua? —le preguntó.

—No, no, gracias.

La miraba atento, sopesándola, estudiándola, absorbiendo cada uno de sus gestos.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó Isi abriendo los brazos como si abarcara mucho más que este cuarto, la ciudad, el mundo entero. Afuera la lluvia seguía su curso, sorda y persistente.

—Estoy trabajando en la Vicaría. Encontré tu carpeta —tenía los ojos puestos sobre ella con esa insistencia que no cejaba.

—¿Ya no estás...?

—No, hace un año que salí.

—Por eso no te vimos más.

—Me alejé después de lo del asalto a la casa... —dijo y se detuvo —. Ya sabes.

—Sí, sí sé.

Yo no tenía idea a qué se referían.

—Pensé que sería más útil si me dedicaba a estudiar. Voy en tercero.

La atmósfera estaba colmada de algo que aún no alcanzaba a descifrar. Algo que ambos cargaban y que ahora retenían, como se retiene la respiración antes de dar la bocanada que nos llenará los pulmones de aire.

—Soy asistente de Roberto Garretón. Tú lo conociste.

—Sí, lo conocimos con Leonor —dijo Isi, incluyéndome en la conversación, aunque era evidente que estaba de más. Me hubiera levantado grácilmente y hubiese desaparecido como un ánima, pero

habría hecho tal jaleo al levantar estos huesos que fue mejor que me quedara ahí.

—Entonces tú no fuiste quien le pasó una nota en la calle a Leonor, ¿verdad?

—No. Definitivamente no —replicó Tomás.

—Debí confundirme con eso de los ojos, lo siento —confesé.

Efectivamente sus ojos eran diferentes. Como los de Dostoyesvki. Uno era gris y el otro de un verde con algo de dorado, como si dentro de su iris hubiera una lumbre**.**

—Aquí está el verdadero Tomás —lo señaló Isi y posó en él la misma mirada absorbente que él ponía en ella. Sus gestos eran más delicados, más gráciles. Emanaba de ella una mixtura de candor y fuerza.

—Encontré tu expediente recién ayer, por eso vine. Hace tanto tiempo que quería saber de ti, Isi, dónde estabas, cómo estabas. Y estabas tan cerca... Hubiera querido enterarme de otra forma —señaló cabizbajo.

Un silencio abatido se instaló en la sala. Isi se levantó del sillón como si se ahogara. Entreabrió la ventana. Entró una ráfaga de viento, la llama de la estufa de parafina se estremeció. Vimos el resplandor de un rayo, oímos el rugido de un trueno y luego la lluvia estalló con más fuerza. Ella volvió a preguntarle:

—¿Estás seguro de que no quieres algo?

—No, no, gracias.

Cerró la ventana. Él siguió cada uno de sus movimientos con una atención casi desesperada.

—Roberto les explicó los pasos, ¿verdad? —dijo, por fin.

—Sí.

—Se presentó el recurso de amparo en favor de Nati a la Corte de Apelaciones —hizo una pausa, como si necesitara entereza para continuar—. Pero hoy nos comunicaron del Ministerio del Interior que no tienen registro de ella.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Isi.

—Que Nati es ahora una detenida desaparecida, Isi.

—¿Y eso qué significa? —repitió conteniendo el desespero. Lo veía en sus ojos, en sus gestos, que en esos días había aprendido a leer. El chico guardaba silencio—. ¿Que está muerta? Dime —había fiereza en su voz. Se pasó la mano por la boca, comprimió los labios y miró al chico sopesando cada una de sus expresiones—. Dime, Tomás, ¿está muerta?

—No lo sabemos.

—Y Javier, ¿han tenido noticias de Javier? Tal vez él...

—Tampoco.

Otro silencio. Afuera el fragor parecía venir de todos lados, del cielo a la tierra, de la tierra al cielo. La tensión era insoportable. Isi había comenzado a rascarse el dorso de la mano otra vez. Las huellas de sus uñas sobre su piel enrojecieron.

—Isi, ¿te gustaría salir un poco? —le preguntó de pronto el chico, rompiendo esa mordaza de desconcierto y dolor que nos silenciaba.

—Con esta lluvia... —advertí espantada—. Si es por mí...

—No, no, no, por favor no piense eso —se deshizo el chico en explicaciones—. Es que pensé que podría invitar a Isi a tomarse un café. Hay un café al otro lado de la plaza donde siempre vamos con los compañeros de la Vicaría.

—Leonor, ¿no le importa quedarse un ratito sola? ¿Quiere que le traigamos algo? —me preguntó Isi.

Les dije que por favor fueran, que se abrigaran bien, que yo me prepararía un té y me metería a la cama, «el mejor panorama del mundo», sonreí genuinamente.

Afuera el agua caía oblicua y lo cubría todo, la plaza, las avenidas, el antiguo correo y las arcadas. Al horror no alcanzaba a cubrirlo la lluvia. Nada alcanzaba a cubrir al horror. El reloj cucú de la pared dio las cinco de la tarde. **Isi**

Tomás la cogió de la mano con fuerza y cruzaron la plaza corriendo. La lluvia arreciaba. Era como atravesar una catarata. En una esquina divisaron un café abierto. Antes de entrar, bajo el alero, al resguardo de la lluvia, Tomás la abrazó. Era un abrazo tan intenso, tan intenso, que sintió que se le cortaba la respiración. Un abrazo urgente que no permitía testigos. Cuando se desprendieron, él cerró los ojos, en un esfuerzo, supuso ella, por espantar la emoción. Ella también estaba a punto de largarse a llorar. Tomás abrió su mano y besó su palma.

—Me llamo Vicente.

—Y yo, Isolda.

Isi recordó esa conversación en la cocina de la Casa del Nogal en la que, sin decírselo, ambos convinieron que el primero que cruzara el umbral de esta vida tendría la mano del otro en la suya.

Ahora la sostenía de los hombros y la miraba.

—Isi —dijo—, tú no sabes. No sabes.

No sabía. Aunque tal vez sí sabía. Tantas cosas. El mundo, los muertos, ellos. Él y ella.

Era un local estrecho y alargado, de luces amarillentas y difusas. Unas pocas mesas estaban ocupadas por oficinistas que seguramente aguardaban a que escampara para volver a sus casas.

En el fondo, dos viejos jugaban al dominó junto a una chimenea eléctrica de llamas azules. El oasis al otro lado del torrente.

—Sácate ese abrigo —le dijo Tomás. En unos pocos minutos habían quedado empapados. Bajo el abrigo, su ropa también estaba mojada.

—Parezco una frazada vieja que se cayó a una tina.

Sonrieron.

—Sácate también ese —señaló el suéter que le había regalado el señor Levi. Se sacó el suyo, un suéter negro de cuello alto, y se lo pasó.

Se sentaron a una mesa cerca de la barra y un mozo ya mayor, vestido con un traje que le quedaba grande, les acercó una estufa. Olía a parafina.

—No se vayan a agarrar un resfrío —advirtió el hombre.

Isi pidió una leche con chocolate y Tomás una cerveza.

—Vicente... —dijo y se detuvo. Su nombre le sabía extraño, como un sabor nuevo que no estaba segura de querer conocer—. ¿Puedo seguir llamándote Tomás?

—Obvio que puedes. A mí también me resultaría raro que me llamaras Vicente. Y tú seguirás siendo Isi, ¿verdad?

Rieron juntos. Era raro reír después de que le hubiera dicho que su madre era una detenida desaparecida. Qué extraña era la sicología humana. Por eso prefería las matemáticas. Él la observaba. La escudriñaba con obstinación, como si quisiera entrar a través de sus ojos en su cabeza.

—¿Todavía tienes frío?

—Un poquito.

Tomó sus manos y calentó sus dedos con su aliento. Isi percibió el aire vulnerable que despedía él. El mismo que había visto esa noche en su cuarto. Tan diferente al que ostentaba con los compañeros.

—¿Mejor? —Isi asintió.

—Tengo algo que decirte, Tomás —él se puso serio—. Cuando se llevaron a mamá y a Javier, también se llevaron tu regla de cálculo. Lo siento, de verdad lo siento. Yo sé cuánto significaba para ti.

—Isi, esa regla era un regalo para ti. Además, sigue siendo tuya, donde sea que esté, porque no es necesario tener las cosas para poseerlas.

—No entiendo.

—A ver, por ejemplo, el significado que esa regla tiene para ti y para mí sigue siendo nuestro, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿Eso piensas?

—Sí, eso pienso.

Isi pensó en las cosas que les habían quitado y que según Tomás seguían siendo suyas. El álbum sin fotos, sus libros, el casete de Serrat que le había regalado él, el de Violeta Parra, la bufanda roja que le había tejido Constanza. Era cierto que estaban llenas de significado, pero no le bastaba. Ella quería tenerlas de verdad. Ella quería a Constanza. No le servía que su madre fuera su madre si estaba muerta.

—Isi, tu expediente dice que después de que se llevaron a Nati estuviste oculta varios días.

Le preguntó dónde había dormido, si había pasado frío, hambre. Isi percibió su temor a que le dijera algo que no quería oír. Un evento traumático. También le preguntó por su abuela, y cómo era que había llegado a vivir con Leonor Pizaín. Y, por último, después

de agotar las cuestiones inmediatas, le preguntó si había pensado en lo que quería hacer.

—No puedo pensar nada mientras mamá no aparezca —con los codos sobre la mesa, él cruzó las manos y calló. Isi se aventuró—: Tú crees que no va a aparecer, ¿verdad?

—No es imposible, Isi. Tienes que contemplar esa posibilidad.

Pero Isi no quería ni siquiera imaginarlo. Pensó en el bosque donde no había nacido pero que, a pesar de eso, a pesar de las mentiras, seguía siendo suyo. De Constanza y suyo. Recordó cuando Tomás le contó del intento de su madre de suicidarse con él. Fue el recuerdo de esa confesión, tan íntima, la que abrió la compuerta que había permanecido sellada. Y entonces habló. Habló por fin. De la grabación que le había dejado su madre, de su padre, de la fábula con que había crecido, la del revolucionario que no fue. Tenía la impresión de nunca haber hablado tanto. Era como si de su boca saliera una culebra envenenada que necesitaba sacar de sí misma con urgencia. Tomás no la interrumpió, pero sus expresiones eran tan nítidas y cercanas como las palabras.

Y ahora que la culebra estaba afuera y se escabullía entre las patas de las mesas, las mentiras de su madre adquirían otra dimensión. Una dimensión que no alcanzaba a percibir del todo, pero que dolía un poco menos. Que su padre hubiera pasado de ser un revolucionario valeroso a un canadiense desabrido buscando su destino, no era lo que había dado vuelta su mundo. Era saber que entre su madre y ella había estado siempre esa falta a la verdad que Constanza sostenía y alimentaba. Era descubrir que su madre y ella no eran *una*, como le había hecho creer.

Quizás nunca tendría la oportunidad de enfrentarla, de gritarle a la cara, de exigirle explicaciones más allá de esas míseras palabras que le había dejado en el casete. Constanza era ahora una detenida desaparecida. Cuántas veces había oído a los compañeros hablar de ellos, de los detenidos desaparecidos. Caían. Y desaparecían. Se los tragaba la tierra como si nunca hubieran existido. Sus familiares los buscaban en los hospitales, en la morgue, en los centros penitenciarios, y en todas partes los negaban. A veces alguien que había logrado salir decía haberlos visto en un centro de tortura, pero luego, luego de eso, nada. ¿Estaban muertos?, ¿vivos?, ¿los lloraban y despedían como se llora a los muertos, o seguían buscándolos por siempre? Preguntas que los compañeros se hacían una y otra vez. Pero, aun así, siempre habían sido otros quienes caían. No ellas. Seguro había un dispositivo dentro del cerebro de las personas que establecía una distancia con la tragedia ajena, una distancia que las protegía de morir de miedo y desesperación. Aunque siempre tenía miedo, aunque su cuerpo estallara en sarpullidos, había una parte de sí misma que confiaba. Y que aún confiaba.

—Tomás... —su voz tenía un timbre que no reconoció. Como si viniera de otro lugar, como si se hubiera disociado de ella—. ¿Es muy raro creer que está bien?, ¿que está en alguna parte y que está bien?

—¿Es lo que crees? —Isi asintió—. Tal vez estás en lo cierto, Isi —se detuvo un segundo y luego continuó—. Pero la experiencia que hemos tenido es que si el Ministerio del Interior niega la detención... —se paró en seco.

—Es porque fueron asesinados y se deshicieron de sus cuerpos —terminó Isi la frase.

Él la miró sin decir palabra.

De pronto vio a Constanza aparecer en la puerta del boliche. Quería llamarla, ¡aquí estoy, aquí estoy!, pero la voz no salió de su garganta. Traía un abrigo negro que destilaba agua del dobladillo e iba dejando un charco mientras caminaba hacia el interior. Empujaba un cochecito. Dentro del coche un bebé berreaba. Ahora se quitaba el abrigo y tomaba al bebé en brazos. «Ya pasó, ya pasó», le decía. El mozo con la chaqueta demasiado grande se acercó a la mujer y la ayudó a acomodarse en una de las mesas vacías.

—¿Y qué más? ¿Qué hacen los otros hijos e hijas cuando les dicen que su madre ha desaparecido?

No iba a llorar. No había llorado. Y no iba a hacerlo ahora. Pero su voz sonaba desesperada. Patética. Tomás tomó su mano.

—Podemos buscarla juntos.

—¿Buscar sus huesos, quieres decir? ¿Su cuerpo podrido tirado en una zanja? —se dio cuenta de que estaba gritando. La mujer con el bebé la miraba con compasión—. No. No. No. Me niego. Que se pudra sola —dijo, ya sin poder contenerse.

Tomás acercó su silla a la suya y la abrazó. Era un sentimiento horrible, arrasador, le costaba resistirlo.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Oculta en los brazos de Tomás, llorando. Poco a poco la opresión en el pecho, esa que no la dejaba respirar, fue cediendo. Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que en los ventanucos del local había aparecido una tímida claridad. La tormenta había pasado. Qué extraño era el silencio que había dejado. Los hombres callaban, también los viejos del dominó, incluso el bebé había dejado de llorar y ahora tomaba leche de una mamadera.

—Tomás, tenía mucho miedo de que hubieras estado en la casa de seguridad el día del asalto. Nunca me atreví a preguntarle a mamá. Prefería no saber.

Guardaron silencio por los que sí habían muerto. Tomó su mano y la llevó a su mejilla. Sintió en su palma su aliento. Cerró los ojos.

Buenos Aires, 1940

Cronopia debía estar por llegar. Era la primera vez que tu hija estaría en tu departamento de San Telmo. No la veías hacía ocho meses. Había pasado el verano con la familia Anchorena en Punta del Este y Pedro y tú ya no viajaban juntos al campo. Tampoco eras invitada a los eventos familiares.

Estabas preparada para recuperarla, para verla crecer, lo sabías, era lo que Pedro y Olivia tenían que entender. Es cierto que habías llevado una vida de castor, que habías echado abajo los bosques que te rodeaban para poder construir un refugio donde no perecer. Pero todo eso había quedado atrás. El escándalo de *La tarde más gris que ha tenido el cielo* te había traído con el tiempo notoriedad como una escritora aguda e indomable, y a pesar de que muy pocos habían alcanzado a leerla antes de que desapareciera, tanto a las editoriales como a los periódicos les interesaba tu opinión y te pedían reseñas. Trabajabas además como correctora en una pequeña agencia de publicidad. No era lo mismo que escribir lo tuyo, pero habías sobrevivido. El mal no había logrado hundirte.

Habías instalado junto a tu cama una más chiquita con un edredón rosado para Cronopia. No estabas segura de que fuera su color preferido —tan poco conocías a tu hija— pero suponías que todas las niñas de nueve años debían amar el rosado. A ti te gustaba. Compraste un ramo de lirios y bollitos de crema. Cocinaste manzanas al horno con canela. Querías que tu hogar oliera como los

hogares de verdad, como el de tu propia infancia, como el de Olivia. De seguro sería ella quien trajera a tu hija y tendrías que tragarte su sonrisa. Una sonrisa que había adquirido la expresión de una carcajada, a tantas cirugías se había sometido.

Oíste el timbre y te diste cuenta de que estabas temblando, que llevabas varios minutos temblando. Respiraste y abriste la puerta. No era Olivia quien había traído a Cronopia. Era Pedro. Estaba enflaquecido, desmejorado. Su piel tenía un color cenizo y le temblaban un poco las manos. Él y tú ya no eran esa exquisita especie en extinción que había nombrado Reynaldo. Eran apenas dos adultos a quienes la vida había golpeado. Cronopia estaba escondida tras su padre. ¿Te temía acaso? Esta idea atravesó tu pecho, hiriéndote. Extendiste los brazos.

—Cronopia, amor —le dijiste.

La niña se acercó a ti. La abrazaste. Era una emoción tan gigantesca que apenas la soportabas. «Vamos a ser felices ella y yo», te dijiste. Y si necesitabas ese futuro para nombrar tu felicidad, era porque temías que desapareciera si la hacías presente. Tan frágil era.

—Entre, entre —saludaste a Pedro. Él nunca había estado allí.

—Quedó estupendo —dijo pasando su mirada por sobre los pocos muebles y enseres de la sala. El cuadro que había pintado de ti estaba colgado sobre un sillón raído de terciopelo que te había regalado Palma. Todos los días querías sacarlo de ahí. Esa mujer, en quien ya no te reconocías, te hacía sentirte incómoda.

—Ven, voy a mostrarte nuestro cuarto —le dijiste a Cronopia—. Hay jugo de manzana en la mesa del comedor y bollitos, sírvete si quieres —le señalaste a Pedro.

—¿No tiene algo más fuerte?

Te miró con una sonrisa atenta. Una sonrisa tramposa.

—No —respondiste desafiante, tomaste la mano de tu hija y la condujiste al cuarto.

Cronopia se quedó de pie en el umbral de la puerta. La camita rosa embutida entre tu lecho y la pared y, colgada en un rincón, una guirnalda de flores de papel a modo de bienvenida. Había crecido y sus huesos largos la hacían ver aún mayor. Te miró seria, interrogante. Experimentaste la misma derrota que esa vez que le llevaste las alas.

—Qué bonita —dijo con una suerte de resignación, señalando la guirnalda.

Estaba de vacaciones y habían acordado que se quedaría contigo una semana. Después verían. Verían. Verían. ¿Quiénes verían? Pedro Lara y su hermana Olivia. ¿Qué derecho tenían ellos a conducir tu vida así?

Después de que su padre hubiera partido, Cronopia se sentó en el sillón de la sala muy compuesta, como si esperara algo.

De repente la divisaste. Batía sus alas de color negro con lúnulas amarillas contra el vidrio de la ventana. La Cometa Esperanza. La mariposa improbable que sin embargo había llegado a tu ventana. Se sostuvo un segundo en el aire y emprendió el vuelo.

—¿Te gustaría que saliéramos a pasear? Hay una confitería por aquí cerca que tiene unos helados deliciosos —le propusiste.

—Sí.

—Y después podemos ir a la juguetería. Quiero que tengas la muñeca más linda de todo Buenos Aires. ¿Te gustaría?

—Sí —repitió. Obediente. Perfecta.

¿Dónde estás, Cronopia, hija mía?, querías preguntarle.

Los siguientes días depositaste toda tu atención en tu hija. Cada día inventabas un nuevo panorama. Fueron al zoológico de Palermo. Las jirafas, los tigres, los lobos marinos, las maras. Era emocionante ver al resto de los habitantes del planeta. Y, sin embargo, Cronopia nunca salía de su cápsula. Observaba a los animales concentrada, sin inmutarse.

Frente a la jaula de las gacelas, le dijiste:

—Me gustaría ser una gacela.

Cronopia se volvió hacia ti y con cierta fiereza te preguntó.

—¿Para qué?

—Para correr como ellas, obvio. ¿A ti no?

—No.

Su voz era tajante, como si en ese «no» estuvieran contenidos otros «noes» mucho más grandes.

Continuaron caminando por los senderos de grava. El oso hormiguero, los bisontes, las hienas. Cronopia miraba con esa forma suya de estar sin estar. Los ciervos, los camellos, los orangutanes.

—Mira cómo se rasca, es tan humano, ¿no te parece? —le preguntaste en un intento por comunicarte con ella.

Te miró con una expresión condescendiente y a la vez distante, sin decir palabra.

Cada vez que Cronopia te miraba así, se te congelaba algo del cuerpo. No había fisuras por donde entrar en ella. Nunca un desamor te había dolido tanto. Lo que habías sentido ante el rechazo del diplomático era nada en comparación. A veces, cuando la mirabas, recogida en la fortaleza de su distancia, pensabas que tal vez ella conocía el daño que era capaz de infligirte, el poder que

tenía sobre ti. Y lo ejercía. Lo ejercía conscientemente. Esta era acaso la manera que había encontrado de defenderse de algo que no podía ver pero que intuía. Debía protegerse de su madre y de su herencia.

Era la última noche que Cronopia pasaría contigo. La niña dormía plácida en su cama rosada junto a la tuya. Tú la mirabas dormir. Tenía la muñeca que le habías comprado entre los brazos. A ti te era difícil conciliar el sueño sin el alcohol. Volvías a preguntarte: *Dónde está la Cronopia que salió de mis entrañas, la que amamanté, la que hacía las preguntas. Éramos una, ella y yo.* La observabas. Ese rostro tan diferente al tuyo. Y, sin embargo, familiar hasta el dolor. Cronopia, dormida, se dio una vuelta hacia el muro y la muñeca cayó al suelo como un cuerpo desechado.

Fue en ese instante, en ese preciso instante, cuando ya no pudiste ver su rostro, que en un ramalazo de lucidez descubriste que la habías perdido irremediablemente. Esa niña que ahora dormía vuelta hacia el muro no te quería. No te quería y nunca lo haría. Fue la noción de tu compacta soledad, de esta pérdida irremediable, la que te hizo sucumbir.

Cerraste la puerta del cuarto, te pusiste el abrigo y bajaste al bar. El de Plaza Dorrego. Te tomaste un whisky al seco, luego otro, de pie en la barra para no demorarte. Había que apurarse, la niña podía despertar en cualquier minuto. Pero dos tragos no eran suficientes. Le rogaste al joven de la barra que te vendiera una botella para llevártela a casa, le pagarías lo que fuera. El chico accedió. Debió de ser tu expresión desesperada. También le pediste una botellita de coñac y las metiste a tu cartera. Ahora que estabas de vuelta en tu departamento podías continuar. Querías ser una buena madre. Lo

querías de verdad. Pero tu cuerpo se negaba, se negaba también la vida, se negaba la naturaleza, se negaba el universo entero, confabulados para retorcerte el corazón. Recordaste las palabras de Celia hacía ya tanto tiempo: «Estás hecha para aspirar a otros derroteros».

No supiste cuándo perdiste la conciencia. Amaneciste tirada en medio de la sala, bañada en un vómito fétido que te mataba. Cronopia, con la muñeca entre los brazos, te miraba sollozando.

—¡Cronopia! —exclamaste desde el fondo de tu garganta.

Estaba todo perdido.

Olivia la recogió unas horas después. La sala aún olía a vómito y tu rostro desencajado te delataba. Sin saberlo, Cronopia terminó por enterrarte.

—Mamá se puso mal. Mal, muy mal. La encontré ahí —señaló el lugar del suelo donde te había encontrado esa mañana tirada y donde aún quedaban trazas de vómito. Su voz temblaba.

Un mes después, la familia Anchorena partió a Nueva York. José Anchorena quería ampliar sus negocios y habían decidido vivir una temporada allí. Era una oportunidad única para Cronopia, así te lo expresó Pedro, así se decidió. Después de lo ocurrido en tu departamento, habías perdido la poca incidencia que tenías en la vida de tu hija. Era el arma de guerra de Pedro y de su hermana, la que sabías blandirían hasta el final.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Roberto Garretón, el abogado, corroboró las malas noticias que nos había dado Tomás la tarde de lluvia. Constanza Cruz había desaparecido en los intersticios del infierno. Cada mañana Isi salía rumbo a la Vicaría en busca de noticias. Según ella hasta las palomas la reconocían. Lo decía con la impotencia de recibir cada día una negativa más contundente que la anterior. Porque, con el paso del tiempo, las posibilidades de que su madre estuviera viva se volvían más y más escasas.

Adriano nos ayudaba. Todas las semanas un chico llegaba con una caja de alimentos frescos para nosotras. No lo mencionaba, pero ambas sabíamos que era de parte suya. Los domingos nos obligaba a salir a pasear con él y el perro que había encontrado en la población y de quien ya no se separaba. Intentaba animar a Isi con sus bromas añejas, pero ella apenas sonreía. Al menos accedía a sentarse en un escaño de la plaza con nosotros —los dos viejos decrépitos— a tomarse un helado. De fresa ella, de vainilla Adriano, de chocolate yo.

Algunos domingos, como ese, Tomás se reunía con nosotros. Era evidente que había algo que los unía. A veces los sorprendía mirándose con avidez, como dos enamorados, pero prácticamente

no se tocaban. Guardaban una distancia contenida. Tal vez las circunstancias eran demasiado traumáticas para el amor. No lo sé.

Era un domingo soleado y la plaza se había llenado de niños, perros, viejos. Mientras Adriano e Isi compraban los helados, le hablé a Tomás de ella. Le pregunté si había algo que pudiéramos hacer para ayudarla a salir de su estado. Me contó que los compañeros del partido —no sé a qué partido se refería ni a qué compañeros— habían contactado a una familia canadiense que ansiaba recibirla.

—Sería bueno para Isi salir de aquí —me dijo—. Tomar distancia de toda esta desgracia. Se lo planteé, pero ella no me dice nada.

Me contó de los familiares de detenidos desaparecidos que dedicaban sus días a buscar los restos de sus seres queridos. Me contó también que le había ofrecido a Isi hacer ese camino juntos, pero ella había sido tajante. No quería pasarse la vida buscando a su madre. Yo sabía que con su tristeza convivía la rabia. La veía en cada uno de sus gestos, en cada una de sus expresiones. Era una rabia eléctrica, a la que se sujetaba con ferocidad para no sucumbir.

—Tal vez no debemos presionarla. Cada día Isi emprende una odisea de emociones. Supongo que a lo más que podemos aspirar es a estar aquí, a su lado —le dije.

Cuando Isi y Adriano volvieron, sentí ganas de decirle: «Aquí estoy, Isi, y no te suelto, no me voy hasta verte salir del infierno». Ella pareció percibir mi emoción, porque se sentó junto a mí en el escaño, muy cerca, tocándome. Sentí su calor y ella debió sentir el mío.

Isi

La semana anterior, el señor Levi le había traído una caja que contenía los libros escolares correspondientes a su último año de liceo. Leonor era quien estaba detrás de todo eso. Le había sugerido que terminara el colegio. No necesitaba siquiera aparecerse por un aula de clases, le dijo, podía estudiar ahí en el departamento y al final del año dar exámenes libres. Se ofreció a ayudarla. Pero Isi no estaba segura de querer hacerlo. Estudiar era imaginar el futuro y ella no quería imaginar el futuro. Se levantaba cada mañana pensando que sería el último día de esa pesadilla. A veces no podía soportarlo y pensaba que mejor hubiera sido no existir. No es que quisiera morirse, porque en la muerte se hubiera encontrado con Constanza, y ella no quería encontrarse con su madre, con la gloriosa Comandante Nati. Tomás ya no insistía en su idea de que la buscaran juntos. No quería sus restos. Lo cierto es que no quería nada de ella. A veces volvía a su memoria ese último día que habían pasado juntas. Veía a Constanza meciendo los brazos a uno y otro lado al tiempo que movía las caderas como si le diera vueltas a una argolla de ula ula, henchida de alegría por la noticia que al día siguiente le daría. ¿Qué era? ¿Qué era? ¿Cuál era esa sorpresa que había quedado suspendida en el tiempo y que tal vez le había costado la vida?

A pesar de que detestaba el futuro, se puso a hojear los libros. El de Química, el de Historia, el de Matemáticas. Y, no supo cómo, de pronto se encontró sentada a la mesa del comedor estudiando. Tal vez la movía el desafío de poder hacerlo, de sobrevivir sin Constanza.

Ahora Leonor y ella estaban sentadas cada una a un extremo de la mesa del comedor, una con su máquina de escribir y un chal en las rodillas, la otra rodeada de libros y cuadernos de los cuales apenas levantaba la cabeza. Leonor estaba empecinada en terminar esa obra que había empezado hacía más de diez años. A veces se detenía por largo rato y miraba por la ventana. Isi imaginaba que viajaba por otros mundos. Sería eso lo que hacían los escritores, viajar sentados ante a una máquina de escribir. La de Leonor era antigua, del año de la pirinola, como decía ella.

—¿Siempre quiso ser escritora? —le preguntó.

—Qué va. Me habría encantado ser una cantante de baladas francesas. Pero, ¿sabes lo que más me hubiera gustado?, haber sido vendedora de ropa interior en Gath y Chaves. Una tienda elegantísima que había en mi época.

—¿Vendedora? No le creo.

—¡Ah, sí! Imagínate qué divertido hubiera sido aconsejar a las señoras empingorotadas qué calzones comprar para seducir a sus maridos. Mirarle el trasero fruncido a una y saber que no habría caso. O presentir tras la casta camisita de una damisela uno de esos pechos que levantan hasta a los muertos. Qué vida habría tenido de haber sido vendedora de ropa interior.

Rieron. Hacía tiempo que no reía así. Leonor la miró de reojo. Sus ojos brillaban. Isi sabía que le hacía feliz hacerla un poco feliz.

En su viejo tocadiscos, también del año de la pirinola, sonaba esa cantante que a Leonor le gustaba tanto, Edith Piaf, y ahora, animada, en el estribillo se ponía a cantar con su voz terrible de desafinada. Por suerte se había dedicado a escribir y no a cantar.

Buenos Aires, 1941

Te enteraste por el poeta viejo de que Pedro había sido internado en el hospital Rivadavia. Era su corazón. Dejaste a un lado tus padecimientos y corriste a verlo de inmediato. Lo encontraste en un cuarto blanco, la garganta desguarnecida, una delgadez mortuoria bajo la bata de hospital. Ya no se sentía hombre, te dijo.

—Soy una piltrafa, Leonor —zanjó con un hilo de voz.

Era doloroso verlo así. Pasaste esa noche junto a él. Soñaste que ambos eran una grieta por donde se caían los barcos en altamar.

Al día siguiente, después de que la enfermera le hiciera su aseo, lo ayudaste a sentarse en la cama todo lo erguido que podía. Te pidió que le anudaras una chalina bermellón al cuello y que lo peinaras. Por la tarde te pidió que le colorearas el rostro, los labios, las mejillas.

—Para parecer humano —te dijo.

Volviste cada tarde. Los amigos y algunos mocetes con quienes su encuentro había sido algo más que pasajero también lo visitaban. Él hacía su mejor esfuerzo. Sonreía desde la distancia de su enfermedad, pero al rato se sumía en el sopor y sus amigos salían del cuarto cabizbajos.

Al cabo de una semana sufrió un nuevo ataque. Desde ese día no te separaste de su lado. Le hablabas. Pero no de asuntos de este mundo. Querías llevarlo con tu voz a confines más amables, más etéreos, donde su cuerpo enfermo no existiera.

Con el beneplácito del doctor —un amigo de la familia Lara— trajiste su vitrola. Por las tardes la encendías. Brahms, Gardel, Tino Rossi, Maurice Chevalier. También llevaste un frasquito de trementina, por el olor, tan familiar, tan suyo. Te recostabas a su lado, lo limpiabas, limpiabas ese cuerpo que siempre se te había escapado, la zanja que nunca pudiste franquear. Vestías su ruta hacia el otro mundo con todo lo que él había amado.

*

Era el día más gris que había tenido el cielo en mucho tiempo. Qué ironía, pensaste. El día más gris para despedir a Pedro en el cementerio de La Recoleta. Estaban todos. Incluso Celia y Reynaldo, que habían viajado desde Santiago. Pero no Cronopia. Olivia lo había decidido así. Estaba en pleno periodo de exámenes y de faltar, perdería el año. Eso te dijo en un telegrama desde Nueva York. Pero tú sabías que no era eso. Habrían sido tan solo unos días. ¡Y era su padre! Olivia quería evitar que tu hija estableciera algún vínculo contigo. No iba a perdonarte lo ocurrido en tu departamento. La borrachera. Y tú tampoco. No olvidarías la voz temblorosa de tu hija, su miedo. Y sabías que Cronopia tampoco lo haría. Nunca.

Enterraron a Pedro en el mausoleo de su familia. Un ángel de gigantescas alas resguardaba a los Lara desde lo alto de una cúpula. El mausoleo estaba junto a la tumba de Rufina, hija del gran escritor Eugenio Cambaceres. La niña de diecinueve años de quien se dice que fue enterrada viva creyendo que había sufrido una muerte súbita. En el imponente monumento que mandó a construir su madre se ve a una niña que intenta abrir la puerta del mausoleo.

Decían que por las noches deambulaba entre las tumbas. Tú querías que así fuera, que su alma acompañara a la de Pedro.

La última vez que habían estado juntos él te había hecho reír. No alcanzó a salir del hospital. Su corazón se detuvo una madrugada. Llevaba la chalina bermellón al cuello y el pelo engominado.

La descomposición de su cuerpo fue rápida. Por eso ahora su ataúd estaba cerrado. Se sucedieron los homenajes. Todos querían decir algo de Pedro Lara. Sus amigos, sus amantes, su galerista, hombres connotados que alguna vez lo habían conocido y no querían perder la oportunidad de hacer un discurso y, acaso, si la inspiración los acompañaba, brillar ante ese grupo tan selecto. Tú permanecías erguida y en silencio, oculta bajo el velo negro de tu sombrero. Era demasiado grande lo que querías decirle. Sentías que ambos habían vuelto a ser los bellos excéntricos, la especie en extinción que hacía tantos años había identificado Reynaldo. Mientras las imágenes de su vida juntos se iban sucediendo en tu memoria, alguien más daba un discurso que no escuchabas.

—Valió la pena, Lara —le dijiste en un susurro que nadie escuchó.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Cada día les rogaba a los ángeles que me otorgaran una tregua en esa creciente decrepitud. Ya no tenía que matar el tiempo como antes, porque el tiempo me estaba matando a mí. Había días en que el dolor de piernas y de barriga eran tan intensos que no podía levantarme de la cama. La última vez que había visto a un doctor me había dicho que tenía el hígado deshecho. «Deshecho», esa fue la palabra que había usado y por eso no volví más.

No sé por qué volvían a mí las últimas semanas de Pedro Lara en el hospital. Sus esfuerzos por mantener su dignidad en pie, extender la vida. Me pregunto ahora si acaso su motivación no era lo suficientemente poderosa como para resistir los embates de la muerte. La mía sí lo era.

Isi había encontrado una tabla en la calle que junto con Tomás pulieron y barnizaron. Y cuando me rendía y me quedaba en la cama, ella la ponía sobre mis rodillas, colocaba allí la Remington y el papel y me instaba a seguir. Me recordaba el célebre listón de Gabriela Mistral sobre el cual escribió sus últimos poemas.

Por la tarde Isi se sentaba junto a mí y yo le preguntaba qué había estudiado. Me hablaba de la composición del ADN, de ecuaciones, de la independencia de Chile, y yo la obligaba a ser precisa, a otorgarme datos concretos, a ordenar sus ideas para que

al final del año, cuando rindiera sus exámenes, toda su inteligencia y su esfuerzo despuntaran.

A veces soñaba con la madre de la niña. Soñaba con la mujer que había observado tantas veces desde mi ventana. Hubiera querido haberla mirado más, haber tenido en mi memoria sus rasgos con más exactitud.

También soñaba con Cronopia. Las últimas páginas que me empeñaba en escribir versaban sobre ella. Buscando acaso perdonarme, perdonarla. Pero no podía. Por más esfuerzos que hacía por sacar de mí un alma buena, de repente me encontraba golpeando las teclas con rabia, hablándole a gritos a mi hija en el texto, hablándome a gritos a mí misma, la página recibiendo mis golpes con la mudez y la humildad de lo irremediable.

Es paradójico, pero cuando dos personas que se supone deben quererse no lo logran, la distancia que genera el desamor es más grande, muchísimo más grande que la que media entre dos extraños. Una distancia por la cual las madres seremos siempre condenadas. Pensaba en Muriel Spark, quien, asfixiada por la vida junto a un hombre cruel y en un país que le era hostil, dejó a su hijo de cuatro años en un convento de monjas en Rodesia y emprendió viaje a Edimburgo, la ciudad donde había nacido. Nunca volvió a vivir con su hijo y en los esporádicos encuentros que sostuvieron, el afecto entre ellos nunca floreció. A pesar de su brillante obra aún sigue siendo condenada por ello.

El reloj cucú de la pared dio las ocho. Afuera se expandía la oscuridad. En la plaza, ocultos entre los matorrales, seguro estaban los vagabundos, esos que por el día dormitaban en las banquetas hasta que un guardia los zarandeaba, para un rato después, como

las palomas, volver a sus sitios solitarios. La tozudez de la vida. La misma que ahora yo enarbolaba para resistir.

Buenos Aires, 1942

Hacía un año que Pedro había muerto y Cronopia estaba lejos, en Nueva York, con los Anchorena. Te preguntabas qué hacías en este mundo, cuál era tu misión, qué podía rescatarte de ese sinsentido.

Celia y Reynaldo te habían animado a que volvieras a Chile y te quedaras con ellos. Chile habría podido ser una alternativa. Pero ¿qué hubieras hecho allí con tus derrotas? No habrías sido capaz de resistir las miradas asesinas de tu madre ni de tus hermanas. El castigo de *tout le Santiagó* del cual habías huido, habría caído sobre ti como una lápida. Tampoco querías que te compadecieran. Pedro te había dejado en herencia diez cuadros. El resto de sus pertenencias era para Cronopia. Con esos diez cuadros y tu pasado a cuestas ibas a seguir. Necesitabas una vida tan solo. Una en la que estuviera tu hija.

Para tu cumpleaños número treinta y dos tomaste la decisión. Si Cronopia no venía a ti, tú irías a buscarla. Vendiste un par de cuadros de Pedro, te compraste un pasaje en barco a Nueva York y partiste a buscarla.

La mañana que tu barco zarpó del puerto de Buenos Aires tenía una luminosidad indecisa y honda. Recordaste esa otra mañana cuando, desde el barco que te traía de Europa, viste el puerto de Valparaíso. Sus tonalidades grises, la ciudad montándose a los cerros como una manada de elefantes. Recordaste la expectación, la ansiedad, el miedo a no encajar. Y ahora, rumbo a Nueva York en

busca de tu hija, sentías el mismo miedo. Había algo en el centro de la existencia que nunca mutaba, un sino que trascendía tiempo y espacio.

Para espantar ese miedo, pasabas el día leyendo en alguna poltrona de la proa. El cielo cambiante te acompañaba. Sus mudanzas veleidosas lo volvían humano, por eso te gustaba el cielo. Leías a Chéjov. En él encontrabas la hondura y el humor que necesitabas para enfrentar lo que se avecinaba.

Un jueves de abril tocaste la campanilla de la casa de los Anchorena en East 79th Street frente al Central Park. Una criada abrió la puerta y te pidió que esperaras. Olivia apareció al cabo de unos minutos componiéndose el cabello.

—¿Qué haces aquí? —te preguntó aferrada a la puerta con una expresión de alarma que su sonrisa hechiza no fue capaz de ocultar.

—Vengo a ver a Cronopia.

—Ella no está.

—La puedo esperar.

Habías viajado quince días desde Argentina para ver a tu hija, unas horas más no significaban nada.

—Es que hoy llegará tarde, después de clases tiene su lección de piano.

—Ya te he dicho, Olivia, no tengo apuro, puedo esperarla.

Cogiste tu maleta e hiciste el gesto de entrar. Olivia te detuvo.

—Tú no entiendes, querida. No puedes llegar así a nuestra casa. Será mejor que te vayas.

Tenía la insólita y macabra capacidad de echarte de su casa en un tono cordial. Sin mirarte a los ojos te dijo que se pondría en

contacto contigo después de hablar con su marido y los abogados. Abogados.

De nada sirvieron tus ruegos. Era como intentar traspasar las puertas del cielo con un cargamento de whisky. Derrotada, le dijiste que aún no sabías dónde te quedarías. Habías llegado con una pequeña maleta y la ilusión de que Olivia te hospedara en su casa. Imaginaste que compartirías con Cronopia su cuarto, que conversarían por las noches, ambas acurrucadas, que se contarían secretos. Todo eso imaginaste. No esperabas quedarte varada en una calle, sin lugar a donde ir, ante una puerta que se había cerrado de golpe como en las peores historias.

—¡Bellaca, mezquina, bruja! —le gritaste. Pero ella ya no podía oírte.

Después de preguntar por aquí y por allá, terminaste en un hotel gigantesco y espectral de la calle 126. Uno de esos hoteles venidos a menos donde era usual encontrar a un borracho de baja estofa dormido en el pasillo. Tu cuarto, del tamaño de una cripta, estaba en el piso diez.

Al día siguiente de instalarte, dejaste en el buzón de Olivia una nota con tus nuevas coordenadas y te pusiste a buscar trabajo. Hablabas un inglés casi perfecto, con un leve acento francés. Tocaste a las puertas de periódicos y agencias de publicidad batiendo como un trofeo tus dos novelas que nadie podía leer pero que llevaban tu nombre y te otorgaban estatus. Por fin, al cabo de diez días, conseguiste un puesto de estenógrafa en una agencia de publicidad en Madison Avenue. Cada mañana salías de tu cripta, tomabas el metro hasta Madison y te encerrabas en un cuchitril junto a otros tres estenógrafos que fumaban y tosían, consumiendo

las horas sin levantar cabeza hasta las cinco de la tarde, hora en que salían en estampida.

Mientras aguardabas a que Olivia te permitiera ver a Cronopia, te internabas en Central Park. Tenías la esperanza de ver a tu hija en alguno de esos lugares donde las niñeras solían llevar a los críos de sus patrones a jugar. En uno de tus paseos descubriste las ardillas. Eran muchas. Algunas corrían con sus ramitas en la boca y se perdían en la espesura, otras montaban raudas por los troncos de los árboles o se revolcaban entre las hojas caídas.

A partir de entonces te allegabas al parque tanto con la esperanza de encontrarte con Cronopia como con las ardillas. A veces alguna detenía su andar voluntarioso y te miraba curiosa. Una vez te preguntaste: ¿para qué viven las ardillas? La respuesta acudió completa, límpida. Vivían para captar el movimiento de las hojas, para oír el ruido que hacían al tocar la tierra, para oler el aliento de la brisa. Las ardillas «son», sin necesidad de preguntarse más, a diferencia de nosotros los humanos, animales caídos del paraíso, condenados a preguntarnos día a día quiénes somos. En esa isla verde que era Central Park, rodeada de torres, de vanidad humana, de insensatez, de banalidad y apetito, estaba, contenida dentro de la pequeña y callada existencia de las ardillas, la belleza del planeta. Una belleza que ansiaste compartir con tu hija.

Tres semanas después de tu llegada, Olivia te permitió verla por primera vez. Te recibió ella misma en la puerta y te hizo pasar a una amplia sala. Llevaba un vestido rosa, un toque sobrio de maquillaje del mismo color y el pelo tomado escrupulosamente bajo la nuca. Te invitó a sentarte. Sobre una mesita había dispuestas tres tazas de té y galletas. Esperabas que se sentara contigo para que por fin

pudieran hablar como dos adultas. Pero no. De pie, acomodó las tacitas en sus platillos con esos ojos suyos que no se posaban en nada y cuando por fin dejó su inútil labor, te otorgó una débil sonrisa, se dirigió a la puerta y la cerró tras de sí.

Al cabo de unos minutos apareció una chica menuda, de andar decidido, que te hacía una reverencia. Junto a ella una mujer porfiada de cara te miraba sopesándote.

—Cronopia —musitaste con voz temblorosa y la máxima tranquilidad que fuiste capaz de aparentar.

La mirada pálida de Cronopia tenía una expresión nueva, traviesa y seria a la vez. Ya tenía once años. Llevaba dos trenzas prendidas con lazos de raso celeste. Raso auténtico. Tenía la apariencia de una muñeca cara. Avanzaba hacia ti restregándose una de las trenzas contra la mejilla.

Extendiste los brazos, Cronopia se acercó cauta y se dejó abrazar.

La mujer se presentó como miss Garfield, la institutriz de Cronopia. La niña se acomodó junto a ti en el sillón y la institutriz se sentó frente a ustedes. Luego sirvió el té. De tanto en tanto, tu hija te miraba. En sus ojos creíste ver un trasfondo de amarga lucidez. Te miraba sin piedad. Cuánto veneno le habría inoculado Olivia.

Añoraste poder decirle ven, ven conmigo, salgamos juntas de aquí, vámonos lejos, vámonos de esta ciudad maldita, vámonos. ¿Dónde habían quedado las palabras aladas, los dichos graciosos que habías recogido y guardado para ella? Cabeza de alcornoque para los distraídos, cabeza de cebolla para los canosos, cabeza de chorlito para los desmemoriados, cabeza de níspero para los calvos, cabeza de pollo para los olvidadizos. ¿Dónde habían quedado las ardillas y su milagro?

Miss Garfield deslizó alabanzas a la inteligencia y docilidad de Cronopia, sus resultados extraordinarios en el colegio, su facilidad para entablar amistades, su natural don de gente, al tiempo que Cronopia, a tu lado, seguía sonriendo traviesa y pálida como si tú hubieras sido parte de un juego, un juego que se terminaría una vez que hubieras partido. El juego fatal de los afectos perdidos.

Volviste a visitarla unas cuantas veces y en cada ocasión, a los pocos minutos, Cronopia le pedía educadamente a la institutriz autorización para volver a sus tareas. No había nada hostil en su actitud, pero nada amoroso tampoco.

En tu última visita, ya pronta a partir, Cronopia te regaló un dibujo. Una casita con cuatro ventanas y una puerta. Era evidente que no había heredado el talento de su padre. Tomaron té en el comedor junto a Olivia y los tres niños bajo una lámpara de lágrimas. Como nunca, Olivia te llenó de atenciones. Tras su mirada de ojos muy abiertos y fijos de animal embalsamado podías ver el alivio que le producía tu partida.

Al día siguiente tomaste el barco de vuelta a Buenos Aires.

Fue un viaje aún más largo que el de ida. Cuando viajabas rumbo a Nueva York te acompañaba la esperanza. Ahora solo quedaba un vacío que se fundía en su inmensidad con el mar. Dejaste pasar los días y las noches, cientos de horas echada en una litera dura y fría.

Solo una noción aliviaba tu dolor. En esos escuálidos encuentros que habías tenido con tu hija, te habías dado cuenta de que Cronopia era un ser mucho más apto para la vida que tú.

*

Llegaste a tu departamento de San Telmo cuando el invierno comenzaba a asomar sus garras y los árboles intentaban sostener sus últimos verdores. Abriste las cortinas para dejar entrar la luz, también las ventanas para disipar el aire pesado del encierro. Una bandada de pájaros cruzó el trozo de cielo. Ahí estaba la vida, la misma que habías encontrado al otro lado del océano Pacífico, el mismo ajetreo de seres ocupados en llegar lo menos magullados posible a la tumba. Todo era igual, solo que allá había quedado Cronopia.

Desarmaste tu maleta y te sacaste la ropa. Te miraste en el espejo de tu armario de luna y no reconociste esos ojos cansados que te miraban como a una extraña. Tampoco el cuerpo lleno de pliegues que intentaba erguirse para ti. Cuántos momentos dilapidados y malgastados tenía ese cuerpo, cuánto amor que no había encontrado nido, cuánta pasión aplastada, cuánta vida extraviada. No sabías cuánto tiempo más resistiría ese cuerpo. Eras una anciana, una anciana de 32 años que hubiera deseado estar bajo tierra.

Esa noche saliste a caminar por tu barrio. El cuerpo resistía. Y necesitaba aire. El rumor de la noche, el eco de las bocinas y las voces a lo lejos te envolvieron con su persistencia de vida. Cruzabas la Plaza Dorrego cuando recordaste las ardillas de Central Park, las que vivían para captar cada vaivén del día.

¿Era acaso posible para ti la vida? En el anonimato de la noche, pensaste que quienes pierden todo tal vez pueden empezar a vivir.

Tal vez, te respondieron las otras Leonor. Tal vez.

Santiago de Chile, 1980

Isi

Les dijo que no. Que no le interesaba conocer a los padres de Javier, que estaba bien así, que la dejaran en paz. Leonor y Tomás insistían que le haría bien y que, además, para los padres era importante conocerla. Al final cedió. No por ellos. Por Leonor. La veía tan frágil, que le dio pena seguir contradiciéndola. Por eso estaba ahí, con Leonor y Tomás, esperando que esos señores llegaran al Boliche de la Tormenta. Así habían denominado con Tomás a ese lugar donde habían vuelto juntos varias veces. Él siempre intentaba animarla, hacerla reír. Le contaba anécdotas de sus compañeros de universidad y de la Vicaría. A veces la tomaba de las manos y se la quedaba mirando. «¡Qué?», le preguntaba ella. «¿Acaso no puedo mirarte?», le decía él, pero se detenía ahí. Isi suponía que la protegía. Seguramente tenía muchas chicas que lo pretendían y no quería atarse. Menos con ella. Debía saber que ella no hubiera podido soportar más pérdidas ni decepciones. Por eso prefería no avanzar.

No esperaba que los padres de Javier fueran tan viejos. Casi tanto como Leonor y el señor Levi. La mujer traía un bastón. Era delgada como Javier y tenía la mirada altiva. Él en cambio era rechoncho y sonreía nervioso. Ambos llevaban abrigos elegantes. Vestían como la gente del barrio alto.

—Disculpen que nos hayamos atrasado, nuestro chofer es del sur y apenas conoce Santiago —dijo el señor, al tiempo que ayudaba a su mujer a alcanzar una silla.

Chofer. Eran ricos de verdad.

—Por aquí, Eva —le indicó el hombre a su mujer. La llevaba tomada del brazo—. Aquí puedes sentarte.

Era ciega. La madre de Javier era ciega. Eso sí que no lo esperaba.

A esa hora, las cuatro de la tarde, el Boliche de la Tormenta estaba casi vacío. Pidieron café con leche. Los atendió el mismo mozo de siempre, el de la chaqueta demasiado grande. Los saludó como a viejos amigos.

—¿Quieren algo más? —preguntó Tomás.

Leonor quiso saber si tenían algo dulce. El mozo les dijo que tenían un queque de limón que horneaba una vecina, recién hecho, y Tomás pidió para todos.

—¿Cómo es? —le preguntó la mujer a su marido una vez que el mozo hubo partido.

El hombre miró a Isi. Le sonrió.

—Es muy linda.

—¿Pero linda de qué forma?

—A ver, a ver, tiene los ojos expresivos, inteligentes. Es menudita, pero se nota que no da su brazo a torcer. Eso te gustaría. Es muy bonita, en verdad. Se parece mucho a su madre.

La mujer sonrió.

—¿Conocen a mi madre? —les preguntó.

No entendía. No se suponía que la conocieran. Vivían en la clandestinidad. Y en la clandestinidad uno no conocía a los padres

de sus amigos ni de los compañeros.

—Solo en foto. Nuestro hijo me la mostró —dijo él y posó su mano sobre la de su mujer. No se miraban, porque ella era ciega, pero Isi intuía que se miraban igual—. No sé si lo sabías, Isi, pero tu madre y Javier querían salir del país, contigo por supuesto. Partirían a Francia. Los tres.

—Pero no alcanzaron —intervino la mujer. Se le quebró la voz.

—No lo sabía —dijo Isi.

—Manuel estaba enamorado de tu madre. Quiero decir: está —se corrigió ella con un carraspeo.

Estaba. Está. ¿Cómo se conjugaban los verbos para un desaparecido?

—Manuel es su nombre. Tú lo debes conocer por Javier, ¿verdad? —agregó el padre. Isi asintió—. Dos días antes de que se los llevaran, vino a casa. No lo veíamos hacía meses. Nos mostró la foto de tu madre y nos dijo que estaba enamorado de ella. También nos habló de ti. Te describió como una niña superdotada y maravillosa.

—Lo es —afirmó Leonor.

—Nunca lo había visto tan entusiasmado —dijo la mujer—. La posibilidad de iniciar una vida con ustedes era según él lo mejor que le había pasado nunca.

—Manuel ya tenía los pasajes —dijo él y cerró los ojos por un segundo, como si hiciera una pausa consigo mismo.

—Sabían que los estaban buscando. Pero no alcanzaron —intervino la mujer.

¡Qué estúpidos! Si sabían que los estaban cercando, ¿por qué se demoraron tanto?, ¿por qué? Tomás y Leonor la miraron, acaso esperando que dijera algo.

—¿Y qué diferencia hace? —les preguntó entonces—. ¿Me pueden decir qué diferencia hace si ahora están desaparecidos?

Leonor acarició su cabeza. Sabía que no iba a explotar, porque ya la conocía, pero sabía también que estaba haciendo un esfuerzo gigante para contenerse. Qué inútil todo. Eso es lo que sentía. Tanto esfuerzo para eso. Para que dos viejos le vinieran a contar los planes que su madre tenía para ella. ¿Había acaso considerado preguntarle si estaba de acuerdo con que Javier fuera parte de su vida?

—Solo queríamos que supieras —dijo la madre—. Y también queríamos que supieras que a nosotros nos gustaría mucho poder ayudarte. En lo que sea que necesites.

—¿En qué pueden ayudarme ustedes? —les preguntó con desdén.

—En lo que tú quieras, Isi —dijo la madre—. Manuel era nuestro único hijo. Nos quedamos sin nada.

—Yo también.

Sabía que estaba siendo dura, pero no sabía ser de otra forma.

Tomaron en silencio sus cafés. Ni Leonor, que siempre tenía algo que decir, abrió la boca. Nadie comió del queque de limón. Isi sabía que esos dos viejos no tenían la culpa. Tomás la miraba con esos ojos suyos, implorándole que cediera, que dejara entrar el afecto que ellos le ofrecían.

—Te trajimos un regalo —dijo la mujer.

—¡Ah!, cierto —agregó el hombre. Del bolsillo de su elegante chaqueta sacó un paquete de regalo del tamaño de un libro—. Aquí está. Ábrelo.

Lo abrió. Era una foto de Constanza.

—Nos la dejó Manuel ese día. Quería que le pusiéramos un marco bonito para después llevársela a tu madre.

Nunca había visto esa foto. Constanza estaba en el jardín de los abuelos con un canasto de frutas. Seguro eran esas manzanas amargas que caían del árbol viejo que estaba en el centro del jardín y se pudrían. Debía tener unos veinte años, miraba a la cámara y sonreía. Atrás se alcanzaba a ver a la abuela agachada. Tenía un marco de plata.

—Gracias —musitó.

—¿Puedo verla? —preguntó Tomás—. Es cierto, en esta foto se parece mucho a ti, Isi. —Percibió la emoción que le producía. La miró. Se quedaron así un segundo. El hilo de su mirada la apaciguaba.

Recordó la última noche que estuvieron juntas. Cuando Constanza, bailando, le anunció que al día siguiente le tendría una sorpresa. Esa tarde, al volver de clases, entró al departamento y estaba todo destruido. Esa era la sorpresa, sí, esa. Probablemente Javier traería consigo los pasajes y por eso debían aguardar hasta el día siguiente. Quería mostrárselos para que Isi supiera que no era una de sus fantasías.

No supo por qué se le vinieron a la mente las figuras de sombras que hacían juntas con sus manos en los apagones. Tras la llama de una vela aparecían en el muro zorros, pájaros, conejos, alces, cisnes, osos, perros. Sombras que hacían desaparecer momentáneamente la verdad que contenía ese momento, el terror endemoniado que sentía cada vez que la ciudad se quedaba a oscuras. Lo que se ve no es y lo que es no se ve. No sabía dónde encajar lo que ahora veía. Si esos hombres hubieran llegado unos días después, tan solo unos días, ahora hubiera estado con su madre caminando por una de esas calles con nombres franceses,

comiéndose uno de esos panes largos que ellos comen, tal vez riendo, tal vez recordando, tal vez discutiendo.

Constanza había encontrado la forma de que salieran juntas. La había encontrado. Y ahora era solo una sombra sobre otra sombra sobre otra sombra.

Santiago de Chile, 1961

No volviste a ver a Cronopia hasta muchos años después, diecisiete exactamente, cuando ya vivías en Santiago y ella viajó para asistir al matrimonio de una amiga chilena con quien había ido al colegio en Manhattan. Se encontraron en la terraza del Café Villa Real, en Providencia, porque no querías que tu hija, acostumbrada al lujo en el que la habían criado los Anchorena, conociera el departamentucho donde ahora vivías en el centro de Santiago. Cronopia, que ahora se hacía llamar María, pidió café y un surtido de pastelitos para ambas. Te preguntó, solícita, varias veces, si querías algo más. Parecía empecinada en agasajarte. Sus gestos eran seguros, pero se asomaba en ellos una profunda incomodidad, también en los tuyos.

Los primeros años tú le habías enviado una carta cada mes. Misivas extensas que nunca supiste si leía, porque sus respuestas eran escasas, escuetas y formales. Con el tiempo, tus cartas se fueron espaciando y adelgazando hasta volverse un saludo para las navidades, su cumpleaños o alguna otra fecha importante.

Tu hija seguía siendo menuda, pero su cuerpo, fibroso como el de su padre, se movía con desplante. Había heredado tus facciones armoniosas y llevaba el pelo como tú lo habías llevado de joven, hasta los hombros, con chasquillas, liso y muy negro. No sabías, ni tampoco le ibas a preguntar, si era consciente de eso. Tú habías cumplido cincuenta y tres años y ni rastro quedaba de la mujer que habías sido. Si alguien las hubiera visto, no hubiera imaginado que

se trataba de una madre y su hija. Tan extrañas resultaban la una para la otra. O quizás sí, quizás hubiera distinguido la zozobra en tus ojos, la necesidad imperiosa de saber hasta los más ínfimos detalles de la vida de tu hija. La bombardeaste a preguntas mientras ella te miraba con ese rostro blanco y liso. Neutro pero rotundamente presente. Estaban sentadas en la terraza, bajo un jazmín. En una mesa vecina tres mujeres de mediana edad parloteaban entusiasmadas.

—Leonor —te dijo, después de escuchar tus preguntas. Se refirió a ti como Leonor, no mamá, Leonor—, es imposible que nos pongamos al día en este rato, ¿no crees? —había ternura en su voz, como si le hablara a una enferma o a alguien imposibilitado para la vida—. Pero sí te puedo contar que me acaban de dar una cátedra para enseñar Mecánica Cuántica Avanzada en Harvard.

—¡Qué maravilla!, debes ser muy buena para estar en Harvard —exclamaste. No sabías qué otro comentario hacer, tan lejos de tu universo estaba la física.

—Lo soy —te dijo sin presunción, como si la inteligencia y el talento fueran un asunto natural y sin importancia.

Recordaste un poema de Reynaldo que hablaba sobre la misteriosa naturaleza de los fenómenos físicos y recitaste un par de versos.

—Qué buen poema, ¿de quién es?

—Del gran Reynaldo Isla. Un buen amigo de tu padre y mío.

Volviste a preguntarle por más detalles de su vida, a lo que Cronopia, ahora María, te respondió concisa y sin demasiado interés. Pensaste que si te agarrabas del hilo del poema tal vez podrías llegar

a esa María, y le hablaste de su padre, de Reynaldo y de Celia. Pero a los pocos minutos ella miró el reloj y dijo que debía irse.

—¿No quieres otro café? —le preguntaste intentando no dejar traslucir tu desesperación.

Nada había cambiado. Ahí estaba. La misma hambre, la misma necesidad de acogerla y ser acogida por ella. ¿Qué era? ¿Ese lazo que, a pesar del tiempo, la distancia y la indiferencia, a pesar de la historia truncada, persistía? Tal vez no era ni siquiera un lazo, sino una herida que se resistía a sanar. Una herida infectada que no se cerraba nunca.

—De verdad tengo que irme, Leonor. Me voy mañana y tengo un montón de cosas pendientes que hacer.

—Entiendo.

La observaste mientras pedía la cuenta, sacaba un espejito y un rouge de su cartera, dibujaba su boca con precisión, pagaba, se ponía la chaqueta, se levantaba y te daba un beso en la frente.

—Si necesitas ayuda, ayuda económica, me dices. Aquí estaré —te dijo antes de desaparecer.

¿Tan desamparada y acabada te veías para que ella te ofreciera ayuda? Pediste un whisky y luego otro y te quedaste largo rato sentada en la misma mesa, hasta que cerraron, al atardecer. Sabías que tal vez no verías nunca más a tu hija. Lo sabías. Y tenías que digerir esta idea poco a poco, con alcohol.

Sin embargo, algo habías descubierto en ese encuentro. No había rastro de ti en Cronopia además de su parecido físico. Ni siquiera el rastro del rencor. Y sentiste alivio por esto. El mismo alivio que habías sentido años atrás cuando ella era aún una niña y te diste cuenta de que era mucho más apta para la vida que tú.

Santiago de Chile, 1980

Leonor

Desde el día en que nos reunimos con los padres de Javier, o Manuel, Isi comenzó a estar más tranquila. Sus ojos siempre alertas, siempre en guardia ante una posible desgracia, se serenaron. Incluso le dijo a Tomás que estaba dispuesta a encontrarse con ellos otra vez. Me era difícil dilucidar qué pasaba por su cabeza, pero tenía la impresión de que su rabia remitía. Ya no se encerraba por las tardes en el cuarto después de estudiar y su expresión se volvió menos áspera. Una tarde me preguntó si podía usar algunos de mis añejos maquillajes y yo se los regalé todos. Comenzó entonces a llevar carmín en los labios y en sus párpados una línea negra que exacerbaba la intensidad de sus ojos.

Esa tarde estábamos las dos sentadas en la sala, ella estudiando y yo en el sillón con la cabeza en otra parte, cuando la oí decirme:

—Leonor, quisiéramos con Tomás llevarla al mar. ¿Le gustaría?

Me sonrió y en su sonrisa vi su increíble belleza. Llevaba un suéter negro de cuello alto que ya no se sacaba y que le daba la apariencia de una chica mayor.

—¿Qué dices? ¿Se volvieron cucú?

—¿No le gustaría acaso verlo otra vez?

—Sí, claro que me gustaría. ¿Pero cómo?

Indiqué mi cuerpo, que se había vuelto un trasto incapaz de moverse.

—Un amigo de Tomás se ofreció a prestarnos su auto, también podemos invitar al señor Levi.

Me conmovió. Le pedí a Dios que me otorgara un poquito de dignidad y detuviera mis ganas de largarme a llorar. Tal vez Isi, como yo, presentía mi inminente fin. No quería que me fuera al otro mundo sin haber visto el mar una última vez. ¿Sería eso? ¿Era acaso tan evidente?

Y llegó el día. El día del mar.

Era una mañana cambiante, de esas en que el sol se asoma y se oculta arqueando el cielo, surcándolo. ¡Cuán lleno de promesas estaba!, y nosotros, dentro de ese viejo automóvil que iba dando tumbos por la carretera, lo observábamos como se observan esos fenómenos que no se entienden pero que nos maravillan. Isi, en el asiento trasero junto a Adriano y el perro Moisés, de tanto en tanto no resistía el impulso de sacar la cabeza por la ventanilla y pegar un gritito, mientras Tomás, que la miraba por el espejo retrovisor, le advertía, genuinamente preocupado, que un camión se la iba a volar. Me conmovía la forma en que posaba su atención en ella, y cómo Isi, consciente de esta atención, se volvía divertida, arrojada, aguda, inocente e irónica a la vez. Grácil para él.

Y de repente, tras una suave cuesta, el mar.

—¡Ahí está! —gritó Isi. Llevaba puesta la camiseta de su madre, esa con el rostro del pelucón de anteojitos que no se sacaba ni para dormir.

Tomás había buscado en un mapa la playa que en línea recta está más cerca de Santiago y allí habíamos llegado, a esa amplitud de

arena que aún la civilización voraz no había alcanzado. Me habían preguntado si quería volver a Viña del Mar y les dije que no. Que la Ciudad Jardín de mi infancia estaba enterrada. Lo constaté la única vez que retorné a sus calles inundadas de construcciones y bombas de bencina que olían a ciudad castrada. No. No quería volver. Harto me había costado sacarme esas imágenes mal agestadas de las retinas y recuperar las de mi infancia.

Entramos en un camino de tierra circundado por espinos y boldos. Un par de curvas y llegamos a la playa. Isi abrió la puerta y saltó afuera como si hubiéramos alcanzado el paraíso. Y tal vez ahí estábamos. Tal vez así es el paraíso, con esos dos chiquillos, Adriano y el perro Moisés, que también había brincado afuera y ahora corría como un descocado hacia la arena. Y ante nosotros, el mar que espejeaba el cielo.

—Yo la ayudo —me dijo Tomás, al tiempo que abría mi puerta, me tomaba de los brazos y me ayudaba a levantarme del asiento, tan bajo que casi tocaba el suelo. Necesitó hacer un buen esfuerzo para lograrlo.

Sentí pudor de que mi decrepitud quedara al descubierto ante un chico tan endemoniadamente buenmozo. Es extraño cómo la conciencia de una misma nunca se apaga. La conciencia de ser un cuerpo, aunque esté hecho girones. Una mujer.

Me alcanzó el bastón y por fin estuve de pie frente al mar. ¡Dios!, no era consciente de cuánta falta me hacía. Primero fue su sonido, tan único, luego su olor que entró en mis narices trayendo consigo imágenes perdidas. La superficie vasta y centelleante del mar.

—¡Leonor, Leonor, mire lo que encontré! —gritó Isi a unos metros, levantando un huiro que tenía la forma de un corazón con sus

arterias colgando.

Por fin logramos llegar hasta la arena. Tomás abrió un quitasol de rayas azules e Isi extendió una manta. Habían traído dos sillas plegables, una para Adriano y otra para mí. También una caja de cartón con un pícnic que ahora descansaba bajo el quitasol mientras ellos corrían al mar en sus trajes de baño y el perro Moisés los seguía. Habían pensado en todo.

Vi a lo lejos sus siluetas leves y perfectas. Una ola se elevó vigorosa como un gigantesco puño blanco y ellos la atravesaron. En lo más alto, la ola se rompió y cayó lentamente sobre sí misma. Fragmentada y destejida avanzó por la arena. Avanzó, avanzó, y luego reculó, para ser, en el camino, devorada por la siguiente. Ahora los chicos se arrojaban agua uno al otro riendo, sus cabezas descollando contra el sol. En la orilla se abrazaron. Era la primera vez que los veía abrazarse. Sus cuerpos a la distancia se hicieron uno.

Sentí una alegría que no había experimentado hacía años. Ver a Isi reír, entregada a ese abrazo, a salvo, por fin en la orilla de la luz, era la señal que necesitaba.

Levanté la mirada hacia el sol en lo alto, incrustado milagrosamente en ese azul sin fin, y pensé que tal vez en ese preciso instante a Cronopia, donde fuera que estuviera, se le había ocurrido levantar la vista y mirar hacia ese mismo punto donde en lugar de encontrarse con el sol había encontrado una estrella. Y de pronto, de pronto ya no era una idea sino una certeza, y me quedé mirando el sol hasta que mi vista, cegada, se oscureció y logré ver su estrella. El fulgor pálido que ahora ella veía.

Vi también a lo lejos a todas esas Leonor que convivían en mí como una tribu. Peleándose, aconsejándose, luchando por existir cada una a su manera. Ninguna de esas jovenzuelas sabía que llegaría el día en que todo lo irremediable habría ya ocurrido, y que junto con eso se instalaría la serenidad de la memoria. Ellas no podían saber que en los últimos estertores de la vida vendría la dócil aceptación de lo que fui, y que esta humilde satisfacción sería mi forma última de libertad. Una libertad que no me gané con grandiosidades como ellas imaginaron, sino con una suma de pequeñas resistencias, de pequeños milagros y alientos.

—Adriano Levi, creo que terminé la novela.

—¿Verdad?

Me miró con esos anteojos que volvían sus ojos gigantes como los de un búho.

—Sí. Al menos llegué a algún lugar.

—Eso es muy bueno, Leonor Pizaín. Llegar.

Sacó su pipa y la encendió. Sabía que tras esos gestos despreocupados escondía su emoción. No quería parecer melodramático. Pero lo cierto era que había aguardado media vida a que le dijera esto.

—Así es. Muy bueno —convine y cerré los ojos para absorber los últimos rayos de sol.

La tarde se ponía. La marea había subido, y el mar, mi mar, con un leve viento que venía del sur, había comenzado a levantarse. No sé por qué recordé ese sueño lejano en que había salvado una cama de la furia del mar. Esa cama había sido acaso la profecía de ese día, y lo que salvaba sin saberlo era ese inesperado futuro, esos fugaces

momentos que el destino tenía guardados para Isi y para mí. Para todos nosotros.

Santiago de Chile, 1990,
Cementerio General

Querida Leonor:

Primero quiero que sepa que en su entierro llevaba puesto su vestido de encajes rojo, el que usted quería. Yo misma la vestí. Tomás y Roberto, el abogado de la Vicaría, se encargaron del resto. De cada detalle. La tumba, el ataúd, las flores de verbena que según el señor Levi eran las que a usted más le gustaban. El ataúd estaba cubierto de ramos de flores, uno de ellos era de su hija. Lo puse a la altura de su corazón. Traía una tarjeta con su nombre: María Lara. «Hasta siempre, mamá», decía. El señor Levi no paró de llorar. Las lágrimas le corrían por la cara como si tuviera un grifo abierto. Los tres estuvimos con usted hasta el final. El señor Levi, Tomás y yo. Y sí, su partida fue leve, muy leve. Después de varios días de lluvia, esa tarde el aire era amarillo, cálido, como si la luz hubiera venido a despedirla y honrarla.

En el cementerio estaban todos esos «escritorcillos», como usted les llamaba, rindiéndole homenaje. Llegaron flores de todas partes, de Buenos Aires, de Francia, de Estados Unidos. Ya sé lo que usted hubiera dicho: ¿Por qué diablos no me las mandaron en vida?

Sus cosas las repartimos entre quienes dijeron haberla querido. Yo me quedé con su colibrí de oro, esperando algún día poder

entregárselo a su hija. Aún no pierdo las esperanzas. Lo llevo ahora prendido en mi pecho, ¿lo ve?

Le gustará saber que el señor Levi donó sus libros a la biblioteca de la Universidad de Chile. Hoy una sala lleva su nombre, Sala Leonor Pizaín. ¿No le parece lindo? También han vuelto a publicar sus dos novelas. De La tarde más gris que ha tenido el cielo *—la que esos estúpidos conservadores enterraron por inmoral— se han hecho siete ediciones. ¿Se da cuenta, Leonor?, ¡siete ediciones*!

El señor Levi fue el primero en leer el manuscrito que usted dejó. No me dijo nada por un buen tiempo. Debe haberlo pensado mucho antes de contarme que usted había escrito nuestra historia. Pero no tuvo alternativa. Porque la noticia de que usted había dejado una novela escrita corrió rápido, no sabemos cómo, y los editores estaban esperando ansiosos «la novela póstuma de la gran Pizaín». Cuando el señor Levi me la pasó, me dijo que no se la daría a los editores sin mi consentimiento, que me tomara todo el tiempo que necesitara. Y si yo no quería que se publicara, él lo entendería.

Lloré mucho mientras la leí. Estaba en un estado en que todo era tristeza. De eso hace diez años. Sentí tristeza y también rabia. Ahí estaban nuestras conversaciones, los momentos que pasamos juntas, los secretos que en esos pocos meses le fui revelando y que usted extrajo de mí como un cirujano el órgano de un paciente que no sabe que está en la mesa quirúrgica. Había pasajes que se metían en mi cabeza y que hubiera tachado completos.

Pero ¿sabe? Después de un tiempo volví a leerla. Me emocionó conocer su pasado, su lucha por superar sus problemas, por escribir, por recuperar a Cronopia, por lidiar con la vida. Pude verla y sentirla en cada una de sus etapas desde esa mañana en que llegó al puerto

de Valparaíso. Recordé también el esfuerzo que usted hizo al final. Se levantaba al alba a escribir, e incluso, cuando sus piernas no le respondían, seguía escribiendo en la cama. Usted sabía que su final estaba cerca y debía terminar esta novela a como diera lugar. Sobre todo, me di cuenta de que se trataba de un homenaje. A su hija, a mí, a usted misma y a todas las mujeres que habitan en nosotras. Le envié una carta al señor Levi y le dije que podía publicarla.

Seguro querrá saber qué ha pasado con mi vida en estos diez años. Para empezar, debo confesarle que solo terminé el colegio porque usted quería que lo hiciera. Y tenía razón. ¡Cómo tenía razón! No estaría aquí si me hubiera quedado echada en su sillón como entonces deseaba. Luego de rendir los exámenes libres, partí a Quebec. Con la ayuda de los compañeros, Tomás me contactó con la familia canadiense, con la que mamá me había rogado que me fuera a vivir. Los compañeros tenían sus señas, pero ninguno sabía que se trataba de la familia de mi padre biológico, Antoine Hivon. Por fin conocía su nombre verdadero. «Antonio», el héroe que no era héroe. Cuando llegué, él viajaba por México en su moto con una chica mexicana. Seguía recorriendo el mundo buscando su destino, igual que diecisiete años atrás cuando mamá lo había conocido.

Julianne y Xavier, la hermana mayor de Antoine y su marido, me recibieron en su casa. Sus hijos ya habían partido a estudiar a la universidad. Julianne me inscribió en una academia de lenguas y se empecinó en que aprendiera francés. Después de mis lecciones, se quedaba horas conmigo repasándolas. Me acordaba de todas esas expresiones tan glamorosas que usted usaba: beau monde, soireé, la crème de la crème*. Pero lo que más recuerdo es cuando usted cantaba esa canción de la Piaf que le gustaba tanto. Así permanece*

usted en mi memoria, Leonor, cantando a voz en cuello, desafinada y sin arrepentimientos.

Viví en casa de Julianne y Xavier hasta que entré a la Université Laval en Quebec a estudiar matemáticas.

Estoy segura también de que querrá saber de Tomás. Yo sé que a usted le gustaba mucho Tomás. Después de que partí de Chile nos escribimos todas las semanas durante dos años. A veces incluso dos o tres veces por semana. Cartas en las que compartíamos nuestros haceres, lo que pensábamos, pero en las que jamás expresábamos algún sentimiento amoroso. Hasta que un día me escribió diciéndome que necesitaba verme. Había comprado el pasaje y en dos semanas estaría en Quebec. Desde el instante en que leí esas dos palabras, «necesito verte», ya no logré encontrar la calma. Temía no ser capaz de darle lo que él necesitaba de mí. Temía defraudarlo y que esto significara perderlo, perdernos para siempre.

La noche anterior a su llegada había nevado y las calles de Quebec estaban cubiertas de nieve y hielo. Lo fui a buscar al aeropuerto muerta de miedo. Sin embargo, cuando estuvimos frente a frente, su imagen me sobrecogió. Había enflaquecido y su palidez era la de alguien que no había estado expuesto al sol por largo tiempo. Tuve la impresión de que estábamos igualmente huérfanos. Sentí el impulso de atravesar mis temores y perderme en sus brazos, pero me di cuenta de que él estaba tan aterrado como yo. Nos dimos un abrazo tibio, contenido, ahogado en su propia imposibilidad.

Tomamos el bus del aeropuerto y en el trayecto ninguno de los dos dejó de hablar. Era lo que ambos sabíamos hacer. Hablar. Nos tropezábamos con las palabras y nos largábamos a reír. Era una risa

nerviosa, pero que nos unía de esa forma que conocíamos, que nos era familiar y que nos protegía del otro y de nosotros mismos.

Después de dejar su maleta en mi departamento, salimos a caminar por mi barrio. Mirado a través de sus ojos, todo lo que contenía mi vida nueva —el barrio centenario, mi frío departamento de estudiante, el parque donde recogía nueces, el café de sillas azules que pertenecía a una familia turca y donde solía recalar por la tarde a estudiar— me parecía extraño, lejano, irreal como el decorado de una película de la cual yo pretendía ser parte. Estaba ahí, pero a la vez no, porque una porción de mí no estaría nunca en ningún sitio. Me había borrado para no tener que sentir y sin sentimientos nada existe, nada es real. Esa había sido mi vida en esos dos años. Había funcionado como uno de esos juguetes a pilas que siguen y siguen, ciegos. Ni siquiera el cariño de Julianne y Xavier había logrado atravesar mi corazón blindado.

Esa noche nos quedamos hasta la madrugada oyendo música, fumando como condenados y bebiendo un vino barato que habíamos pasado a comprar al supermercado.

Por las cartas que él me había enviado durante esos dos años yo sabía que se había dedicado a indagar en lo más oscuro de la historia de nuestro país. También sabía que él y los padres de Javier habían seguido buscándolos, a Javier y a mi madre, y que hasta entonces no había rastros de ellos. En sus cartas yo intentaba pasar rápido por aquellos párrafos donde él los mencionaba. Lo que yo quería era tapiar mi memoria. Dejar atrás lo que me había herido. No sabía si era bueno o malo, decente o indecente, pero era lo que necesitaba. No leía noticias relacionadas con Chile ni tampoco me había conectado con los chilenos que vivían en Quebec. Vivía en mi

propia tierra, una tierra que no le pertenecía a nadie. Ni siquiera a mí.

Cuando la mañana ya despuntaba en la ventana y un alba rosada extendía su piel sobre la nieve de la ciudad, le armé una cama en el sillón y yo dormí en la mía.

Los siguientes días nos dedicamos a pasear hasta que oscurecía. Por las noches nos quedábamos conversando hasta altas horas, el deseo navegando anhelante entre nosotros, pero sin jamás tocarnos, sujetos irremediablemente a nuestra distancia como los buenos amigos que éramos. Los mejores amigos.

Una noche me encaró y me preguntó por qué había cortado con Chile. Me tomó por sorpresa, pensé que si no había tocado aún el tema era porque había entendido que yo no quería hacerlo. Le respondí que no quería vivir pensando en mi madre, atormentándome con su destino. «Está muerta y ya. ¿Qué más da el resto?», zanjé con dureza, una dureza que dejó a Tomás en silencio, derrotado, y que me hizo sentir muy mal. Pero no conocía otra forma. Estaba a la vez atrapada y a salvo en mi fortaleza. Traté, más calmada, de levantar argumentos, pero ninguno de ellos lo convenció. Tampoco a mí. Llevar a las palabras mis emociones habría significado tener que atravesarlas. Sentir. Y yo no quería sentir. No podía. Tarde por la noche me fui a mi cuarto y él se quedó en el sofá mientras la frustración de ambos seguía aleteando en el aire.

Lo que hacíamos en realidad con esa discusión y otras que vinieron en los siguientes días —altercados que nos dejaban tristes y agotados— era evitar tener que abrazarnos y rendirnos ante el otro. Temíamos herirnos, quedar heridos, temíamos, también, no ser

capaces de soportar la magnitud de nuestros sentimientos. Todo era tan intenso y a la vez tan frágil.

Tomás había comprado un pasaje por diez días. Encima de la fecha de partida intentó cambiarlo, pero no se permitían cambios. Entonces decidió perderlo y quedarse por más tiempo. Fue ese gesto suyo el que mutó todo. Esa noche dormimos juntos, y la siguiente, y la siguiente. Habíamos tardado dos años en llegar hasta ahí. Una vida entera.

Al cabo de un mes volvió a Chile.

No sé cómo describirle, Leonor, el miedo que sentí la mañana que fui a dejarlo al aeropuerto. Miedo a quedarme sola nuevamente y no ser capaz de soportarlo.

Continuamos escribiéndonos durante todo ese año, sin pactos, sin compromisos, sin jamás hacer mención de un futuro juntos, ni siquiera cercano. Hasta que un día recibí una carta suya donde me decía que había conseguido un trabajo en Amnistía Internacional en Quebec y que llegaría antes de navidad. No sabe cuánto agradezco, cada día, esa carta. Esa decisión suya de atravesar sus temores y los míos.

Desde entonces vivimos juntos en Quebec. Al cabo de un tiempo llegó nuestra pequeña Jazmín. Ahora tiene cuatro años. No se parece a mí, y creo que tampoco a Tomás. Es alta y fuerte, de pelo claro, como el de Antoine. Está siempre preguntándolo todo, al igual que su Cronopia de niña. Por qué esto, por qué lo otro, y cuando nuestras respuestas no la satisfacen, vuelve a la carga con más interrogantes, los brazos cruzados, bien erguida, y una seriedad a prueba de todo. A veces me dan ganas de largarme a reír, pero me contengo. Creo que a usted le gustaría Jazmín.

Hoy ha venido con nosotros a visitar su tumba. Yo no había vuelto desde que dejé Chile hace diez años. El día antes de partir, vinimos con el señor Levi y el perro Moisés. Pusimos sobre su tumba un ramo de lirios y otro de verbenas y el señor Levi recitó ese poema de Alfonsina Storni que su amiga Palma les regaló el día de su matrimonio. Fue emocionante, frente a su tumba, abogar por su singularidad en el mundo convencional y opresivo en el que le tocó vivir.

Junto a su fotografía, descolorada por el tiempo, hemos puesto con Tomás la foto de mi madre que me regalaron los padres de Javier esa tarde en el café. Sé que, a quienes vengan a visitar su tumba, les parecerá raro que la fotografía de una extraña esté junto a la suya, pero no sé dónde más ponerla, Leonor. De verdad no sé. Mi madre necesita una tumba. Un lugar donde por fin descansar. También yo lo necesito, necesito darle ese lugar.

Le hemos traído una planta de verbena. Aún no ha florecido, pero cuando llegue la primavera sus colores lilas explotarán junto a su tumba. Con una pala Tomás remueve la tierra, Jazmín me ayuda a plantar la verbena, y luego la regamos con una regadera que nos ha prestado el jardinero del cementerio. Una bandada de pájaros sobrevuela el cielo en círculos. Se levanta una brisa, las hojas hacen un remolino que se desplaza por sobre las tumbas y Jazmín lo sale persiguiendo.

Hace un año supimos por fin el destino de mi madre y de Javier.

Nos dijeron que fueron muchos los cuerpos que arrojaron al mar. Iban envueltos en sacos cocidos con alambres y amarrados a un trozo de riel metálico para que se hundieran, para que no hubiera rastros, para que nadie pudiera llorarlos, ni enterrarlos, ni honrarlos.

Los tiraban desde helicópteros y aviones del Ejército y de la Armada. Nos dijeron que antes de arrojar el cuerpo de mi madre al mar, estuvo recluida en un centro de tortura. Nos dijeron que la tuvieron ahí dos semanas antes de que un tal coronel Barriga diera la orden de fusilarla.

A pesar de los esfuerzos que he hecho por olvidar, por borrar esas imágenes de mi cabeza, aún hay noches en que despierto gritando, preguntándome en sueños dónde estaba ella cuando la fusilaron. ¿Bajo las estrellas? ¿Bajo el sol inclemente del desierto de Atacama? ¿Contra un muro? ¿En el suelo con el rostro enterrado en el polvo? Escucho en mis sueños los helicópteros, el estallido de las balas, el golpe seco de su cuerpo amortajado al caer desde las alturas en el mar. Cuando esto ocurre, cuando grito en medio de la noche, Tomás prende la luz y me abraza. Espera paciente a que mi respiración se calme un poco y me prepara una agüita de menta. Dice que sirve para espantar el miedo, cosas que inventa, pero que surten efecto, porque sorbo a sorbo, junto a él, vuelvo a la vida.

¿Sabe? Temo traspasarle mis fantasmas a Jazmín, de la misma forma que usted —como dice en su libro— temía traspasarle los suyos a Cronopia. Por eso quizás he venido aquí, hasta su tumba, con la esperanza de que al darle un lugar al alma de mi madre junto a la suya, la mía propia se apacigüe. Durante estos diez años usted siempre ha estado conmigo. Usted y ella. Las dos son dolor y a la vez tibieza.

Lo he pensado mucho. Ahora que soy madre de Jazmín puedo imaginar el dolor que sentía usted por Cronopia. No sé qué decirle. Hay asuntos para los cuales no hay palabras porque todo suena banal ante lo devastador de los sentimientos. Pero hay algo que sí

puedo decirle. Aquí volveremos siempre, Jazmín, Tomás y yo. Esto le ofrecemos a cambio.

¿Sabe, Leonor? Cada día intento imaginar a mi madre cayendo, cayendo con los ojos bien abiertos, viendo pasar, junto con la vida marina, nuestra vida juntas, las tardes en la Casa del Nogal haciendo merenguitos, las figuras de sombras en la pared, ella y yo bailando al ritmo de Imagine de John Lennon, Imagine there's no heaven, No hell below us, Nothing to kill or die for. La imagino hundiéndose irremediablemente hasta tocar la superficie terrestre del océano, volverse alga, volverse pez, y liberarse. Como Rosa y Estrella en su novela. Ese destino quiero imaginar para mi madre.

[*] Nota de la editora: Nada por qué morir.

Visita nuestras webs y descarga miles de libros GRATIS:

Libronera.com · lectuepublibre6.com · epubera1.com · lectunautas.com

Título original: *Nada por qué morir*

Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Guelfenbein, Carla
© 2026, © 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563846355

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta
Santiago, 1980
Valparaíso, 1929
Santiago, 1980
Buenos Aires, 1929
Santiago, 1980
Buenos Aires, 1929/1930
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1930/1931
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1931
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1931
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1937
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1938/1939
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1939
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1940
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1941
Santiago de Chile, 1980
Buenos Aires, 1942

Santiago de Chile, 1980
Santiago de Chile, 1961
Santiago de Chile, 1980
Notas
Créditos

